



CLÁSICA MAYOR

Cuentos de amor victorianos



En el período victoriano, gracias al abaratamiento de las técnicas de impresión y al acceso de la clase media a la lectura se impulsó el género del cuento, que alcanzó entonces un florecimiento extraordinario. El amor habría de tener una conflictiva relevancia en una sociedad firmemente volcada al utilitarismo. *Cuentos de amor victorianos* recoge una amplia, sorprendente y magnífica selección de historias de amor.

Selección y traducción de Marta Salís



AA. VV.

Cuentos de amor victorianos

ePub r1.1

Narukei 23.01.18

Título original: *Cuentos de amor victorianos*

AA. VV., 2011

Traducción: Marta Salís

Diseño de portada: Alba Editorial s.l.u.

Editor digital: Narukei

ePub base r1.2



Nota a la selección

Hasta finales del siglo XVIII, sólo las clases acomodadas tenían acceso a los libros y a la educación. Con la llegada del nuevo siglo y de la primera revolución industrial, gracias al desarrollo y al abaratamiento de las técnicas de impresión, un número mayor de personas empezó a disfrutar de la lectura. Los libros seguían siendo prohibitivos para las clases medias y medias bajas (cuando se publicó *Jane Eyre*, por ejemplo, en 1847, su precio era de una libra y once chelines, más de la mitad del sueldo mensual de una criada), pero en seguida proliferaron periódicos y revistas, cuyo precio era asequible para un amplio sector de la población. Especialmente en Gran Bretaña, publicaciones como *Ainsworth Magazine*, *Household Words* (fundada por Charles Dickens), *Tinsley Magazine*, *Harper's New Weekly Review*, *The Idler*, *Pearson's Weekly Magazine*, *The Cornhill Magazine* (editada por William M. Thackeray), *The Strand Magazine*, etc., llevaron la literatura, el arte, la política y la ciencia a todos los hogares, reduciendo las distancias entre las clases sociales, y entre el campo y la ciudad, con igual o mayor ímpetu que el nuevo ferrocarril.

Muchas de las grandes novelas inglesas de la segunda mitad del siglo XIX, antes de ser libros de tapa dura y cuidada edición, se publicaron por entregas en esas *magazines* populares. Pero las nuevas revistas, además de novelas y artículos, necesitaban pequeñas narraciones para llenar sus páginas. No podían imaginar sus editores el importante papel que desempeñarían en el nacimiento de la edad de oro del relato breve, que duraría hasta bien entrado el siglo XX.

La mayoría de los cuentos de esta antología aparecieron publicados por primera vez en esas revistas y, a pesar de haber sido escritos para el gran público, son modélicos en su género. Todos giran en torno al amor, un tema muy recurrente en la literatura victoriana: el amor como fuente de alegría y de dolor; el amor como misterio, conquista, sacrificio, oportunidad perdida; el amor que florece a cualquier edad y adopta las formas más imprevisibles. Los editores de la época recomendaban los finales felices, pero la enorme riqueza y variedad de la literatura de este período produjo historias asombrosamente dispares. Esta selección se ha establecido siguiendo un criterio sometido a dicha disparidad, sin restringir la complejidad del tema a ninguna consideración previa. De hecho, hay varios autores muy refractarios a las divisiones temporales, poco o nada victorianos, aunque todos ellos, en algún momento de sus vidas, fueron contemporáneos de la reina Victoria, que accedió al trono en 1837, con sólo dieciocho años, y rigió el destino del país hasta su muerte en 1901.

El volumen se ha ordenado cronológicamente, a partir de la fecha de nacimiento de los autores. Se inicia con un cuento de Mary Shelley, la conocida autora de *Frankenstein*, a fin de enlazar el romanticismo y la novela gótica con la literatura victoriana. Elizabeth Gaskell, William M. Thackeray, Charles Dickens, Anthony

Trollope, Wilkie Collins y Thomas Hardy escribieron relatos breves tan intensos y exquisitos como sus extensísimas novelas. Se ha incluido un relato del norteamericano Henry James, que prefirió vivir y escribir en Gran Bretaña, ya que es habitual encontrar su nombre asociado al período victoriano. Otro «extranjero» adoptado por la Inglaterra de la época fue el polaco Joseph Conrad, a quien la sutileza y sofisticación de su prosa han convertido en un autor increíblemente moderno. Robert Louis Stevenson vivió frecuentemente lejos de Gran Bretaña, pero sus libros deben mucho a su tiempo; aunque acaso menos que la obra de Oscar Wilde, víctima célebre de la hipocresía victoriana. La inclusión de autores poco o mal conocidos en nuestro país como George Gissing, E. Nesbit, Henry Harland, John Galsworthy, Ernest Dowson, Charlotte Mew y Hubert Crackanthorpe —considerado el Maupassant inglés, que murió misteriosamente a los veintiséis años—, enmarca y enriquece el período atravesado por los nombres de Arthur Conan Doyle, H. G. Wells y Rudyard Kipling; en este último la sensibilidad victoriana expandió su moralidad hasta las colonias del Imperio Británico. La obra de D. H. Lawrence comienza ya a salirse de este marco temporal; mantiene aún ciertas formalidades victorianas, pero la intensa sensualidad de sus personajes expresa sensaciones y emociones que son de otra época. Con este paso a una nueva moralidad se cierra esta antología, del mismo modo que se abría con un pie en una época anterior.

MARTA SALÍS

La prueba de amor

Mary Shelley

Después de conseguir el permiso de la priora para salir unas horas, Angeline, interna en el convento de Santa Anna, en la pequeña ciudad lombarda de Este, se puso en camino para hacer una visita. La joven vestía con sencillez y buen gusto; su *faziola* le cubría la cabeza y los hombros, y bajo ella brillaban sus grandes ojos negros, extraordinariamente hermosos. Quizá no fuera una belleza perfecta; pero su rostro era afable, noble y franco; y tenía una profusión de cabellos negros y sedosos, y una tez blanca y delicada, a pesar de ser morena. Su expresión era inteligente y reflexiva; parecía estar en paz consigo misma, y era ostensible que se sentía profundamente interesada, y a menudo feliz, con los pensamientos que ocupaban su imaginación. Era de humilde cuna: su padre había sido el administrador del conde Moncenigo, un noble veneciano; y su madre había criado a la única hija de éste. Los dos habían muerto, dejándola en una situación relativamente desahogada; y Angeline era un trofeo que buscaban conquistar todos los jóvenes que, sin ser nobles, gozaban de buena posición; pero ella vivía retirada en el convento y no alentaba a ninguno.

Llevaba muchos meses sin abandonar sus muros; y sintió algo parecido al miedo cuando se encontró en medio del camino que salía de la ciudad y ascendía por las colinas Euganei hasta Villa Moncenigo, su lugar de destino. Conocía cada palmo del camino. La condesa Moncenigo había muerto al dar a luz su segundo hijo y, desde entonces, la madre de Angeline había residido en la villa. La familia estaba formada por el conde, que, salvo algunas semanas de otoño, estaba siempre en Venecia, y sus dos hijos. Ludovico, el primogénito, había sido enviado en edad temprana a Padua para recibir una buena educación; y sólo vivía en la villa Faustina, cinco años menor que Angeline.

Faustina era la criatura más adorable del mundo: a diferencia de los italianos, tenía los ojos azules y risueños, la tez luminosa y los cabellos color caoba; su figura ágil, esbelta y nada angulosa recordaba a una sílfide; era muy bonita, vivaz y obstinada, y tenía un encanto irresistible que empujaba a todos a ceder alegremente ante ella. Angeline parecía su hermana mayor: se ocupaba de ella y le consentía todos los caprichos; una palabra o una sonrisa de Faustina lo podían todo. «La quiero demasiado —decía a veces—, pero soportaría cualquier cosa antes que ver una lágrima en sus ojos.» Era propio de Angeline no expresar sus sentimientos; los guardaba en su interior, donde crecían hasta convertirse en pasiones. Pero unos excelentes principios y la devoción más sincera impedían que la joven se viera dominada por ellas.

Angeline se había quedado huérfana tres años antes, cuando había muerto su madre, y Faustina y ella se habían trasladado al convento de Santa Anna, en la ciudad de Este; pero un año más tarde, Faustina, que entonces tenía quince años, había sido enviada a completar su educación a un famoso convento de Venecia, cuyas aristocráticas puertas estaban cerradas a su humilde compañera. Ahora, a los diecisiete años, después de finalizar sus estudios, había vuelto a casa; y se disponía a pasar los meses de septiembre y octubre en Villa Moncenigo con su padre. Los dos habían llegado aquella misma noche, y Angeline había salido del convento para ver y abrazar a su amiga del alma.

Había algo muy maternal en los sentimientos de Angeline; cinco años es una diferencia considerable entre los diez y los quince años, y muy grande entre los diecisiete y los veintidós.

«Mi querida niña —pensaba Angeline, mientras iba andando—, debe de haber crecido mucho, e imagino que estará más hermosa que nunca. ¡Qué ganas tengo de verla, con su dulce y pícara sonrisa! Me gustaría saber si ha encontrado a alguien que la mimara tanto como yo en su convento veneciano... alguien que asumiera la responsabilidad de sus faltas y que le consintiera sus caprichos. ¡Ah, aquellos días no volverán! Ahora estará pensando en el matrimonio... Me pregunto si habrá sentido algo parecido al amor —suspiró—. Pronto lo sabré... estoy segura de que me lo contará todo. Ojalá pudiera abrirle mi corazón... detesto tanto secreto y tanto misterio; pero he de cumplir mi promesa, y dentro de un mes habrá acabado todo... dentro de un mes conoceré mi destino. ¡Dentro de un mes! ¿Lo veré a él entonces? ¿Volveré a verlo algún día? Pero será mejor que olvide todo eso y piense únicamente en Faustina... ¡mi dulce y entrañable Faustina!»

Angeline subía lentamente la colina cuando oyó que alguien la llamaba; y en la terraza que dominaba el camino, apoyada en la balaustrada, se hallaba la querida destinataria de sus pensamientos, la bonita Faustina, la pequeña hada... en la flor de la vida, sonriendo de felicidad. Angeline sintió un cariño aún mayor por ella.

No tardaron en abrazarse; Faustina reía con ojos chispeantes, y empezó a contarle todo lo sucedido en aquellos dos años, y se mostró obstinada e infantil, aunque tan encantadora y cariñosa como siempre. Angeline la escuchó con alegría, contemplando extasiada y en silencio los hoyuelos de sus mejillas, el brillo de sus ojos y la gracia de sus ademanes. No habría tenido tiempo de contarle su historia aunque hubiese querido, Faustina hablaba tan deprisa...

—¿Sabes, Angelinetta mía —exclamó—, que me casaré este invierno?

—Y ¿quién será tu señor esposo?

—Todavía no lo sé; pero lo encontraré en el próximo carnaval. Debe ser muy noble y muy rico, dice papá; y yo digo que debe ser muy joven, tener buen carácter y dejarme hacer lo que yo quiera, como siempre has hecho tú, querida Angeline.

Finalmente, Angeline se levantó para despedirse. A Faustina no le agradó que se marchara —quería que pasara la noche con ella—, y señaló que enviaría a alguien al

convento para conseguir permiso de la priora. Pero Angeline, sabiendo que esto era imposible, estaba decidida a irse y convenció a su amiga de que la dejara partir. Al día siguiente, Faustina visitaría personalmente el convento para ver a sus antiguas amistades, y Angeline podría regresar con ella por la noche si lo permitía la priora. Una vez discutido este plan, las dos jóvenes se separaron con un abrazo; y, mientras bajaba con paso ligero, Angeline levantó la mirada y vio como Faustina, muy sonriente, le decía adiós con la mano desde la terraza. Angeline estaba encantada con su amabilidad, su hermosura, la animación y viveza de su conducta y de su conversación. Faustina ocupó al principio todos sus pensamientos, pero, en una curva del camino, cierta circunstancia le trajo otros recuerdos. «¡Oh, qué feliz seré si él demuestra haberme sido fiel! —pensó—. ¡Con Faustina e Ippolito, será como vivir en el Paraíso!»

Y luego rememoró cuanto había ocurrido en los dos últimos años. Del modo más breve posible, seguiremos su ejemplo.

Cuando Faustina partió para Venecia, Angeline se quedó sola en el convento. Aunque era una persona retraída, Camilla della Toretta, una joven dama de Bolonia, se convirtió en su mejor amiga. El hermano de Camilla vino a visitarla, y Angeline la acompañó al locutorio para recibirlo. Ippolito se enamoró desesperadamente de ella, y consiguió que Angeline le correspondiera. Todos los sentimientos de la joven eran sinceros y apasionados; sin embargo, sabía atemperarlos, y su conducta fue irreprochable. Ippolito, por el contrario, era impetuoso y vehemente: la amaba ardientemente y no podía tolerar que nada se opusiera a sus deseos. Decidió contraer matrimonio, pero, como pertenecía a la nobleza, temía la desaprobación de su padre. Mas era necesario pedir su consentimiento; y el anciano aristócrata, presa del temor y de la indignación, llegó a Este, dispuesto a adoptar cualquier medida que separase para siempre a los dos enamorados. La dulzura y la bondad de Angeline mitigaron su cólera, y el abatimiento de su hijo le movió a compasión. Desaprobaba el matrimonio, pero comprendía que Ippolito deseara unirse a tanta hermosura y gentileza. Pero después pensó que su hijo era muy joven y podía cambiar de parecer, y se reprochó a sí mismo haber dado tan fácilmente su consentimiento. Por ese motivo llegó a un compromiso: les daría su bendición un año más tarde, siempre que la joven pareja se comprometiera, con el más solemne juramento, a no verse ni escribirse durante ese intervalo. Quedó sobreentendido que sería un año de prueba; y que no habría ningún compromiso hasta que éste expirara, y si permanecían fieles, su constancia sería premiada. No hay duda de que el padre creía, e incluso esperaba, que, en aquel período de ausencia, los sentimientos de Ippolito cambiarían, y que éste entablaría una relación más conveniente.

Arrodillados ante una cruz, los dos enamorados prometieron un año de silencio y de separación; Angeline, con los ojos iluminados por la gratitud y la esperanza; Ippolito, lleno de rabia y desesperación por aquella interrupción de su felicidad, que jamás habría aceptado si Angeline no hubiera empleado todas sus dotes de persuasión

y de mando para convencerlo; pues la joven había afirmado que, a menos que obedeciera a su padre, ella se encerraría en su celda, y se convertiría voluntariamente en una prisionera, hasta que terminara el tiempo prescrito. De modo que Ippolito prestó juramento e inmediatamente después partió hacia París.

Faltaba sólo un mes para que expirara el año, y no es de extrañar que los pensamientos de Angeline pasaran de su dulce Faustina al destino que la esperaba. Además del voto de ausencia, habían prometido mantener su compromiso y cuanto se relacionaba con él en el más profundo secreto durante ese período. Angeline accedió de buena gana (pues su amiga se hallaba lejos) a guardar silencio hasta que transcurriera el año; pero Faustina había regresado, y ella sentía el peso de aquel secreto en su conciencia. Pero no importaba: tenía que cumplir su palabra.

Ensimismada en sus pensamientos, había llegado al pie de la colina y empezaba a subir la ladera que conducía a la ciudad de Este cuando en los viñedos que bordeaban un lado del camino oyó un ruido... de pisadas... y una voz conocida que pronunciaba su nombre.

—¡Virgen Santa! ¡Ippolito! —exclamó—. ¿Es ésta tu promesa?

—Y ¿es éste tu recibimiento? —respondió él en tono de reproche—. ¡Qué cruel eres! Como no soy lo bastante frío para seguir alejado... como este último mes ha durado una intolerable eternidad, te alejas de mí... deseas que me vaya. Son ciertos, entonces, los rumores... ¡amas a otro! ¡Ah! Mi viaje no será en vano... descubriré quién es y me vengaré de tu falsedad.

Angeline le lanzó una mirada de asombro y desaprobación; pero guardó silencio y prosiguió su camino. Tenía miedo de romper su juramento, y que la maldición del cielo cayera sobre su unión. Decidió que nada le induciría a decir otra palabra; si seguía fiel a la promesa, perdonarían a Ippolito por haberla incumplido. Caminó muy deprisa, sintiéndose alegre y desgraciada al mismo tiempo... aunque esto no es exacto... lo que le embargaba era una felicidad sincera, absorbente; pero temía en cierto modo la cólera de su amado, y sobre todo las terribles consecuencias que podría tener la ruptura de su solemne voto. Sus ojos resplandecían de amor y de dicha, pero sus labios parecían sellados; y, resuelta a no decir nada, escondió el rostro bajo su *faziola*, para que él no pudiera verlo, y continuó andando con la vista clavada en el suelo. Loco de ira, vertiendo torrentes de reproches, Ippolito se mantuvo a su lado, ora reprochándole su infidelidad, ora jurando venganza, o describiendo y elogiando su propia constancia y su amor inalterable. Era un tema muy grato, aunque peligroso. Angeline tuvo la tentación de decirle más de mil veces que sus sentimientos no habían cambiado; pero logró reprimir ese deseo y, cogiendo el rosario en sus manos, empezó a rezar. Se acercaban a la ciudad y, consciente de que no podría persuadirla, Ippolito decidió finalmente alejarse de ella, afirmando que descubriría a su rival, y se vengaría por su crueldad e indiferencia. Angeline entró en el convento, corrió a su celda y, poniéndose de rodillas, pidió a Dios que perdonara a su amado por romper la promesa; luego, radiante de felicidad por la prueba que él le

había dado de su constancia, y recordando lo poco que faltaba para que su dicha fuera perfecta, apoyó la cabeza en sus brazos y se sumió en una especie de ensueño celestial. Había librado una amarga lucha resistiéndose a las súplicas del joven, pero sus dudas se habían disipado: él le había sido fiel y, en la fecha acordada, vendría a buscarla; y ella, que durante aquel largo año le había amado con ferviente, aunque callada, devoción, ¡se vería recompensada! Se sentía segura... agradecida al cielo... feliz. ¡Pobre Angeline!

Al día siguiente, Faustina fue al convento: las monjas se apiñaron a su alrededor. «*Quanto è bellina*», exclamó una. «*E tanta carina!*», dijo otra. «*S'è fatta la sposina?*»... ¿Está ya prometida en matrimonio?, preguntó una tercera. Faustina respondía con sonrisas y caricias, bromas inocentes y risas. Las monjas la idolatraban; y Angeline estaba a su lado, admirando a su encantadora amiga y disfrutando de los elogios que le prodigaban. Finalmente, Faustina tuvo que partir; y Angeline, tal como habían previsto, consiguió permiso para acompañarla.

—Puedes ir a la villa con Faustina, pero no quedarte allí a pasar la noche — señaló la priora, pues iba en contra de las reglas del convento.

Faustina suplicó, protestó y consiguió, mediante halagos, que dejara regresar a su amiga al día siguiente. Entonces iniciaron el regreso juntas, acompañadas de una vieja criada, una especie de señora de compañía. Mientras andaban, un caballero las adelantó a caballo.

—¡Qué guapo es! —exclamó Faustina—. ¿Quién será?

Angeline se puso roja como la grana, pues se dio cuenta de que era Ippolito. Él pasó a gran velocidad, y no tardaron en perderlo de vista. Estaban subiendo la ladera, y ya casi divisaban la villa, cuando les alarmó oír toda clase de gritos, berridos y bramidos, como si unas bestias salvajes o unos locos, o todos a la vez, hubieran escapado de sus guaridas y manicomios. Faustina palideció; y pronto su amiga estuvo tan asustada como ella, pues vio un búfalo, escapado de su yugo, que se lanzaba colina abajo, llenando el aire de rugidos, perseguido por un grupo de *contadini* chillando y dando alaridos... y enfilaba directamente hacia las dos amigas. La anciana acompañante exclamó: «*O, Gesu Maria!*» y se tiró al suelo. Faustina lanzó un grito desgarrador y cogió a Angeline por la cintura; ésta se puso delante de su aterrorizada amiga, dispuesta a afrontar ella todo el peligro para salvarla... y el animal se acercaba. En ese momento, el caballero bajó galopando la ladera, adelantó al búfalo y, dándose media vuelta, se enfrentó al animal salvaje con valentía. Con un bramido feroz, la bestia se desvió bruscamente a un lado y cogió un sendero que salía a la izquierda; pero el caballo, despavorido, se encabritó, arrojó el jinete al suelo y huyó a galope tendido colina abajo. El caballero quedó tendido en el suelo, completamente inmóvil.

Le llegó entonces el turno de gritar a Angeline; y ella y Faustina corrieron angustiadas hacia su salvador. Mientras esta última le daba aire con el enorme abanico verde que llevan las damas italianas para protegerse del sol, Angeline se

apresuró a ir a buscar agua. A los pocos minutos, el color volvió a las mejillas del joven, que abrió los ojos; y entonces vio a la hermosa Faustina e intentó levantarse. Angeline apareció en ese instante y, ofreciéndole agua en una calabaza, la acercó a sus labios. Él apretó su mano, y ella la retiró. Fue entonces cuando la anciana Caterina, extrañada de aquel silencio, empezó a mirar a su alrededor y, al ver que sólo estaban las dos jóvenes inclinadas sobre un hombre en el suelo, se levantó y fue a reunirse con ellas.

—¡Se está usted muriendo! —exclamó Faustina—. Me ha salvado la vida y se ha matado por ello.

Ippolito trató de sonreír.

—No, no me estoy muriendo —dijo—, pero estoy herido.

—¿Dónde? ¿Cómo? —gritó Angeline—. Mi querida Faustina, enviemos a buscar un carruaje y llevémosle a la villa.

—¡Oh, sí! —repuso Faustina—. Vamos, Caterina, corre... cuéntale a papá lo ocurrido... que un joven caballero se ha matado por salvarme la vida.

—No me he matado —le interrumpió Ippolito—; sólo me he roto el brazo y, tal vez, la pierna.

Angeline adquirió una palidez cadavérica y se dejó caer al suelo.

—Pero morirá antes de que consigamos ayuda —afirmó Faustina—; esa estúpida Caterina es más lenta que una tortuga.

—Iré yo a la villa —exclamó Angeline—, Caterina se quedará contigo y con Ip... *Buon Dio!* ¿Qué estoy diciendo?

Se alejó presurosa y dejó a Faustina abanicando a su amado, que volvió a sentirse muy débil. En seguida se dio la alarma en la villa, el señor conde envió a buscar un médico y ordenó que sacaran un colchón, entre cuatro hombres, para ir en ayuda de Ippolito. Angeline se quedó en la casa; por fin pudo abandonarse a sus sentimientos y llorar amargamente, abrumada por el miedo y el dolor.

—¿Oh, por qué rompería su promesa para ser castigado? ¡Ojalá pudiera yo expiar su culpa! —se lamentó.

No tardó, sin embargo, en recobrar el ánimo; y, cuando entraron con Ippolito, le había preparado la cama y había cogido las vendas que había creído necesarias. Pronto llegó el médico; y vio que el brazo izquierdo estaba claramente roto, pero que la pierna no había sufrido más que una contusión. Entonces redujo la fractura, sangró al paciente y, dándole una pócima para serenarle, ordenó que estuviera tranquilo. Angeline pasó toda la noche a su lado, pero Ippolito durmió profundamente y no se dio cuenta de su presencia. Jamás lo había amado tanto. Comprendió que su desgracia, sin duda fortuita, hacía honor al cariño que sentía por ella, y contempló su hermoso rostro, apaciblemente dormido.

«¡Que el cielo guarde al amante más leal que jamás haya bendecido las promesas de una joven», pensó.

A la mañana siguiente, Ippolito se despertó sin fiebre y muy animado. La herida

de la pierna apenas le dolía, y quería levantarse; recibió la visita del médico, quien le rogó que guardara cama un día o dos para evitar una infección, y le aseguró que se curaría antes si obedecía sus órdenes sin reservas. Angeline pasó el día en la villa, pero no volvió a verlo. Faustina no dejó de hablar de su valentía, heroísmo y simpatía. Ella era la heroína de la historia. El caballero había arriesgado su vida por ella; era ella a quien había salvado. Angeline sonrió un poco ante su egotismo y pensó que se sentiría humillada si le contaba la verdad; así que guardó silencio. Por la noche, se vio obligada a regresar al convento; ¿entraría a despedirse de Ippolito? ¿Era correcto? ¿No significaba romper su promesa? Y, sin embargo, ¿cómo resistirse a hacerlo? Así, pues, entró en la habitación y se acercó sigilosamente a él; Ippolito oyó sus pasos, levantó ilusionado la mirada y sus ojos reflejaron cierta decepción.

—¡Adiós, Ippolito! —dijo Angeline—. He de volver al convento. Si empeoras, ¡Dios nos libre!, vendré a cuidarte y atenderte, y moriré contigo; si te restableces, como parece ser la voluntad divina, antes de un mes te daré las gracias como mereces. ¡Adiós, querido Ippolito!

—¡Adiós, querida Angeline! Cuanto piensas es bueno y justo, y tu conciencia lo aprueba: no temas por mí. Siento mi cuerpo lleno de salud y de vigor, y, puesto que tú y tu dulce amiga estáis a salvo, ¡benditas sean las incomodidades y los dolores que sufro! ¡Adiós! Pero espera, Angeline, tan sólo unas palabras... mi padre, según he oído, se llevó a Camilla de vuelta a Bolonia el año pasado... ¿os escribís tal vez?

—Te equivocas, Ippolito; de acuerdo con los deseos del marqués, no hemos intercambiado ninguna carta.

—Has obedecido tanto en la amistad como en el amor... ¡qué bondadosa eres! Pero yo también quiero que me hagas una promesa... ¿la cumplirás con la misma firmeza que la de mi padre?

—Si no va en contra de nuestro voto...

—¡De nuestro voto! ¡Pareces una novicia! ¿Acaso nuestros votos tienen tanto valor? No, no va en contra de nuestro voto; sólo te pido que no escribas a Camilla o a mi padre, ni dejes que este accidente llegue a sus oídos. Les inquietaría inútilmente... ¿me lo prometes?

—Te prometo que no les enviaré ninguna carta sin tu permiso.

—Y yo confío en que serás fiel a tu palabra, de igual modo que lo has sido a tu promesa. Adiós, Angeline. ¡Cómo! ¿Te vas sin un beso?

La joven se apresuró a salir del cuarto para no ceder a la tentación; pues acceder a aquella demanda habría sido un quebrantamiento mucho mayor de su promesa que cualquiera de los ya perpetrados.

Regresó a Este, preocupada y, sin embargo, alegre; convencida de la lealtad de su amado y rezando fervorosamente para que no tardara en recuperarse. Durante varios días acudió regularmente a Villa Moncenigo para preguntar por su salud, y se enteró de que el joven mejoraba poco a poco; finalmente, le comunicaron que Ippolito tenía permiso para abandonar su habitación. Faustina le dio la noticia, con los ojos

brillantes de alegría. Hablaba sin cesar de su caballero, así le llamaba, y de la gratitud y admiración que sentía por él. Le había visitado a diario acompañada de su padre, y siempre tenía alguna nueva historia que contar sobre su ingenio, elegancia y amables cumplidos. Ahora que él podía reunirse con ellos en la sala, se sentía doblemente feliz. Después de recibir esa información, Angeline renunció a sus visitas diarias, ya que corría el peligro de encontrarse con su amado. Enviaba todos los días a alguien y tenía noticias de su restablecimiento; y todos los días recibía un mensaje de su amiga, invitándola a Villa Moncenigo. Pero ella se mantuvo firme: sentía que obraba bien. Y, aunque temía que él estuviera enfadado, sabía que trascurridos quince días —lo que quedaba del mes— podría expresarle sus verdaderos sentimientos; y, como él la amaba, la perdonaría en seguida. No llevaba ningún peso en el corazón, nada que no fuera gratitud y alegría.

Todos los días, Faustina le suplicaba que fuera y, aunque sus ruegos se volvieron cada vez más apremiantes, Angeline siguió dándole excusas. Una mañana su joven amiga entró atropelladamente en su celda para llenarla de reproches y mostrarle su extrañeza por su ausencia. Angeline se vio obligada a prometer que la visitaría; y entonces se interesó por el caballero, a fin de descubrir cuál era la mejor hora para evitar su encuentro. Faustina se sonrojó... un adorable rubor se extendió por todo su rostro mientras exclamaba:

—¡Oh, Angeline! ¡Quiero que vengas por él!

Angeline enrojeció a su vez, temiendo que Ippolito hubiera traicionado su secreto, y se apresuró a decir:

—¿Te ha dicho algo?

—Nada —respondió alegremente su amiga—; por eso te necesito. ¡Oh, Angeline! Papá me preguntó ayer si Ippolito me gustaba, y añadió que, si su padre lo aprobaba, no veía ninguna razón por la que no pudiéramos casarnos. Tampoco yo... pero ¿me querrá él? Oh, si no me ama, no dejaré que se hable del asunto, ni que pregunten a su padre... ¡no me casaría con él por nada del mundo!

Y los ojos de la delicada joven se llenaron de lágrimas, y se arrojó a los brazos de Angeline.

«Pobre Faustina —pensó su amiga—, ¿seré yo la causante de su sufrimiento?»

Y empezó a acariciarla y a besarla con palabras cariñosas y tranquilizadoras. Faustina prosiguió. Estaba convencida, dijo, de que Ippolito la amaba. Angeline se sobresaltó al oír su nombre así pronunciado por otra mujer; y palideció y se estremeció mientras se esforzaba por no traicionarse a sí misma. El joven no daba demasiadas muestras de amor, pero parecía tan feliz cuando ella entraba, e insistía tanto en que se quedara... y luego sus ojos...

—¿En alguna ocasión te ha dicho algo de mí? —inquirió Angeline.

—No... ¿por qué iba a hacerlo? —replicó Faustina.

—Me salvó la vida —contestó su amiga, ruborizándose.

—¿De veras? ¿Cuándo? ¡Oh, sí, ahora lo recuerdo! Sólo pensaba en mí; pero lo

cierto es que tu peligro fue tan grande... no, más grande, pues me protegiste con tu cuerpo. Mi amiga del alma, no soy una desagradecida, aunque Ippolito me vuelva tan olvidadiza...

Todo esto sorprendió, mejor dicho, dejó estupefacta a Angeline. No dudó de la fidelidad de su amado, pero temió por la felicidad de su amiga, y cualquier idea que se le ocurría daba paso a ese sentimiento... Prometió visitar a Faustina aquella misma tarde.

Y ahí está de nuevo, subiendo lentamente la colina, con el corazón encogido a causa de Faustina, confiando en que su amor repentino y no correspondido no comprometa su felicidad futura. Al doblar una curva, cerca de la villa, oyó que la llamaban; y, cuando levantó los ojos, volvió a contemplar, asomado a la balaustrada, el rostro sonriente de su hermosa amiga; e Ippolito estaba junto a ella. El joven se sobresaltó y dio un paso atrás cuando sus miradas se encontraron. Angeline había ido decidida a ponerle en guardia, y estaba ideando el mejor modo de explicarle las cosas sin comprometer a su amiga. Fue una labor inútil; cuando entró en el salón, Ippolito se había marchado, y no volvió a aparecer.

«No querrá romper su promesa», pensó Angeline.

Pero se quedó terriblemente angustiada por su amiga, y muy confusa. Faustina sólo podía hablar de su caballero. Angeline estaba llena de remordimientos, y no sabía qué hacer. ¿Debía revelar la situación a su amiga? Quizá fuera lo mejor, y, sin embargo, le parecía muy difícil; además, a veces tenía casi la sospecha de que Ippolito la había traicionado. El pensamiento venía acompañado de un dolor punzante que luego desaparecía, hasta que creyó enloquecer, y fue incapaz de dominar su voz. Regresó al convento más inquieta y acongojada que nunca.

Visitó la villa en dos ocasiones, e Ippolito volvió a eludirla; y el relato de Faustina sobre el modo en que él la trataba se tornó más inexplicable. Una y otra vez, el miedo de haberlo perdido la atormentó; y de nuevo se tranquilizó a sí misma pensando que su alejamiento y su silencio eran debidos al juramento, y que su misterioso comportamiento con Faustina sólo existía en la imaginación de la joven. No dejaba de dar vueltas al modo en que debía comportarse, mientras el apetito y el sueño la abandonaban; finalmente, cayó demasiado enferma para ir a la villa y, durante dos días, se vio obligada a guardar cama. En aquellas horas febriles, sin fuerzas para moverse, y desconsolada por la suerte de Faustina, tomó la decisión de escribir a Ippolito. Él se negaría a verla, así que no tenía otro modo de comunicarse. Su promesa lo prohibía, pero la habían roto ya de tantas maneras... Además, no lo hacía por ella, sino por su querida amiga. Pero, ¿qué pasaría si su carta llegaba a manos extrañas? ¿Y si Ippolito pensaba abandonarla por Faustina? Entonces el secreto quedaría enterrado para siempre en su corazón. Por ese motivo, resolvió escribir su misiva sin que nada la traicionara ante una tercera persona. No fue una tarea fácil, pero finalmente la llevó a cabo.

El señor caballero sabría disculparla, confiaba. Ella era... siempre había sido como una madre para la señorita Faustina... la amaba más que a su vida. El señor caballero estaba actuando, quizá, de un modo irreflexivo. ¿Comprendía sus palabras? Y, aunque no tuviese ninguna intención, la gente haría conjeturas. Todo cuanto le pedía era permiso para escribir a su padre, a fin de que aquella situación de incertidumbre y misterio terminara lo antes posible.

Angeline rompió diez notas... y, aunque no estaba satisfecha con esta última, la cerró; y luego se arrastró fuera de la cama para enviarla inmediatamente por correo.

Aquel acto de valentía tranquilizó su ánimo, y fue muy beneficioso para su salud. Al día siguiente se sentía tan bien que decidió ir a la villa para descubrir el efecto que había producido su carta. Con el corazón palpitante, subió la ladera y, al doblar la curva de siempre, levantó la mirada. No había ninguna Faustina en la balaustrada. Y no era de extrañar, pues nadie la esperaba; sin embargo, sin saber por qué, se sintió muy desgraciada y los ojos se le llenaron de lágrimas.

«Si pudiera ver a Ippolito un momento... y él me diera la más pequeña explicación, ¡todo se arreglaría!», caviló.

Con esos pensamientos llegó a la villa y entró en el salón. Oyó unos pasos rápidos, como si alguien huyera de ella. Faustina estaba sentada delante de una mesa leyendo una carta... sus mejillas rojas como la grana, su pecho palpitando de agitación. El sombrero y la capa de Ippolito se hallaban a su lado, e indicaban que acababa de abandonar precipitadamente la estancia. La joven se volvió... divisó a Angeline... sus ojos despidieron fuego... y arrojó la misiva que estaba leyendo a los pies de su amiga; Angeline comprendió que era la suya.

—¡Cógela! —dijo Faustina—. Te pertenece. Por qué motivo la has escrito... y qué significa... es algo que no preguntaré. Ha sido algo despreciable por tu parte, además de inútil, te lo aseguro... No soy alguien que entregue su corazón antes de que se lo pidan, ni que pueda ser rechazada cuando mi padre me ofrece en matrimonio. Coge tu carta, Angeline. ¡Oh! ¡Yo nunca creí que te comportarías así conmigo!

Angeline seguía allí como si la escuchara, pero no oía una sola palabra; completamente inmóvil... las manos enlazadas con fuerza, los ojos anegados en lágrimas y fijos en su carta.

—Te digo que la cojas —exclamó Faustina con impaciencia, dando una patada en el suelo con su pequeño pie—; ha llegado demasiado tarde, fueran cuales fueran tus intenciones. Ippolito ha escrito a su padre pidiéndole su consentimiento para nuestra boda; mi padre también lo ha hecho.

Angeline se estremeció y miró con ojos desorbitados a su amiga.

—¡Es cierto! ¿Acaso lo dudas? ¿Quieres que llame a Ippolito para que confirme

mis palabras?

Faustina se dirigió a ella exultante. Angeline, muda de espanto, se apresuró a coger la carta; y abandonó la sala... y la casa, bajó la colina y regresó al convento. Con el corazón al rojo vivo, sintió su cuerpo poseído por un espíritu que no era el suyo: no lloraba, pero sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas... y sus miembros se contraían espasmódicamente. Corrió a su celda, se arrojó al suelo, y entonces pudo estallar en llanto; después de derramar torrentes de lágrimas, consiguió rezar, y más tarde... cuando recordó que su sueño de felicidad había terminado para siempre, deseó la muerte.

A la mañana siguiente, abrió los ojos de mala gana y se levantó. Era de día; y todos debían levantarse y seguir adelante, y ella entre los demás, aunque el sol ya no brillase como antes y el dolor convirtiera su vida en un tormento. No pudo evitar sobresaltarse cuando, poco después, le informaron de que un caballero deseaba verla. Buscó refugio en un rincón, y rehusó bajar al locutorio. La portera regresó un cuarto de hora más tarde. El joven se había marchado, pero le había escrito una nota; y le entregó la misiva. Estaba sobre la mesa, delante de Angeline... pero le traía sin cuidado abrirla... todo había terminado, y no necesitaba aquella confirmación. Finalmente, muy despacio, y no sin esfuerzo, rompió el sello. Estaba fechada el día en que expiraba el año. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y entonces nació en su corazón la cruel esperanza de que todo fuera un sueño, y de que ahora que la Prueba de Amor llegaba a su fin, él la reclamara como suya. Empujada por esta incierta suposición, se enjugó las lágrimas y leyó las siguientes palabras:

He venido a excusarme por mi bajeza. Rehúsas verme y yo te escribo; pues, aunque siempre seré un hombre despreciable para ti, no pareceré peor de lo que soy. Recibí tu carta en presencia de Faustina y ella reconoció tu letra. Conoces bien su obstinación, su impetuosidad; no pude impedir que me la arrebatara. No añadiré nada más. Debes de odiarme; y, sin embargo, tendrías que compadecerme, pues soy muy desdichado. Mi honor está ahora comprometido; todo terminó antes de que yo empezara a ser consciente del peligro... pero ya no se puede hacer nada. No encontraré la paz hasta que me perdones, y, sin embargo, merezco tu maldición. Faustina no sabe nada de nuestro secreto. Adiós.

El papel cayó de las manos de Angeline.

Sería inútil describir los diversos sufrimientos que soportó la infortunada joven. Su piedad, resignación y carácter noble y generoso acudieron en su ayuda, y le sirvieron de apoyo cuando sentía que sin ellos podía morir. Faustina le escribió para decirle que le hubiera gustado verla, pero que Ippolito era reacio a la idea. Habían

recibido la respuesta del marqués de la Toretta, un feliz consentimiento; pero el anciano se hallaba enfermo y todos se marchaban a Bolonia. A la vuelta, hablarían.

Su partida ofreció cierto consuelo a la desdichada joven. Y no tardó en prodigárselo también una carta del padre de Ippolito, llena de alabanzas de su conducta. Su hijo se lo había confesado todo, escribía; ella era un ángel... el cielo la premiaría, pero su recompensa sería aun mayor si se dignaba perdonar a su infiel enamorado. Responder a esa misiva alivió el dolor de la joven, que desahogó su pena y los pensamientos que la atormentaban escribiéndola. Perdonó de buen grado a Ippolito, y rezó para que él y su adorable esposa gozaran de todas las bendiciones.

Ippolito y Faustina contrajeron matrimonio y pasaron dos o tres años en París y en el sur de Italia. Ella fue inmensamente feliz al principio; pero pronto el mundo cruel y el carácter ligero e inconstante de su marido infligieron mil heridas en su joven corazón. Echaba de menos la amistad y la comprensión de Angeline; apoyar la cabeza en su pecho y ser consolada por ella. Propuso una visita a Venecia, Ippolito accedió y, de camino, pasaron por Este. Angeline había tomado el hábito en el convento de Santa Anna. Se sintió muy complacida, por no decir feliz, de su visita; escuchó con gran sorpresa las penas de Faustina, y se esforzó por consolarla. También vio a Ippolito con enorme serenidad, pues sus sentimientos habían cambiado; no era el ser que ella había amado, y comprendió que, de haberse casado con él, con su profunda sensibilidad y sus elevadas ideas sobre el honor, se habría sentido incluso más decepcionada que Faustina.

La pareja llevó la vida que suelen llevar los matrimonios italianos. Él era amante de las diversiones, inconstante, despreocupado; ella se consolaba con un *cavaliere servente*. Angeline, consagrada a Dios, se asombraba de todo aquello; y de que alguien pudiera cambiar con tanta ligereza sus afectos, para ella tan sagrados e inmutables.

Por fin se hace justicia

Elizabeth Gaskell

El doctor Brown era pobre y tenía que abrirse camino en la vida. Había ido a estudiar medicina en Edimburgo, y su entrega, aptitudes y buena conducta habían hecho que los profesores se fijaran en él. En cuanto lo conocían las damas de sus familias, la figura atractiva y los modales encantadores del joven le convertían en el favorito de todas; y quizá ningún otro estudiante recibía tantas invitaciones a veladas y bailes, o era elegido con tanta frecuencia para ocupar el lugar que había quedado vacante a última hora en una mesa. Nadie sabía quién era, o de dónde venía; pues no tenía familia cercana, como había explicado él en un par de ocasiones; así que ningún pariente de humilde cuna o baja condición podía importunarle. Cuando llegó a la universidad, estaba de luto por su madre.

Margaret, la sobrina del profesor Frazer, recordó esto a su tío una mañana en su estudio, mientras le contaba con voz suave y decidida que, la noche anterior, el doctor James Brown le había pedido que se casara con él... que ella había aceptado... y que él pensaba visitar al profesor Frazer (que, además de tío, era su tutor) esa misma mañana, a fin de obtener su consentimiento para el compromiso. El profesor fue absolutamente consciente, por la actitud de Margaret, de que su aprobación no era más que una mera formalidad, pues la joven ya había tomado la decisión; y había tenido más de una oportunidad para comprobar lo testaruda que ella podía llegar a ser. No obstante, corría la misma sangre por sus venas, y él defendía sus opiniones con el mismo empeñamiento. De ahí que, con frecuencia, tío y sobrina discutieran con cierta crudeza sin cambiar ni un ápice sus respectivas opiniones. Precisamente esta vez, el profesor Frazer no podía callarse.

—Entonces, Margaret, te instalarás discretamente como una mendiga, pues ese joven Brown apenas tiene dinero para poder contraer matrimonio; tú, que podrías ser lady Kennedy si quisieras.

—No podría, tío.

—¡No digas tonterías, niña! Sir Alexander es un hombre muy agradable... de mediana edad, si quieres... Pero supongo que una mujer obstinada tiene que salirse con la suya; aunque, si yo hubiera sabido que ese joven entraba en mi casa a hurtadillas para conseguir por medio de halagos que le quisieras, me habría asegurado de que estuviera a suficiente distancia para que tu tía no le invitara a cenar. Sí, puedes refunfuñar; pero ningún caballero habría venido a mi casa para conquistar el cariño de mi sobrina sin informarme antes de sus intenciones y pedirme permiso.

—El doctor Brown es un caballero, tío Frazer, piense lo que piense de él.

—Eso crees... eso crees. Pero, ¿a quién le importa la opinión de una jovencita locamente enamorada? Es un muchacho guapo y persuasivo, con buenos modales. Y no pretendo negar su talento. Pero hay algo en él que nunca me ha gustado, y ahora entiendo por qué. Y sir Alexander... ¡Está bien, está bien! Tu tía se sentirá decepcionada contigo, Margaret. Pero siempre has sido una criatura obstinada. ¿Te ha contado alguna vez ese Jamie Brown quiénes eran sus padres, a qué se dedicaban o de dónde viene? Y no pregunto por sus antepasados, no tiene aire de haberlos tenido nunca; y tú, ¡una Frazer de Lovat! ¡Vergüenza debiera darte, Margaret! ¿Quién es ese Jamie Brown?

—James Brown, doctor en medicina por la Universidad de Edimburgo: un joven bueno e inteligente, a quien quiero con todo el alma —respondió Margaret, enrojeciendo.

—¡Vaya! ¿Te parece que es forma de hablar para una jovencita? ¿De dónde procede? ¿Quiénes son sus parientes? Si no me da suficiente información sobre su familia y sus perspectivas, le echaré fuera de esta casa, Margaret; puedes estar segura.

—Tío —sus ojos estaban llenos de lágrimas de indignación—, soy mayor de edad; usted sabe que es bueno e inteligente; de otro modo, no le habría invitado tan a menudo a su casa. Me caso con él, no con su familia. Es huérfano. No creo que siga en contacto con ningún pariente. No tiene hermanos ni hermanas. Me da igual su procedencia.

—¿Qué era su padre? —inquirió el profesor Frazer con frialdad.

—No lo sé. ¿Por qué he de husmear en los detalles de su familia, y preguntar quién era su padre, cuál era el nombre de soltera de su madre y cuándo se casó su abuela?

—Sin embargo, recuerdo haber oído a Margaret Frazer hablar en favor de una larga línea de respetables antepasados.

—Había olvidado los nuestros, supongo, cuando pronuncié esas palabras. Simon, lord Lovat, ¡un encomiable tío abuelo de los Frazer! Si las historias son ciertas, debería haber sido ahorcado por delincuente, y no decapitado como un caballero leal.

—¡Oh! Si estás decidida a ensuciar tu propio nido, he terminado. Que entre James Brown; me inclinaré ante él y le daré las gracias por dignarse contraer matrimonio con una Frazer.

—Tío —dijo Margaret, llorando a lágrima viva—, ¡no quiero que nos separemos enfadados! Los dos nos queremos mucho. Ha sido usted muy bueno conmigo, y la tía también. Pero he dado mi palabra al doctor Brown, y debo mantenerla. Le amaría aunque fuera el hijo de un campesino. No esperamos ser ricos; pero él tiene ahorrados algunos cientos de libras para empezar, y yo tengo mis cien libras anuales...

—Bueno, bueno, niña, ¡no llores! Lo has dispuesto todo, al parecer; así que me lavo las manos. Me eximo de cualquier responsabilidad. Le contarás a tu tía lo que has acordado con el doctor Brown sobre vuestra boda; y haré lo que desees en este asunto. Pero ¡que no entre ese joven a pedirme el consentimiento! Ni se lo daré, ni se

lo quitaré. Las cosas habrían sido muy diferentes si se hubiera tratado de sir Alexander.

—¡Oh, tío Frazer! ¡No diga usted eso! Reciba al doctor Brown y, por lo menos... hágalo por mí... dígame que está de acuerdo. ¡Déjeme que sea un poco suya! Es tan triste decidir sola en un momento así, como si no tuviera familia y nadie se preocupara de mí.

Abrieron la puerta de golpe y anunciaron al doctor Brown. Margaret se marchó a toda prisa; y, antes de que pudiera darse cuenta, el profesor había dado una especie de consentimiento sin preguntar nada al afortunado joven, que corrió a buscar a su prometida y dejó al tío rezongando.

Lo cierto es que el profesor Frazer y su mujer se oponían tan enérgicamente al compromiso de Margaret que no podían evitar que se notara tanto en su actitud como en lo que ésta sugería; aunque tenían la delicadeza de guardar silencio. Pero Margaret percibía incluso con más intensidad que su prometido que éste no era bienvenido en la casa. La alegría que le producían sus visitas se veía anulada por el sentimiento de frialdad con que era recibido, y cedió de buena gana al deseo del doctor Brown de que el noviazgo fuera corto; lo que no era en absoluto su plan inicial: esperar hasta que él tuviera una consulta en Londres y sus ingresos convirtieran el matrimonio en un paso prudente. El profesor Frazer y su mujer ni se opusieron ni lo aprobaron. Margaret hubiera preferido la oposición más vehemente a aquella gélida frialdad. Pero ésta la hizo volverse con mayor cariño hacia su afectuoso y comprensivo enamorado. No es que hubiera hablado con él sobre el comportamiento de sus tíos. Mientras no pareciera darse cuenta de éste, no le diría nada. Además, el profesor y su mujer llevaban tanto tiempo ocupándose de ella como unos padres que no se creyó con derecho a dejar que un extraño los enjuiciara.

De modo que realizó más bien con tristeza los preparativos de su futuro *ménage* con el doctor Brown, sin poder beneficiarse de la sabiduría y experiencia de su tía. Pero Margaret era una joven sensata y prudente. A pesar de gozar de unas comodidades muy cercanas al lujo en casa de su tío, podía prescindir de ellas sin pesar si era necesario. Cuando el doctor Brown partió a Londres para buscar y preparar su nuevo hogar, ella le pidió que sólo hiciera los arreglos más imprescindibles para recibirla. Se ocuparía personalmente de organizar lo que faltaba a su llegada. Él tenía algunos muebles viejos de su madre en un almacén. Le propuso venderlos para comprar otros nuevos, pero Margaret le convenció de que no lo hiciera; los aprovecharían mientras durasen. El servicio doméstico de los recién casados iba a consistir en una mujer escocesa que llevaba mucho tiempo vinculada a la familia Frazer, y que sería la única criada, y en un hombre que el doctor Brown había contratado en Londres, poco después de instalarse en la casa... un hombre llamado Crawford que había vivido muchos años con un caballero ahora residente en el extranjero, que le había dado la mejor de las recomendaciones cuando el doctor Brown le preguntó por él. Crawford había realizado los trabajos más variados para

ese caballero, así que sabía hacer de todo; y el doctor Brown, en todas sus cartas a Margaret, tenía alguna nueva maravilla que contar de su criado. Y se explayaba en ellas con entusiasmo, pues la joven había puesto ligeramente en duda la conveniencia de empezar su vida con un criado; aunque se había dejado convencer por los argumentos del doctor Brown sobre la necesidad de tener una apariencia respetable, ofrecer una buena imagen, etc... ante cualquier persona necesitada de acudir a su consulta, que pudiera desanimarse al ver a la anciana Christie fuera de la cocina, y se negara a dejar algún recado en manos de una persona que hablase un inglés tan ininteligible. Crawford era tan buen carpintero que podía poner baldas, ajustar bisagras defectuosas, arreglar cerraduras, e incluso llegó a construir una caja con algunos tablones viejos de un cajón de embalaje. Crawford, un día en que su señor había estado demasiado ocupado para salir a cenar, había improvisado una tortilla tan deliciosa como cualquiera de las que el doctor Brown había probado en París cuando estudiaba allí. En pocas palabras, Crawford, a su modo, era una especie de Admirable Crichton^[*], y Margaret se convenció de que la decisión del doctor Brown de tener un criado era correcta, incluso antes de ser recibida respetuosamente por Crawford, cuando éste abrió la puerta de su nuevo hogar a los recién casados después de su breve luna de miel.

El doctor Brown tenía miedo de que Margaret encontrara la casa triste e inhóspita en aquel estado a medio amueblar; pues había seguido sus instrucciones y sólo había comprado lo imprescindible, aparte de las pocas cosas que había heredado de su madre. Su consulta (¡qué grandilocuente sonaba!) estaba en perfecto orden, preparada para recibir a los pacientes que pasaran por allí; y todo estaba calculado para causar una buena impresión. Había una alfombra turca que había pertenecido a su madre, y que estaba lo bastante gastada para tener ese aire de respetabilidad que adquiere el mobiliario cuando no parece recién comprado sino una herencia familiar. Y esa atmósfera impregnaba toda la estancia: la mesa de la biblioteca (comprada de segunda mano, debe confesarse), el escritorio (que había sido de su madre), las sillas de cuero (tan heredadas como la mesa de la biblioteca), las estanterías que Crawford había colocado para los libros de medicina, un buen grabado en las paredes, convertían la habitación en un lugar tan agradable que tanto el doctor como la señora Brown pensaron, por lo menos aquella noche, que la pobreza ofrecía las mismas comodidades que la opulencia. Crawford se había tomado la libertad de poner algunas flores en el cuarto —su humilde modo de dar la bienvenida a la señora—, flores tardías de otoño, mezclando la idea del verano con la del invierno, que latía en el brillante fuego de la chimenea. Christie les subió unos deliciosos bollos con el té; y la señora Frazer había suplido su falta de cordialidad, lo mejor que pudo, con una provisión de mermelada y piernas de cordero. El doctor Brown no se quedó tranquilo hasta que no enseñó a Margaret, con voz lastimera, todas las habitaciones que quedaban por amueblar... todo lo que faltaba por hacer. Pero la joven se rió de su temor de que ella se sintiera decepcionada con su nuevo hogar; y afirmó que nada le

agradaría tanto como planificar y arreglar su interior, y que, con su habilidad para la tapicería y la de Crawford para la carpintería, los cuartos se amueblarían casi por arte de magia, sin que llegara ninguna factura, algo normalmente vinculado al confort. Pero con la mañana y la luz del día volvió la preocupación del doctor Brown. Veía y deploraba todas las grietas del techo, todas las pequeñas manchas del empapelado, y no por él sino por Margaret. No podía dejar de comparar el hogar que él le había ofrecido con el que ella había abandonado. Parecía tener constantemente miedo de que ella se hubiese arrepentido o se arrepintiera de haberse casado con él. Aquella inquietud enfermiza era el único inconveniente de su inmensa felicidad; y, para ponerle fin, Margaret se vio inducida a gastar más de lo que se había propuesto en un principio. Compraba este artículo en lugar de aquél porque su marido, si la acompañaba, parecía sumamente desgraciado si sospechaba que ella se privaba del menor deseo por ahorrar. La joven aprendió a eludir su compañía al salir de compras; pues le resultaba muy sencillo elegir el objeto más barato, aunque fuera el más feo, si estaba sola, y no tenía que soportar la mirada de mortificación de su marido cuando le decía tranquilamente al vendedor que no podía permitirse comprar esto o aquello. Al salir de una tienda después de una escena así, el doctor Brown le había dicho:

—¡Oh, Margaret! No debería haberme casado contigo. Tienes que perdonarme... Te quiero tanto.

—¿Perdonarte, James? —exclamó ella—. ¿Por hacerme tan feliz? ¿Qué te hace pensar que me gusta más el reps que el otomán? No vuelvas a hablar así, te lo ruego.

—¡Oh, Margaret! Pero no olvides que te he pedido que me perdones.

Crawford era todo lo que él le había prometido, y más de lo que podía desear. Era la mano derecha de Margaret en todos sus pequeños planes domésticos, lo que de algún modo irritaba bastante a Christie. La enemistad entre los dos criados era sin duda lo más incómodo de su vida hogareña. Crawford se sentía superior porque conocía mejor Londres, porque disfrutaba del favor de la señora en el piso de arriba, porque estaba en su poder ayudarla, lo que suponía gozar del privilegio de ser consultado con frecuencia. Christie estaba siempre suspirando por Escocia y lanzando indirectas sobre el modo en que Margaret descuidaba a una persona que la había seguido a un país extranjero, para convertir en su favorito a un desconocido que, además, no era trigo limpio, aseguraba a veces. Pero como nunca esgrimió la menor prueba de sus vagas acusaciones, Margaret prefirió no hacerle preguntas, y las atribuyó a los celos de su compañero, que ella se esforzaba por paliar. Por lo general, sin embargo, las cuatro personas que formaban aquella familia convivían en tolerable armonía. El doctor Brown estaba más que satisfecho con su casa, con sus criados, con sus perspectivas profesionales y, sobre todo, con su pequeña y animosa mujer. A Margaret, de vez en cuando, le sorprendían ciertos estados de ánimo de su marido; pero esto no debilitaba su cariño, sino que despertaba su compasión por lo que ella creía recelos y sufrimientos patológicos; se trataba de una compasión dispuesta a convertirse en simpatía, tan pronto como pudiera descubrir alguna causa real que

justificara aquel abatimiento que en ocasiones le invadía. Christie no fingía que Crawford le disgustaba, pero, como Margaret se negaba a escuchar sus protestas y sus quejas sobre el asunto, y el propio Crawford estaba deseoso de conseguir que la anciana escocesa tuviera una buena opinión de él, no llegó a producirse ninguna ruptura entre ambos. Grosso modo, el famoso y afortunado doctor Brown parecía el miembro más atribulado de la familia. Y no podía deberse a cuestiones económicas. Por uno de esos golpes de suerte que a veces allanan las dificultades de un hombre y lo conducen a un lugar seguro, había progresado mucho en su profesión; y probablemente sus ingresos por el ejercicio de la medicina confirmaban las expectativas que Margaret y él habían concebido en los momentos más optimistas.

Pero debo extenderme más en este asunto.

Margaret tenía una renta de algo más de cien libras anuales. A veces sus dividendos habían ascendido a ciento treinta o ciento cuarenta libras; pero no se atrevía a confiar en ello. Al doctor Brown le quedaban mil setecientas libras de las tres mil que le había dejado su madre; y aún tenía que pagar parte del mobiliario, ya que, a pesar de la insistencia de Margaret, no les habían enviado todas las facturas en el momento de la compra. Éstas llegaron una semana antes de que se produjeran los sucesos que voy a relatar. Por supuesto su importe era más elevado de lo que incluso la prudente Margaret había esperado, y se sintió algo preocupada al ver lo mucho que les costaría liquidar la deuda. Pero, por extraño y contradictorio que pueda parecer, y tal como había observado a menudo, ninguna causa real de inquietud o decepción parecía afectar la alegría de su marido. Se rió de su consternación, hizo tintinear la recaudación del día en sus bolsillos, la contó delante de ella, y calculó sus probables ingresos anuales basándose en ese día. Margaret cogió las guineas y las llevó en silencio a su *secrétaire* del piso de arriba; pues había aprendido el difícil arte de disimular sus preocupaciones domésticas en presencia de su marido. Cuando regresó, se mostró animada, aunque seria. El doctor Brown había cogido las facturas en su ausencia y las había sumado.

—Doscientas treinta y seis libras —dijo retirando las cuentas, a fin de dejar sitio para el té que les traía Crawford—. Tampoco es tanto. Pensé que sería mucho más. Mañana iré a la City y venderé algunas acciones para que tu pobre corazoncito se tranquilice. Y no me pongas menos azúcar en el té esta noche para ayudar al pago de esas facturas. Es mejor ganar que ahorrar, y estoy ganando a una notoria velocidad. Sírreme un buen té, Maggie, pues he tenido un buen día de trabajo.

Estaban sentados en la consulta del doctor Brown con el fin de ahorrar combustible. Para aumentar el desasosiego de Margaret, aquella noche la chimenea humeaba. Se había mordido la lengua para no decir nada al respecto, pues recordaba el viejo refrán sobre una chimenea humeante y una mujer gruñona; pero estaba demasiado irritada por las bocanadas de humo que llegaban hasta su bonita labor blanca, y pidió a Crawford, en un tono más severo de lo habitual, que se ocupara de avisar a un deshollinador. A la mañana siguiente, todo parecía haberse arreglado. El

doctor Brown la había convencido de que su situación financiera continuaba siendo buena, el fuego ardía alegremente mientras desayunaban, y el sol brillaba de modo inusitado en las ventanas. A Margaret le sorprendió oír que Crawford no había podido encontrar a nadie que limpiase la chimenea esa mañana, pero éste le comunicó que había tratado de colocar mejor el carbón para que, al menos ese día, su señora no sufriera ninguna molestia; a la mañana siguiente, conseguiría sin falta un deshollinador. Margaret le dio las gracias y aprobó su plan de hacer una limpieza general del cuarto; y lo hizo en seguida, pues era consciente de que le había hablado con dureza la noche anterior. Decidió pagar todas las facturas y hacer algunas visitas un poco alejadas a la mañana siguiente; y su marido prometió ir a la City y proporcionarle el dinero.

Así lo hizo. Le mostró los billetes aquella tarde y los guardó bajo llave en su escritorio durante la noche: y, por la mañana, ¡los billetes habían desaparecido! Habían desayunado en la salita trasera o comedor a medio amueblar. Una mujer de la limpieza se hallaba fregando la sala delantera después de la marcha de los deshollinadores. El doctor Brown se dirigió a su escritorio, y salió del comedor cantando una vieja melodía escocesa. Tardaba tanto en regresar que Margaret fue a buscarlo. Lo encontró sentado en la silla más cercana al escritorio, con la cabeza apoyada en él; y su actitud revelaba el más profundo abatimiento. No pareció oír los pasos de Margaret, mientras ella se abría camino entre las alfombras enrolladas y la pila de sillas. Se vio obligada a tocarle en el hombro antes de conseguir que se moviera.

—¡James, James! —exclamó asustada.

Él la miró casi como si no la conociera.

—¡Oh, Margaret! —dijo, y cogió sus manos y escondió el rostro en su cuello.

—¿Qué ocurre, amor mío? —preguntó la joven, pensando que había enfermado de repente.

—Alguien ha abierto mi escritorio ayer por la noche —gimió sin levantar la mirada ni hacer el menor movimiento.

—Y ha cogido el dinero —añadió Margaret, comprendiendo al instante lo ocurrido.

Era un golpe muy duro; una gran pérdida, mucho mayor que las escasas libras que, en las facturas, habían excedido sus cálculos... y, sin embargo, tenía la sensación de que podía sobrellevarla mejor.

—¡Vaya por Dios! —prosiguió—. Es terrible; pero, después de todo... ¿sabes? —dijo, tratando de levantarle la cabeza para infundirle con la mirada todo el aliento de sus ojos dulces y sinceros—. Al principio creí que estabas gravemente enfermo, y las incertidumbres más espantosas pasaron por mi imaginación... Me siento tan aliviada de que sólo sea cuestión de dinero...

—¡Sólo dinero! —repitió él tristemente, rehuyendo su mirada, como si no pudiera soportar que viera cuánto le dolía.

—Después de todo —exclamó animada—, no puede haber ido muy lejos. Ayer por la noche, estaba aquí. El deshollinador... tenemos que enviar a Crawford inmediatamente a la policía. ¿No anotaste la numeración de los billetes? —preguntó mientras tocaba la campanilla.

—No; sólo iban a estar una noche en nuestro poder —señaló.

—Tienes razón.

La mujer de la limpieza apareció en la puerta con su cubo de agua caliente. Margaret observó su rostro, como si quisiera leer en él culpabilidad o inocencia. Era una protegida de Christie, que no era nada propensa a pronunciarse a favor de otra persona, y sólo lo hacía si tenía buenos motivos; una viuda honrada y decente con una familia numerosa que mantener... o al menos eso le habían contado a Margaret cuando la contrató, y parecía ser cierto. A pesar de su traje mugriento —pues no podía gastar tiempo ni dinero en su limpieza—, tenía una tez saludable y cuidada, un aire franco y eficiente, y no pareció inmutarse ni sorprenderse al ver al doctor y a la señora Brown en medio de la habitación, perplejos y afligidos. Continuó su trabajo sin prestarles la menor atención. Las sospechas de Margaret recayeron con más fuerza sobre el deshollinador; pero no podía andar muy lejos, los billetes no podían haber entrado en circulación. Un hombre así no podía haber gastado esa suma en tan poco tiempo; y la recuperación del dinero era su primer y único objetivo. Apenas pensaba en las obligaciones posteriores, como la persecución del delincuente y otras consecuencias del delito. Mientras ella concentraba todas sus energías en la rápida recuperación del dinero, revisando mentalmente los pasos que debían dar, su marido seguía completamente desmadejado en la silla, incapaz de colocar sus miembros en una posición que exigiera el menor esfuerzo; su rostro hundido, desconsolado, anunciaba esas arrugas que un disgusto repentino marca en los semblantes más jóvenes y tersos.

—¿Dónde estará Crawford? —dijo Margaret, tocando la campanilla de nuevo con vehemencia—. ¡Oh, Crawford! —exclamó al verlo aparecer por la puerta.

—¿Ha ocurrido algo? —interrumpió él, como si la violencia de sus llamadas lo hubiera alarmado hasta hacerle perder su calma habitual—. Había ido a la vuelta de la esquina con la carta que el señor me dio ayer por la noche para el correo y, al volver, me ha dicho Christie que habían tocado la campanilla para que subiera, señora. Le ruego que me disculpe, pero he venido corriendo —y lo cierto es que jadeaba y parecía muy apesadumbrado.

—¡Oh, Crawford! Me temo que el deshollinador ha abierto el escritorio de mi marido, y se ha llevado todo el dinero que guardó ayer por la noche. En cualquier caso, ha desaparecido. ¿Le ha dejado en algún momento solo en la habitación?

—No podría asegurarlo, señora; es posible. Sí, creo que sí. Ahora lo recuerdo... tenía que hacer mi trabajo, y pensé que la mujer de la limpieza habría venido; me fui a la antecocina, y más tarde vino Christie, quejándose del retraso de la señora Roberts; y entonces me di cuenta de que el deshollinador se había quedado solo. Pero

¡qué barbaridad, señora! ¿Quién iba a pensar que era un ser tan depravado?

—¿Cómo conseguiría abrir el escritorio? —preguntó Margaret, volviéndose hacia su marido—. ¿Estaba rota la cerradura?

Él se levantó, como si despertara de un sueño.

—¡Sí! ¡No! Supongo que ayer por la noche giré la llave sin mirar. Esta mañana encontré el escritorio cerrado, pero no con llave, y habían forzado la cerradura.

El doctor Brown volvió a sumirse en un silencio aletargado y meditabundo.

—De todos modos, no sirve de nada que perdamos el tiempo con estas preguntas. Vaya tan rápido como pueda a buscar a un policía, Crawford. Sabe el nombre del deshollinador, ¿verdad? —inquirió Margaret cuando el criado se disponía a abandonar la estancia.

—No sabe cuánto lo lamento, señora, pero me puse de acuerdo con el primero que pasó por la calle. Si hubiera sabido...

Pero Margaret se había dado la vuelta con un gesto de impaciencia y de desesperación. Crawford se marchó, sin añadir nada, en busca de un policía.

La joven intentó en vano convencer a su marido para que probara el desayuno; lo único que quiso tomar fue una taza de té, que bebió a grandes tragos para aclararse la garganta cuando oyó la voz de Crawford invitando a pasar al policía.

El agente escuchó todo y dijo muy poco. Después vino el inspector. El doctor Brown dejó las explicaciones en manos de Crawford que, al parecer, estaba encantado. Margaret se sentía terriblemente inquieta y abatida por la impresión que el robo había causado en su marido. La posible pérdida de esa cantidad era ya algo suficientemente malo; pero permitir que le afectara hasta minar su fortaleza y destruir cualquier impulso de esperanza reflejaba una debilidad de carácter que hizo comprender a Margaret que, aunque no deseaba definir sus sentimientos ni el origen de ellos, si juzgaba a su marido por la actuación de aquella mañana, debía aprender a no confiar más que en sí misma en caso de emergencia. El inspector se volvió repetidas veces hacia el doctor y la señora Brown para escuchar sus respuestas. Fue Margaret quien contestó siempre con frases breves y escuetas, muy diferentes de las largas y enrevesadas explicaciones de Crawford.

Finalmente, el inspector quiso hablar a solas con ella. La joven le siguió a la otra sala, dejando atrás al ofendido Crawford y a su afligido esposo. El inspector dirigió una severa mirada a la mujer de la limpieza, que proseguía sus fregoteos sin inmutarse, le ordenó que saliera, y después preguntó a Margaret de dónde era su criado, cuánto tiempo llevaba con ellos y muchas otras cuestiones que mostraban el rumbo que habían tomado sus sospechas. Margaret se sintió sumamente sorprendida; pero respondió con prontitud a todas sus preguntas y, cuando terminó, observó con atención el rostro del inspector y esperó a que éste confirmara sus sospechas.

El policía —sin decir nada, no obstante— regresó delante de ella a la otra habitación. Crawford se había marchado y el doctor Brown trataba de leer el correo de la mañana (que acababa de llegar); pero sus manos temblaban de tal modo que era

incapaz de seguir una línea.

—Doctor Brown —dijo el inspector—, estoy casi convencido de que su criado ha cometido el robo. Lo juzgo así por su forma de comportarse, por su afán de contar la historia, por su modo de intentar arrojar todas las sospechas sobre el deshollinador, cuyo nombre y dirección asegura desconocer; o, al menos, eso dice. Su mujer nos ha contado que ha salido de casa esta mañana, incluso antes de ir a la policía; así que es probable que ya haya encontrado el modo de esconder o deshacerse de los billetes; y dice usted que no anotó su numeración. Aunque tal vez podamos averiguarlo.

En ese momento, Christie llamó a la puerta y, presa de una gran agitación, pidió hablar con Margaret. Sacó a relucir una serie adicional de circunstancias sospechosas, ninguna de ellas demasiado grave por sí sola, pero tendentes a imputar el robo a Crawford. Temía que le reprocharan culpar a su compañero de trabajo, y se sorprendió al comprobar lo atentamente que el inspector escuchaba sus palabras. Esto la animó a contar numerosas anécdotas, todas ellas en contra de Crawford, que había preferido ocultar a sus señores por temor a que la consideraran celosa o pendenciera.

—No existe la menor duda sobre el camino a seguir —dijo el inspector, cuando Christie terminó su relato—. Usted, señor, tiene que entregarnos a su criado. Lo llevaremos inmediatamente ante el juez de guardia. Y existen pruebas suficientes para encarcelarlo una semana; durante ese tiempo, quizá descubramos el paradero de los billetes y logremos atar cabos.

—¿Debo denunciarle? —preguntó el doctor Brown, con una palidez casi cadavérica—. Reconozco que es una grave pérdida de dinero para mí; pero luego vendrán los gastos del juicio... la pérdida de tiempo... el...

Se detuvo. Vio clavados en él los ojos indignados de su mujer, y apartó su mirada de inconsciente reproche.

—Sí, inspector —dijo—. Lo entregaré a la policía. Hagan lo que quieran. Hagan lo que crean oportuno. Por supuesto, asumo las consecuencias. Asumimos las consecuencias, ¿verdad Margaret? —habló en un tono muy bajo y nervioso que su mujer prefirió ignorar.

—Díganos exactamente qué hemos de hacer —exclamó ella con frialdad, dirigiéndose al inspector.

Él le dio las indicaciones necesarias para que se presentaran en la comisaría y llevaran a Christie en calidad de testigo, y luego se marchó para encargarse de Crawford.

A Margaret le sorprendió ver lo tranquila y pacíficamente que arrestaban al criado. Esperaba oír un escándalo en la casa, o que Crawford, alarmado, hubiera huido antes. Pero, cuando sugirió esto último al policía, éste sonrió y le dijo que, nada más oír la acusación del agente de guardia, había apostado a un oficial detective cerca de la casa para vigilar todas las entradas y salidas; de modo que no habrían tardado en descubrir el paradero de Crawford si éste hubiera intentado escapar.

La atención de Margaret se centró entonces en su marido. El doctor Brown

ultimaba rápidamente sus preparativos para salir a visitar a sus pacientes, y era ostensible que no deseaba conversar con ella sobre lo sucedido. Le prometió volver hacia las once; pues el inspector les había asegurado que, hasta esa hora, su presencia no sería requerida. En una o dos ocasiones, el doctor pareció murmurar para sí: «¡Qué lamentable asunto!». Y Margaret no pudo sino estar de acuerdo; y, ahora que había pasado la necesidad apremiante de hablar y actuar, empezó a pensar que debía de tener un corazón muy duro... incapaz de sentir como los demás; pues no había sufrido como su marido al descubrir que el criado al que consideraban un amigo y al que creían sinceramente preocupado por su bienestar era, con toda probabilidad, un vil ladrón. Recordó todos los bonitos detalles que había tenido con ella, desde el día en que, con unas humildes flores, le había dado la bienvenida a su nuevo hogar hasta la víspera, cuando, al verla fatigada, le había preparado espontáneamente una taza de café... como sólo él sabía prepararla. ¡Cuántas veces se había preocupado de traer ropa seca para su marido! ¡Qué ligero era su sueño por las noches! ¡Cuán grande su diligencia por las mañanas! No era de extrañar que su esposo lamentara tanto el descubrimiento de la traición de su criado. El problema lo veía en ella misma, una mujer cruel y egoísta, más preocupada por la recuperación del dinero que por el terrible desengaño, si se probaba la acusación contra Crawford.

A las once en punto, el doctor Brown regresó con un carruaje. Christie había considerado que comparecer en una comisaría era una ocasión digna de sus mejores galas, y estaba todo lo elegante que le permitía su vestuario. Pero Margaret y su marido estaban tan pálidos y entristecidos como si fueran los acusados, en vez de los denunciantes.

El doctor Brown no se atrevió a mirar a Crawford mientras el primero se sentaba en el banquillo de testigos y el segundo, en el de acusados. Margaret tuvo el convencimiento, sin embargo, de que Crawford hacía todo lo posible por llamar la atención de su amo. Al fracasar, contempló a la joven con una expresión que ella encontró muy enigmática. No hay duda de que su rostro había cambiado. En lugar de la serena mirada de devota obediencia, había adoptado una expresión descarada y desafiante; y, mientras el doctor Brown hablaba del escritorio y su contenido, sonreía de vez en cuando de un modo muy desagradable. Se decretó su prisión preventiva durante una semana; pero, como las pruebas estaban lejos de ser concluyentes, se le puso en libertad bajo fianza. El fiador fue su hermano, un respetable comerciante muy conocido en su vecindad, al que el criado había informado del arresto.

Crawford se encontró así de nuevo en la calle, para la consternación de Christie, que se quitó su ropa de domingo mientras regresaba a casa con el corazón afligido, esperando más que confiando que no fueran asesinados en sus camas antes de que finalizara la semana. Debe añadirse que tampoco Margaret se libraba del miedo acerca de la venganza del criado; les había mirado a ella y a su marido de un modo tan malévolo y rencoroso mientras prestaban declaración...

Pero la ausencia de Crawford dio a Margaret demasiado trabajo para seguir dando

vueltas a sus necios temores. Su marcha dejó un enorme vacío en las comodidades diarias que ni Margaret ni Christie, por mucho que se esforzaran, podían suplir. Y era más necesario que nunca que todo estuviera bien, ya que los nervios del doctor Brown se habían visto tan afectados, al descubrir la culpabilidad de su criado de confianza, que Margaret llegó a temer que cayera gravemente enfermo. Por las noches se paseaba de un lado a otro del dormitorio, lamentándose cuando creía que ella dormía; por las mañanas, la joven necesitaba de toda su persuasión para inducirle a salir de casa y visitar a sus pacientes. Jamás había estado tan mal como después de consultar al abogado que llevaba el caso. Margaret comprendió a regañadientes que en todo aquello había algún misterio; pues su marido parecía impaciente por recoger el correo, y se acercaba presuroso a la puerta en cuanto alguien llamaba, y le ocultaba quién era el remitente. Cuando transcurrió la semana, su nerviosismo y su aflicción fueron en aumento.

Un atardecer en que las velas aún no estaban encendidas y él se hallaba sentado junto al fuego, en actitud lánguida, con la cabeza apoyada en una mano, y el brazo en la rodilla, Margaret decidió hacer una prueba, a fin de investigar y descubrir la naturaleza de la herida que él escondía con tanto cuidado. Acercó un escabel y se sentó a sus pies, cogiéndole una mano entre las suyas.

—Quiero que escuches, querido James, una vieja historia que oí en cierta ocasión. Es posible que te interese. Había dos huérfanos, inocentes como niños aunque ya eran dos jóvenes. No eran hermanos y, al poco tiempo, se enamoraron; tan tontamente como lo hicimos nosotros, ¿recuerdas? Pues bien, la muchacha vivía con su familia, pero el joven estaba muy lejos de los suyos... si es que no habían muerto todos. Sin embargo, ella le amaba hasta tal punto que a veces se alegraba de ser la única que se preocupaba de él. A los amigos de ella no les gustaba tanto; es posible que fueran personas juiciosas e insensibles, y ella una necia. Y no les agradó que se casara con el joven; lo cual fue una estupidez por su parte, ya que no podían decir nada en contra de él. Pero una semana antes de fijar la fecha de la boda, creyeron haber encontrado algo... amor mío, no me sueltes la mano... no tiembles así, ¡sólo quiero que me escuches! La tía de la joven se acercó a ella y le dijo: «Tienes que abandonar a tu prometido, pequeña: su padre fue tentado y pecó; y, si aún sigue con vida, es un presidiario deportado. La boda no puede celebrarse». Pero la joven se puso en pie y dijo: «Si es cierto que él ha conocido ese gran dolor y esa vergüenza, necesita mucho más de mi amor. No le dejaré, ni renunciaré a él, sino que le amaré incluso más que antes. ¡Y, puesto que usted, tía, espera recibir la bendición del cielo por tratar a los demás del mismo modo en que le gustaría ser tratada, le pido que no se lo cuente a nadie!». Estoy convencida de que la tía guardó el secreto porque las palabras de la joven, por algún extraño motivo, la intimidaron. Pero, cuando se quedó a solas, la muchacha lloró amargamente al pensar en la desgracia que ensombrecía el corazón del hombre que amaba; y decidió esforzarse por alegrar su vida, y ocultarle siempre que conocía su carga; pero ahora cree... ¡oh, esposo mío! ¡Cuánto tienes que haber

sufrido!

Y él apoyó la cabeza en su hombro, y de sus ojos brotaron las lágrimas terribles de un hombre.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, finalmente—. Lo sabes todo y no te alejas de mí. ¡Oh, qué cobarde, mentiroso y ruin he sido! ¿Que si he sufrido? Sí... tanto que he estado a punto de enloquecer; y, si hubiera tenido valor, habría podido ahorrarme estos doce largos meses de agonía. Pero es justo que me hayan castigado. Y lo sabías todo antes de casarte conmigo, ¡cuando podías haberte echado atrás!

—No, no podía; ¿acaso habrías roto tu compromiso conmigo si, en idénticas circunstancias, yo hubiera estado en tu lugar?

—No lo sé. Es posible; pues no soy tan valeroso, ni tan bueno, ni tan fuerte como tú, mi querida Margaret. ¿Cómo podría serlo? Te contaré algo más. Mi madre y yo fuimos de un lado a otro, dando las gracias por tener un apellido tan corriente, pero acobardándonos ante cualquier alusión... de un modo que sólo pueden comprender quienes han sido heridos en lo más profundo de su ser. Vivir en una ciudad donde había tribunales de justicia era una tortura; y residir en una ciudad comercial, casi peor. Mi padre era el hijo de un respetable clérigo, muy conocido entre sus hermanos, así que teníamos que evitar una ciudad catedralicia, ya que la deportación del hijo del deán de Saint Botolph había llegado con seguridad a oídos de todos. Yo tenía que recibir una educación; por ese motivo, debíamos vivir en una ciudad, pues mi madre no podía soportar la idea de separarse de mí y yo acudía a un colegio, no a un internado. Éramos muy pobres para nuestra posición social... ¡no, no teníamos posición social! Éramos la mujer y el hijo de un recluso... debería haber dicho, muy pobres para la vida que mi madre había llevado antes. Pero, cuando tenía catorce años, mi padre murió en el exilio, dejando, como muchos otros presidiarios de aquella época, una gran fortuna. La heredamos nosotros. Mi madre se encerró en su habitación, y estuvo un día entero llorando y rezando. Luego quiso verme y me dio su parecer. Los dos nos comprometimos a entregar el dinero a alguna organización benéfica, tan pronto como yo fuera mayor de edad. Hasta entonces, ahorramos hasta el último penique de los intereses, aunque en ocasiones pasamos grandes estrecheces, ¡mi educación era tan cara! Pero ¿cómo íbamos a saber de qué manera había acumulado aquel dinero? —y, al llegar aquí, bajó la voz—. Nada más cumplir veintiún años, los periódicos hablaron con admiración del generoso donante anónimo de ciertas cantidades. Odié sus palabras de elogio. Eludía cualquier recuerdo de mi padre. Me acordaba de él vagamente, pero siempre enojado y brutal con mi madre. ¡Mi pobre y dulce madre! Margaret, ella lo amaba; y, sólo por eso, desde que ella murió, he intentado evocar su figura con cariño. Al poco tiempo de morir mi madre, te conocí, amor mío, mi tesoro.

Después de unos instantes de silencio, prosiguió:

—Pero ¡oh, Margaret!, todavía no sabes lo peor. Cuando mi madre falleció, encontré un paquete de documentos legales... y de recortes de periódico que

hablaban del juicio de mi padre. ¡Pobrecilla! Por qué los había conservado, es algo que no sé. Estaban llenos de anotaciones de su puño y letra; y, por ese motivo, los guardé. Era tan conmovedor leer sus impresiones de aquellos días que vivió en solitaria inocencia mientras él se hundía cada vez más en el crimen. Escondí el paquete (y lo creí en lugar seguro) en un cajón secreto de mi escritorio; pero ese miserable de Crawford lo encontró. Me di cuenta de que faltaban los documentos aquella misma mañana. Su pérdida era mucho más grave que la del dinero; y ahora Crawford amenaza con sacar la terrible verdad a la luz, en un juicio que será público; y supongo que su abogado podrá hacerlo. En cualquier caso, ver cómo lo pregonan a los cuatro vientos... ¡yo, que me he pasado la vida temiendo ese momento! ¡Sobre todo por ti, Margaret! Y, con todo... ¡si pudiéramos evitarlo! ¿Quién dará trabajo al hijo de Brown, el célebre falsificador? Perderé mi consulta. Los hombres me mirarán con recelo cuando entre en sus casas. Me empujarán a cometer algún crimen. A veces tengo miedo de que sea hereditario. ¡Oh, Margaret! ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué puedes hacer? —preguntó ella.

—Puedo negarme a denunciarle.

—¿Dejar que Crawford quede en libertad sabiendo que es culpable?

—Sé que es culpable.

—Entonces, sencillamente, es algo que no puedes hacer. Dejar que un criminal salga a la calle.

—Pero si no lo hago, la vergüenza y la pobreza se abatirán sobre nosotros. Me preocupa por ti, no por mí. Nunca debería haberme casado.

—Escúchame. No me importa la pobreza; en cuanto a la vergüenza, me dolería veinte veces más si tú y yo, por temor o por cualquier motivo egoísta, consintiéramos en proteger al culpable. No pretendo decir que no lo sentiré cuando la verdad salga a la luz. Pero mi vergüenza se convertirá en orgullo cuando vea que lo olvidas. Hay algo malsano en ti, querido esposo, por haber tenido que ocultar algo toda la vida. Deja que el mundo conozca la verdad y diga las cosas más terribles. A partir de ese momento serás un hombre libre, honrado y respetable, capaz de trabajar sin miedo.

—Ese sinvergüenza de Crawford quiere recibir una respuesta a su insolente misiva —exclamó Christie, asomando la cabeza por la puerta.

—¡Un momento! ¿Puedo contestarle? —dijo Margaret.

Y escribió:

Haga lo que haga o diga lo que diga, sólo tenemos una opción. Ninguna amenaza disuadirá al doctor Brown de cumplir con su deber.

MARGARET BROWN

—¡Ya está! —exclamó, pasándole la nota a su marido—. Así verá que estoy al

corriente de todo; y sospecho que sabe algo de tu cariño por mí.

La respuesta de Margaret enfureció a Crawford, pero no lo acobardó. Antes de que transcurriera una semana, todo el mundo sabía que el doctor Brown, el joven y prometedor médico, era hijo del famoso Brown, el falsificador. Todo ocurrió tal como él había anticipado: a Crawford le impusieron una dura condena; y el doctor Brown y su mujer se vieron obligados a abandonar su casa y trasladarse a otra más pequeña, donde tuvieron que apretarse el cinturón ayudados por la fiel Christie. Pero el doctor Brown jamás se había sentido tan alegre desde que tenía uso de razón. Ahora sus pies estaban firmemente plantados en el suelo, y cada paso que daba tenía asegurado el éxito. La gente afirmaba haber visto a Margaret, en los peores tiempos, fregando de rodillas la puerta de su casa. Pero yo no lo creo, pues Christie jamás lo hubiera permitido. Y lo único que puedo decir es que, la última vez que visité Londres, vi una placa de cobre con la inscripción «Doctor James Brown» en la entrada de una hermosa casa en una hermosa plaza. Y mientras la miraba, un carruaje se detuvo en la puerta y una dama salió de él y entró en la casa; no hay duda de que era la Margaret Frazer de antaño... con un aire más severo y algo más corpulenta, he estado a punto de decir. Mientras contemplaba la casa y recordaba su historia, la vi acercarse al ventanal con un bebé en brazos y todo su rostro se transformó en una sonrisa de infinita dulzura.

La mujer de Dennis Haggarty

William M. Thackeray

Había una odiosa irlandesa, conocida como la señora del mayor Gam, que frecuentaba hace unos años con su hija el Hotel Royal de Leamington. Gam había sido un distinguido oficial al servicio de Su Majestad, al que sólo la muerte y su encantadora esposa pudieron vencer. La viuda lloró la pérdida de su marido con el mejor bombasí que logró adquirir, y con una franja negra de al menos una pulgada alrededor de las enormes tarjetas de visita que dejaba en casa de sus amigos de la aristocracia y de la alta burguesía.

Algunos de nosotros, lamento decirlo, acostumbábamos a llamarla señora del mayor Gammon^[1]; pues la respetable viuda tendía a hablar continuamente de sí misma y de su familia (de la suya propia, pues tenía en muy poco a la de su marido), así como de las maravillas de la mansión paterna, Molloyville, en el condado de Mayo. Era de los Molloy de esa región; y, aunque yo jamás había oído ese apellido, estoy convencido, después de escuchar las afirmaciones de la señora Gam, de que era la familia más antigua y más ilustre de aquella parte de Irlanda. Recuerdo que vino a visitar a su tía un joven de enormes patillas pelirrojas, con unos pantalones ajustados de nanquín, una chaqueta verde y un espantoso alfiler de corbata, que dos días después de llegar al balneario propuso matrimonio a la señorita S. o, en su defecto, un duelo a su padre; y que conducía un llamativo cabriolé tirado por un caballo rucio y otro bayo; y que fue presentado por su orgullosa tía como Castlereagh Molloy de Molloyville. A todos nos pareció el esnob más insufrible de la temporada, y nos alegramos mucho cuando un alguacil vino en su búsqueda.

Y es todo cuanto sé personalmente de la familia de Molloyville; pero, si alguien tropezaba en la casa con la viuda Gam y empezaba a charlar de cualquier tema, sabía que no tardaría en oír hablar de ella. Si alguien le aconsejaba que tomara guisantes en la cena, se apresuraba a responder:

—¡Caballero! Después de haber probado los guisantes de Molloyville, ¡cómo voy a comer otros! ¿No es cierto, querida Jemima? Siempre los comíamos en el mes de junio, cuando mi padre daba una guinea al jardinero jefe (en Molloyville, teníamos tres) y le enviaba, con sus saludos y un cuarto de guisantes, a casa de nuestro vecino, el querido lord Marrowfat. ¡Qué lugar tan encantador es Marrowfat Park! ¿No es así, Jemima?

Si pasaba un carruaje junto a la ventana, la señora del mayor Gammon decía invariablemente que en Molloyville tenían tres carruajes, «la calesa, el faetón y la silla volante». De igual modo, facilitaba el número y los nombres de todos los

lacayos que allí servían; y, durante una visita al castillo de Warwick (pues aquella incansable mujer se sumaba a cuantas diversiones se organizaban en el hotel), nos dio a entender que el gran paseo a orillas del río era muy inferior a la avenida principal del parque de Molloyville. Entre nosotros, yo no habría sabido tantas cosas de la señora Gam y de su hija si en aquella época no hubiera estado cortejando a una joven cuyo padre se alojaba en el Royal, y al que atendía el doctor Jephson.

La Jemima que acabamos de mencionar era, naturalmente, la hija de la señora Gam, que siempre añadía tras su nombre: «¡Jemima, amor mío!», «¡Jemima, mi niña adorada!» o «¡Jemima, tesoro mío!». Los sacrificios que la señora Gam había hecho por su hija, según decía, eran asombrosos. Sólo Dios sabía, afirmaba, el dinero que había gastado en su educación, el tiempo que había pasado a su lado mientras se hallaba enferma, el amor ilimitado que le profesaba. Las dos solían entrar en la sala enlazadas por la cintura, y, durante la cena, la madre cogía la mano de la hija entre plato y plato; si sólo estaban presentes dos o tres caballeros jóvenes, besaba varias veces a su Jemima mientras servían el té.

En cuanto a la señorita Gam, si bien no era hermosa, he de decir en honor a la verdad que tampoco era fea. No era ni lo uno ni lo otro. Tenía tirabuzones y una cinta en la frente; sabía cuatro canciones, que resultaban bastante tediosas dos meses después de conocerla; llevaba los hombros excesivamente descubiertos; gustaba de lucir innumerables fruslerías, anillos, broches, *ferronnières*^[2] y frascos de sales, y siempre iba vestida, pensábamos, con mucha elegancia; a pesar de que la anciana señora Lynx señalaba que tanto a sus vestidos como a los de su madre les habían dado una y otra vez la vuelta, y que sus ojos apenas veían de tanto zurcir medias.

Esos ojos la señorita Gam los tenía muy grandes, aunque bastante débiles y enrojecidos, y solía mirar pestañeando a todos los solteros atractivos del lugar. Pero, aunque la viuda asistiera a todos los bailes, y alquilara una calesa para ir a las cacerías, y nunca faltase a la iglesia, y Jemima cantara allí con voz más potente que nadie excepto el pastor, y aunque probablemente cualquiera que se convirtiese en su feliz esposo sería invitado a disfrutar de los tres lacayos, de los tres jardineros y de los tres carruajes de Molloyville, lo cierto es que ningún caballero inglés había sido lo bastante audaz para pedir su mano. La anciana Lynx decía que, en los últimos ocho años, la pareja había visitado Tunbridge, Harrogate, Brighton, Ramsgate y Cheltenham; donde, al parecer, no había tenido mucha fortuna. La verdad es que la viuda tenía elevadas aspiraciones para su adorada hija; y como miraba con desprecio, al igual que muchos otros irlandeses, a quienes vivían del trabajo o del comercio; y como era una persona cuyos modales enérgicos, vestimenta y acento irlandés no agradaban demasiado a los apacibles caballeros ingleses que vivían en el campo, Jemima —fragante y delicada flor— seguía en manos de su madre, aunque tal vez algo lánguida y marchita.

En aquella época, el Regimiento 120 estaba acuartelado en Weedon y, en esa unidad, había un segundo cirujano llamado Haggarty, un individuo alto, flaco, fuerte

y de huesos grandes, algo patizambo, de manos enormes y patillas pelirrojas, amén del hombre más recto que haya manejado jamás una lanceta. Haggarty, como indica su apellido, era de la misma nacionalidad que la señora Gam y, por si esto fuera poco, el honrado muchacho tenía alguna de las peculiaridades de la viuda y presumía de familia casi tanto como ella. No sé de qué parte de Irlanda eran reyes; pero tenían que haber sido monarcas, pues eran los antepasados de muchos miles de familias hibernicas. Con todo, era gente muy respetada en Dublín, «donde mi padre», afirmaba Haggarty, «es tan conocido como la estatua del rey Guillermo y donde, déjenme añadir, va de un lado a otro conduciendo su carruaje».

Por ese motivo, los más bromistas llamaban a Haggarty «el conductor de carruajes», y algunos preguntaron a su compatriota:

—Señora Gam, cuando abandonaba Molloyville para ir a los bailes del gobernador, y se alojaba en su casa de Fitzwilliam Square en Dublín, ¿coincidía a menudo con el famoso doctor Haggarty?

—¿Se refiere usted al cirujano Haggarty de Gloucester Street? ¡Ese negro papista! ¿Imagina usted que los Molloy se sentarían a la mesa con un individuo de su clase?

—¿Y por qué no? ¿Acaso no es el médico más famoso de Dublín y no va de un lado a otro conduciendo su carruaje?

—¡Ese pobre demonio! Tiene una botica, créanme, y manda a sus propios hijos con los medicamentos. Cuatro de ellos se enrolaron en el ejército, Ulick y Phil, y Terence y Denny, y ahora es Charles el que estudia medicina. Pero ¿por qué iba yo a saber algo de esas odiosas criaturas? Su madre era una Burke, de la ciudad de Burke, en el condado de Cavan, y dejó dos mil libras en herencia al cirujano Haggarty. Ella era protestante, ¡me sorprende que aceptara casarse con ese horrible y antipático boticario papista!

Deduzco, por las palabras de la viuda, que los habitantes de Dublín se preocupan tanto de sus vecinos como los nativos de las ciudades inglesas; y es muy probable que el relato de la señora Gam sobre los jóvenes recaderos Haggarty fuera cierto, pues un muchacho del Regimiento 120 hizo una caricatura de Haggarty saliendo de una botica con una cesta bajo el brazo, y el respetable cirujano se enfureció de tal modo que, de haberse salido con la suya, se habría batido en duelo con el alférez.

Pues bien, Dionysius Haggarty tenía un temperamento sumamente apasionado, y quiso el azar que de todos los enfermos, visitantes, jóvenes caballeros de Warwickshire, jóvenes fabricantes de Birmingham, jóvenes oficiales del cuartel... quiso el azar que, desgraciadamente para la señorita Gam y para él, Haggarty fuera el único individuo que quedara prendado de los encantos de la joven. Su amor era, sin embargo, de lo más tierno y recatado, pues sentía un profundo respeto por la señora Gam y, como era un muchacho bueno y sencillo, reconocía sin ambages la superioridad del linaje y de la educación de esa dama. ¿Cómo iba a esperar él, un humilde segundo cirujano cuya única fortuna eran las mil libras que había heredado de su tía Kitty... cómo iba a esperar que un miembro de la estirpe de los Molloyville

se dignara contraer matrimonio algún día con él?

Enardecido, no obstante, por la pasión y empujado por el vino, cierto día, en un picnic en Kenilworth, Haggarty, cuyo amor y cuyo arrobo eran la comidilla de todo el regimiento, fue convencido por sus bromistas compañeros para que pidiese formalmente la mano de la joven.

—¿Es usted consciente, señor Haggarty, de que está hablando con una Molloy? —fue lo único que repuso la majestuosa señora Gam cuando, con arreglo a la fórmula habitual, la agitada Jemima remitió a «mamá» la petición de su pretendiente.

Se alejó de él con una mirada destinada a hundir para siempre al desdichado joven y, después de recoger su manto y su sombrero, se apresuró a pedir la calesa. Puso especial cuidado en que todo el mundo se enterara en Leamington de que el hijo del detestable boticario papista había tenido la osadía de pedir la mano de su hija (pues una oferta de matrimonio, sea cual sea su origen, nunca resulta perjudicial), y dejó a Haggarty sumido en el mayor abatimiento.

Lo cierto es que su desesperación sorprendió a la mayoría de sus conocidos, dentro y fuera del regimiento, pues la joven dama no era ninguna belleza y tenía una fortuna más que dudosa, y Dennis, en apariencia, era un hombre muy poco romántico, al que parecían gustar más los filetes y el ponche de whisky que las mujeres, por muy fascinantes que fueran.

Pero no hay duda de que este tímido y tosco muchacho escondía en su interior un corazón más fiel y más afectuoso que muchos dandis con la belleza de Apolo. Por mi parte, jamás he comprendido por qué un hombre se enamora, y lo respeto de veras, independientemente de qué o de quién lo haga; es algo que, en mi opinión, está tan fuera del control del individuo como el contagio de la viruela o el color del pelo. Para sorpresa de todos, el segundo cirujano Dionysius Haggarty estaba profunda y seriamente enamorado; y en una ocasión, según me contaron, estuvo a punto de matar con un cuchillo de trinchar al joven alférez que hemos mencionado antes, pues tuvo la osadía de hacer una segunda caricatura, en la que se veía a lady Gammon y a Jemima en un fabuloso parque, rodeadas de tres jardineros, tres carruajes, tres lacayos y la silla volante. No admitía la menor broma sobre ellas. Se convirtió en un hombre irritable y pendenciero. Durante algún tiempo, pasó más horas en la consulta y en el hospital que en el comedor de oficiales. Dejó de comer aquellas grandes cantidades de carne y de budín a las que su estómago solía procurar tan rápido y espacioso alojamiento; y, cuando quitaban el mantel, en lugar de beber doce vasos de vino y de cantar canciones irlandesas con una horrible voz cascada y a gritos, como hacía antes, se retiraba a su habitación, o paseaba melancólicamente por el patio del cuartel, o fustigaba y espoleaba con enorme furia a su yegua gris por la carretera de Leamington, donde su Jemima (aunque invisible para él) seguía viviendo.

Cuando la temporada de Leamington llegó a su fin, al marcharse todos los jóvenes caballeros que frecuentaban ese balneario, la viuda Gam se retiró a su residencia habitual para el resto del año. Dónde se hallaba ésta es algo que no

tenemos derecho a preguntar, pues tengo entendido que se había peleado con su hermano de Molloyville y que, además, era demasiado orgullosa para convertirse en una carga para nadie.

La viuda no fue la única que abandonó Leamington, ya que, muy poco después, el Regimiento 120 recibió la orden de partir y dejó Weedon y Warwickshire. El apetito de Haggarty, para entonces, estaba parcialmente restaurado, pero su amor seguía siendo el mismo y su talante era aún taciturno y melancólico. Me contaron que en esa época de su vida escribió algunos poemas inspirados en sus amores desgraciados; un puñado de versos enloquecidos de distinta extensión, y de su puño y letra, que aparecieron en una hoja de papel que envolvía el emplasto de resina que el teniente y asistente Wheezer tuvo que aplicarse para combatir un resfriado.

Es fácil imaginar la sorpresa de todos los conocidos de Haggarty cuando, tres años después, leyeron en los periódicos el siguiente anuncio:

Ha contraído matrimonio en Monkstown, el 12 del mes corriente, el señor Dionysius Haggarty, del Regimiento 120 de Infantería, con Jemima Amelia Wilhelmina Molloy, hija del difunto mayor Lancelot Gam, de la Marina Real, y nieta del difunto Burke Bodkin Blake Molloy y sobrina del caballero del mismo nombre, de Molloyville, condado de Mayo.

«¿Habría empezado por fin a seguir su curso natural el verdadero amor? —pensé, dejando a un lado el periódico; y los viejos tiempos, y la anciana y engreída viuda de mirada maliciosa, y los hombros descubiertos de su hija, y los días felices con el Regimiento 120, y el cabriolé tirado por un caballo del doctor Jephson, y la partida de caza de Warwickshire, y... y Louisa S..., pero ¡de ésta no se preocupen!... acuden a mi pensamiento—. ¿Habría conseguido por fin su recompensa el ingenuo y afable muchacho? Pues bien, si no tiene que casarse también con su suegra, es posible que salga adelante.»

Un año después, los periódicos anunciaron la retirada del ejército del segundo cirujano Haggarty del Regimiento 120, el cual fue reemplazado por el segundo cirujano Angus Rothsay Leech, un escocés, probablemente; al que no conozco en absoluto, y que no tiene nada que ver con nuestra pequeña historia.

Pasaron varios años, durante los cuales no puedo afirmar que siguiera de cerca las peripecias del señor Haggarty y su mujer. A decir verdad, ni me acordé de ellos hasta que un día, mientras paseaba por la playa de Kingstown, cerca de Dublín, y contemplaba la colina de Howth, como casi todo el mundo en ese lugar de veraneo, vi venir hacia mí a un hombre alto y delgado, con unas patillas pelirrojas y pobladas que me parecieron muy familiares y un rostro que sólo podía ser el de Haggarty. Y, en efecto, era Haggarty, diez años mayor que en nuestro último encuentro, y mucho más

ceñudo y más flaco. Llevaba sobre los hombros a un joven caballero con un sucio traje de tartán y un rostro muy parecido al suyo, que miraba a hurtadillas bajo un ajado penacho de plumas negras; y con la mano libre empujaba un cochecito verde claro, donde iba sentada una niña de aproximadamente dos años de edad. Los dos pequeños berreaban a pleno pulmón.

La expresión atolondrada que parecía caracterizar el rostro de Dennis se borró en cuanto me vio; después de soltar el cochecito y de dejar a su hijo en el suelo, se acercó saltando a mi encuentro y me saludó con entusiasmo, abandonando a su ruidosa progenie en medio de la calle.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. ¡Seguro que es Fitz-Boodle! ¿Acaso se ha olvidado de mí, Fitz? Dennis Haggarty del Regimiento 120. Leamington, ¿recuerda? Molloy, hijo mío, ¡cállate de una vez y deja de dar aullidos! Tú también, Jemima, ¿me has oído? ¡Qué placer para unos ojos doloridos contemplar un rostro conocido! ¡Cuánto ha engordado, Fitz! ¿Había venido antes a Irlanda? ¿Y no le entusiasma? Dígame la verdad, ¿no le parece un país precioso?

Cuando respondí satisfactoriamente a esta pregunta sobre las excelencias de su país (que he observado que formulan casi todos los irlandeses) y acallamos los gritos de los niños en un puesto de manzanas muy cercano, Dennis y yo hablamos de los viejos tiempos. Le felicité por su matrimonio con la adorable joven que todos habíamos admirado, y confié en que hubiera hecho una buena boda, etcétera, etcétera. No parecía, sin embargo, un hombre acaudalado: llevaba un viejo sombrero gris, unos viejos pantalones cortos, un viejo chaleco con botones del regimiento y unas botas de montar remendadas, prendas todas ellas que no suelen llevar las personas de posición holgada.

—¡Ah! —contestó él con un suspiro—. Las cosas han cambiado mucho desde aquellos días, Fitz-Boodle. Mi mujer ya no es lo que era... la hermosa criatura que usted conoció. Molloy, hijo mío, corre a decirle a mamá que un caballero inglés vendrá a cenar a casa; porque naturalmente cenará conmigo, ¿verdad, Fitz?

Yo acepté su invitación, aunque el joven Molloy se negó a obedecer las órdenes de papá y anunciar al desconocido.

—Pues seré yo quien anuncie su llegada —dijo Haggarty, sonriendo—. Vamos, es hora de cenar y mi casita de campo está a menos de cien yardas.

Así, pues, avanzamos en procesión hasta la vivienda de Dennis, que formaba parte de una hilera y media de casas de una sola planta, con pequeños patios en la parte delantera y, en su mayoría, hermosos nombres en las jambas de las puertas. En la entrada de Dennis, podía leerse «Cirujano Haggarty» en una oxidada placa de cobre; y, como si esto no bastara, habían colocado otra placa oval, sobre la campanilla, con la inscripción «Nuevo Molloyville». La campanilla, por supuesto, no funcionaba; el patio o jardincillo empedrado estaba sucio, abandonado y lleno de malas hierbas; había unas rocas mugrientas, a modo de adorno, alrededor de un pequeño parterre acristalado, y trapos y ropa tendida en casi todas las ventanas del

Nuevo Molloyville, al que se entraba pisando un maltrecho felpudo, bajo un enrejado roto por el que llevaba mucho tiempo negándose a trepar una marchita enredadera.

—¡Pequeño, pero acogedor! —señaló Haggarty—. Será mejor que yo vaya delante, Fitz; deje el sombrero en esa maceta y la sala está a la izquierda.

Un vapor de cebollas y de olor a turba impregnaba la casa, indicio de que la cena estaba próxima. ¿Próxima? Podías oír cómo crepitaba en el fuego de la cocina, donde la criada trataba al mismo tiempo de acallar el llanto obstinado de un tercer niño. Pues, mientras entrábamos, los tres angelitos de Haggarty berreaban como locos.

—¿Eres tú, Dennis? —exclamó una voz chillona y destemplada desde un rincón oscuro de la sala, donde ya habían colocado un mantel sucio para la cena; habían dejado, asimismo, unas botellas de cerveza negra y un hueso frío de cordero sobre un cercano y destartelado piano de cola—. Siempre llegas tarde, señor Haggarty. ¿Has traído el whisky de la tienda de Nowland? Seguro que lo has olvidado.

—Querida, he traído a un viejo amigo tuyo y mío a cenar lo que haya —dijo Dennis.

—¿Y cuándo llegará? —preguntó su mujer (lo que me sorprendió sobremanera, pues yo estaba delante de ella).

—Está aquí, Jemima, amor mío —repuso Haggarty, mirándome—. El señor Fitz-Boodle, ¿te acuerdas, querida? Lo conocimos en Warwickshire.

—¡El señor Fitz-Boodle! Me alegro mucho de verlo —exclamó ella, poniéndose en pie y haciéndome una amable reverencia.

La señora Haggarty estaba ciega.

Pero la señora Haggarty no sólo estaba ciega: era evidente que había perdido la vista a causa de la viruela. Tenía los ojos vendados, y el rostro hinchado, desfigurado y lleno de cicatrices por el terrible efecto de esa enfermedad. Cuando entramos en la habitación, estaba haciendo punto en un rincón, envuelta en una sucia bata. Me habló de un modo muy diferente que a su marido. Se dirigía a él con un fuerte acento irlandés; a mí, en la lengua más odiosa del mundo, en irlandés-inglés, esforzándose por disimular su deje y por hablar con el verdadero, parsimonioso y *distingué* amaneramiento inglés.

—¿Lleva mucho tiempo en Irlanda^[3]? —inquirió la pobre mujer con aquel acento—. Seguro que le parece un lugar triste y primitivo, señor Fitz-Boodle. Ha sido muy amable al visitarnos *en famille* y aceptar nuestra invitación *sans cérémonie*. Señor Haggarty, espero que ponga el vino en hielo; el señor Fitz-Boodle debe de estar derriéndose con este calor.

Durante un rato, prosiguió la conversación en el mismo tono educado; y me vi obligado a decirle, respondiendo a una de sus preguntas, que la encontraba igual que antaño, aunque, de haberla visto en otras circunstancias, jamás la habría reconocido. Pidió a Haggarty con un expresivo gesto que fuera a la bodega a buscar vino, y me dijo entre cuchicheos que él era su mayordomo; el pobre hombre, comprendiendo la indirecta, corrió al pueblo a comprar una libra de carne y dos botellas de vino en la

taberna.

—¿Comerán los niños aquí sus patatas con mantequilla? —inquirió una muchacha descalza, asomando por la puerta un rostro sobre el que ondeaban su largas guedejas negras.

—Será mejor que cenén en su cuarto, Elisabeth, y dile a... Edwards que venga.

—¿Se refiere a la cocinera, señora? —quiso saber la joven.

—¡Dile inmediatamente que venga! —gritó la infortunada dama; no tardó en cesar el ruido de las frituras y en aparecer una acalorada mujer, enjugándose la frente con el delantal y preguntando, con un acento indudablemente hibernico, qué deseaba la señora.

—Condúceme hasta mi vestidor, Edwards; he de ponerme algo más presentable para el señor Fitz-Boodle.

—¡Imposible! —respondió Edwards—. ¡Seguro que el señor está en la carnicería y no puede vigilar el fuego de la cocina!

—¡Tonterías! ¡Tengo que arreglarme! —exclamó la señora Haggarty.

De modo que Edwards, con aire resignado, después de enjugarse nuevamente el brazo y la cara con el delantal, tendió su mano a la mujer de Dennis y subió con ella las escaleras.

Me permitió, así, abandonarme a mis pensamientos durante media hora, hasta que volvió a bajar con un viejo vestido de raso amarillo, y los hombros tan descubiertos como siempre. Llevaba una cofia muy recargada, que el propio Haggarty debía de haber elegido; y lucía toda clase de collares, pulseras y pendientes de oro, de granate, de nácar y de similar. Entró acompañada de un intenso olor a almizcle, que se llevó por delante el de las cebollas y la turba; y agitaba un viejo pañuelo con el borde de encaje amarillo de un lado a otro de sus angulosas y horribles facciones cubiertas de cicatrices.

—Así, pues, me habría reconocido en cualquier parte, ¿no es verdad, señor Fitz-Boodle? —insistió la señora Haggarty, con una mueca que pretendía ser de lo más fascinante—. Tengo el convencimiento de que lo habría hecho; aunque mi terrible enfermedad me ha privado de la vista, ¡es una suerte que no haya desfigurado mi rostro!

Habían ahorrado ese sufrimiento a la pobre mujer; pero su vanidad, su orgullo infernal, su necedad y su egoísmo eran tan grandes que dudo que fuese caritativo dejarla en el error.

Pero ¿para qué corregirla? En algunas personas hay cierta cualidad que va más allá de cualquier consejo, orientación o enmienda. Limítense a dejar que un hombre o una mujer tengan la NECEDAD suficiente y no necesitarán inclinarse ante ninguna autoridad. Para un necio no hay nadie mejor que él; un necio es incapaz de ver que está equivocado; un necio carece de escrúpulos, está seguro de gustar, de tener éxito, de obrar correctamente; los sentimientos ajenos le son indiferentes, sólo se respeta a sí mismo. ¿Cómo hacerle comprender a un torpe su torpeza? Una persona así es tan

incapaz de ver su necedad como sus orejas. Y la gran virtud de un necio es estar siempre satisfecho de sí mismo. Cuántas miríadas de criaturas hay de esta admirable clase: egoístas, tacaños, ignorantes, apasionados, brutales; malos hijos, madres, padres, ¡incapaces de realizar una buena acción!

A fin de interrumpir, sin embargo, esta disquisición, que nos está alejando de Kingstown, Nuevo Molloyville e Irlanda (para conducirnos a la vasta región donde la necedad tiene su patria), diré que la señora Haggarty, por lo poco que yo sabía de ella y de su madre, pertenecía a la clase de personas que acabo de mencionar. Hacía gala de una dignidad que no era fácil de digerir con el infame almuerzo que el pobre Dennis, después de una larga espera, logró poner en la mesa. Su mujer no dejó de invitarme a Molloyville, donde, según afirmó, su primo estaría encantado de recibirme; y me contó casi tantas anécdotas del lugar como su madre en otros tiempos. Me percaté, además, de que Dennis le servía los mejores trozos de carne, que ella comía con enorme apetito, y que bebía con similar avidez las fuertes bebidas alcohólicas que había en la mesa.

—A todas las damas irlandesas nos gusta tomar un pequeño vaso de ponche —comentó alegremente.

Y Dennis preparó para ella un brebaje tan fuerte que a mí me habría costado tragarlo. La señora Haggarty habló mucho de su sufrimiento, de sus sacrificios, de los lujos a los que había estado acostumbrada antes de casarse: en una palabra, de todos esos temas que algunas mujeres gustan de tratar cuando desean importunar a sus maridos.

Pero el buen Dennis, lejos de enfadarse con ella por la repetición constante, agotadora y descortés de su superioridad, en lugar de disuadirla para que se callara, alentaba la conversación. Le gustaba oírla disertar sobre sus virtudes y sobre el esplendor de su familia. Se sentía tan poco importante y su mujer le dominaba de tal modo que se enorgullecía de servirla, e imaginaba que la magnificencia de ella aumentaba su dignidad. Dennis me observaba (a mí, que estaba harto de la mujer y de su egoísmo) como si esperara grandes muestras de simpatía, y me lanzaba unas miradas por encima de la mesa que parecían decir: «¡Qué maravillosa es mi Jemima y qué afortunado soy de tenerla!». Cuando los niños bajaron, ella les reprendió, por supuesto, antes de echarlos con cajas destempladas (circunstancia que, quizá, el autor de estas páginas no lamentó demasiado), y, después de continuar sentada un tiempo ridículamente largo, se despidió de nosotros, preguntándonos si preferíamos tomar el café en la sala o en su tocador.

—¡Oh! ¡Aquí, desde luego! —respondió Dennis, con cierta agitación.

Y, unos diez minutos después, «Edwards» volvió a traernos a la encantadora criatura, y el café hizo su aparición. Cuando lo tomamos, Dennis pidió a su mujer que cantase para el señor FitzBoodle.

—Se muere de ganas de oír alguna de sus viejas baladas favoritas.

—¡No! ¿De veras? —exclamó ella; y fue acompañada triunfalmente hasta el viejo

y desafinado piano, donde, con voz chillona y destemplada, entonó aquellas horribles y anticuadas tonadas que le había oído cantar en Leamington diez años antes.

Haggarty, mientras tanto, se recostó en la silla encantado. Los maridos siempre lo están, y con la misma canción, que probablemente han oído a los diecinueve años; casi todas las melodías de los hombres ingleses son de esa época y, en mi opinión, es bastante conmovedor oír a un anciano caballero de sesenta o setenta años tararear con voz temblorosa la vieja cancioneta fresca y lozana que solía escuchar fresco y lozano cuando estaba en la flor de la juventud. Si tiene una esposa con talento musical, seguro que piensa que sus viejas canciones de 1788 son mucho mejores que las que ha oído después: en realidad no ha oído *ninguna* desde entonces. Cuando el viejo matrimonio se encuentra de buen humor, el anciano caballero rodea el talle de la anciana dama con su brazo y exclama: «Querida, me gustaría oír una de tus canciones», y ella se sienta y empieza a cantar con su voz de antaño, y, mientras lo hace, las rosas de su juventud florecen de nuevo por un instante. Ranelagh^[4] resucita, y ella baila un minué con los cabellos empolvados, sujetándose la cola del vestido.

He aquí otra digresión, ocasionada por el espectáculo que ofrecía el rostro del pobre Dennis mientras su mujer desafinaba (y, créanme, era mucho más agradable mirarle a él que escucharla a ella). El éxtasis de Lanzadera^[5] no habría sido mayor mientras le hacían cosquillas las hadas. Mi amigo estaba convencido de que aquella música era divina; y tenía otras razones para disfrutar de ella, pues su mujer siempre se hallaba de buen humor después de cantar, y jamás cantaba si no estaba alegre. Dennis me lo había dado a entender en el breve coloquio que sostuvimos los diez minutos que su Jemima estuvo ausente en el «tocador»; de modo que, al final de cada pieza, gritábamos: «¡Bravo!» y aplaudíamos como locos.

Ésa fue mi impresión de la vida del doctor Dionysius Haggarty y su mujer; y debo de haberme encontrado con él en un buen momento, pues el pobre Dennis habló con posterioridad de nuestra encantadora velada en Kingstown, y no hay duda de que sigue pensando que su amigo quedó fascinado con aquella reunión. El estado de su economía era el siguiente: contaba con su media paga, mil libras, y alrededor de cien libras anuales que le había legado su padre; Jemima tenía sesenta libras anuales de su madre, que, por supuesto, ésta jamás pagaba. Dennis no ejercía la medicina, pues dedicaba todo su tiempo a cuidar a Jemima y a los niños, a los que lavaba, vestía, y sacaba a pasear o llevaba sobre los hombros, como hemos visto, y no podían tener una criada para ellos, ya que su querida madre ciega nunca podía quedarse sola. La señora Haggarty, una verdadera inválida, se quedaba hasta la una en la cama, donde solía desayunar y tomar un almuerzo caliente. Dennis gastaba la quinta parte de sus ingresos en que ella paseara de un lado a otro en silla de ruedas, lo que le obligaba a caminar diariamente las horas que le asignaban. Luego llegaba la cena; y el clero incompetente, muy numeroso en Irlanda, y del que la señora Haggarty era una gran admiradora, ensalzaba su figura en todas partes como modelo de paciencia y de virtud, y se deshacía en elogios por la admirable resignación con que ella llevaba su

infortunio.

Bueno, sobre gustos no hay nada escrito. Pero yo no estaba nada convencido de que *ella* fuese la mártir de la familia.

—Las circunstancias que rodearon mi matrimonio con Jemima —me dijo Dennis, en alguna de nuestras posteriores conversaciones sobre tan interesante asunto— fueron las más románticas y conmovedoras que usted pueda imaginar. Ya sabe la impresión que me había causado la adorable joven en Weedon; desde la primera vez que la vi y oí su encantadora versión de «La doncella árabe de ojos oscuros», comprendí, y así se lo dije a nuestro amigo Turniquet aquella misma noche, que, para mí, *ella* era la doncella árabe de ojos oscuros... y no es que lo fuera, ya sabe que nació en Shropshire. Pero comprendí que había conocido a la mujer que me haría feliz o desgraciado el resto de mi vida. Ya sabe que le declaré mi amor en Kenilworth, que ella me dio calabazas y que, por ese motivo, estuve a punto de pegarme un tiro... No, eso no puede saberlo, es algo que guardé en secreto... pero le aseguro que estuve a punto de hacerlo; y fue una gran suerte para mí que no apretara el gatillo, pues la adorable joven —¿puede usted creerlo?— estuvo siempre enamorada de mí.

—¿De veras? —exclamé yo, que no había olvidado el singular modo en que la señorita Gam había mostrado su amor aquellos días; aunque lo cierto es que cuanto más enamorada está una mujer, más lo disimula.

—Se había enamorado hasta los tuétanos del pobre Dennis —prosiguió el respetable muchacho—, ¿quién lo hubiera imaginado? Pero lo sé de muy buena tinta, me lo dijo su propia madre, con quien ahora tengo algunas diferencias. Pero ella me lo aseguró, y le explicaré cómo y cuándo.

»Estábamos acuartelados en Cork, tres años después de nuestra estancia en Weedon, y era nuestro último año en Irlanda; fue una verdadera suerte que mi querida Jemima hablara antes de que fuese demasiado tarde; de lo contrario, ¿qué sería de nosotros ahora? Pues bien, cierto día, cuando volvíamos al cuartel desde la plaza de armas, vi a una dama sentada junto a una ventana abierta, al lado de otra dama que parecía enferma; y la dama de la ventana, que iba del más riguroso luto, gritó: «¡Dios mío! ¡El señor Haggarty, del Regimiento 120!».

»—Estoy seguro de conocer esa voz —le dije a Whiskerton.

»—Es una suerte que no la conozcas demasiado bien —me respondió él—. Es lady Gammon, y apuesto a que está tratando de pescar marido para esa hija suya. El año pasado estuvo en Bath con ese propósito, y el anterior en Cheltenham, donde, ¡Dios bendito!, es tan conocida como el juego infantil de la gallina ciega.

»—Te agradeceré que no faltes al respeto a la señorita Jemima Gam —señalé a Whiskerton—; pertenece a una de las mejores familias de Irlanda, y cualquiera que diga una palabra en contra de la mujer a la que en una ocasión propuse matrimonio, me insulta a mí, ¿está claro?

»—Pues cástate con ella, si así lo deseas —repuso Whiskerton, bastante

malhumorado—; cástate con ella y ¡que te cuelguen!

»¿Casarme con ella? Sólo de pensarlo, mi cabeza empezó a dar vueltas; y mi enajenación fue mil veces mayor que de costumbre.

»Puede tener la seguridad de que aquella misma tarde subí la colina en dirección a la plaza de armas, y con el corazón brincando dentro del pecho. Llegué a casa de la viuda. Se llamaba Nuevo Molloyville, como ésta. Siempre que alquila una casa, aunque sea seis meses, la llama Nuevo Molloyville; y ha tenido una en Mallow, en Bandon, en Sligo, en Castlebar, en Fermoy, en Drogheda y ¡quién sabe dónde demonios más! Pero las persianas estaban bajadas y, aunque me pareció ver a alguien tras ellas, nadie hizo caso del pobre Dennis Haggarty; estuve paseando de un lado a otro durante la hora de la cena, con la esperanza de vislumbrar a Jemima, pero fue en vano. Al día siguiente, regresé; lo cierto es que continuaba tan enamorado como siempre. Jamás me había sentido así, ¿sabe? Y, una vez atrapado, sabía que era para siempre.

»No tiene el menor sentido que le cuente el tiempo que estuve dando vueltas, pero cuando logré ser admitido en la casa (gracias a la ayuda del joven Castlereagh Molloy, a quien usted recordará de Leamington, que se encontraba en Cork por la famosa regata y cenaba con nosotros en el comedor de oficiales, pues se había encariñado mucho conmigo); cuando, como le decía, logré ser admitido en la casa, me apresuré a ir *in medias res*^[6]; no podía quedarme callado, ¡mi emoción era tan grande!

»¡Oh, Fitz! Jamás olvidaré el día... el instante en que me condujeron al salón —cuanto más agitado estaba, más fuerte era el acento irlandés de Dennis; pero, por mucho que alguien de otro país perciba y repita de memoria algunas palabras, es casi imposible *sostener una conversación* en irlandés, así que abandonaremos cualquier intento de imitar a Dennis—. Cuando vi a la anciana señora Gam —prosiguió—, mis sentimientos se desbordaron. Me tiré al suelo, señor, como si me hubiera alcanzado la bala de un mosquete.

»—Queridísima señora —exclamé—, moriré si no me entrega a Jemima.

»—¡Cielos, señor Haggarty! —contestó ella—. ¡Me coge usted por sorpresa! Castlereagh, querido sobrino, ¿no sería mejor que te marcharas? —y así lo hizo, encendiendo un puro y dejándome aún en el suelo.

»—Levántese, señor Haggarty —prosiguió la viuda—. No negaré que su fidelidad a mi hija es de lo más conmovedora, por muy repentina que haya sido su presente solicitud. No negaré que es muy posible que Jemima sienta lo mismo por usted; pero, tal como he afirmado en otras ocasiones, nunca permitiría que mi hija se casara con un católico.

»—Soy tan buen protestante como usted, señora —repliqué—; mi madre era una rica heredera, y recibimos la misma educación que ella.

»—Eso cambia las cosas —dijo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo iba a tener la conciencia tranquila viendo a mi querida hija casada con un papista? ¿Cómo

iba a poder llevarlo a Molloyville? Pero, una vez superado ese obstáculo, dejaré de interponerme entre dos jóvenes. Debo sacrificarme; como he hecho siempre por mi hija. Podrá ver a la infortunada, adorable y encantadora enferma, y sabrá el destino que le espera a usted de sus propios labios.

»—¿La enferma, señora? —inquirí—. ¿Es que la señorita Gam ha estado indispuesta?

»—¡Pero cómo! ¿No sabe nada? —exclamó la viuda—. ¿Acaso no ha oído hablar de la terrible enfermedad que ha estado a punto de arrebatármela? Durante nueve semanas, señor Haggarty, he estado a su lado día y noche, sin echar siquiera una cabezada..., durante nueve semanas, Jemima ha estado luchando entre la vida y la muerte; y pagué al doctor ochenta y tres guineas. Mi hija se ha restablecido; pero no es más que una ruina de la hermosa criatura que fue. El sufrimiento y, tal vez, *otro desengaño* —pero será mejor no mencionar eso *ahora*— son la causa de su desánimo. Pero le dejaré solo, e iré a preparar a mi dulce pequeña para esta visita tan singular y tan completamente inesperada.

»No le contaré lo que ocurrió entre Jemima y yo cuando me llevaron a la oscura estancia donde la pobre inválida estaba sentada; ni le describiré la emoción con que cogí su pobre y demacrada mano (después de buscarla a tientas). Ella no la retiró; salí de esa habitación prometido, señor; y *ahora* podía demostrarle que mi amor siempre había sido sincero, pues, tres años antes, había hecho testamento a su favor: la misma noche en que ella rechazó mi oferta de matrimonio, como usted sabe. Yo me hubiera pegado un tiro, pero me habrían declarado *non compos*^[7], y mi hermano Mick habría impugnado el testamento; de modo que decidí vivir, a fin de que ella pudiera beneficiarse de mi muerte. En aquella época sólo tenía mil libras; posteriormente, mi padre me legó otras dos mil. Dejé a Jemima hasta el último chelín en testamento, como puede imaginar, y puse todo a su nombre en cuanto nos casamos, lo que hicimos en seguida. Pasó algún tiempo hasta que me permitieron ver el rostro de la infortunada joven, y entonces fui verdaderamente consciente de la espantosa desgracia que ésta había sufrido. ¡Imagine mi dolor, querido amigo, cuando contemplé las ruinas de su belleza!

Había algo realmente conmovedor en la conducta de aquel valeroso muchacho, que ni una sola vez, mientras contaba su historia, pareció aludir a la posibilidad de negarse a contraer matrimonio con una mujer que ya no era la misma que él amaba; es más, seguía tan fiel a ella como cuando cayó rendido ante los mediocres y ñoños encantos de la necia señorita de Leamington. Era inhumano que un corazón tan noble como el suyo se desperdiciara entre tanta mezquina vanidad. Pero ¿era inhumano o no que siguiera engañado en su obstinada modestia, y continuara admirando a la necia y egoísta criatura que había elegido venerar?

—Me habrían nombrado cirujano mayor del regimiento muy poco después —prosiguió Dennis—, cuando lo enviaron a Jamaica, donde continúa en la actualidad. Pero mi mujer se negó en redondo a desplazarse allí, y aseguró que se le rompería el

corazón si abandonaba a su madre. Así que me retiré del ejército con media paga y compré esta casita; y, por si me surgiera alguna oportunidad de ejercer la medicina..., mi nombre está en la placa de cobre, y estoy preparado para cualquier cosa. Aunque la única vez que acudieron a mí, estaba paseando a mi mujer en la calesa; y una noche, en otra ocasión, vino un mendigo con la cabeza rota. Mi mujer me regala un bebé todos los años, y no tenemos deudas; y entre usted y yo, y el correo, mientras mi suegra esté alejada de casa, me consideraré un hombre feliz.

—¡Cómo! ¿Acaso ustedes dos no se llevan bien? —inquirí.

—No puedo decir que nuestras relaciones sean buenas; somos demasiado distintos —replicó Dennis, con una débil sonrisa—. Llega a casa y lo pone todo patas arriba. Cuando viene, me veo obligado a dormir en la antecocina. No ha pagado la anualidad a su hija desde nuestro primer año de matrimonio, aunque siempre está jactándose de sus sacrificios, como si Jemima tuviera la culpa de su ruina; y, además, cuando nos visita, le acompaña todo el clan de los Molloy, caballería, infantería y dragones, que se alojan con nosotros y vacían la despensa.

—Y Molloyville ¿es un lugar tan maravilloso como decía la viuda? —pregunté riendo, y no sin cierta curiosidad.

—¡Oh, sí! ¡Un lugar realmente maravilloso! —contestó Dennis—. El parque de robles tiene más de doscientos acres; no creo que haya visto jamás unas tierras mejores, pero han talado todos los árboles. Dicen que el jardín, en tiempos de los antiguos Molloy, era el más hermoso de todo el oeste de Irlanda; pero han empleado todo el cristal para reparar las ventanas de la casa, y tampoco puede culpárseles por eso. La familia recibe tres mil quinientas libras anuales de los terratenientes, pero éstas van directamente a los acreedores; además, tiene otras deudas que no puede zanjar con sus propiedades.

—Su primo político, Castlereagh Molloy, ¿no heredará una gran fortuna?

—¡Oh! Él se las arreglará —respondió Dennis—. Mientras siga teniendo crédito, no se privará de nada. Fui lo bastante necio para firmar por él en un pequeño trozo de papel y, como no pudieron echarle el guante en el condado de Mayo, me detuvieron a mí aquí en Kingstown. Y fue un verdadero fastidio. ¡La señora Gam llegó a decir que yo estaba arruinando a la familia! Pagué la deuda a plazos (pues todo mi dinero está a nombre de Jemima); y Castlereagh, que es un muchacho honrado, me dijo que jamás lo olvidaría. De todos modos, no podía hacer más que eso.

—Tiene razón; y ahora, ¿son ustedes amigos?

—Sí, y también él se ha peleado con su tía; la insulta a conciencia, se lo aseguro. Dice que llevó de acá para allá a Jemima, y que la arrojó en brazos de casi todos los solteros de Inglaterra... la pobre Jemima, ¡mientras ella se consumía de amor por mí! Tan pronto como se recobró de la viruela (la había contraído en Fermoy, ¡que Dios la bendiga! ¡Ojalá hubiera estado a su lado para cuidarla!), tan pronto como se restableció, la anciana le dijo a su sobrino: «Castlereagh, ve al cuartel y averigua dónde está el Regimiento 120». Y se dirigió a Cork a toda prisa. Al parecer, mientras

estuvo enferma, el amor de Jemima por mí dio muestras de ser tan apasionado que su madre se sintió abrumada, e hizo la promesa de que, si su querida hija recuperaba la salud, intentaría reunirnos de nuevo. Castlereagh afirma que nos habría seguido hasta Jamaica.

—No me cabe la menor duda —señalé.

—¿Qué mayor prueba de amor puede existir? —exclamó Dennis—. La enfermedad de mi querida pequeña y su terrible ceguera han estropeado, como es natural, su salud y su carácter. En su situación, no puede cuidar de los niños, que están casi siempre a mi cargo; y su humor es bastante inestable, no puedo negarlo. Pero es una criatura sensible, refinada y elegante, y es natural que a menudo se sienta irritada con alguien tan torpe como yo.

Dennis se despidió entonces de mí, diciendo que había llegado la hora de pasear a los niños; y creo que su historia puede servir de interesante reflexión a todos los solteros que estén a punto de cambiar su estado civil, o puede consolar a aquellos otros que se lamenten de su celibato. Cásense, caballeros, si así lo desean; cambien su cómoda cena en el club por carne de cordero fría y papillotes^[8] en su casa; abandonen sus libros o placeres y dedíquense a sus mujeres y a sus hijos; pero antes méditenlo bien, como estoy seguro de que harán después de este consejo y de este ejemplo. Un consejo es siempre útil en los asuntos amorosos; los hombres siempre lo atienden; y siempre siguen las opiniones de los demás, no las suyas. Y siempre sacan provecho de un ejemplo. Cuando ven a una hermosa mujer y sienten cómo les invade la encantadora locura del amor, siempre se detienen a calcular el carácter y el dinero de la amada, su propio dinero o idoneidad para la vida conyugal... ¡Ja, ja, ja! Dejemos ya de decir tonterías. He estado enamorado cuarenta y tres veces de mujeres de toda clase y condición, y me habría casado en todas esas ocasiones si me hubieran dejado. ¿Cuántas esposas tuvo el rey Salomón, el más sabio de los hombres? ¿Y no es su vida una advertencia de que el Amor es dueño de los más sabios? Sólo los necios lo desafían.

Debo llegar, sin embargo, a la parte final y quizá más triste de la historia del pobre Denny Haggarty. Me encontré con él una vez más, y en unas condiciones que me decidieron a escribir este relato.

El pasado mes de junio me encontraba por casualidad en Richmond, un pequeño y encantador lugar de retiro; y allí, tomando el sol en la terraza, estaba mi viejo amigo del Regimiento 120: parecía más viejo, delgado, pobre y abatido que nunca.

—¡Pero cómo! ¿Ha dejado usted Kingstown? —le pregunté, estrechando su mano.

—Sí —me respondió.

—Y su mujer y sus hijos ¿están en Richmond?

—No —contestó, moviendo tristemente la cabeza; y los ojos hundidos de mi infortunado amigo se llenaron de lágrimas.

—¡Cielos, Denny! ¿Qué ocurre? —exclamé, sin que él dejara de apretar

fuertemente mi mano.

—¡Me han ABANDONADO! —gritó desesperado, con un espantoso lamento que pareció salir del fondo de su alma—. ¡Me han abandonado! —repitió, desplomándose en una silla, cerrando sus enormes puños y agitando con vehemencia sus delgados brazos—. He aprendido mucho, señor Fitz-Boodle. Jemima me ha dejado y, sin embargo, ¡usted sabe cuánto la amaba y lo felices que éramos! No tengo a nadie; pero pronto moriré, es un consuelo. ¡Y pensar que es ella, después de todo, la que va a matarme!

La historia, que me contó en medio de unos lamentos salvajes y violentos —que los hombres de nuestro país, mucho más fríos e impasibles, serían incapaces de proferir, y que no me agrada en absoluto recordar ahora—, era muy sencilla. La suegra había tomado posesión de su hogar y lo había expulsado de él. Todos sus bienes estaban a nombre de su mujer. Ella nunca lo había amado y, después de contarle ese secreto, lo había echado de casa con su desprecio egoísta y su mal humor. El hijo había muerto; las hijas, añadió, estaban mejor creciendo entre los Molloy que a su lado; de modo que se hallaba completamente solo en el mundo, viviendo, o más bien muriendo, con cuarenta libras anuales.

Es muy posible que sus sufrimientos hayan terminado ya para siempre. Las dos insensatas culpables de su desdicha jamás leerán esta historia, jamás leen historias irreverentes en las revistas; me gustaría, honrado lector, que usted y yo visitáramos la iglesia con tanta asiduidad como ellas. Esas personas no son malvadas *a causa* de sus prácticas religiosas, sino *a pesar* de ellas. Son demasiado necias para comprender la humildad, demasiado ciegas para percibir un corazón tierno y sencillito bajo un pecho torpe y desgarrado. Están convencidas de que han observado siempre una conducta intachable con mi pobre amigo, y de que han hecho gala de la mayor virtud cristiana. Los amigos de la mujer de Haggarty la consideran una mártir de su brutal marido, y su madre es el ángel que acudió a rescatarla. Lo único que hicieron fue engañarlo y abandonarlo. Y, a salvo, en esa maravillosa autocomplacencia, característica de los necios e insensatos de este mundo, no sienten el menor remordimiento de conciencia por lo malvadas que han sido con él, y consideran su crueldad una prueba y una consecuencia de su piedad y de su virtud sin mancha.

El auxiliar de la parroquia

Un cuento de amor verdadero

Charles Dickens

Había una vez, en una diminuta ciudad de provincias bastante alejada de Londres, un hombrecito llamado Nathaniel Pipkin, que trabajaba en la parroquia de la pequeña población y vivía en una pequeña casa de High Street, a escasos diez minutos a pie de la pequeña iglesia; y a quien se podía encontrar todos los días, de nueve a cuatro, impartiendo algunas enseñanzas a los niños del lugar. Nathaniel Pipkin era un ser ingenuo, inofensivo y de carácter bondadoso, de nariz respingona, un poco zambo, bizco y algo cojo; dividía su tiempo entre la iglesia y la escuela, convencido de que, sobre la faz de la tierra, no había ningún hombre tan inteligente como el pastor, ninguna estancia tan grandiosa como la sacristía, ninguna escuela tan organizada como la suya. Una vez, una sola vez en su vida, había visto a un obispo... a un verdadero obispo, con mangas de batista y peluca. Lo había visto pasear y lo había oído hablar en una confirmación, y, en aquella ocasión tan memorable, Nathaniel Pipkin se había sentido tan abrumado por la devoción y por el miedo que, cuando el obispo que acabamos de mencionar puso la mano sobre su cabeza, él cayó desvanecido y fue sacado de la iglesia en brazos del pertiguero^[1].

Aquello había sido un gran acontecimiento, un momento fundamental en la vida de Nathaniel Pipkin, y el único que había alterado el suave discurrir de su tranquila existencia, hasta que una hermosa tarde en que estaba completamente entregado a sus pensamientos, levantó por casualidad los ojos de la pizarra —donde ideaba un espantoso problema lleno de sumas para un pilluelo desobediente— y éstos se posaron, inesperadamente, en el radiante rostro de Maria Lobbs, la única hija del viejo Lobbs, el poderoso guarnicionero que vivía enfrente. Lo cierto es que los ojos del señor Pipkin se habían posado antes, y con mucha frecuencia, en el bonito semblante de Maria Lobbs, en la iglesia y en otros lugares; pero los ojos de Maria Lobbs nunca le habían parecido tan brillantes, ni las mejillas de Maria Lobbs tan sonrosadas como en aquella ocasión. No es de extrañar, pues, que Nathaniel Pipkin fuera incapaz de apartar su mirada del rostro de la señorita Lobbs; no es de extrañar que la señorita Lobbs, al ver los ojos del joven clavados en ella, retirara su cabeza de la ventana donde estaba asomada, la cerrara y bajase la persiana; no es de extrañar que, inmediatamente después, Nathaniel Pipkin se abalanzara sobre el pequeño granuja que antes le había molestado y le diera algún coscorrón y alguna bofetada para desahogarse. Todo eso fue muy natural, y no hay nada en ello digno de asombro.

De lo que sí hay que asombrarse, sin embargo, es de que alguien tan tímido y

nervioso como el señor Nathaniel Pipkin, y con unos ingresos tan insignificantes como él, tuviera la osadía de aspirar, desde ese día, a la mano y al corazón de la única hija del irascible viejo Lobbs... del viejo Lobbs, el poderoso guarnicionero, que podía haber comprado toda la ciudad de un plumazo sin que su fortuna se resintiera... del viejo Lobbs, que tenía muchísimo dinero invertido en el banco de la población con mercado más cercana... que, según decían, poseía incontables e inagotables tesoros escondidos en la pequeña caja fuerte con el ojo de la cerradura enorme, sobre la repisa de la chimenea, en la sala de la parte trasera... y que, como todos sabían, los días de fiesta adornaba su mesa con una auténtica tetera de plata, una jarrita para la crema y un azucarero, que, según alardeaba con el corazón henchido de orgullo, serían propiedad de su hija cuando encontrara a un hombre digno de ella. Y comento todo esto porque es realmente asombroso y extraño que Nathaniel Pipkin hubiera tenido la temeridad de mirar en aquella dirección. Pero el amor es ciego, y Nathaniel era bizco; y es posible que la suma de esas dos circunstancias le impidiese ver las cosas como son.

Ahora bien, si el viejo Lobbs hubiera tenido la más remota o vaga idea del estado emocional de Nathaniel Pipkin, habría arrasado la escuela, o borrado a su maestro de la faz de la tierra, o cometido algún otro desmán o atrocidad de características igualmente feroces y violentas; pues el viejo Lobbs era un tipo terrible cuando herían su orgullo o se enojaba. Y, ¡podría jurarlo!, algunas veces soltaba tantos improperios por la boca, cuando denunciaba la holgazanería del delgado aprendiz de piernas esqueléticas, que Nathaniel Pipkin temblaba de miedo y a sus alumnos se les erizaban los cabellos del susto.

Día tras día, cuando se acababan las clases y los alumnos se habían ido, Nathaniel Pipkin se sentaba en la ventana que daba a la fachada y, mientras fingía leer un libro, miraba de reojo al otro lado de la calle en busca de los brillantes ojos de Maria Lobbs; y no transcurrieron muchos días antes de que esos brillantes ojos apareciesen en una de las ventanas del piso de arriba, aparentemente enfrascados también en la lectura. Era algo maravilloso que llenaba de alegría el corazón de Nathaniel Pipkin. Era una felicidad estar sentados allí durante horas, los dos juntos, y mirar aquel hermoso rostro cuando bajaba los ojos; pero cuando Maria Lobbs empezaba a levantar los ojos del libro y a lanzar sus rayos en dirección a Nathaniel Pipkin, su gozo y su admiración no conocían límite. Finalmente, un día en que sabía que el viejo Lobbs se hallaba ausente, Nathaniel Pipkin tuvo el atrevimiento de enviar un beso con la mano a Maria Lobbs; y Maria Lobbs, en lugar de cerrar la ventana, ¡se lo devolvió y le sonrió! A raíz de esto, Nathaniel Pipkin decidió que, pasara lo que pasara, comunicaría sin más demora sus sentimientos a la joven.

Jamás un pie más lindo, ni un corazón más feliz, ni unos hoyuelos más encantadores, ni una figura más hermosa, pisó con tanta gracia como Maria Lobbs, la hija del viejo guarnicionero, la tierra que embellecía con su presencia. Había un centelleo malicioso en sus brillantes ojos que habría conquistado corazones mucho

menos enamoradizos que el de Nathaniel Pipkin; y su risa era tan alegre que hasta el peor misántropo habría sonreído al oírla. Ni siquiera el viejo Lobbs, en el paroxismo de su furia, podía resistirse a las carantoñas de su preciosa hija; y cuando ella y su prima Kate —una personita traviesa, descarada y cautivadora— querían conseguir algo del anciano, lo que, para ser sinceros, ocurría a menudo, no había nada que éste fuera capaz de negarles, incluso cuando le pedían una parte de los incontables e inagotables tesoros escondidos en la caja fuerte.

El corazón de Nathaniel Pipkin pareció brincarle dentro del pecho cuando, una tarde de verano, divisó a aquella atractiva pareja unos cientos de yardas por delante de él, en el mismo prado donde tantas veces había paseado hasta el anochecer, recordando la belleza de Maria Lobbs. Pero, a pesar de que, en esas ocasiones, había pensado frecuentemente con cuánta rapidez se acercaría a Maria Lobbs para declararle su pasión si la encontraba, ahora que inesperadamente la tenía delante, toda la sangre de su cuerpo afluyó a su rostro, en claro detrimento de sus piernas que, privadas de su dosis habitual, empezaron a temblar bajo su torso. Cuando las jóvenes se paraban a coger una flor del seto, o a escuchar un pájaro, Nathaniel Pipkin hacía también un alto, y fingía estar absorto en sus meditaciones, lo que sin duda era cierto; pues pensaba qué demonios iba a hacer cuando se dieran la vuelta, como ocurriría inevitablemente, y se encontraran frente a frente. Pero, a pesar de que temía acercarse a ellas, no podía soportar perderlas de vista; de modo que, cuando las dos jóvenes andaban más deprisa, él andaba más deprisa y, cuando se detenían, él se detenía; y habrían seguido así hasta que la noche se lo impidiera, si Kate no hubiera mirado maliciosamente hacia atrás y hubiese animado a avanzar a Nathaniel. Había algo irresistible en los modales de Kate, así que Nathaniel Pipkin accedió a su deseo; y después de mucho ruborizarse, mientras la pequeña y traviesa prima se desternillaba de risa, Nathaniel Pipkin se arrodilló en la hierba mojada y declaró su determinación de quedarse allí para siempre, a menos que le permitieran ponerse en pie como novio formal de Maria Lobbs. Al oír esto, la alegre risa de la señorita Lobbs resonó a través del aire sereno de la noche... aunque no pareció perturbarlo; su sonido era tan encantador... Y la pequeña y traviesa prima se rió más fuerte que antes, y Nathaniel Pipkin enrojeció como nunca lo había hecho. Finalmente, Maria Lobbs, ante la insistencia de su rendido admirador, volvió la cabeza y susurró a su prima que dijera —o, en cualquier caso, fue ésta quien lo dijo— que se sentía muy honrada con las palabras del señor Pipkin; que su mano y su corazón estaban a disposición de su padre; y que nadie podía ser insensible a los méritos del señor Pipkin. Como Kate declaró todo esto con enorme seriedad, y Nathaniel Pipkin acompañó a casa a Maria Lobbs, e incluso intentó despedirse de ella con un beso, el joven se fue feliz a la cama, y pasó la noche soñando con ablandar al viejo Lobbs, abrir la caja fuerte y casarse con Maria.

Al día siguiente, Nathaniel Pipkin vio como el viejo Lobbs se alejaba en su viejo poni gris y, después de que la pequeña y traviesa prima le hiciera innumerables señas

desde la ventana, cuya finalidad y significado fue incapaz de comprender, el delgado aprendiz de piernas esqueléticas fue a decirle que su amo no regresaría en toda la noche y que las damas le esperaban a tomar el té, exactamente a las seis en punto. Cómo transcurrieron las clases aquel día es algo de lo que ni Nathaniel Pipkin ni sus alumnos saben más que usted; pero lo cierto es que, de un modo u otro, éstas llegaron a su fin y, cuando los niños se marcharon, Nathaniel Pipkin se tomó hasta las seis en punto para vestirse a su gusto. No es que tardase mucho tiempo en elegir el atuendo que iba a llevar, ya que no había dónde escoger; pero, conseguir que éste luciera al máximo y darle los últimos toques era una tarea no exenta de dificultades ni de importancia.

Le esperaba un pequeño grupo, formado por Maria Lobbs, su prima Kate y tres o cuatro muchachas, juguetonas y afables, de mejillas sonrosadas. Nathaniel Pipkin comprobó personalmente que los rumores que corrían sobre los tesoros del viejo Lobbs no eran exagerados. Había sobre la mesa una auténtica tetera de plata, una jarrita para la crema y un azucarero, y auténticas cucharitas de plata para remover el té, y auténticas tazas de porcelana para beberlo, y platos a juego para los pasteles y las tostadas. Lo único que le disgustaba era la presencia de otro primo de Maria Lobbs, un hermano de Kate, a quien Maria llamaba Henry, y que parecía acaparar la compañía de Maria Lobbs en uno de los extremos de la mesa. Resulta encantador que las familias se quieran, siempre que no lleven ese sentimiento demasiado lejos, y Nathaniel Pipkin no pudo sino pensar que Maria Lobbs debía de estar especialmente encariñada con sus parientes, si prestaba a los demás la misma atención que a aquel primo. Después de tomar el té, cuando la pequeña y traviesa prima propuso jugar a la gallina ciega, por un motivo u otro, Nathaniel Pipkin estuvo casi todo el tiempo con los ojos vendados; y siempre que cogía al primo sabía con seguridad que Maria Lobbs andaba cerca. Y, a pesar de que la pequeña y traviesa prima y las otras muchachas le pellizcaban, le tiraban del pelo, empujaban las sillas para que se tropezara, y toda clase de cosas, Maria Lobbs jamás se acercó a él; y en una ocasión... en una ocasión... Nathaniel Pipkin habría jurado oír el sonido de un beso, seguido de una débil protesta de Maria Lobbs, y de unas risitas de sus amigas. Todo esto era extraño... muy extraño... y es difícil saber lo que Nathaniel Pipkin habría hecho si sus pensamientos no hubieran tomado bruscamente otra dirección.

Y las circunstancias que cambiaron el rumbo de sus pensamientos fueron unos fuertes aldabonazos en la puerta de entrada; y quien así llamaba era el viejo Lobbs, que había regresado inesperadamente y golpeaba la puerta con la misma insistencia que un fabricante de ataúdes, pues reclamaba su cena. En cuanto el delgado aprendiz de piernas esqueléticas les comunicó la alarmante noticia, las muchachas subieron corriendo al dormitorio de Maria Lobbs, y el primo y Nathaniel Pipkin fueron empujados dentro de dos armarios de la sala, a falta de otro escondite mejor; y, cuando Maria Lobbs y su pequeña y traviesa prima hubieron ocultado a los jóvenes y ordenado la estancia, abrieron al viejo Lobbs, que no había dejado de aporrear la

puerta desde su llegada.

Lo que, desgraciadamente, sucedió entonces es que el viejo Lobbs, que estaba muerto de hambre, llegó con un humor espantoso. Nathaniel Pipkin podía oírle gruñir como un viejo mastín con dolor de garganta; y, siempre que el infortunado aprendiz de piernas esqueléticas entraba en el cuarto, tenía la certeza de que el viejo Lobbs empezaría a maldecirlo del modo más sarracénico y feroz, aunque, al parecer, sin otra finalidad u objetivo que desahogar su furia con aquellos superfluos exabruptos. Finalmente le sirvieron la cena, que hubieron de calentar, y el viejo Lobbs se abalanzó sobre la comida; después de comérselo todo con rapidez, besó a su hija y le pidió su pipa.

La naturaleza había colocado las rodillas de Nathaniel Pipkin en una posición muy cercana, pero, cuando oyó que el viejo Lobbs pedía su pipa, éstas se juntaron con fuerza como si pretendieran reducirse mutuamente a polvo; pues, colgando de un par de ganchos, en el mismo armario donde se escondía, había una enorme pipa, de boquilla marrón y cazoleta de plata, que él mismo había contemplado en la boca del viejo Lobbs con regularidad, todas las tardes y todas las noches, durante los últimos cinco años. Las dos jóvenes buscaron la pipa en el piso de abajo, en el piso de arriba, y en todas partes excepto donde sabían que estaba, y el viejo Lobbs, mientras tanto, despotricaba del modo más increíble. Finalmente, recordó el armario y se dirigió a él. No sirvió de nada que un hombre diminuto como Nathaniel Pipkin tirara de la puerta hacia dentro mientras un tipo grande y fuerte como el viejo Lobbs tiraba hacia fuera. El viejo Lobbs abrió el armario de golpe, poniendo al descubierto a Nathaniel Pipkin que, muy erguido dentro del armario, temblaba atemorizado de la cabeza a los pies. ¡Santo Dios! Qué mirada tan terrible le lanzó el viejo Lobbs, mientras le sacaba por el cuello y lo sujetaba a cierta distancia.

—Pero ¿qué demonios se le ha perdido aquí? —exclamó el viejo Lobbs, con voz estentórea.

Nathaniel Pipkin fue incapaz de contestar, de modo que el viejo Lobbs lo zarandeó hacia delante y hacia atrás durante dos o tres minutos, a fin de ayudarle a aclarar sus ideas.

—¿Que qué se le ha perdido aquí? —bramó Lobbs—; supongo que ha venido detrás de mi hija, ¿no es así?

El viejo Lobbs lo dijo únicamente para burlarse de él; pues no creía que el atrevimiento de Nathaniel Pipkin pudiera llegar tan lejos. Cuán grande fue su indignación cuando el pobre hombre respondió:

—Sí, señor Lobbs, he venido detrás de su hija. Estoy enamorado de ella, señor Lobbs.

—¿Usted? ¡Un rufián apocado, enclenque y mal encarado! —dijo con voz entrecortada el viejo Lobbs, paralizado por la terrible confesión—. ¿Qué significan sus palabras? ¡Dígamelo en la cara! ¡Maldita sea, le estrangularé!

Es muy probable que el viejo Lobbs hubiera ejecutado su amenaza, empujado por

la ira, de no haberlo impedido una inesperada aparición: a saber, el primo de Maria que, abandonando su armario y corriendo hacia el viejo Lobbs, exclamó:

—No puedo permitir que esta persona inofensiva, que ha sido invitada aquí para el regocijo de unas niñas, asuma, de un modo tan generoso, la responsabilidad de una falta (si es que puede llamarse así) de la que soy el único culpable; y estoy dispuesto a reconocerlo. Quiero a su hija, señor; y he venido con el propósito de verla.

El viejo Lobbs abrió mucho los ojos al oír sus palabras, aunque no más que Nathaniel Pipkin.

—¿Ha venido usted? —dijo Lobbs, recuperando finalmente el habla.

—Sí, he venido.

—Hace mucho tiempo que le prohibí entrar en esta casa.

—Es cierto; de otro modo no habría venido a escondidas esta noche.

Lamento contar esto del viejo Lobbs, pero creo que habría pegado al primo si su hermosa hija, con los brillantes ojos anegados en lágrimas, no le hubiera agarrado el brazo.

—No le detengas, Maria —exclamó el joven—; si quiere pegarme, déjale. Yo no tocaría ni uno de sus cabellos grises por todo el oro del mundo.

El anciano bajó la mirada tras ese reproche, y sus ojos se encontraron con los de su hija. He insinuado ya en una o dos ocasiones que los tenía muy brillantes, y, aunque ahora estaban llenos de lágrimas, su influjo no era menor. Cuando el viejo Lobbs volvió la cabeza, para evitar que esos ojos le convencieran, se topó con el rostro de la pequeña y traviesa prima que, medio asustada por su hermano y medio riéndose de Nathaniel Pipkin, mostraba la expresión más encantadora, y no exenta de malicia, que un hombre viejo o joven puede contemplar. Cogió zalamera el brazo del anciano y le susurró algo al oído; y, a pesar de sus esfuerzos, el viejo Lobbs no pudo evitar sonreír, al tiempo que una lágrima rodaba por sus mejillas. Cinco minutos más tarde, sus amigas bajaban del dormitorio entre remilgos y risitas sofocadas; y, mientras los jóvenes se divertían, el viejo Lobbs descolgó la pipa y se puso a fumar; y se dio la extraordinaria circunstancia de que aquella pipa de tabaco fue la más deliciosa y relajante que había fumado jamás.

Nathaniel Pipkin creyó preferible guardar silencio y, al hacerlo, consiguió ganarse poco a poco la estima del viejo Lobbs, que con el tiempo le enseñó a fumar; y, durante muchos años, los dos se sentaban en el jardín al atardecer, cuando el tiempo era bueno, y fumaban y bebían muy animados. No tardó en recuperarse de su desengaño, pues su nombre figura en el registro de la parroquia como testigo de la boda de Maria Lobbs y su primo; y, según consta en otros documentos, parece que la noche de la ceremonia la pasó entre rejas, por haber cometido toda clase de excesos en las calles en un estado de absoluta embriaguez, ayudado e instigado por el delgado aprendiz de piernas esqueléticas.

La cueva de Malachi

Anthony Trollope

En la costa norte de Cornualles, entre Tintagel y Bossiney, al borde del mar, vivía no hace mucho tiempo un anciano que se ganaba la vida recogiendo algas para venderlas como abono. Los acantilados de esa región son sobrecogedores y majestuosos, y las olas del norte golpean contra ellos con enorme violencia. Diría que es el paisaje más hermoso de acantilados de toda Inglaterra, aunque le superen en belleza muchos tramos de la costa oeste de Irlanda, y quizá también ciertos lugares de Gales y Escocia. Los acantilados deben ser escarpados, estar cortados a pico, y dejar de vez en cuando un pequeño paso desde su cima hasta la arena que hay en su base. El mar debe llegar, si no hasta ellos, muy cerca, y, sobre todo, sus aguas han de ser de color azul, pero no de esa tonalidad plomiza que nos resulta tan familiar en Inglaterra. En Tintagel se cumplen todos esos requisitos, excepto ese brillante color azul tan hermoso. Pero los acantilados son abruptos y escarpados, y la franja de arena, al subir la marea, es muy estrecha... tan estrecha que, con las mareas vivas, apenas hay sitio donde apoyar el pie.

Muy cerca de esa franja se hallaba la pequeña cabaña o el chamizo de Malachi Trenglos, el anciano que he mencionado antes. Pero Malachi, o el viejo Glos, como le llamaba la gente de los alrededores, no había construido su casa totalmente encima de la arena. Había en la roca una grieta enorme que formaba una garganta muy angosta, tan perfecta desde la cima hasta la base que dejaba suficiente espacio para que por ella discurriera un camino difícil y empinado. La abertura de esa grieta era tan ancha que Trenglos había podido construir en ella su morada, sobre un cimientito de roca, y llevaba viviendo allí muchísimos años. Se decía que, en los primeros tiempos de su negocio, llevaba las algas hasta la cima del acantilado en un cesto que cargaba sobre las espaldas, pero que, últimamente, se había hecho con un burro, al que había entrenado para subir y bajar por el empinado sendero con un único canasto sobre sus lomos, pues las rocas no le permitirían llevar una alforja a cada lado; y para ese ayudante había construido junto a su vivienda un cobertizo, casi tan espacioso como el lugar dónde él residía.

Pero, con el paso de los años, el viejo Glos se procuró otra compañía, además de la del burro, o mejor dicho, la Divina Providencia le brindó otra ayuda; y lo cierto es que, de no haber sido así, el anciano se habría visto obligado a renunciar a su cabaña y a su independencia, y a ingresar en el asilo de Camelford. Padecía reumatismo, los años le habían encorvado hasta doblarlo, y poco a poco se veía incapaz de acompañar al burro en su camino de ascenso al mundo de la parte superior, o de ayudar siquiera a

recoger las codiciadas algas de las olas.

En la época a la que hace referencia nuestra historia, Trenglos llevaba doce meses sin subir a lo alto del acantilado, y seis meses sin ocuparse de su negocio, salvo coger el dinero y guardarlo, si es que sobraba algo, y sacudir de vez en cuando el forraje del burro. El verdadero trabajo lo hacía todo Mahala Trenglos, su nieta.

Todos los granjeros de la costa y los pequeños tenderos de Camelford conocían a Mally Trenglos. Era una criatura de aspecto salvaje, casi sobrenatural, con el cabello negro y despeinado flotando al viento, de pequeña estatura, manos diminutas y brillantes ojos negros; pero la gente decía que era muy fuerte, y los niños de los alrededores aseguraban que trabajaba día y noche y que no conocía la fatiga. En cuanto a su edad, existían muchas dudas. Unos afirmaban que tenía diez años, y otros veinticinco, pero dejaremos que el lector sepa que, en aquella época, acababa de cumplir los veinte. Los ancianos hablaban bien de Mally por lo bondadosa que era con su abuelo; y afirmaban que, aunque le llevaba casi todos los días un poco de ginebra y de tabaco, jamás se compraba nada para ella. En lo que concierne a la ginebra..., nadie que conociera a la joven podría acusarla de interesarse por la bebida. Pero no tenía amigos y apenas conocía a nadie de su edad. Aseguraban que era maliciosa e irascible, que no tenía una palabra amable para nadie, y que era una pequeña arpía en todos los sentidos. Los muchachos no se interesaban por ella; pues, en cuanto a vestimenta, todos los días eran iguales para Mally. Jamás se arreglaba los domingos. Generalmente, no llevaba medias, y no parecía preocuparse en absoluto de ejercer ninguno de esos atractivos femeninos de los que podría haber hecho gala si hubiera querido. Todos los días eran iguales para ella en lo que se refiere a indumentaria; y me temo que, hasta hace relativamente poco, todos los días eran iguales para ella en cualquier otro sentido. El anciano Malachi no había vuelto a entrar en una iglesia desde que empezó a vivir bajo el acantilado.

Sin embargo, en los dos últimos años, Mally se había sometido a las enseñanzas del pastor de Tintagel, y había acudido a misa los domingos; y con tanta frecuencia que nadie que conociera las peculiaridades de su residencia osaría echarle en cara su escasa puntualidad. Pero no se vestía de un modo diferente en esas ocasiones. Se quedaba en un asiento muy bajo de piedra, en la entrada de la iglesia, con la gruesa falda roja y la holgada chaqueta marrón, ambas de sarga, que llevaba todos los días; pues eran las prendas que se adaptaban mejor al trabajo duro y peligroso entre las aguas. El pastor había insistido en que fuera a misa, y Mally le había contado que no tenía ningún vestido para acudir a la iglesia. Él le había explicado que sería bien recibida con independencia de la ropa que llevara. La joven había creído en sus palabras, y se había presentado allí con un coraje digno de admiración, aunque no hay duda de que éste iba unido a una obstinación mucho menos admirable.

Pues la gente decía que el viejo Glos era rico, y que Mally podría tener ropa decente si quisiera. El señor Polwarth, el pastor, puesto que el anciano no podía llegar hasta él, bajaba al pie del acantilado para visitarlo, y le había insinuado algo al

respecto en ausencia de Mally. Pero el viejo Glos, que había sido muy paciente con él en otras cuestiones, se enfureció de tal modo cuando aludió al dinero que el señor Polwarth se vio obligado a cambiar de tema; y Mally siguió sentándose en el banco de piedra con su faldita de sarga y su larga cabellera cayéndole sobre el rostro. Y, en esas ocasiones, tenía incluso la consideración de atarse el pelo con un viejo cordón de zapato. Y éste seguía recogido los lunes y los martes, pero los miércoles por la tarde los cabellos negros de Mally siempre se las ingeniaban para soltarse.

No cabía la menor duda de que la joven era una trabajadora incansable, pues entre ella y el burro amontonaban una cantidad de algas verdaderamente asombrosa. El viejo Glos, según afirmaban, nunca había recogido ni la mitad; pero en aquella época los precios habían bajado, lo que obligaba a conseguir más. Así que Mally y el burro trabajaban y trabajaban, y los montones de algas crecían de un modo que sorprendía a todos aquellos que miraban sus manos diminutas y su delgada figura. ¿No la ayudaría alguien por las noches, un hada, un demonio u otro ser parecido? Mally respondía a la gente con tanta brusquedad que no era de extrañar que se dijeran cosas desagradables de ella.

Nadie oyó nunca que Mally Trenglos protestara por su trabajo, pero, por aquel entonces, empezó a lamentarse enérgicamente del modo en que la trataban algunos vecinos. Se sabe que fue a quejarse al señor Polwarth; y, cuando éste no pudo ayudarla o no le prestó el apoyo necesario, se dirigió... ¡ay, como una tonta!... a la oficina de cierto abogado de Camelford, que posiblemente no lo haría mejor que el señor Polwarth.

La naturaleza del agravio era la siguiente. El lugar donde Mally recogía las algas era una pequeña gruta, que todos conocían como la cueva de Malachi por el anciano que vivía al lado, cuyo único acceso era el paso que llevaba desde la cima del acantilado hasta la cabaña de Trenglos. La anchura de la cueva, en la bajamar, podía tener unas doscientas yardas, y las rocas sobresalían de tal modo a ambos lados que, tanto por el norte como por el sur, los dominios de Trenglos quedaban fuera del alcance de los intrusos. Y el paraje había sido muy bien elegido para ese propósito.

Las olas se precipitaban en el interior de la cueva, arrastrando gran cantidad de algas que quedaban entre las rocas cuando bajaba la marea. Durante los vientos equinocciales de primavera y verano, el suministro nunca escaseaba; y los altos y mullidos montones de algas, empapados de sal, podían recogerse allí, incluso cuando la mar estaba en calma y no podían encontrarse en muchas millas. La tarea de recoger algas en los rompientes era difícil y peligrosa... tan difícil que gran parte de las algas volvían a ser arrastradas mar adentro cuando subía la marea.

Mally no recogía ni la mitad de las que veía a sus pies. Y no lamentaba las que se llevaban nuevamente las olas, pero, cuando algún intruso entraba en la cueva y le quitaba lo que era suyo... o de su abuelo, se sentía desconsolada. Y ese descaro, esa intrusión, fue lo que empujó a la pobre Mally al abogado de Camelford. Pero, ¡ay!, aunque éste cogió el dinero de Mally, no pudo hacer nada para ayudarla; y la joven se

quedó descorazonada.

Estaba convencida, al igual que su abuelo, de que el sendero que llevaba a la cueva era de su propiedad. Cuando se enteró de que la cueva, así como el mar que entraba en ella, no era un feudo del viejo Trenglos, comprendió que podían tener razón. Pero ¿qué ocurría entonces con el derecho de paso? ¿No tenía importancia quién había trazado el camino? ¿No se había dejado ella la piel subiendo piedras con sus pequeñas manos para que el burro de su abuelo tuviera donde apoyarse? ¿No se había afanado en echar capas de tierra en la pared del acantilado para que el animal avanzara con más facilidad por aquel sendero escarpado? Y ahora, cuando veía a los hijos de los granjeros más importantes bajar con sus burros... e incluso había uno que venía con un poni, y no un niño, sino un joven lo bastante crecido para tener discernimiento y no robar a un anciano y a una muchacha..., Mally llenaba de injurias a todo el género humano y juraba que el abogado de Camelford era un necio.

Cualquier intento de explicarle que había suficientes algas para ella era inútil. ¿Acaso no eran todas de Mally y de su abuelo o, por decirlo de otro modo, no era de ellos el único sendero que conducía hasta las algas? ¿Y no veía ella su trabajo entorpecido e interrumpido? ¿No se había visto obligada a dejar el burro cargado a veinte yardas —protestaba, aunque en realidad habían sido cinco—, porque el hijo del granjero Gunliffe se había interpuesto en su camino con el ladrón de su poni? El granjero Gunliffe había pretendido comprarle las algas al precio que él quería y, como Mally se había negado, le había enviado al granuja de su hijo para amargarle la vida de ese modo.

—¡Desjarretaré la bestia la próxima vez que venga! —le dijo Mally al viejo Glos, echando literalmente fuego por los ojos.

La pequeña propiedad del granjero Gunliffe, que poseía alrededor de cincuenta acres de tierra, se hallaba muy cerca del poblado de Tintagel y a menos de una milla del acantilado. Las encinas de mar, como las llamaban, eran el único abono a su alcance, y no hay duda de que consideraba injusto que la obstinación de Mally Trenglos le impidiera emplearlas.

—Hay muchísimas otras cuevas, Barty —señaló Mally a Barty Gunliffe, el hijo del granjero.

—Pero ninguna tan cerca de casa, Mally, ni con tantas algas como ésta.

Después añadió que sólo las recogería en los lugares más inaccesibles. Él era más grande y más fuerte, y trabajaría en las rocas más batidas por el mar, donde ella nunca faenaba. Mally lo miró con desdén, y juró ser capaz de llegar allí donde él jamás se aventuraría; y repitió la amenaza de desjarretar el poni. Barty se burló de su indignación y de sus cabellos alborotados, y le dijo que era una sirena.

—¡Una sirena! —protestó ella—. ¡Te voy a dar sirenas a ti! Si yo fuera un hombre, jamás vendría a robar a una pobre muchacha y a un anciano inválido. Pero ¡tú no lo eres, Barty Gunliffe! Ni siquiera eres medio hombre.

Sin embargo, Bartholomew Gunliffe era un joven muy apuesto. Medía alrededor

de cinco pies y ocho pulgadas, sus brazos y sus piernas eran fuertes, tenía el cabello rizado y trigueño y los ojos azules. Aunque su padre no era más que un humilde granjero, todas las muchachas de la zona le apreciaban. A todo el mundo le gustaba Barty, salvo a Mally Trenglos, que lo odiaba a muerte.

Cuando preguntaban a Barty por qué alguien tan afable como él importunaba a una pobre muchacha y a un anciano, se apresuraba a decir que era una cuestión de justicia. No se podía consentir, en su opinión, que una sola persona se creyera con derecho a poseer lo que Dios Todopoderoso había creado para todos. No quería perjudicar a Mally, y así se lo había explicado a ella. Pero Mally era una arpía, una pequeña y salvaje arpía; y alguien tenía que enseñarle un poco de educación. En cuanto la joven le hablara con cortesía, él conseguiría que su padre pagara al anciano Trenglos una especie de peaje por usar el camino.

—¿Hablarle con cortesía? —decía Mally—. ¡Jamás! ¡Tendrían que cortarme la lengua!

Y parece que el viejo Glos, en lugar de hacer todo lo contrario, alentaba su modo de enfocar el asunto.

Pero el abuelo de Mally no la animaba a desjarretar el poni. Eso sería muy grave, y el viejo Glos sabía que los dos lo pasarían muy mal si Mally era encarcelada. Por ese motivo, le sugirió que pusiera toda clase de obstáculos al animal de Barty, dando por sentado que su burro, mucho mejor entrenado, conseguiría sortearlos sin problemas. Y cuando volvió a bajar, Barty Gunliffe encontró un sendero sembrado de peligros al acercarse a la cabaña de Malachi; pero se las arregló para abrirse paso, y la pobre Mally vio como las piedras que tanto le había costado subir eran apartadas del camino y caían rodando con un empeño tan insistente en perjudicarla que estuvo a punto de enloquecer.

—¡Caramba, Barty! ¡Qué amable eres al visitarnos! —exclamó el viejo Glos, sentado en el umbral de la cabaña, cuando divisó al intruso.

—No haré daño a nadie mientras no me lo hagan a mí —repuso el joven—. El mar es de todos, Malachi.

—Y el cielo también, pero no puedo subirme en el tejado de tu enorme granero para contemplarlo —contestó Mally entre las rocas con un largo gancho en la mano (era la herramienta con que recogía las algas)—. Aunque desconoces lo que es la justicia y el valor, o no vendrías a importunar a un anciano como él.

—No quiero importunarlo, Mally, ni a ti tampoco. Pero déjame tranquilo un rato y, a pesar de todo, seremos amigos.

—¡Amigos! —exclamó ella—. ¿Y quién quiere tenerte por amigo? ¿Por qué mueves esas piedras? Son de mi abuelo.

Y estaba tan furiosa que hizo ademán de lanzarse sobre él.

—Déjalo en paz, Mally —dijo el anciano—; déjalo en paz. Recibirá su merecido. Si sigue viniendo por aquí, algún día de viento se ahogará.

—¡Pues que se ahogue! —repuso Mally, indignada—. Aunque se cayera en la

poza grande que hay entre las rocas y la marea estuviera subiendo, yo no movería un dedo para ayudarlo.

—Seguro que lo harías, Mally; me pescarías con tu gancho como si fuera un montón de algas.

Mally se alejó de él con desprecio mientras decía estas palabras, y entró en la cabaña. Había llegado la hora de prepararse para el trabajo, y una de las cosas que más le dolía era que alguien como Barty Gunliffe pudiera mirarla mientras faenaba entre los rompientes.

Era una tarde de abril, y pasaban unos minutos de las cuatro. Durante toda la mañana había soplado un fuerte viento del nordeste, acompañado de algunos chaparrones, y las gaviotas llevaban toda la jornada entrando y saliendo de la cueva, una señal inequívoca para Mally de que la siguiente marea cubriría de algas las rocas.

Las olas veloces rompían con increíble celeridad sobre los arrecifes, y había llegado el momento de adueñarse del tesoro, si querían hacerse con él ese día. A las siete en punto comenzaría a anochecer, a las nueve sería la pleamar, y antes del amanecer las aguas les arrebatarían la cosecha si no la recogían antes. La joven lo sabía muy bien, y Barty estaba empezando a comprenderlo.

Mientras Mally descendía descalza, con el largo gancho en la mano, vio al poni de Barty esperando pacientemente en la arena, y deseó con toda su alma atacar al noble bruto. El joven, mientras tanto, contemplaba el mar desde una roca de gran tamaño, empuñando una horca de tres puntas. Había afirmado que sólo recogería las algas en sitios inaccesibles para Mally, y buscaba un lugar seguro por donde empezar.

—Déjalo en paz, déjalo en paz —gritó el anciano a Mally, cuando la vio dar un paso hacia el animal, al que odiaba casi tanto como a su amo.

Al oír la voz de su abuelo en el rumor del viento, desistió de su propósito, si es que lo tenía, y se dirigió al trabajo. Cuando entró en la cueva y, valiéndose de brazos y piernas, avanzó por las rocas, divisó a Barty, que seguía en la misma posición prominente; más allá, en el exterior, las olas de cresta blanca se agitaban y rompían con violencia, y el viento ululaba entre las cavernas y los salientes del acantilado.

De vez en cuando caía un aguacero y, aunque había suficiente claridad, las nubes habían oscurecido el cielo. Sería difícil encontrar una escena más hermosa para aquellos que aman el esplendor de la costa. La luz era perfecta. Nada podía superar la majestuosidad de los colores: el azul del mar, la blancura de las olas que rompían, las arenas doradas, las vetas rojizas y pardas que hacían resplandecer el acantilado.

Pero ni Mally ni Barty pensaban en esas cosas. Y lo cierto es que tampoco pensaban en la tarea que estaban realizando, al menos de un modo ordinario. Barty meditaba sobre el mejor modo de lograr su propósito de trabajar más allá de los dominios femeninos de Mally, mientras ésta tomaba la resolución de llegar siempre más lejos que su compañero.

Y, en cierto modo, Mally tenía ventaja sobre él. Conocía todas y cada una de las rocas, y sabía con seguridad cuáles eran firmes y ofrecían un buen punto de apoyo. Y

sus movimientos se habían perfeccionado con la práctica. Barty, sin duda, era más fuerte que ella, e igual de diligente. Pero él no podía saltar de una piedra a otra entre las olas como ella, ni era capaz de aprovechar la fuerza del agua en beneficio propio. Llevaba recogiendo algas en aquella cueva desde que era una chiquilla de seis años, y conocía los mejores sitios y rincones. Las olas eran sus amigas, y ella podía utilizarlas. Sabía medir su fuerza, y cuándo y dónde cesarían.

Mally era magnífica en las pozas de agua salada de su cueva... magnífica y muy audaz. Mientras veía a Barty avanzar con dificultad entre las rocas, se decía a sí misma, con júbilo, que él se equivocaba de camino. Por la dirección en que soplabla el viento, las algas no llegarían hasta la pared norte de la cueva; y además allí estaba la gran poza... la gran poza que ella había mencionado cuando le deseó algo funesto.

Y entonces empezó a trabajar, recogiendo los cabellos alborotados del océano y dejando un cargamento tras otro en el extremo más alejado de la playa, a fin de poder retirarlos por la noche antes de que las olas regresaran con la marea para reclamar su botín.

Barty, por su parte, apiló las algas contra la pared norte que he mencionado antes. Su montón creció cada vez más, hasta que el joven comprendió que, por mucho que trabajara el poni, no podría recogerlo todo aquella noche. Pero su montón no era tan grande como el de Mally. El gancho de ésta era mejor que su horca, y la habilidad de la joven mayor que su fuerza. Y cada vez que el joven fallaba, Mally se burlaba de él con una risa extraña, casi sobrenatural, y le gritaba entre el viento que no era ni siquiera medio hombre. Barty, al principio, le respondía con buen humor, pero, cuando ella empezó a jactarse de su éxito y a señalar su fracaso, el joven se enfadó y no volvió a dirigirle la palabra. Y se reprochó a sí mismo perder gran parte del botín que tenía ante sus ojos.

La mar embravecida estaba repleta de vegetación a la deriva, que las olas habían arrancado del fondo del océano; pero eran masas que la corriente empujaba más allá de Barty, lejos de él, y que incluso una, dos veces, le pasaron por encima. Y la voz sobrenatural de Mally resonaba en sus oídos, mofándose de él. La oscuridad era cada vez mayor entre las rocas, la marea subía con violencia, y las ráfagas de viento silbaban con creciente furia. Pero Barty siguió trabajando. Mientras Mally lo hiciera, él continuaría; y se quedaría un rato más después de que ella se marchara. No dejaría que una muchacha le venciese.

La gran poza estaba llena de agua, pero de un agua que parecía hervir como si estuviera en una olla. Y la olla estaba llena de masas flotantes... verdaderos tesoros de algas marinas que se agitaban en su superficie; formaban una capa tan gruesa, que parecía posible descansar en ellas sin hundirse.

Mally sabía lo inútil que era intentar rescatar algo de la furia de aquel caldero hirviendo. La poza continuaba por debajo de las rocas, y el lado más próximo a la orilla tenía gran altura, era muy resbaladizo y estaba cortado a pico. La poza siempre tenía agua, incluso en marea baja; y Mally estaba convencida de que su profundidad

era abismal. Los peces que caían en ella podían volver a escapar al océano, muy lejos de allí; y así se lo contaba Mally a quienes visitaban la cueva cuando estaba de buenas. Conocía bien esa poza. Acostumbraba a llamarla *Poulnadioul*, que, traducido, significa la poza del Diablo. Y jamás trataba de recoger las algas que habían llegado hasta ella.

Pero eso Barty Gunliffe no lo sabía, y Mally vio cómo se esforzaba por mantenerse en equilibrio sobre el borde peligrosamente resbaladizo de la poza. El joven logró afianzarse y metió su horca en el agua, sin demasiado éxito. Cómo se las arreglaba para seguir allí, era algo que Mally no entendía; pero se quedó un rato observándolo en silencio, muy angustiada, y de pronto lo vio resbalar. Resbaló, y recuperó el equilibrio... volvió a resbalar, y recuperó nuevamente el equilibrio.

—¡Déjate de tonterías, Barty! —gritó la muchacha—. Si te caes ahí, jamás conseguirás salir.

Quién sabe si únicamente quería asustarlo, o si su corazón se había ablandado pensando consternada en el peligro que corría. Ni siquiera ella podría decirlo. Odiaba a Barty con la misma intensidad de siempre, pero ¿cómo iba a desear que se ahogara delante de sus ojos?

—Tú sigue con lo tuyo, y no te preocupes por mí —respondió él, con voz ronca e irritada.

—¿Que no me preocupe por ti? Y ¿quién te ha dicho que lo hago? —replicó con aspereza la joven.

Y se dispuso a continuar su trabajo.

Pero cuando bajaba por las rocas buscando el equilibrio con su largo gancho en las manos, oyó súbitamente el ruido de algo que caía al agua y, dándose media vuelta, vio el cuerpo de su enemigo hundiéndose entre los remolinos de la poza. La marea había subido tanto que las olas batían y bañaban el costado más cercano al mar, y luego se alejaban nuevamente de las rocas con un ruido similar al de la caída de una catarata. Y entonces, cuando el agua sobrante se retiraba por un momento, la superficie de la poza se quedaba parcialmente en calma, aunque las inquietas burbujas siguieran en ebullición como si el caldero estuviera de verdad calentándose. Mas, en aquella ocasión, la quietud relativa no duró más que unos segundos, pues la ola siguiente llegó casi en el mismo instante en que empezaba a alejarse la espuma de la anterior; y el agua volvió a romper contra las rocas, mientras resonaba el rugido de la furiosa ola.

Mally se dirigió presurosa hasta el borde la poza, avanzando a gatas para correr menos peligro. Al retirarse una ola, el rostro y la cabeza de Barty aparecieron muy cerca de ella, y pudo ver su frente cubierta de sangre. No sabía si estaba vivo o muerto. Lo único que había vislumbrado era la sangre, y los cabellos trigueños entre la espuma. Entonces el cuerpo del joven fue arrastrado por la succión de la resaca; pero la gran cantidad de agua que expulsó la poza no fue suficiente para sacar al hombre.

Sin perder tiempo, Mally enganchó la chaqueta de Barty y lo arrastró hacia el lugar donde estaba arrodillada. Durante los segundos que la mar estuvo en calma, llegó a tenerlo tan cerca que pudo rozar su hombro. Tirando con todas sus fuerzas, ayudándose del mango largo y curvado de su gancho, luchó por agarrar al joven con la mano derecha. Pero no lo consiguió; lo único que pudo hacer fue tocarlo.

Entonces llegó la ola siguiente, gigantesca, avanzando con estrépito, contemplando a Mally como si fuera a arrojarla lejos de su roca, y destruirlos a los dos. Pero ella no tenía más remedio que seguir de rodillas, aferrada a su gancho.

Nadie sabe qué oraciones pasaron por su cabeza en esos instantes, no sólo por ella sino también por Barty, y por el pobre anciano que, ajeno a lo que ocurría, esperaba sentado en la cabaña. La enorme ola se precipitó sobre la muchacha, que estaba casi sin fuerzas, y cuando el agua se apartó de sus ojos, y el torbellino de la espuma y la violencia del embate se alejaron, se encontró tendida en la roca, mientras el joven, libre de su gancho, se apoyaba en el reborde resbaladizo, con medio cuerpo dentro de la poza y medio cuerpo fuera, después de haber sido empujado allí por las aguas. Mally le miró en ese preciso instante, y pudo ver que tenía los ojos abiertos y que luchaba por salir con sus propias manos.

—¡Cógete al gancho, Barty! —gritó ella, acercándole el palo mientras asía el cuello de su chaqueta con las manos.

Si hubiera sido su hermano, su amante o su padre, no se habría aferrado a él con más desesperación. El joven logró agarrarse al palo y, después de la siguiente ola, continuaba en el reborde. La muchacha no tardó en hallarse sentada una o dos yardas por encima de la poza, relativamente segura, mientras Barty yacía sobre las rocas con la cabeza, que no había dejado de sangrar, apoyada en su regazo.

Y ¿qué podía hacer ahora? No tenía fuerzas para llevarlo en brazos; y el mar sólo tardaría quince minutos en llegar hasta donde ella estaba. El joven estaba semiinconsciente, y muy pálido, y la sangre brotaba lentamente... muy lentamente... de la herida de su frente. Con suma delicadeza, Mally le retiró el cabello del rostro, y luego se inclinó sobre su boca para ver si respiraba; al mirarlo, comprendió que era realmente hermoso.

Daría cualquier cosa porque viviera. Nada era tan precioso para ella como su vida... esa vida que había rescatado, por el momento, de las olas. Pero ¿qué podía hacer? Su abuelo a duras penas podría bajar solo por las rocas, si es que lo conseguía. ¿Sería ella capaz de arrastrar al herido hacia la playa, aunque fuera unos pocos pies? Así podría estar tendido fuera del alcance de las olas hasta que ella consiguiera ayuda.

Empezó a intentarlo y lo movió, levantándolo un poco del suelo. Al hacerlo, se quedó asombrada de su propia fuerza; ésta era inagotable en aquellos momentos. Lenta, suavemente, dejándose caer en las rocas para que él cayera sobre ella, logró llevarlo de vuelta a la franja de arena, hasta un lugar que no alcanzarían las aguas en las dos horas siguientes.

Allí se reunió con ellos su abuelo, que por fin había visto lo sucedido desde la puerta.

—Abuelito —dijo ella—, se ha caído en la poza y, con las olas, se ha golpeado contra las rocas. Mire su frente.

—Yo creo que está muerto, Mally —exclamó el viejo Glos, bajando la vista para inspeccionarlo.

—No, abuelito; no está muerto; aunque tal vez se esté muriendo. Pero correré a la granja.

—Mally —replicó el anciano—, mira su cabeza. Dirán que lo hemos matado.

—¿Y quién va a decir eso? ¿Quién mentirá de ese modo? ¿Acaso no lo saqué yo de la poza?

—¡No importa! Su padre dirá que lo hemos matado.

Dijeran lo que dijeran después, Mally tenía muy claro cuál debía ser ahora su proceder: subir corriendo por el sendero para ir a la granja de Gunliffe y conseguir la ayuda necesaria. Si el mundo era tan malo como decía su abuelo, no le importaría dejar de vivir en él. Pero, aunque así fuera, no tenía la menor duda de lo que debía hacer ahora.

De modo que subió hasta la cima del acantilado tan rápido como le permitieron sus pies descalzos. Cuando llegó arriba, miró a uno y otro lado por si divisaba a alguien, pero no vio a nadie. Así que corrió cuanto pudo por los campos de trigo que conducían a la granja del viejo Gunliffe y, al aproximarse a la casa, distinguió a la madre de Barty apoyada en la verja. Intentó llamarla cuando estuvo cerca, pero apenas le quedaba aliento para gritar, de manera que siguió corriendo hasta que pudo asir a la señora Gunliffe por el brazo.

—¿Dónde está él? —inquirió Mally, poniéndose la mano sobre su acelerado corazón para no quedarse sin aire.

—¿A quién te refieres? —preguntó la señora Gunliffe, que participaba en la contienda familiar contra Trenglos y su nieta—. ¿Qué querrá esta muchacha? ¿Por qué me agarra así?

—Se está muriendo...

—¿Quién se está muriendo? ¿El viejo Malachi? Si el anciano se encuentra mal, enviaremos a alguien.

—No es el abuelo; ¡es Barty! ¿Dónde está él? ¿Dónde está su marido?

Pero para entonces la señora Gunliffe estaba sumida en la desesperación y gritaba pidiendo ayuda. Afortunadamente Gunliffe, el padre, se hallaba cerca, en compañía de un hombre del pueblo vecino.

—¿No mandarán a alguien a buscar al médico? —exclamó Mally—. Deberían llamar al médico.

La joven no se enteró si dieron esa orden, pero a los pocos minutos estaba cruzando de nuevo los campos para bajar corriendo el sendero que llevaba a la cueva, seguido de Gunliffe, su mujer y el otro hombre.

Durante el trayecto, Mally recuperó el habla, pues los demás no caminaban tan deprisa, y los movimientos que ellos consideraban rápidos permitieron a la joven recobrar el aliento. A medida que avanzaban, trató de explicar al padre lo ocurrido, sin mencionar apenas su intervención. La mujer iba detrás escuchando, y exclamaba de vez en cuando que habían matado a su hijo, antes de preguntar con desesperación si todavía seguía vivo. El padre, mientras andaban, no dijo casi nada. Tenía fama de ser un hombre callado y juicioso, del que la gente hablaba bien por su diligencia y modo de actuar, aunque todos sabían que era firme y duro cuando se enojaba.

Al acercarse a la parte más alta del sendero, su compañero le susurró algo, y entonces se puso delante de Mally y la obligó a detenerse.

—Si tienes algo que ver con su muerte, lo pagarás —dijo.

Entonces la mujer gritó que su hijo había sido asesinado, y Mally, observando los tres semblantes, comprendió que las palabras de su abuelo se habían convertido en realidad. Sospechaban que ella lo había matado cuando había estado a punto de perder la vida por salvarlo.

Los miró con indignación y, sin pronunciar una palabra, empezó a bajar delante de ellos. ¿Qué podía contestar cuando la acusaban de algo semejante? Si optaban por decir que ella le había empujado a la poza y le había golpeado con su gancho mientras estaba en el agua, ¿cómo podría demostrar que no había sido así?

La pobre Mally sabía muy poco del derecho probatorio, y tenía la sensación de estar en sus manos. Y mientras descendía por el empinado sendero con paso rápido, tan rápido que los demás eran incapaces de seguir su ritmo, se sentía embargada por la emoción... por la emoción y el orgullo. Había luchado por la vida del hombre como si hubiera sido su hermano. La sangre no se había secado aún en sus piernas y brazos, donde la piel se había desgarrado por ayudarle. Había tenido la certeza, en algún momento, de que moriría con él en aquella poza. Y ¡ahora decían que lo había asesinado! Es posible que él no estuviera muerto, pero ¿cuál sería su versión si algún día volvía a hablar? Entonces recordó el instante en que Barty había abierto los ojos y le había parecido que la reconocía. No estaba asustada por ella, pues se sentía orgullosa de su conducta. Pero le embargaban el desdén y la ira.

Cuando llegó al pie del acantilado, les esperó cerca de la puerta de la cabaña, a fin de que la precedieran hasta el otro grupo, que se hallaba a escasa distancia, sobre la arena.

—Está allí... con el abuelo. Vayan a verlo —dijo Mally.

Los padres continuaron su camino tropezándose con las piedras, pero Mally se quedó junto a la puerta de la cabaña.

Barty Gunliffe yacía en la arena, en el lugar donde Mally lo había dejado, y el viejo Malachi Trenglos estaba a su lado, apoyándose con dificultad en un bastón.

—No se ha movido nada desde la marcha de Mally —explicó—, ni siquiera un poco. He colocado su cabeza sobre la vieja alfombra, como pueden ver, y he intentado darle unas gotas de ginebra, pero no quiere tomarlas... no quiere tomarlas.

—¡Ay, hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó la madre, arrojándose en la arena junto a su hijo.

—Silencio, mujer —dijo el padre, arrodillándose lentamente al lado de la cabeza del muchacho—, no le harás ningún bien lloriqueando de ese modo.

Después de contemplar durante un minuto o dos el pálido semblante de su hijo, miró con dureza el de Malachi Trenglos.

El anciano fue incapaz de resistir aquel terrible examen.

—Él se empeñó en venir —señaló Malachi—; es el único culpable.

—¿Quién lo ha golpeado? —preguntó el padre.

—Se habrá golpeado solo, al caerse entre los rompientes.

—¡Mentiroso! —exclamó el padre, levantando los ojos para mirar al anciano.

—¡Lo han asesinado! ¡Lo han asesinado! —gritó la madre.

—¡Guarda silencio, mujer! —repitió el granjero—. ¡Pagarán con su sangre la muerte de nuestro hijo!

Mally oía todas sus palabras, apoyada en una esquina de la choza, pero no se movió. Podían decir lo que quisieran. Podían hacer creer a los demás que había sido un asesinato. Podían llevarlos a rastras, tanto a ella como a su abuelo, a la cárcel de Camelford, y luego a Bodmin, y a la horca; pero no conseguirían arrebatarse el sentimiento que la invadía. Había hecho todo lo posible por salvarlo... todo lo posible y más. ¡Y lo había conseguido!

Recordó la amenaza que ella le había lanzado antes de bajar juntos a las rocas, y sus malos deseos. Habían sido unas palabras terribles; pero después había arriesgado su vida por salvarle. Podían decir lo que quisieran de ella, y hacer lo que les viniera en gana. Ella sabía lo que sabía.

Entonces el padre levantó la cabeza y los hombros de su hijo y pidió a los demás que le ayudaran a llevarlo. Lo alzaron entre todos con mucho cuidado, y se dirigieron con su carga hacia el lugar donde estaba Mally. Ella continuó inmóvil, pero siguió atentamente todos sus esfuerzos; y el anciano fue cojeando tras ellos, con la ayuda de su bastón.

Cuando llegaron a la altura de la cabaña, la joven miró el rostro de Barty y vio que estaba muy pálido. Ya no tenía la frente ensangrentada, pero se distinguía claramente la enorme y profunda herida, con su corte irregular, y la piel amoratada alrededor. El pelo trigueño le caía hacia atrás, tal como ella lo había dejado después de que la ola gigantesca les pasara por encima. ¡Ay, qué hermoso le parecía a Mally con aquel semblante tan pálido y la conmovedora cicatriz en la frente! Volvió la cabeza para que no vieran sus lágrimas; pero siguió inmóvil y en silencio.

Sin embargo, en el momento en que dejaban atrás la cabaña, arrastrando los pies con su carga, la muchacha oyó un sonido que la empujó a moverse. Se irguió rápidamente, y echó la cabeza hacia delante como si quisiera escuchar algo; después empezó a seguir a los demás. Sí, se habían detenido en la parte más baja del camino, y habían vuelto a depositar el cuerpo de Barty sobre las rocas. Mally oyó de nuevo

aquel sonido, que parecía un suspiro interminable, y, sin hacerles caso, corrió junto al herido.

—No está muerto —exclamó—. Miren; no está muerto.

Mientras hablaba, Barty abrió los ojos y miró a su alrededor.

—Barty, hijo mío, dime algo —suplicó la madre.

El joven volvió la cabeza hacia su madre, sonrió y pareció buscar algo ansiosamente con los ojos.

—¿Qué ocurre, muchacho? —dijo el padre.

Barty volvió de nuevo la cabeza en la dirección de esta voz y, al hacerlo, tropezó con la mirada de Mally.

—¡Mally! —susurró—. ¡Mally!

No fue necesario añadir nada más para que los presentes comprendieran que, en opinión de Barty, la muchacha no había sido su enemiga; y lo cierto es que, para Mally, no podía haber un triunfo mayor. Aquella palabra la había redimido, y se retiró nuevamente a la cabaña.

—Abuelito —exclamó—, Barty está vivo, y no creo que vuelvan a decir que nosotros le hicimos daño.

El viejo Glos movió la cabeza. Se alegraba de que el joven no hubiera muerto allí; no deseaba que le ocurriera nada malo, pero sabía de antemano lo que diría la gente. Cuanto más pobre era un hombre, más ganas tenía el mundo de pisotearlo. Mally hizo todo lo posible por animarlo, pues se sentía radiante.

Si se hubiera atrevido, habría subido a la granja para interesarse por Barty. Pero le faltó valor, así que volvió a su trabajo y arrastró las algas que había recogido hasta el lugar donde, al día siguiente, cargaría el burro. Mientras hacía esto, vio el poni de Barty, esperando pacientemente bajo las rocas; y cogió un poco de forraje y se lo tiró a la bestia.

Aunque estaba totalmente oscuro abajo en la cueva, Mally seguía acarreando algas cuando vislumbró la luz trémula de un farol que descendía por el sendero. Era una visión de lo más inusitada, pues los faroles no eran nada corrientes en la cueva de Malachi. La luz continuó bajando con bastante lentitud, mucho más despacio de lo que solía avanzar ella, y entonces divisó, en medio de la penumbra, la figura de un hombre en la parte más baja del camino. La muchacha subió hacia él, y descubrió que se trataba del señor Gunliffe.

—¿Eres Mally? —preguntó Gunliffe.

—Sí, soy yo; ¿cómo está Barty, señor Gunliffe?

—Tienes que venir a verlo en seguida —le pidió el granjero—. No pegará ojo hasta que no te vea. Espero que digas que sí.

—Desde luego que iré, si lo quieren así —contestó la joven.

Gunliffe esperó un momento, imaginando que Mally tendría que prepararse, pero Mally no necesitaba de ningún preparativo. Estaba chorreando agua salada de las algas que había arrastrado, y sus rizos de elfo ondeaban alborotados; pero, tal como

estaba, se hallaba lista.

—El abuelo está acostado —afirmó—; puedo ir ahora mismo, si le parece.

Entonces Gunliffe se dio la vuelta y subió tras ella por el sendero, asombrado de la vida que llevaba Mally, tan diferente de la de otras criaturas de su sexo. Era ya noche cerrada, y la había encontrado trabajando sola en medio de la oscuridad, al borde de los rompientes, mientras el único ser humano que parecía encargado de protegerla dormía en su cama.

Cuando llegaron a la cima del acantilado, Gunliffe le cogió la mano para guiarla. Ella no entendió su gesto, pero tampoco hizo ademán de soltarse. El granjero dijo algo sobre despeñarse, pero habló tan bajo que Mally apenas pudo oírlo. Lo cierto es que el hombre sabía que ella había salvado la vida de su hijo y que él la había ofendido en lugar de darle las gracias. Ahora quería expresarle lo que sentía y, como no encontraba palabras, le mostraba su afecto de aquella manera silenciosa. La llevaba de la mano como si fuera una niña, y Mally andaba a su lado con paso ligero, sin hacer preguntas.

A la altura del corral, Gunliffe se paró un momento.

—Mally, pequeña —exclamó—, Barty no estará contento hasta que no te vea; pero tu visita ha de ser breve, muchacha. El médico dice que está muy débil, y necesita dormir mucho.

Mally se limitó a asentir con la cabeza, y entró en la casa. La joven no había estado nunca en su interior, y contempló maravillada los muebles de la enorme cocina. Me gustaría saber si tuvo algún presentimiento de lo que iba a ser su destino. Pero no se detuvo un instante, y fue conducida al dormitorio del piso superior, donde Barty yacía en la cama de su madre.

—¿De veras es Mally? —inquirió la voz del extenuado Barty.

—De veras lo es —respondió la señora Gunliffe—; ya puedes decir lo que quieras.

—Mally —exclamó el muchacho—, Mally, si sigo vivo es sólo gracias a ti.

—No olvidaré lo que ha hecho —aseguró el padre, sin mirar a la joven—. No olvidaré nunca lo que ha hecho.

—Es nuestro único hijo —dijo la madre, cubriéndose el rostro con el delantal.

—Mally, ¿querrás ser amiga mía ahora? —preguntó Barty.

Aunque la hubieran nombrado dueña y señora del feudo de la cueva para siempre, Mally habría sido incapaz de decir nada en aquellos momentos. No era sólo que las palabras y la presencia de los Gunliffe la intimidaran y la dejaran muda, lo cierto es que la enorme cama, el espejo y las sorprendentes maravillas de la habitación le hacían sentir su propia insignificancia. Pero se acercó sigilosamente a Barty y colocó su mano sobre la de él.

—Seguiré yendo a recoger algas, Mally; pero todas serán para ti —afirmó Barty.

—De ningún modo, Barty, querido —exclamó la madre—; jamás volverás a ese horrible lugar. ¿Qué sería de nosotros si te ocurriera algo?

—No tiene que arrimarse a la poza —dijo Mally, hablando finalmente con voz solemne y comunicándoles lo que había guardado en secreto mientras Barty era su enemigo—, especialmente si sopla algún viento del norte.

—Será mejor que bajas ahora —señaló el padre.

Barty besó la mano que estrechaba entre las suyas, y Mally, al contemplarlo, tuvo la sensación de que parecía un ángel.

—¿Vendrás a vernos mañana, Mally? —quiso saber el joven.

Ella no contestó a su pregunta, y siguió a la señora Gunliffe fuera del cuarto. Cuando llegaron a la cocina, la madre le ofreció té, leche cremosa y un pastel recién sacado del horno... todas las exquisiteces que una granja podía proporcionar. No creo que a Mally le importara mucho la comida y la bebida aquella noche, pero empezó a pensar que los Gunliffe eran buena gente, muy buena gente. Era mucho mejor aquello, en todo caso, que verse acusada de asesinato y enviada a la cárcel de Camelford.

—No olvidaré nunca lo que ha hecho... nunca —había asegurado el padre.

Aquellas palabras la obsesionaban, y parecieron resonar en sus oídos durante toda la noche. ¡Cuánto se alegraba de que Barty hubiera bajado a la cueva! ¡Oh, sí, cuánto se alegraba! No había ningún peligro de que muriera; en cuanto al golpe en la frente ¿qué era una herida así para un muchacho como él?

—Padre te acompañará —dijo la señora Gunliffe cuando Mally se dispuso a emprender sola el camino de regreso.

Pero ella no lo permitió. Sabía por dónde volver, aunque fuera de noche.

—Ahora eres mi hija, Mally, y pensaré en ti de ese modo —exclamó la madre, al despedirse.

Mally meditó también sobre eso mientras se dirigía a casa. ¿Cómo podía convertirse en la hija de la señora Gunliffe? ¿Cómo?

No creo que sea necesario proseguir con este relato. El lector sobrentenderá que Mally se convirtió en la hija de la señora Gunliffe, y cómo lo hizo; y, andando el tiempo, la enorme cocina y todas las maravillas de la granja fueron suyas. La gente decía que Barty Gunliffe se había casado con una sirena salida del mar; pero dudo mucho que a Mally le gustara oírlo; y, cuando el propio Barty la llamaba así, ella fruncía el entrecejo, agitaba sus cabellos negros y simulaba darle un cachete con su pequeña mano.

El viejo Glos fue llevado a la cima del acantilado, y vivió sus últimos días bajo el techo de la casa del señor Gunliffe. En cuanto a la cueva y el derecho a recoger sus algas, se ha considerado desde entonces una parte de la granja Gunliffe, y no conozco a ningún vecino que esté dispuesto a poner eso en entredicho.

Wilkie Collins

UNA INTRODUCCIÓN PARA MÍ

Cierto anochecer, antes de que el médico se marchara, le pregunté cuánto tiempo creía que me quedaba de vida. Me dijo que no era fácil saberlo, que podía morir antes de que él regresara por la mañana o vivir hasta finales de mes.

Al día siguiente estaba lo bastante vivo para pensar en la salvación de mi alma, y, como era católico, pedí que me trajesen un sacerdote.

La historia de mis pecados, relatada en confesión, incluía haber faltado a mi deber y haber quebrantado las leyes de mi país. En opinión del sacerdote (y yo me mostré de acuerdo con él), tenía que reconocer públicamente mi culpa, si quería hacer acto de contrición como un buen católico inglés. Decidimos, por ese motivo, dividirnos el trabajo. Yo narré las circunstancias, mientras el reverendo padre cogía la pluma y modelaba la historia.

He aquí el resultado.

I

Cuando era un joven de veinticinco años, ingresé en el cuerpo de policía londinense. Después de casi dos años de cumplir con las severas y mal remuneradas tareas que caracterizan esa ocupación, me vi envuelto en la investigación oficial de mi primer caso serio y terrible... un caso nada menos que de asesinato.

Las circunstancias fueron las siguientes:

En aquella época, estaba destinado en una comisaría del norte de Londres, de la que, con su permiso, no daré más detalles. Cierta lunes me tocaba estar de guardia por la noche. Hasta las cuatro de la madrugada no ocurrió nada fuera de lo habitual. Era primavera y, entre el gas del alumbrado y el fuego de la chimenea, hacía

demasiado calor en la oficina. Me dirigí a la puerta para respirar un poco de aire fresco, lo que sorprendió al inspector de servicio, un hombre muy sensible al frío. Caían unas gotas, y la humedad era tan desagradable que no tardé en volver junto a la lumbre. No creo que llevase más de un minuto sentado cuando alguien empujó violentamente la puerta giratoria. Una mujer completamente trastornada irrumpió en la habitación con un grito.

—¿Es ésta la comisaría? —preguntó.

Por una de esas bromas que gasta la naturaleza, nuestro inspector (por lo demás, un oficial excelente) tenía un temperamento ardiente bajo su constitución friolera.

—¡Válgame Dios! ¿Acaso no tiene ojos para verlo, mujer? —exclamó—. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Un asesinato! ¡Eso es lo que ocurre! —respondió ella con vehemencia—. Por el amor de Dios, vengan conmigo. Es en la casa de huéspedes de la señora Crosscapel, en el número catorce de Lehigh Street. ¡Una joven ha asesinado a su marido en plena noche! Con un cuchillo, señor. Dice que cree que lo ha matado mientras ella dormía.

Confieso que me asusté al oír sus palabras; y el tercer agente de servicio (un sargento) pareció, asimismo, impresionado. Ella era joven y muy bonita, incluso presa del terror, recién salida de la cama y vestida de cualquier forma, a toda prisa. En aquellos tiempos, me gustaban las mujeres altas... y, como suele decirse, ella era de mi tipo. Le acerqué una silla, y el sargento atizó el fuego. En cuanto al inspector, no había nada que pudiera alterarlo. La interrogó con la misma frialdad que si se tratara de un caso de robo de poca cuantía.

—¿Ha visto a la víctima? —preguntó.

—No, señor.

—¿Y a la esposa?

—No, señor. No me atreví a entrar en el dormitorio. Sólo conozco el crimen de oídas.

—¿De veras? Y ¿quién es usted? ¿Uno de los huéspedes?

—No, señor. Soy la cocinera.

—¿Acaso la pensión no tiene dueño?

—Sí, señor. Está terriblemente asustado. Y la doncella ha ido en busca del médico. Los pobres criados tienen que hacerlo todo, por supuesto. ¡Ay! ¿Por qué pondría los pies en esa horrible casa?

La infortunada mujer rompió a llorar y temblaba de la cabeza a los pies. El inspector puso su declaración por escrito, y luego le pidió que la leyera y estampara su firma. Con este proceder, lo único que pretendía era que se le acercara lo suficiente para oler su aliento.

—Cuando las personas declaran algo extraordinario —me explicó después—, a veces uno se ahorra problemas cerciorándose de que no están bebidas. También he conocido a algunas que estaban locas... pero no es algo frecuente. Generalmente, lo

leerás en su mirada.

La joven se levantó y escribió su nombre, Priscilla Thurlby. La prueba del inspector demostró que estaba sobria; y sus ojos —que sin duda eran de un hermoso color azul, además de dulces y afables, cuando no tenían aquella expresión de terror ni estaban enrojecidos por el llanto— le convencieron (tal como supuse) de que ella estaba en su sano juicio. Y lo primero que hizo fue poner el caso en mis manos. Comprendí que, ni siquiera entonces, creía que la historia fuera cierta.

—Vuelve con ella a la pensión —dijo—. Tal vez sea una estúpida broma, o una pelea más ruidosa de lo normal. Compruébalo personalmente, y escucha la opinión del médico. Si se confirma la gravedad del asunto, avísanos en seguida; y no dejes que nadie entre o salga de la casa hasta que lleguemos. ¡Un momento! ¿Sabes ya lo que has de decir si alguien quiere declarar algo por su cuenta?

—Sí, señor. Debo advertir a todos de que cualquier cosa que digan será puesta por escrito y podrá utilizarse en su contra.

—¡Muy bien! Un día de éstos llegarás a inspector. Y ahora, ¡señorita! —y, con estas palabras, se despidió de ella y la dejó a mi cargo.

Lehigh Street no estaba muy lejos... a unos veinte minutos andando desde la comisaría. Reconozco que pensé que el inspector había sido bastante duro con Priscilla. Era natural que la joven estuviera enfadada con él.

—¿Qué ha querido decir con eso de una broma? —exclamó—. ¡Ojalá estuviera tan asustado como yo! Es la primera vez que trabajo de criada, señor... y pensaba que había encontrado un lugar muy respetable.

Apenas hablé con ella; a decir verdad, estaba bastante nervioso por la misión que me habían encomendado. Al llegar a la casa, alguien abrió la puerta antes de que yo tuviera tiempo de llamar. Un caballero salió, y resultó ser el médico. Se detuvo nada más verme.

—Debe tener mucho cuidado, agente —dijo—. He hallado al hombre boca arriba, en la cama, muerto... con la navaja que le ha matado todavía clavada.

Al oír esto, sentí la necesidad de enviar a alguien a la comisaría. ¿Dónde podría encontrar a un mensajero de confianza? Me tomé la libertad de preguntar al doctor si no le importaría repetir sus palabras a la policía. La jefatura le venía casi de camino a casa. Accedió amablemente a mi petición.

La patrona (la señora Crosscapel) se reunió con nosotros mientras hablábamos. Aún era una mujer joven; y no parecía fácil de asustar, ni siquiera por un asesinato en la casa. Su marido estaba en el pasillo, detrás de ella. Tenía suficiente edad para ser su padre; y temblaba hasta tal punto de terror que cualquiera podría haber pensado que él era el culpable. Quité la llave de la puerta, después de asegurarme de que estaba bien cerrada.

—Nadie puede abandonar la pensión, ni entrar en ella, hasta que venga el inspector. Y ahora debo registrar el edificio para ver si se han forzado puertas o ventanas —señalé a la señora Crosscapel.

—Hay una llave en la puerta del patio —respondió ella—. Siempre está cerrada. Puede bajar conmigo y comprobarlo.

Priscilla nos acompañó. Su patrona le ordenó que encendiera el fuego de la cocina.

—A algunos de nosotros nos sentará bien una taza de té —comentó la señora Crosscapel.

Le dije que, dadas las circunstancias, se tomaba las cosas con mucha calma. Ella me repuso que la patrona de una casa de huéspedes no podía permitirse el lujo de perder los estribos, pasara lo que pasara.

Encontré la puerta del patio cerrada con llave, y las contraventanas de la cocina con el cerrojo echado. La cocina y la puerta trasera estaban, asimismo, atrancadas. No había nadie escondido en ningún lugar. Volví a subir las escaleras e inspeccioné el ventanal de la sala que daba a la fachada. De nuevo, unas contraventanas firmemente cerradas respondieron de la seguridad de la habitación. Oí una voz cascada a través de la puerta de la salita trasera.

—El agente puede entrar —dijo—, si promete no mirarme.

Me volví hacia la patrona en busca de alguna aclaración.

—Es mi huésped, la señorita Mybus —contestó—; una dama de lo más respetable que se aloja en esta planta.

Cuando entré en el cuarto, vi algo cuidadosamente enrollado en la colcha de la cama. La pudorosa señorita Mybus se había hecho invisible de ese modo. Una vez convencido de la seguridad de la parte baja de la casa, y con las llaves en mi bolsillo, me dispuse a subir al piso de arriba.

Mientras nos dirigíamos a las alturas, pregunté si habían recibido alguna visita el día anterior. Sólo habían venido dos personas, amigas de los huéspedes, y la señora Crosscapel las había despedido personalmente en la puerta. Mi siguiente pregunta estuvo relacionada con sus inquilinos. En la planta baja se alojaba la señorita Mybus. En el primer piso, y ocupando las dos habitaciones, el señor Barfield, un solterón que trabajaba en una oficina de comercio. Una planta más arriba, en el dormitorio que daba a la fachada, el señor John Zebedee, la víctima, y su mujer; en el cuarto del fondo, el señor Deluc, representante de una compañía de cigarros, y supuestamente un caballero criollo de La Martinica. En la buhardilla delantera, el señor y la señora Crosscapel; en la que daba al patio, la cocinera y la doncella. Y éstos eran los habitantes que tenía regularmente la pensión. Pregunté por las criadas.

—Dos muchachas excelentes —replicó la patrona—; de otro modo, no servirían en mi casa.

Llegamos al segundo piso, y encontramos a la doncella de guardia ante la puerta del dormitorio principal. No era tan agraciada como la cocinera y, como es natural, estaba muy asustada. Su señora le había ordenado que se quedaría allí para avisar si la señora Zebedee, a la que tenían encerrada en el cuarto, se ponía violenta. Mi llegada liberó a la doncella de su responsabilidad. Corrió escaleras abajo para reunirse con su

compañera en la cocina.

Pregunté a la señora Crosscapel cómo y cuándo se habían enterado del asesinato.

—Poco después de las tres —contestó—, me despertaron los gritos de la señora Zebedee. La encontré aquí en el rellano, y el señor Deluc, muy alarmado, intentaba tranquilizarla. Como duerme en la habitación contigua, sólo tuvo que abrir la puerta cuando sus gritos le despertaron. «¡Mi querido John ha sido asesinado! ¡Y yo soy la única culpable... lo maté dormida!», repitió una y otra vez con desesperación, hasta que cayó desvanecida. El señor Deluc y yo la llevamos de vuelta a su dormitorio. Los dos creíamos que la pobre criatura se había vuelto loca por culpa de alguna espantosa pesadilla. Pero cuando nos acercamos a la cama... no me pregunte lo que vimos, el doctor ya se lo ha contado. Durante una época trabajé de enfermera en un hospital y me acostumbré a ver las cosas más horribles. Sin embargo, se me heló la sangre y la cabeza empezó a darme vueltas. En cuanto al señor Deluc, pensé que iba a desmayarse.

Después de oír esto, pregunté si la señora Zebedee había dicho o hecho algo extraño desde que era huésped de la señora Crosscapel.

—¿Acaso cree que no está en su sano juicio? —quiso saber la patrona—. Lo cierto es que cualquiera sería de su opinión... ante una joven que se acusa a sí misma de haber asesinado a su marido mientras estaba dormida. Lo único que puedo decir es que, hasta esta madrugada, jamás había conocido a una personita más pacífica, juiciosa y educada que la señora Zebedee. Recién casada, imagínese; y enamorada hasta los tuétanos de su infortunado esposo. Yo diría que, entre las gentes de su nivel social, eran una pareja modélica.

No quedaba nada más por decir en el rellano de la escalera. Abrimos la puerta y entramos en el cuarto.

II

Estaba en la cama, acostado boca arriba, tal como lo había descrito el médico. En el lado izquierdo de su camisa de dormir, justo sobre el corazón, la tela ensangrentada contaba su espantosa historia. Por lo que uno era capaz de juzgar, contemplando de mala gana aquel rostro sin vida, debía de haber sido un hombre muy guapo. Era una visión que acongojaría a cualquiera; pero creo que el momento más doloroso para mí fue cuando reparé en su desdichada mujer.

Estaba en el suelo, acurrucada en un rincón; una mujer pequeña y morena, vestida con elegancia de colores muy vivos. Su cabello negro y sus enormes ojos castaños parecían intensificar aún más la terrible palidez de su rostro. Nos miraba fijamente, como si no nos viera. Le hablamos, y no salió una sola palabra de sus labios. Si no se hubiera pellizcado sin cesar los dedos y no se hubiese estremecido de vez en cuando como si tuviera frío, cualquiera podría pensar que estaba muerta, al igual que su marido. Me acerqué a ella y traté de levantarla. La joven se echó hacia atrás con un grito que me dio escalofríos, y no por estentóreo, sino porque se acercaba más al gemido de un animal que al de un ser humano. Por muy tranquila y serena que se hubiera mostrado siempre ante la patrona de la casa de huéspedes, lo cierto es que ahora se encontraba fuera de sí. Es posible que me suscitara lástima, o que yo estuviera totalmente trastornado... lo único que sé es que no me pareció posible que fuera culpable. Incluso llegué a decir a la señora Crosscapel:

—No creo que lo hiciera ella.

Mientras pronunciaba estas palabras, alguien llamó a la puerta de la calle. Bajé en seguida las escaleras y dejé entrar (con gran alivio) al inspector, acompañado de uno de nuestros hombres.

Esperó a que yo le contara lo ocurrido, antes de subir, y expresó su conformidad con los pasos que había seguido.

—Todo parece indicar que alguien de la casa ha cometido el asesinato —comentó.

Y, después de decir esto, dejó al otro agente en la planta baja y subió conmigo al segundo piso.

Llevaba menos de un minuto en la habitación cuando descubrió un objeto que a mí me había pasado inadvertido.

Se trataba de la navaja con la que se había cometido el delito.

El médico la había encontrado en el cuerpo de la víctima, la había extraído para examinar la herida y la había dejado en la mesilla de noche. Era una de esas navajas tan prácticas, que tienen una sierra, un sacacorchos y otros utensilios parecidos. La enorme hoja volvía a cerrarse, una vez abierta, con un resorte. Excepto en los lugares donde estaba manchada de sangre, seguía tan brillante como el día de su compra. Había una pequeña placa en el mango de asta, con una inscripción a medio grabar donde se leía: «Para John Zebedee de...». Y, aunque parezca extraño, ahí se interrumpía.

¿Quién o qué había detenido el trabajo del grabador? Era imposible adivinarlo. Sin embargo, el inspector encontró ese detalle muy alentador.

—Nos servirá de ayuda —exclamó.

Luego, sin dejar de mirar a la pobre criatura en el rincón, escuchó lo que la señora Crosscapel tenía que contarle.

Cuando ésta terminó de hablar, el inspector quiso conocer al huésped que dormía en la habitación contigua.

El señor Deluc apareció en la puerta del dormitorio; el espectáculo que vio en el interior le hizo volver la cabeza, horrorizado.

Iba envuelto en un maravilloso batín azul, con cinturón y orlas de color dorado. Su escaso pelo rizado caía en tirabuzones (si eran artificiales o no, soy incapaz de decirlo). Tenía la tez aceitunada. Sus ojos color marrón verdoso eran de esos que se llaman «saltones»; daba la sensación de que podrían salir de su rostro si alguien ponía una cuchara debajo. Llevaba el bigote y la perilla cuidadosamente aceitados, y, para completar el equipo, tenía un cigarro largo y negro en la boca.

—No es insensibilidad ante esta horrible tragedia —explicó—. Tengo los nervios destrozados, señor agente, y sólo así lograré serenarme. Le ruego que me disculpe y tenga compasión de mí.

El inspector interrogó a este testigo a fondo y sin demasiados miramientos. No era un hombre que se dejara engañar por las apariencias, pero comprendí que el señor Deluc estaba muy lejos de gustarle, y que desconfiaba de él. No nos dijo nada que no me hubiera contado ya la señora Crosscapel. El señor Deluc regresó a su habitación.

—¿Cuánto tiempo lleva alojado con ustedes? —preguntó el inspector, en cuanto se dio la vuelta.

—Cerca de un año —respondió la patrona.

—¿Les facilitó referencias?

—Todo lo buenas que podíamos desear.

Acto seguido, dio los nombres de unos comerciantes que tenían una famosa compañía de cigarros en la City. El inspector anotó aquella información en su libreta.

Preferiría no extenderme en lo que ocurrió a continuación: resulta demasiado penoso para detenerme en ello. Únicamente les diré que la pobre demente fue llevada a comisaría en un carruaje. El inspector se quedó con la navaja y con un libro que encontramos en el suelo, titulado *El mundo del sueño*. Cerramos con llave el baúl con todas sus pertenencias, además de la puerta del dormitorio; las dos llaves quedaron a mi cargo. Me ordenaron permanecer en la casa e impedir que nadie la abandonara, hasta que, muy pronto, tuviera noticias del inspector.

III

La investigación judicial fue aplazada y el interrogatorio ante el magistrado concluyó con un auto de prisión preventiva; la señora Zebedee no estaba en condiciones de

seguir los trámites en ninguno de los dos casos. El médico declaró que una terrible impresión la había dejado completamente postrada. Cuando le preguntaron si creía que había estado en sus cabales antes del asesinato, se negó a contestar de forma categórica.

Pasó una semana. El hombre asesinado recibió sepultura, y su anciano padre asistió al funeral. De vez en cuando veía a la señora Crosscapel y a las dos criadas, con el fin de que me facilitaran más datos sobre algún detalle de interés. Tanto la cocinera como la doncella habían avisado de su marcha con un mes de antelación, negándose, por su propio bien, a continuar en una casa que había sido escenario de un crimen. Los nervios del señor Deluc le empujaron, asimismo, a mudarse; los sueños más terribles alteraban su reposo. Pagó la sanción estipulada y se marchó sin previo aviso. El huésped de la primera planta, el señor Barfield, conservó sus habitaciones, pero obtuvo permiso de sus jefes para ausentarse, y se refugió en el campo con unos amigos. La señorita Mybus fue la única que se quedó, en su salita de la planta baja.

—Cuando uno se siente cómodo a mi edad —dijo la anciana—, no hay nada que le haga cambiar de alojamiento. Un asesinato dos pisos más arriba es casi lo mismo que un asesinato en la casa vecina. La distancia, como puede ver, es lo único que importa.

A la policía le era indiferente lo que hicieran los huéspedes. Teníamos hombres de paisano vigilando la pensión noche y día. Seguíamos discretamente a los que se marchaban, y, a partir de ese momento, los agentes de su distrito no les quitaban el ojo de encima. Mientras no pudiéramos someter a interrogatorio y escuchar la extraordinaria declaración de la señora Zebedee —pues, hasta entonces, habíamos sido incapaces de seguir la pista de la navaja y de llegar hasta su comprador—, estábamos decididos a impedir que cualquier persona que hubiese estado en la pensión de la señora Crosscapel la noche del asesinato se nos escabullera.

IV

Quince días más tarde, la señora Zebedee estuvo lo bastante recuperada para prestar declaración, después de las observaciones previas que se realizan a quienes se hallan en sus condiciones. En esta ocasión, el médico fue rotundo al afirmar que la joven estaba en su sano juicio.

La señora Zebedee había trabajado de criada. Durante sus últimos cuatro años de

servicio, había ocupado el puesto de doncella de la señora en casa de una familia residente en Dorsetshire. El único defecto que le habían encontrado allí era que, de vez en cuando, padecía sonambulismo, lo que obligaba a otra criada a dormir en su mismo cuarto, con la puerta bien cerrada y la llave debajo de la almohada. Por lo demás, la doncella fue descrita por su señora como un «auténtico tesoro».

En los últimos seis meses que vivió en esa casa, un joven llamado John Zebedee entró a trabajar de lacayo (con muy buenas recomendaciones). No tardó en enamorarse de la encantadora doncellita, y ella le correspondió. Es muy posible que hubieran tenido que esperar años y años antes de que su situación económica les permitiera casarse, de no haber sido por la muerte del tío de Zebedee, que le dejó una pequeña fortuna de dos mil libras. Para unas personas de su posición, era una riqueza suficiente para hacer lo que quisieran, y salieron de la casa donde habían servido juntos para contraer matrimonio; las niñas de la familia mostraron su cariño por la señora Zebedee actuando como sus damas de honor.

El joven marido era un hombre prudente. Decidió invertir su pequeño capital del modo más ventajoso, dedicándose a la cría de ovejas en Australia. Su mujer no puso ninguna objeción. Estaba dispuesta a seguir a John al fin del mundo.

Así, pues, pasaron su breve luna de miel en Londres, a fin de ver con sus propios ojos el barco donde iban a hacer la travesía. Eligieron la pensión de la señora Crosscapel porque el tío de Zebedee siempre se había alojado allí cuando visitaba Londres. Faltaban diez días para embarcarse. Eso proporcionó a la joven pareja unas agradables vacaciones, y la posibilidad de disfrutar cuanto quisieran de los monumentos y espectáculos de la gran ciudad.

La primera noche fueron al teatro. Los dos estaban acostumbrados al aire fresco del campo, y el calor y el gas del alumbrado les parecieron asfixiantes. Sin embargo, aquel pasatiempo nuevo para ellos les agradó tanto que, al día siguiente, decidieron asistir a otro espectáculo. En esa segunda ocasión, John Zebedee encontró el calor insoportable. Salieron del teatro y llegaron a su alojamiento cerca de las diez en punto.

Dejemos que el resto de la historia lo cuente la propia señora Zebedee:

—Nos quedamos charlando un rato en nuestro dormitorio, y el dolor de cabeza de John empeoró. Le convencí de que se acostara, y apagué la vela (la luz del fuego era suficiente para desvestirse) a fin de que pudiera dormirse antes. Pero estaba demasiado inquieto para conciliar el sueño. Me pidió que le leyera algo. Los libros siempre le adormecían.

»Aún no había empezado a desnudarme, de modo que volví a encender la vela y abrí mi único libro. John lo había descubierto en el quiosco de libros de la estación, y se había fijado en él porque se titulaba *El mundo del sueño*. Solía bromear conmigo por ser sonámbula, y me lo regaló con estas palabras: “Aquí tienes algo que seguro te interesará”.

»No llevaba ni media hora leyendo cuando se quedó profundamente dormido.

Como no estaba cansada, continué la lectura en voz baja.

»Lo cierto es que el libro me interesaba mucho. Una de sus historias era terrible y me impresionó vivamente: la historia de un hombre que apuñalaba sonámbulo a su propia mujer. Pensé en cerrar el libro después de aquello, pero cambié de opinión y seguí leyendo. Los capítulos siguientes no eran tan emocionantes. Estaban llenos de eruditas explicaciones sobre por qué conciliamos el sueño, qué pasa en nuestros cerebros cuando estamos inconscientes, y esa clase de cosas. Y acabé quedándome también amodorrada en el sillón junto a la chimenea.

»No recuerdo a qué hora me acosté, ni cuánto tiempo estuve dormida, ni si tuve algún sueño o no. La vela y el fuego se habían consumido y estaba oscuro como boca de lobo cuando me desperté. Ni siquiera sé por qué lo hice, a menos que fuera por el frío que hacía en la habitación.

»Había una vela de repuesto en la repisa de la chimenea. Encontré la caja de cerillas y la encendí. Fue entonces cuando, por primera vez, me volví hacia la cama y vi...

Había visto el cadáver de su marido, asesinado mientras ella dormía junto a él; y el mero recuerdo hizo que la pobre criatura se desmayara. El interrogatorio se suspendió. La joven recibió toda clase de cuidados y atenciones; el capellán estaba tan preocupado por su bienestar como el médico.

No he mencionado las declaraciones de la patrona y de las criadas. Fueron tomadas por simple formalidad. Lo poco que sabían no probaba nada contra la señora Zebedee. La policía fue incapaz de descubrir algo que confirmase su primera y enloquecida acusación contra sí misma. Los señores de la última casa donde había trabajado hablaron de ella en los términos más elogiosos. Habíamos llegado a un punto muerto.

Se había juzgado más oportuno no sorprender al señor Deluc, por el momento, citándolo como testigo. La acción de la ley, sin embargo, se precipitó en esta ocasión al recibir un escrito privado del capellán.

Después de entrevistarse dos veces con la señora Zebedee, el reverendo caballero estaba convencido de que la joven era tan inocente como él de la muerte de su marido. No consideró justificado repetir unas palabras que le habían dicho de manera confidencial; se limitó a recomendar que citasen al señor Deluc para que compareciera en el siguiente interrogatorio. Y siguieron su consejo.

La policía no tenía ninguna prueba contra la señora Zebedee cuando se reanudó la investigación. Para cumplir con todos los requisitos, fue conducida al banquillo de testigos. Apenas se mencionó el descubrimiento del cadáver de su marido cuando se despertó a altas horas de la madrugada. Únicamente se le hicieron tres preguntas importantes:

En primer lugar, sacaron la navaja. ¿La había visto alguna vez en manos de su marido? Nunca. ¿Sabía algo de ella? Nada en absoluto.

En segundo lugar, ella o su marido ¿cerraron con llave la puerta del dormitorio

cuando volvieron del teatro? No. ¿La cerró ella más tarde? No.

En tercer lugar, ¿tenía alguna razón para creer que había asesinado sonámbula a su marido? Ninguna, si no fuera porque estaba fuera de sí en ese momento, y porque el libro le había metido esa idea en la cabeza.

Después de estas declaraciones, enviaron fuera de la sala a los demás testigos. El motivo fue la lectura del escrito del capellán.

Preguntaron a la señora Zebedee si había ocurrido algo desagradable entre el señor Deluc y ella.

Sí. Él la había cogido desprevenida en las escaleras, había tenido el atrevimiento de decir que la amaba y había llevado aún más lejos el insulto intentando besarla. Ella le había abofeteado y le había dicho que, si volvía a comportarse de ese modo, se lo contaría a su marido. Él se había puesto furioso y había exclamado: «¡Se arrepentirá de esto, señora!».

Después de consultarlo, y a petición de nuestro inspector, decidieron no informar al señor Deluc, todavía, de las declaraciones de la señora Zebedee. Cuando los testigos volvieron a la sala, el señor Deluc repitió el mismo testimonio que le había dado previamente al inspector; entonces le preguntaron si sabía algo de la navaja. La miró sin el menor atisbo de culpabilidad en su rostro, y juró no haberla visto jamás hasta ese momento. La nueva investigación llegó a su fin sin que hubiéramos descubierto nada.

Pero seguimos vigilando al señor Deluc. Y dedicamos nuestros siguientes esfuerzos a tratar de relacionarlo con la compra de la navaja.

El resultado (era como si realmente hubiera una especie de adversidad en el caso) volvió a ser desalentador. No nos costó averiguar, por la marca que había en la hoja, que el mayorista era de Sheffield. Pero fabricaba miles de navajas similares y las vendía en todas partes. En cuanto a dar con la persona que había grabado la inscripción a medias (sin saber dónde o quién la había comprado), habría sido más fácil encontrar la proverbial aguja en un pajar. Nuestro último recurso fue fotografiar la navaja, con la inscripción boca arriba, y enviar una copia a todas las comisarías del país.

Al mismo tiempo, estudiamos a fondo al señor Deluc; lo que quiero decir es que investigamos su pasado, por si había conocido antes a la víctima y había tenido alguna disputa o rivalidad con él a causa de una mujer. Pero no nos vimos recompensados con semejante hallazgo.

Descubrimos que Deluc había llevado una vida disipada, y había elegido siempre las peores compañías. Pero se había preocupado de no infringir la ley. Un hombre puede ser un vagabundo y un libertino, puede insultar a una dama, puede amenazarla lleno de ira porque su rostro acaba de ser abofeteado, pero no podemos deducir, de estos borrones en su carácter, que haya asesinado al marido a altas horas de la madrugada.

De modo que, cuando nos llamaron, una vez más, para presentar nuestro informe,

seguíamos sin tener pruebas. Las fotografías tampoco lograron descubrir al propietario de la navaja, ni explicar el motivo de la inscripción a medio grabar. Se permitió que la infortunada señora Zebedee regresara con sus amigos, siempre que se comprometiera a volver si su presencia era requerida. Los artículos de los periódicos empezaron a preguntarse cuántos asesinos más conseguirían despistar a la policía. Las autoridades de la hacienda pública ofrecieron una recompensa de cien libras por la información necesaria. Pero pasaron las semanas y nadie reclamó el dinero.

Nuestro inspector no era un hombre que se rindiera fácilmente. Prosiguieron las investigaciones y los interrogatorios. No es necesario hablar de ellos. Fuimos derrotados y, en lo que se refiere a la policía y al público, ahí terminó la historia. El asesinato del pobre recién casado no tardó en caer en el olvido, como otros crímenes sin resolver. Sólo un oscuro individuo fue lo bastante necio para intentar esclarecer, en sus horas libres, el enigma de quién mató a Zebedee. Pensaba que ascendería al puesto más elevado del cuerpo policial si triunfaba allí donde sus superiores habían fracasado; y, aunque todos se reían de él, se aferró a su pequeña ambición. Para no andarme con rodeos, yo era ese hombre.

V

Sin pretenderlo, he sido un poco desconsiderado al contar mi historia.

Dos personas no vieron nada malo en mi resolución de seguir investigando por mi cuenta. Una de ellas fue la señorita Mybus, y la otra, Priscilla Thurlby, la cocinera.

A la señorita Mybus, para empezar con la dama, le había indignado la resignación con que la policía había aceptado su derrota. Era una mujer enjuta y menuda, de mirada expresiva, que no se mordía la lengua.

—Es algo que me resulta familiar —afirmó—. Sólo hace falta volver la vista atrás un año o dos. Recuerdo un par de casos de asesinato en Londres... y los criminales nunca fueron encontrados. Yo también soy un ser humano, y me pregunto si no seré la próxima víctima. Es usted un joven muy apuesto, y me gustan su valor y su perseverancia. Puede venir siempre que lo desee; y diga que viene a visitarme si le ponen algún impedimento para entrar. ¡Una cosa más! Me sobra mucho tiempo y no tengo un pelo de tonta. Aquí, en la planta baja, veo a todos los que entran y salen de la casa. Déjeme su dirección; es posible que todavía le consiga alguna información.

A pesar de sus buenas intenciones, la señora Mybus no tuvo ocasión de

ayudarme. Pensé que, de las dos mujeres, Priscilla Thurlby sería probablemente la más útil.

En primer lugar, era inteligente y muy activa, y (como aún no había encontrado un buen empleo) no tenía que dar cuenta a nadie de sus movimientos.

En segundo lugar, era una mujer en la que yo podía confiar. Antes de abandonar su hogar para colocarse de criada en Londres, el rector de su parroquia natal le escribió una carta de recomendación, de la que adjunto una copia. Decía lo siguiente:

Es una satisfacción para mí recomendar a Priscilla Thurlby para cualquier empleo respetable que pueda desempeñar. Sus padres son personas ancianas y enfermas, cuyos ingresos han disminuido en los últimos tiempos; y tienen una hija más joven que mantener. En lugar de ser una carga para sus progenitores, Priscilla se dirige a Londres para entrar en el servicio doméstico y ayudar a la familia con su sueldo. Esta circunstancia habla por sí sola. Hace muchos años que conozco a los Thurlby, y lo único que lamento es no tener ningún puesto libre en mi casa para esta bondadosa muchacha.

(Firmado)

HENRY DERRINGTON, rector de Roth

Después de leer estas palabras, podía pedir tranquilamente a Priscilla que me ayudara a reabrir el misterioso caso de asesinato con muy buenos propósitos.

Tenía el convencimiento de que lo sucedido en la pensión de la señora Crosscapel no había sido aún bien investigado. Para continuar mis pesquisas, pregunté a Priscilla si sabía algo que pudiera relacionar a la otra criada con el señor Deluc.

—No quisiera que las sospechas recayeran en una persona inocente —contestó de mala gana—. Además, trabajé tan poco tiempo con ella...

—Dormía en su mismo cuarto —señalé—, y tuvo usted muchas oportunidades de observar cómo se comportaba con los huéspedes. Si le hubieran preguntado esto en el interrogatorio, habría contestado con sinceridad.

Este argumento pareció convencerla. Sus datos arrojaron nueva luz sobre el señor Deluc, y sobre el caso en general. Actué de acuerdo con esa información. Fue un trabajo lento, debido a las exigencias de mis responsabilidades cotidianas, pero, con la ayuda de Priscilla, avancé resueltamente en la dirección que me había propuesto.

Además de esto, debía otras cosas a la hermosa cocinera de la señora Crosscapel. Antes o después tendré que confesarlo, así que ¿por qué no hacerlo ahora? Supe por primera vez lo que era el amor gracias a Priscilla. Conocí los besos más maravillosos gracias a Priscilla. Y, cuando le pedí que se casara conmigo, no me respondió que no. He de reconocer que pareció algo triste y dijo:

—¿Cómo pueden pensar en casarse algún día dos personas tan pobres como

nosotros?

—No tardaré en dar con la pista que mi inspector no ha logrado encontrar. Entonces, amor mío, podré casarme contigo.

En nuestra siguiente cita, hablamos de sus padres. Yo ya era su prometido. A juzgar por lo que había oído sobre el comportamiento de otras personas en mi situación, pensé que lo más correcto era conocer a sus progenitores. Priscilla se mostró de acuerdo, y escribió a casa ese mismo día para decir que nos esperaran al final de la semana.

Me quedé de guardia por la noche, y conseguí, de ese modo, casi todo el día siguiente libre. Me vestí con sencillez, y sacamos nuestros billetes de tren hasta Yateland, la estación más cercana al pueblo donde vivían los padres de Priscilla.

VI

El tren se detuvo, como de costumbre, en la ciudad de Waterbank. Como Priscilla se ganaba la vida de costurera (mientras no encontraba otra colocación) y había trabajado hasta muy tarde, estaba agotada y tenía sed. Bajé del vagón para comprar un poco de gaseosa. La estúpida jovencita de la cantina fue incapaz de sacar el tapón de la botella y se negó a dejar que la ayudara. Cogió un sacacorchos y lo introdujo torcido. Perdí la paciencia y le quité la botella de las manos. Cuando acababa de sacar el tapón, tocaron la campana en el andén. Serví rápidamente la gaseosa en un vaso, pero el tren empezaba a moverse cuando salí de la cantina. Los mozos de estación me detuvieron cuando intentaba saltar al vagón. Me quedé atrás.

Tan pronto como recuperé la calma, consulté el horario de trenes. Habíamos llegado a Waterbank a la una y cinco, y Yateland (la siguiente estación) estaba a diez minutos. Sólo podía confiar en que Priscilla mirase también el horario y me esperara. Si hubiera intentado ir andando de una estación a otra, habría perdido tiempo en vez de ganarlo. No tardaría en llegar otro tren, y me entretuve visitando la ciudad.

Con todo mi respeto a sus habitantes, Waterbank (para los foráneos) es un lugar muy aburrido. Subí por una calle y bajé por otra, y me detuve a mirar una tienda que llamó mi atención; no por algo que viera en ella, sino porque era el único comercio con los postigos cerrados.

Habían fijado en ellos un cartel, anunciando el alquiler del local. El nombre y el negocio del antiguo comerciante se leían en las tradicionales letras pintadas: «James

Wycomb, cuchillero, etc.».

Por primera vez, me di cuenta de que habíamos olvidado un obstáculo en nuestro camino al distribuir las fotografías de la navaja. Ninguno de nosotros habíamos recordado que cierto número de cuchilleros quedaría fuera de nuestro alcance... unas veces por haberse jubilado, y otras por haberse declarado en quiebra. Yo siempre llevaba encima una copia de la fotografía, así que pensé: «¡He aquí una posibilidad remota de que la navaja nos conduzca hasta el señor Deluc!».

Después de tocar dos veces la campanilla, un viejo muy sucio y muy sordo abrió la puerta de la tienda.

—Será mejor que suba las escaleras y hable con el señor Scorrier, en el último piso —dijo.

Puse los labios en la trompetilla del anciano y le pregunté quién era el señor Scorrier.

—El cuñado del señor Wycomb. El señor Wycomb ha muerto. Si quiere comprar su negocio, dígaselo al señor Scorrier.

Al oír su respuesta, me dirigí a la planta superior y encontré al señor Scorrier grabando unas letras en una placa de latón. Era un hombre de mediana edad, con rostro cadavérico y ojos vidriosos. Después de pedirle disculpas, saqué la fotografía.

—Si me permite, señor, ¿sabe algo de la inscripción de esta navaja? —inquirí.

Cogió su lupa para mirarla.

—¡Qué curioso! —exclamó en voz baja—. Recuerdo ese extraño nombre... Zebedee. Sí, señor, yo la grabé, hasta donde llega. Me gustaría saber qué me impidió terminarla.

El nombre de Zebedee, y la inscripción a medias, habían aparecido en todos los periódicos de Inglaterra. Y él se tomaba el asunto con tanta calma que yo no supe cómo interpretar su respuesta. ¿Acaso era posible que no hubiera leído la noticia del asesinato? ¿O se trataba de un cómplice con un increíble dominio sobre sí mismo?

—Perdone —le dije—, ¿lee usted los periódicos?

—¡Jamás! Tengo la vista muy cansada. Me abstengo de leer por el bien de mi trabajo.

—¿No ha oído mencionar el nombre de Zebedee? Especialmente a alguien que lea los periódicos.

—Es muy probable, pero no presté atención. Cuando acabo mi jornada laboral, doy un paseo. Luego ceno, bebo unos traguitos de ponche y fumo mi pipa. Y después me acuesto. ¡Quizá le parezca una existencia aburrida! Pero fui muy desgraciado en mi juventud, señor. Y ganar lo justo para vivir y tener un poco de reposo, antes de descansar para siempre en la tumba..., es todo cuanto deseo. Hace mucho tiempo que el mundo gira sin mí. ¡Y es lo mejor!

El pobre hombre era sincero. Me sentí avergonzado de haber dudado de él. Volví al asunto de la navaja.

—¿Sabe dónde fue comprada y por quién? —pregunté.

—Mi memoria no es tan buena como antes —replicó—, pero tengo algo que me sirve de ayuda.

Sacó de un armario un viejo y sucio álbum, en el que, por lo que pude ver, había pegado tiras de papel escritas a mano. Consultó un índice y abrió una página. Su rostro sombrío pareció revivir durante unos segundos.

—¡Ah! Ahora lo recuerdo —dijo—. La navaja fue comprada a mi difunto cuñado, en la tienda de abajo. Vuelvo a acordarme de todo, señor. Una persona enajenada irrumpió en este mismo cuarto y ¡me quitó la navaja de las manos cuando aún no había terminado la inscripción!

Comprendí que estaba muy cerca de descubrir algo.

—¿Me deja ver lo que ha refrescado su memoria? —inquirí.

—Sí, señor. Me gano la vida grabando inscripciones y direcciones, y voy pegando en este libro los manuscritos que me entregan, con mis anotaciones en el margen. Si lo hago es porque me sirven de modelo para los nuevos clientes. Y también porque refrescan mi memoria.

Volvió el álbum hacia mí y señaló una tira de papel que ocupaba la parte inferior de una hoja.

Leí la inscripción completa, destinada a la navaja que había matado a Zebedee, y decía lo siguiente:

«Para John Zebedee. De Priscilla Thurlby».

VII

Es casi imposible para mí describir lo que sentí cuando el nombre de Priscilla apareció ante mis ojos como una confesión de culpabilidad por escrito. Soy incapaz de decir cuanto tiempo tardé en sobreponerme. Lo único que recuerdo con claridad es que asusté al pobre grabador.

Mi primer deseo fue apoderarme de la inscripción manuscrita. Le expliqué que era un policía y le pedí que me ayudara a resolver un crimen. Incluso le ofrecí dinero. Él lo rechazó.

—Se lo daré gratis —dijo—, si me promete marcharse muy lejos y no regresar nunca.

Trató de recortarla de la página, pero sus manos temblaban demasiado. Lo hice yo mismo, e intenté darle las gracias. No quiso ni oírme.

—¡Váyase! —exclamó—. No me fío de usted.

Puede objetarse que yo no debía haber estado tan seguro de la culpabilidad de la joven hasta haber tenido más pruebas en su contra. Es posible que alguien le hubiera robado la navaja (suponiendo que ella fuese la persona que se la había quitado al grabador), y que el ladrón la hubiera utilizado más tarde para cometer el asesinato. Todo eso es cierto. Pero no abrigué la menor duda desde que leí aquella línea detestable en el álbum del señor Scorrier.

Volví a la estación sin ningún plan definido en la cabeza. El tren que me había propuesto coger ya había salido de Waterbank. El siguiente se dirigía a Londres. Subí en él... sin ningún plan definido en la cabeza.

En Charing Cross me encontré con un amigo.

—Pareces muy enfermo —dijo—. Ven a beber algo.

Acepté su invitación. Necesitaba un trago. El alcohol me infundió ánimos y aclaró mis ideas. Mi amigo siguió su camino, y yo el mío. Poco después, decidí lo que iba a hacer.

En primer lugar, tomé la determinación de renunciar a mi puesto en la policía, por un motivo que pronto saldrá a la luz. En segundo lugar, reservé una cama en una posada. Priscilla, con toda seguridad, volvería a Londres e iría a mi alojamiento para investigar por qué no había acudido a la cita. Entregar a la justicia a una mujer a la que tanto había amado era un deber demasiado cruel para un pobre hombre como yo. Prefería abandonar el cuerpo de policía. Por otra parte, si ella y yo nos encontrábamos antes de que el tiempo me hubiera ayudado a recobrar la calma, me aterraba la idea de convertirme en un asesino y matarla allí mismo. La muy miserable, además de engañarme para que me casara con ella, había intentado implicar a la inocente criada en el asesinato.

Esa misma noche se me ocurrió un modo de disipar las dudas que todavía me atormentaban. Escribí al rector de Roth, comunicándole que era el prometido de Priscilla, y le pedí que me contara (en consideración a mi estatus) la relación que hubiera podido tener con un individuo llamado John Zebedee.

Recibí esta respuesta a vuelta de correo:

Señor:

Dadas las circunstancias, creo que es mi deber contarle confidencialmente lo que todos cuantos deseamos lo mejor para Priscilla hemos guardado en secreto por su bien.

Zebedee trabajaba de criado en una casa del vecindario. Lamento hablar así de un hombre que ha tenido tan triste final, pero el trato que dio a Priscilla no es sino una prueba de la perversión y crueldad de su carácter. Los dos jóvenes eran novios, y añadiré, indignado, que él intentó seducirla con promesas de matrimonio. La virtud de ella le opuso resistencia, y él fingió

sentirse avergonzado de sí mismo. Las amonestaciones se publicaron en mi iglesia. Al día siguiente, Zebedee desapareció, y abandonó cruelmente a Priscilla. Era un criado muy competente, y supongo que consiguió otro empleo. Puede usted imaginar el sufrimiento de la pobre muchacha después de semejante ultraje. Cuando se fue a Londres con mi recomendación, respondió al primer anuncio, y tuvo la mala fortuna de empezar a trabajar de criada en la misma casa de huéspedes donde (según las noticias que he leído en el periódico sobre el asesinato) Zebedee llevó a la persona con la que se casó después de abandonar a Priscilla. Tenga la seguridad de que va a contraer matrimonio con una joven excelente, y acepte mis mejores deseos de felicidad.

Era evidente que ni el rector, ni los padres y amigos sabían nada de la compra de la navaja. El único desgraciado que conocía la verdad era el hombre que le había pedido que fuera su esposa.

Pero había algo que me debía a mí mismo, o al menos eso creía: nadie debía pensar que yo también la había abandonado vilmente. Por muy horrible que fuera la perspectiva, tenía que verla de nuevo, y por última vez.

Priscilla estaba cosiendo cuando entré en el cuarto. Al abrir la puerta, se levantó. Sus mejillas enrojecieron y me miró indignada. Di un paso adelante... y ella vio mi rostro. Éste la obligó a guardar silencio.

Mi explicación no pudo ser más concisa.

—He estado en la cuchillería de Waterbank —dije—. Aquí está la inscripción de la navaja, escrita hasta el final de tu puño y letra. Una palabra mía bastaría para ahorcarte. ¡Que Dios me perdone! Soy incapaz de pronunciarla.

Su tez sonrosada adquirió un horrible color rojizo. Me miró fijamente, sin parpadear, como si hubiera sufrido un ataque. Se quedó ante mí, inmóvil y silenciosa. Sin decir nada más, arrojé la inscripción al fuego. Sin decir nada más, la dejé.

Nunca volví a verla.

VIII

Pero, unos días después, tuve noticias de ella.

Hace mucho tiempo que quemé la carta. ¡Ojalá hubiera podido olvidarla también!

Se quedó grabada en mi memoria. Si muero en mis cabales, la carta de Priscilla será lo último que recuerde en este mundo.

En esencia, repetía lo que ya me había contado el rector. Me informaba, asimismo, de que había comprado la navaja como un recuerdo para Zebedee, que había perdido una muy parecida. El sábado se leyeron las amonestaciones. El domingo, él la abandonó... y Priscilla cogió bruscamente la navaja de la mesa mientras el grabador realizaba su trabajo.

Lo único que sabía era que, al llegar a la casa de huéspedes con su mujer, Zebedee había añadido una nueva punzada de dolor al agravio previamente infligido. Sus deberes la obligaban a estar en la cocina, y Zebedee jamás supo que vivía allí. Todavía recuerdo las últimas líneas de su confesión:

El demonio pareció entrar en mí cuando, al subir a acostarme, probé el cierre de su puerta y descubrí que estaba abierta; escuché unos instantes y me asomé al interior del cuarto. Pude verlos, a la luz mortecina de la vela... el uno dormido en la cama; ella, junto al fuego. Yo tenía la navaja en la mano, y se me ocurrió la idea de matarlo, a fin de que la ahorcaran a ella por el asesinato. No pude volver a sacar la hoja después de hacerlo. Pero ¡escúchame bien! Yo te quería de veras; no acepté casarme contigo porque difícilmente podrías ahorcar a tu mujer si averiguabas quién mató a Zebedee.

Desde entonces no he vuelto a saber nada de Priscilla Thurlby. Ni siquiera sé si está viva o muerta. Es posible que mucha gente piense que merezco ser colgado por no haberla enviado a la horca. Y tal vez les desilusione oír que he muerto tranquilamente en mi cama. No los culpo. Soy un pecador arrepentido. Adiós para siempre a todos los cristianos compasivos.

Thomas Hardy

I

Para un hombre que lo contemplara por detrás, aquel pelo castaño era un prodigio y un misterio. Bajo el oscuro sombrero de castor, coronado de un penacho de plumas negras, los largos bucles, enroscados y trenzados como los juncos de un cesto, constituían un raro ejemplo, si bien algo rudimentario, de artístico ingenio. Uno podía entender que semejantes ondas y tirabuzones se hicieran para durar intactos un año, o por lo menos un mes de calendario; pero que fueran deshechos regularmente a la hora de acostarse, después de un único día de existencia, parecía un despilfarro innecesario de una obra tan lograda.

Y la pobre se había peinado sin ayuda de nadie. No tenía doncella, y era casi la única habilidad de la que podía vanagloriarse. Por eso se esmeraba tanto.

Se trataba de una joven dama inválida (aunque no en grado extremo) en una silla de ruedas; alguien la había subido a la parte delantera de un parterre de césped, muy cerca de un quiosco de música donde, en una cálida tarde del mes de junio, se celebraba un concierto. Éste tenía lugar en uno de los pequeños parques o jardines privados de las afueras de Londres, y estaba organizado por una asociación local con el fin de recaudar fondos para alguna sociedad benéfica. Hay mundos y mundos en la gran ciudad, y, a pesar de que nadie en las inmediaciones había oído hablar de esa sociedad benéfica, de esa banda o de ese parque, el recinto estaba lleno de un público interesado que sabía lo suficiente de todo aquello.

Mientras los compases se sucedían, eran muchos los oyentes que observaban a la dama de la silla de ruedas, cuyo peinado por detrás, a causa de su posición prominente, invitaba a ser examinado. Su rostro apenas resultaba visible, pero los cabellos ingeniosamente entrelazados que hemos mencionado antes, la blancura de sus orejas y de su nuca, y la curva de una mejilla que no era flácida ni amarillenta, hacían concebir la idea de que era realmente hermosa contemplada de frente. No es infrecuente que esa clase de expectativas se desvanezcan tan pronto como se descubre la realidad; y, en este caso, cuando la dama, al mover la cabeza, exhibió finalmente sus facciones, éstas no resultaron tan bellas como la gente a sus espaldas había supuesto, o incluso esperado... sin saber por qué.

Por un motivo (¡ay, con cuánta frecuencia se oye esa queja!): era menos joven de lo que habían imaginado. Y, sin embargo, era indudable que su rostro era atractivo y

reflejaba buena salud. Sus detalles fueron revelándose cada vez que se volvía para hablar con un muchacho de doce o trece años que la acompañaba, y cuya gorra y chaqueta evidenciaban que era alumno de un conocido internado. Los espectadores más próximos podían oír que la llamaba «madre».

Cuando se acabó el recital y el público abandonó el lugar, fueron muchos los que pasaron junto a ella. Y casi todos volvieron la cabeza para observar de cerca a la interesante mujer, que continuó inmóvil en su silla hasta que el camino estuvo suficientemente despejado para avanzar sin obstáculos. Como si esperase sus miradas, y no le importara satisfacer su curiosidad, sus ojos se encontraron con los de algunos de sus observadores; y eran dulces, castaños y muy afectuosos, aunque de expresión algo triste.

Fue conducida fuera del parque, y siguió por la acera hasta desaparecer en la distancia, con el colegial a su lado. A algunas personas que la vieron alejarse y preguntaron quién era, se les respondió que se trataba de la segunda esposa del pastor de una parroquia vecina, y que era coja. Por lo general, todos creían que era una mujer con una historia... inocente, pero una historia de una u otra clase.

Mientras conversaba con ella, durante el trayecto de vuelta a casa, el muchacho, que caminaba a su lado, dijo que esperaba que su padre no les hubiera echado en falta.

—Seguro de que ha estado tan cómodo estas últimas horas que no nos ha echado en falta —respondió ella.

—*Seguro que*, querida madre, *no seguro de que* —exclamó el colegial con una impaciencia quisquillosa y casi cruel—. ¡Tendría que saberlo a estas alturas!

La madre se apresuró a corregir el error, y no pareció ofenderse por sus palabras, ni querer vengarse de él, como podía haber hecho, ordenándole que se limpiara la boca; pues estaba llena de migajas, debido a sus intentos disimulados de comer un trozo de pastel que llevaba escondido en el bolsillo. Después de esto, la hermosa mujer y el muchacho siguieron avanzando en silencio.

Esa cuestión gramatical estaba muy relacionada con su historia, y la dama cayó en una especie de ensueño, más bien melancólico, según todos los indicios. Era como si estuviera preguntándose a sí misma si había actuado sabiamente organizando su vida del modo en que lo había hecho.

En un remoto rincón del norte de Wessex, a cuarenta millas de Londres y cerca de la próspera ciudad de Aldbrickham, había un bonito pueblo con una iglesia y una rectoría que ella conocía bien, pero que su hijo nunca había visto. Era su aldea natal, Gaymead, y el primer suceso relacionado con su actual situación había ocurrido en ese lugar cuando sólo era una joven de diecinueve años.

Qué bien recordaba el primer acto de su pequeña tragicomedia, la muerte de la primera mujer de su reverendo esposo. Ésta ocurrió en un anochecer de primavera, y ella, que durante tantos años había ocupado el lugar de la difunta, en aquel entonces no era más que una criada de la rectoría.

Después de haber hecho todo lo posible por salvarla y de anunciar su muerte, la muchacha había salido en medio de la oscuridad para visitar a sus padres, que vivían muy cerca, y darles la triste noticia. Al empujar la verja blanca y mirar hacia los árboles que crecían al oeste, impidiendo ver la tenue luz del cielo nocturno, distinguió, sin sorprenderse demasiado, la figura de un hombre junto al seto.

—¡Ay, Sam! ¡Qué susto me has dado! —exclamó con picardía para salvar las apariencias.

Era un jardinero que conocía. Después de contarle los detalles de lo ocurrido, los dos jóvenes guardaron silencio, con ese estado de ánimo exaltado y sosegadamente filosófico que suele experimentarse cuando una tragedia se produce muy cerca, pero no se cierne directamente sobre los filósofos. No obstante, tenía mucho que ver con sus relaciones.

—Y ¿seguirás trabajando en la rectoría como hasta ahora? —preguntó Sam.

A ella no se le había ocurrido pensar en eso.

—¡Sí, supongo que sí! —contestó—. Imagino que todo seguirá igual...

El muchacho la acompañó a casa de su madre. No tardó en rodear la cintura de la joven con su brazo. Ella lo rechazó dulcemente; pero él insistió y ella acabó cediendo.

—Verás, querida Sophy, aún no sabes si continuarás allí. Es posible que necesites un hogar; algún día yo te ofreceré uno, pero todavía no estoy preparado.

—¡No tengas tanta prisa, Sam! Jamás he dicho que me gustaras; ¡eres tú el que me persigues!

—Pero sería absurdo que no probara suerte contigo, como los demás —exclamó el joven, inclinándose para darle un beso de despedida, pues habían llegado a casa de la madre.

—No, Sam; ¡de ningún modo! —protestó ella, tapándole la boca con su mano—. Deberías ser más serio en una noche como ésta.

Y le dijo adiós sin permitir que la besara o que entrase dentro.

El pastor que acababa de enviudar era por aquel entonces un hombre de unos cuarenta años, de buena familia y sin hijos. Había llevado una vida muy solitaria en aquel cargo eclesiástico, debido en parte a que ningún terrateniente residía en la zona; y la pérdida de su mujer no hizo sino reforzar su costumbre de huir de la observación de los demás. La gente lo vio aún menos que antes, y fue alejándose cada vez más del ritmo y alboroto de los movimientos que, en el mundo exterior, reciben el nombre de progreso. Muchos meses después de la muerte de su esposa, la organización de su hogar seguía siendo la misma de siempre; y la cocinera, las dos doncellas y el lacayo realizaban o no sus tareas, según les apetecía... sin que el vicario se diera cuenta. Más tarde comprendió que sus criados no parecían tener nada que hacer en su pequeña familia de un solo miembro. Y lo vio con tanta claridad que decidió reducir su número. Pero se le anticipó Sophy, la segunda doncella, quien una tarde le comunicó que deseaba abandonar su servicio.

—¿Y por qué motivo? —inquirió el pastor.

—Sam Hobson me ha pedido que me case con él, señor.

—Y tú... ¿quieres casarte?

—No mucho, señor. Pero así tendré un hogar. Y hemos oído que uno de nosotros tendrá que marcharse.

Un día o dos más tarde, la joven le dijo:

—No deseo irme todavía, señor, si a usted no le importa. Sam y yo nos hemos peleado.

Él levantó la cabeza para mirarla. Apenas la había observado hasta entonces, aunque a menudo había sido consciente de su dulce presencia en el cuarto. ¡Qué criatura tan silenciosa y delicada! ¡Parecía un gatito! Era la única de sus criadas a la que veía con frecuencia. ¿Qué haría si Sophy se marchaba?

Sophy no se marchó, aunque sí lo hizo una de sus compañeras, y todo volvió a ser como antes.

Cuando el señor Twycott, el vicario, se puso enfermo, Sophy se encargaba de subirle la comida, y un día, nada más salir de la habitación, éste oyó un ruido en la escalera. La joven se había resbalado con la bandeja, y se había torcido de tal modo el tobillo que no podía levantarse. Llamaron al médico del pueblo; el pastor mejoró, pero Sophy estuvo mucho tiempo impedida; y se le informó de que jamás podría volver a caminar demasiado ni tener una ocupación que le exigiera estar largo tiempo en pie. Tan pronto como la joven se sintió un poco mejor, habló a solas con el vicario. Puesto que le prohibían andar y trajinar de aquí para allá, y lo cierto es que era incapaz de hacerlo, su deber era marcharse de la casa. Podría trabajar en algo que le permitiera estar sentada, y tenía una tía costurera.

El rector se había sentido profundamente conmovido por todo lo que ella había sufrido por su causa, y se apresuró a exclamar:

—¡De ningún modo, Sophy! Cojees o no cojees, no puedo consentir que te vayas. ¡Nunca más volverás a dejarme!

Se acercó a ella, y, aunque la joven jamás supo decir cómo había ocurrido, sintió los labios de él en su mejilla. Entonces le pidió que se casara con él. Sophy no le amaba exactamente, pero le profesaba un respeto rayano en la veneración. Aunque hubiera querido alejarse de él, difícilmente se habría atrevido a rechazar a un personaje tan venerable y augusto para ella; de modo que aceptó en el acto ser su esposa.

Así, pues, una hermosa mañana, mientras las puertas se hallaban abiertas para que la iglesia se ventilara, y los pájaros cantaban, revoloteaban y se posaban sobre las vigas maestras del tejado, se celebró una boda, de la que casi nadie tuvo noticia, en el reclinatorio donde los fieles reciben la comunión. El pastor y un clérigo vecino habían entrado por una puerta, y Sophy por otra, seguida de los dos testigos; y en breve salieron convertidos en marido y mujer.

El señor Twycott sabía perfectamente que, al dar ese paso, había cometido un

suicidio social, a pesar del carácter sin tacha de Sophy; de ahí que hubiera tomado ciertas medidas. Había cambiado su beneficio eclesiástico con un compañero que se ocupaba de una parroquia al sur de Londres; y el matrimonio se trasladó allí tan pronto como pudo, abandonando su preciosa casa de campo, rodeada de árboles, arbustos y terreno de su propiedad, por una vivienda pequeña y polvorienta, en medio de una calle larga y recta, y el hermoso repicar de sus campanas por el estruendo más monótono y horrible que jamás haya torturado los oídos de un hombre. El vicario lo hizo por ella. Vivían, sin embargo, lejos de cuantos conocían su situación anterior; y se sentían mucho menos observados que en una parroquia rural.

Sophy la mujer era la compañera más encantadora que cualquier hombre podía tener, aunque Sophy la dama tenía sus defectos. Mostraba una habilidad innata por los pequeños refinamientos domésticos, siempre que estuvieran relacionados con los objetos y los buenos modales; pero en lo que llamamos cultura era menos intuitiva. Llevaba casada más de catorce años, y su marido se había preocupado mucho de su educación; pero ella seguía sin comprender muy bien algunos usos gramaticales, lo que no le granjeaba el respeto de las pocas personas que conocía. Lo que más le apenaba de esto era que su único hijo, en cuya educación no se había escatimado ni se escatimaría jamás el menor gasto, era ya lo bastante mayor para percibir esas deficiencias en su madre; y no sólo para verlas sino para sentirse irritado por su existencia.

De modo que vivió en la ciudad, y pasó las horas trenzando sus preciosos cabellos, hasta que sus mejillas, antaño como manzanas, se volvieron rosa pálido. Su pie jamás se había recuperado del todo tras el accidente, y se vio prácticamente obligada a dejar de andar. A su marido había llegado a gustarle Londres por su libertad y la intimidad de su vida hogareña; pero era veinte años mayor que Sophy y, últimamente, se veía aquejado de una grave enfermedad. Ese día, sin embargo, parecía encontrarse lo bastante bien para que ella acompañara a su hijo Randolph al concierto.

II

Cuando vislumbramos de nuevo a Sophy, está de luto por su marido.

El señor Twycott jamás se recuperó, y ahora yacía en un abarrotado cementerio al sur de la gran ciudad, donde, si todos los muertos allí enterrados se hubieran

levantado con vida, ninguno de ellos habría sabido quién era ni habría reconocido su nombre. El muchacho le había seguido obedientemente hasta la tumba, y luego había regresado al internado.

Durante todos esos cambios, Sophy fue tratada como la niña que era por temperamento, aunque no por edad. Y se quedó sin ningún control sobre los bienes de su marido, más allá de su modesta renta personal. Éste había tenido miedo de que la inexperiencia de su mujer la empujara a correr riesgos, y había dejado cuanto había podido en manos de un fideicomisario. Había previsto y organizado que el niño pudiera terminar sus estudios en el internado, y que, a su debido tiempo, fuera a Oxford y se ordenara; así que Sophy no tenía más preocupaciones que comer y beber, convertir la indolencia en una ocupación, y seguir trenzando y enroscando sus cabellos castaños, limitándose a tener una casa abierta para que el hijo pudiera visitarla en vacaciones.

Adivinando que su mujer le sobreviviría muchos años, el pastor había comprado una casa adosada en la misma calle interminable donde se hallaban, frente a frente, la iglesia y la vivienda del párroco, que sería de Sophy mientras deseara vivir en ella. Y era allí donde residía ahora, contemplando el trozo de césped que tenía delante, y el intenso tráfico que había siempre al otro lado de la verja; o asomándose al alféizar de la ventana del primer piso, y abarcando con la vista el panorama de árboles cubiertos de hollín, aire brumoso y fachadas grises, entre los que resonaban los ruidos habituales en una importante calle de la periferia.

De algún modo, el hijo, con sus aristocráticos conocimientos escolares, sus gramáticas y sus aversiones, estaba perdiendo todas aquellas devociones infantiles, que incluían el sol y la luna, con las que, al igual que otros niños, había nacido, y que su madre, que seguía siendo una criatura, tanto había amado en él. Estaba circunscribiendo su ámbito a unos pocos miles de individuos nobles y adinerados, una simple capa de barniz de los más de mil millones de seres que no le interesaban en absoluto. Y cada vez fue alejándose más de ella. Como el *milieu* de Sophy era un barrio de pequeños comerciantes y humildes oficinistas, y apenas tenía más compañía que la de sus dos criadas, no fue extraño que, tras la muerte de su marido, perdiera en seguida los pequeños refinamientos que él le había inculcado, y se convirtiese, para su hijo, en una madre de cuyos errores y de cuyo origen un caballero como él tenía que avergonzarse. Pues aún estaba lejos de ser lo bastante hombre (si es que algún día llegaba a serlo) para dar a los pecados de ella su verdadero valor, que era mínimo al lado del tierno cariño que brotaba de su corazón, y que guardaba celosamente en su pecho hasta que él, o cualquier otra persona o cosa, se mostrara mejor dispuesto a aceptarlo. Si el muchacho hubiera vivido en casa con ella, lo habría tenido todo; pero parecía necesitarlo muy poco en las actuales circunstancias y aquél continuaba almacenado.

La vida de Sophy se hizo insoportablemente aburrida; no podía dar paseos, y no le atraía salir en carruaje ni viajar a ninguna parte. Pasaron casi dos años sin que

ocurriera nada, y ella seguía contemplando aquella calle de la periferia, recordando el pueblo donde había nacido, y al que habría vuelto... ¡y con cuánta alegría!... incluso para trabajar en los campos.

Como no hacía ningún ejercicio físico, era frecuente que no pudiera conciliar el sueño; y se levantaba en medio de la noche o con las primeras luces del día y contemplaba la calle, entonces vacía, donde las farolas se alzaban como centinelas que esperasen el paso de un desfile. Algo muy parecido a ese desfile se producía todas las mañanas, hacia la una de la madrugada, cuando los vehículos del campo pasaban cargados de verduras y hortalizas para el mercado de Covent Garden. Sophy los veía a menudo a esa hora silenciosa y oscura, avanzando lentamente... un carro tras otro, llevando verdes bastiones de coles que inclinaban sus cabezas como si fueran a caer y que, sin embargo, nunca se caían, murallas de cestas repletas de judías y guisantes, pirámides de nabos blancos como la nieve, *howdahs*^[1] bamboleantes con toda clase de productos... avanzando lentamente tras unos viejos caballos nocturnos, que parecían preguntarse pacientemente, en medio de sus huecos resoplidos, por qué tenían que trabajar siempre a aquella hora silenciosa en que todas las demás criaturas sensibles tenían el privilegio de descansar. Envuelta en un manto, se consolaba mirándolos y sintiéndose cerca de ellos cuando el abatimiento o el nerviosismo le impedían dormir, y viendo cómo todas aquellas verduras frescas parecían cobrar vida al pasar junto a las farolas, y cómo los animales sudorosos exhalaban humo y brillaban después de tantas millas de viaje.

Para Sophy, aquellas gentes y vehículos medio rurales, que se movían en un ambiente urbano y que llevaban una vida tan diferente de quienes trabajaban durante el día en esa misma calle, estaban llenos de interés, casi de encanto. Cierta madrugada, un hombre que pasaba acompañando un carro de patatas miró con bastante dureza la fachada de la casa, y Sophy pensó con extraña emoción que su figura le resultaba familiar. Decidió estar atenta por si lo veía de nuevo. Como era un carromato muy anticuado y tenía la parte delantera pintada de amarillo, era fácil de reconocer, y tres noches después lo vio por segunda vez. El hombre que iba junto a él, tal como había imaginado, era Sam Hobson, antes jardinero en Gaymead, que tiempo atrás se hubiera casado con ella.

A veces se había acordado de él y se había preguntado si la vida en una pequeña casa de campo con Sam no habría sido más feliz que la vida que había elegido. No había pensado en él apasionadamente, pero su triste situación aumentó el interés por su resurrección... un tierno interés imposible de exagerar. Volvió a la cama y empezó a pensar. Aquellos hortelanos que iban a la ciudad con tanta regularidad a la una o a las dos de la mañana, ¿a qué hora regresaban? Recordó vagamente haber visto pasar sus carros vacíos, apenas perceptibles entre el tráfico del día, en algún momento antes de las doce.

Tan sólo era el mes de abril, pero aquella mañana, después del desayuno, dejó la ventana abierta y se quedó mirando al exterior, mientras la débil luz del sol la

iluminaba. Fingía coser, pero sus ojos no se apartaban nunca de la calle. Entre las diez y las once, el ansiado carro, ahora vacío, reapareció en su viaje de vuelta. Pero Sam no miraba a uno y otro lado, y parecía absorto en sus pensamientos.

—¡Sam! —grito ella.

El hombre se volvió sobresaltado, y su rostro se iluminó. Llamó a un niño para que sujetara el caballo y, después de apearse, se colocó bajo su ventana.

—Si pudiera bajar con facilidad, Sam, ¡lo haría! —dijo Sophy—. ¿Sabías que vivía por aquí?

—Bueno, señora Twycott, sabía que vivía en algún lugar de los alrededores. La he buscado a menudo.

Sam le explicó brevemente su presencia en el lugar. Hacía mucho tiempo que había abandonado su trabajo de jardinero en la aldea cercana a Aldbrickham, y ahora era el encargado de unos huertos en el sur de Londres; una de sus obligaciones era llevar el carro lleno de verduras y hortalizas a Covent Garden dos o tres veces por semana. Respondiendo a su curiosa pregunta, admitió haberse dirigido a ese barrio porque, uno o dos años antes, había leído en el periódico de Aldbrickham la muerte del anterior vicario de Gaymead en el sur de Londres; la noticia había despertado en él un interés por saber dónde vivía que había sido incapaz de dominar y que le había llevado a rondar esa localidad hasta conseguir su actual puesto de trabajo.

Hablaron de su pueblo natal en el viejo y querido Wessex del Norte, y de los lugares donde habían jugado juntos de niños. Ella trató de recordar que ahora era una persona distinguida, y que no debía mostrar demasiada familiaridad con Sam. Pero no podía impedirlo, y las lágrimas que asomaban a sus ojos se reflejaban en su voz.

—Me temo que no es usted feliz, señora Twycott —dijo Sam.

—¡Claro que no! Sólo hace dos años que perdí a mi marido.

—No quería decir eso. ¿Le gustaría volver a su hogar?

—Éste es mi hogar... y lo será siempre. La casa es mía. Pero comprendo... —se le escapó entonces—. Sí, Sam. ¡Echo de menos mi hogar... *nuestro* hogar! Me encantaría estar en él, y no haberme marchado nunca, y morir allí. Pero sólo es un sentimiento momentáneo —añadió, recordando su deber—. Tengo un hijo, ¿sabes?, un buen muchacho. Ahora está en el colegio.

—Muy cerca de aquí, ¿no? He visto muchos por esta calle.

—¡Oh, no! En ninguno de esos horribles agujeros. Está en un internado... uno de los mejores de Inglaterra.

—¡Por supuesto! Había olvidado, señora, que lleva usted muchos años siendo una dama.

—No, no soy una dama —respondió tristemente—. Nunca lo seré. Pero él es un caballero, y eso... lo hace todo... ¡Ay, qué difícil para mí!

III

La amistad que volvieron a entablar de un modo tan extraño progresó rápidamente. Sophy se asomaba a menudo a la ventana para charlar un poco con él, de noche o de día. Le entristecía no poder acompañar a su viejo amigo a pie durante un pequeño trecho, y hablarle con más libertad que cuando se detenía ante su casa. Cierta noche, a principios de junio, mientras ella esperaba por si lo veía después de una ausencia de varios días, él abrió la verja y le dijo dulcemente:

—¿No cree que un poco de aire fresco le sentaría bien? Sólo llevo media carga esta mañana. ¿Por qué no viene conmigo hasta Covent Garden? Hay un buen sitio entre las coles, donde he extendido un saco. Puede regresar a casa en carruaje antes de que nadie se levante.

Ella rehusó al principio, pero luego, temblando de excitación, terminó de vestirse rápidamente, se arrebujó en un manto y se cubrió la cabeza con un velo; después bajó sigilosamente las escaleras con la ayuda del pasamanos, como podía hacer en caso de emergencia. Cuando abrió la puerta, encontró a Sam en el escalón de entrada, y él la levantó en sus fuertes brazos y la llevó a través del patio delantero hasta su carromato. No se veía ni se oía un alma en aquella calle interminable, con sus farolas en constante espera convergiendo a ambos lados. El aire era tan fresco como en el campo a aquellas horas, y las estrellas brillaban, excepto al nordeste, donde se veía una luz blanquecina... el alba. Sam la depositó cuidadosamente en el asiento y siguió adelante.

Los dos hablaron como en los viejos tiempos, Sam reprendiéndose a sí mismo cuando creía comportarse con demasiada familiaridad. En más de una ocasión, a ella le asaltó la duda de si habría hecho bien en satisfacer aquel capricho.

—Pero me siento tan sola en casa —añadió—, y ¡esto me hace tan feliz!

—Tiene que volver, querida señora Twycott. Es la mejor hora para tomar el aire.

Empezó a clarear. Los gorriones invadieron las calles y la ciudad se llenó de gente y de carruajes. Cuando se acercaron al río era de día; y en el puente contemplaron todo el resplandor del sol de la mañana en dirección a St Paul, y el centelleo del agua, en cuya superficie no se movía ni una sola embarcación.

Cerca de Covent Garden, Sam la dejó en un carruaje de alquiler, y se separaron mirándose como lo hacen dos viejos amigos. Sophy llegó a casa sin el menor contratiempo, fue cojeando hasta la puerta y entró con sus llaves sin que nadie la viera.

El aire puro y la presencia de Sam la habían hecho revivir: sus mejillas se habían vuelto sonrosadas... y estaba casi hermosa. Tenía algo más por lo que vivir además de su hijo. Era una mujer intuitiva por naturaleza, y sabía que no había nada malo en su paseo, pero sospechaba que socialmente había sido una temeridad.

No tardó, sin embargo, en ceder a la tentación de volver a acompañarlo, y en esa

ocasión su conversación fue inequívocamente afectuosa, y Sam dijo que nunca la olvidaría, a pesar de lo mal que le había tratado en el pasado. Después de muchas dudas, le contó un proyecto que podía llevar a cabo, y en el que le gustaría embarcarse, puesto que no le convencía el trabajo de Londres: establecerse como frutero en Aldbrickham, la capital del condado donde habían nacido. Sabía de una oportunidad... la tienda de unos ancianos que querían retirarse.

—Y ¿por qué no lo haces, Sam? —preguntó ella, sintiendo que se le encogía el corazón.

—Porque no estoy seguro de... si vendrías conmigo. Sé que no lo harías... ¡no podrías! Has sido una dama durante tanto tiempo que ya no podrías casarte con alguien como yo.

—¡Supongo que sería difícil para mí! —asintió Sophy, también asustada con la idea.

—Si pudieras hacerlo —prosiguió Sam con vehemencia—, sólo tendrías que sentarte en la salita trasera y mirar por el tabique de vidrio cuando yo no estuviese... para vigilar un poco. La cojera no te lo impediría... y yo te daría todos los caprichos que pudiese, querida Sophy... ¡Si tuviera alguna esperanza! —le suplicó.

—Seré franca contigo, Sam —dijo ella, acariciando su mano—. Lo haría si no tuviera a nadie, y con mucho gusto, aunque pierda todo lo que tenga si vuelvo a casarme.

—¡No importa! ¡Así seremos más independientes!

—Querido, querido Sam, ¡qué bueno eres! Pero hay algo más. Tengo un hijo... Cuando me siento muy desgraciada, a veces imagino que no es realmente mío sino de mi difunto marido, que lo dejó a mi cuidado. ¡Tiene tan poco que ver conmigo y se parece tanto a su padre! Ha recibido una educación tan esmerada, y yo soy tan ignorante, que no me siento digna de ser su madre... Pero tendría que decírselo.

—Desde luego —exclamó Sam, que leyó sus pensamientos y percibió su miedo.

—A pesar de todo, Sophy... señora Twycott, puedes hacer lo que desees —añadió—. El hijo es él, no tú.

—¡Ay, no lo entiendes! Si pudiera casarme contigo, Sam, lo haría... algún día. Pero debes esperar un poco y dejarme reflexionar.

Aquello era suficiente para él, y estaba radiante cuando se separaron. Pero ella no. Contárselo a Randolph parecía imposible. Podía esperar hasta que él fuera a Oxford, cuando lo que ella hiciera apenas afectara a su vida. Pero ¿toleraría esa idea algún día? Y de no hacerlo, ¿sería capaz ella de desafiarlo?

No le había dicho nada cuando llegó el torneo anual de *cricket* en Lord's^[2], aunque Sam ya había regresado a Aldbrickham. La señora Twycott se sentía más fuerte de lo habitual: acompañó a Randolph al partido, y estuvo en condiciones de abandonar su silla de ruedas y andar un poco. Se le ocurrió la brillante idea de abordar despreocupadamente el asunto cuando fueran de un lado a otro entre los espectadores; mientras el muchacho estuviera concentrado en el partido, cualquier

asunto doméstico le parecería insignificante comparado con la victoria del día. Pasearon bajo el caluroso sol de julio, aquellos dos seres humanos, tan alejados el uno del otro y, al mismo tiempo, tan próximos; y Sophy contempló un elevado porcentaje de niños como el suyo, con anchos cuellos de camisa blancos y sombreros puntiagudos, todos alrededor de las hileras de grandes carruajes bajo los que se amontonaban los *débris*^[3] de exquisitos almuerzos: huesos, migajas de hojaldre, botellas de champaña, vasos, platos, servilletas y la plata familiar. Entretanto, en los coches se sentaban los orgullosos padres; pero nunca una pobre madre como ella. Si Randolph no se hubiera relacionado con aquellas personas, ni hubiera concentrado todo su interés en ellas, ni se hubiera preocupado únicamente por la clase a la que pertenecían, ¡qué fáciles habrían sido las cosas! Un gran ¡hurra! se elevó entre la multitud de parientes para aclamar una pequeña jugada con el bate, y Randolph saltó como un loco para ver lo ocurrido. Sophy recordó la frase que había preparado; pero fue incapaz de pronunciarla. La ocasión era, quizá, inoportuna. El contraste entre la historia de su relación con Sam y el despliegue de elegancia que Randolph identificaba consigo mismo sería nefasto. Decidió esperar un momento mejor.

Una tarde en que los dos estaban solos en su sencilla residencia suburbana, donde la vida no era de color azul sino pardo, ella rompió finalmente su silencio, si bien resaltó, al anunciarle un probable segundo matrimonio, que no se celebraría en mucho tiempo, hasta que él llevara una vida independiente.

Al muchacho le pareció una idea muy razonable, y quiso saber si ya había elegido a alguien. La madre vaciló; y él pareció tener un presentimiento.

—Confío en que mi padrastro sea un caballero —dijo.

—No lo que tú consideras un caballero —respondió ella tímidamente—. Yo era de su misma clase antes de conocer a tu padre.

Y poco a poco fue poniéndole al corriente de todo. El joven escuchó con rostro impasible durante un rato; y luego enrojeció, se apoyó en la mesa y rompió a llorar con desconsuelo.

La madre se acercó a él y, deshaciéndose también en llanto, le besó cuanto pudo el rostro y le dio palmaditas en la espalda como si aún fuera el bebé de antaño. Cuando Randolph se hubo recuperado de su paroxismo de rabia y dolor, corrió a su dormitorio y se encerró con llave.

Se intentaron toda clase de argumentos por el ojo de la cerradura, pues la madre se quedó esperando y escuchando al otro lado de la puerta. Transcurrió mucho tiempo antes de que él contestara, y, cuando lo hizo, fue para exclamar con dureza desde su cuarto:

—¡Me avergüenzo de usted! ¡Será mi ruina! ¡Un despreciable patán! ¡Un palurdo! ¡Un payaso! ¡Me degradará ante los ojos de todos los caballeros de Inglaterra!

—No sigas... ¡es posible que me equivoque! ¡Trataré de evitarlo! —sollozó tristemente Sophy.

Antes de que Randolph se marchara aquel verano, ella recibió una carta de Sam. Le comunicaba que había tenido la suerte de hacerse inesperadamente con la tienda. Ya era de su propiedad; era la más grande de la ciudad, tenía tanto verduras como frutas, y algún día sería un hogar incluso digno de ella. ¿Le dejaba ir corriendo a la ciudad para verla?

Se encontró con él a escondidas, y le dijo que debía seguir esperando una respuesta definitiva. El otoño pasó lentamente y, cuando Randolph regresó a casa en Navidad, ella sacó a relucir el asunto de nuevo. Pero el joven caballero se mostró inflexible.

Nadie habló del tema durante meses; luego volvió a abordarse, y se dejó a un lado debido a la aversión del hijo; se produjo un nuevo intento; y la dulce criatura estuvo alegando razones y suplicando hasta que pasaron cuatro o cinco años. Entonces el leal Sam repitió su oferta de matrimonio con cierta perentoriedad. El hijo de Sophy, ahora en la universidad, había venido de Oxford una Semana Santa cuando ella comentó el asunto. Tan pronto como él se ordenara, argumentó, tendría una casa propia, en la que ella, con sus errores gramaticales y su ignorancia, sería un estorbo. Mucho mejor tenerla lo más lejos posible.

La ira de Randolph fue mucho menos infantil, pero siguió sin dar su consentimiento. Sophy, por su parte, se mostró más insistente, y él dudó que pudiera confiar en ella cuando estuviese lejos. Sin embargo, con la indignación y el desprecio por su gusto, logró mantener su influencia; y acabó llevándola ante una pequeña cruz y un altar que había instalado en su dormitorio para rezar en privado, y le ordenó arrodillarse y jurar que no se casaría con Samuel Hobson sin su permiso.

—¡Se lo debo a mi padre! —exclamó el joven.

La pobre mujer le obedeció, pensando que su hijo se ablandaría tan pronto como recibiera las órdenes sagradas y se dedicase de lleno al trabajo eclesiástico. Pero no fue así. Por aquel entonces, su humanidad había sido suficientemente arrinconada por su educación para que no se tambaleara su firmeza; aunque su madre habría podido llevar una vida idílica con su fiel frutero, sin que nada hubiera empeorado en el mundo.

La cojera de Sophy se agravó con el paso del tiempo, y rara vez o nunca abandonaba la casa en la larga calle del sur, donde su corazón parecía languidecer.

—¿Por qué no puedo decirle a Sam que me casaré con él? ¿Por qué? —murmuraba lastimeramente cuando no había nadie cerca.

Alrededor de cuatro años después, un hombre de mediana edad esperaba en la entrada de la frutería más importante de Aldbrickham. Era el propietario, pero aquel día, en lugar de su ropa habitual de trabajo, llevaba un elegante traje negro; y su escaparate tenía los postigos medio cerrados. Un cortejo fúnebre fue acercándose desde la estación de tren: pasó por delante de su puerta y salió de la ciudad en dirección a la aldea de Gaymead. El hombre, con lágrimas en los ojos, sostuvo el sombrero en su mano mientras avanzaban los carruajes; y desde el coche fúnebre, un

joven clérigo, pulcramente afeitado y con un amplio chaleco, dirigió una mirada cargada de odio al tendero.

Henry James

El señor Herbert Moore, un caballero de renombre en el mundo científico, viudo y sin hijos, incapaz de conciliar sus costumbres sedentarias con el gobierno doméstico, había invitado a su única hermana a vivir con él y ocuparse de la casa. La señorita Adela Moore había accedido de buen grado a su propuesta, pues la muerte de su madre acababa de dejarla sin tutela formal. Tenía veinticinco años, y era un miembro muy activo de lo que ella y sus amigos llamaban sociedad. Se sentía casi como en casa en los mejores círculos de tres grandes ciudades, y había corrido la mayoría de las aventuras que esperan a una joven en el umbral de la vida. Se había prometido de forma bastante apresurada e imprudente, pero, al final, había conseguido romper el compromiso. Había pasado un verano o dos en Europa, y había viajado a Cuba con una buena amiga gravemente enferma de tuberculosis, que había fallecido en un hotel de La Habana. Aunque su belleza no era ni mucho menos perfecta, era sumamente atractiva, y tenía eso que a las jóvenes damas les gusta llamar *un air*; es decir, era alta y delgada, con un largo cuello, una pequeña frente y una bonita nariz. Incluso después de seis años de la mejor sociedad, su educación seguía siendo excelente. Poseía, además, una considerable fortuna, y tenía fama de ser inteligente sin detrimento de su amabilidad y amable sin detrimento de su ingenio. Todo esto, como reconocerá el lector, debería haberle asegurado un magnífico porvenir; pero lo cierto es que no le había importado abandonar tales perspectivas y enterrarse en el campo. Tenía la impresión de haber visto lo suficiente del mundo y de la naturaleza humana, y de que un período de aislamiento sería muy reconfortante. Había empezado a sospechar que, para una joven de su edad, era excesivamente juiciosa y madura... y, lo que es más, a sospechar que los demás sospechaban lo mismo. Como gran observadora de la vida y sus costumbres, siempre que se le presentaba la oportunidad, se creía en la obligación de organizar los resultados de su análisis y convertirlos en principios y normas de conducta. Se estaba volviendo —o eso argumentaba— demasiado impersonal, demasiado crítica, demasiado inteligente, demasiado contemplativa, demasiado justa. Una mujer no tenía derecho a ser tan justa. La compañía de la naturaleza, del inmenso cielo y de los bosques primigenios frenaría el desarrollo enfermizo de su imaginación. Pasaría el tiempo en medio del campo y se limitaría a vegetar; caminaría, montaría a caballo y leería los anticuados libros de la biblioteca de Herbert.

Encontró a su hermano instalado en un casa muy bonita, aproximadamente a una milla del pueblo más cercano, y a seis millas de otra población, sede de una pequeña

pero antigua universidad, donde daba una clase semanal. Le había visto tan poco en los últimos años que era casi un desconocido para ella; pero no había ninguna barrera que romper. Herbert Moore era uno de los hombres más sencillos y pacíficos del mundo, y uno de los estudiosos más serios y perseverantes. Había tenido la vaga idea de que Adela era una joven amante de los lujos y que, de alguna forma, a su llegada, un séquito de animados acompañantes invadiría la casa. Pasaron seis meses juntos antes de que se percatara de que su hermana llevaba una vida casi ascética. Cuando transcurrieron seis meses más, Adela había recuperado una deliciosa sensación de juventud y *naïveté*. Aprendió, gracias a las enseñanzas de su hermano, a pasear — mejor dicho, a escalar, pues era una región de grandes colinas—, montar a caballo y herborizar. Un año después de su llegada, en el mes de agosto, recibió la visita de una vieja amiga, una joven de su edad que había pasado el mes de julio en un balneario y estaba a punto de casarse. Adela había empezado a tener miedo de haber caído en una rusticidad casi irrevocable y de haber perdido sus habilidades sociales, ese «conocimiento del mundo» que la había caracterizado en el pasado; pero una semana de conversaciones íntimas con su amiga bastó para convencerla de que no sólo no había olvidado cuanto había temido, sino que no había olvidado cuanto había esperado. Por esa razón, entre otras, la marcha de su amiga la dejó algo abatida. Se sentía sola e incluso un poco más vieja: había perdido otra ilusión. Laura Benton, a la que tenía en gran estima un año antes, le parecía ahora una personita muy baladí que hablaba de su enamorado con una ligereza casi indecorosa.

Entretanto, septiembre siguió lentamente su curso. Cierta mañana, el señor Moore desayunó muy deprisa y salió de casa para coger el tren a Slowfield, donde tenía que asistir a una conferencia que, según afirmó, no sabía si le permitiría volver a almorzar, o lo retendría hasta la noche. Era casi la primera vez, en sus meses de vida campestre, que Adela se quedaba sola unas horas. La presencia silenciosa de su hermano era bastante imperceptible; y, sin embargo, ahora que se había alejado, experimentó un extraño sentimiento de libertad: una vuelta a los primeros años de su infancia, cuando, debido a alguna catástrofe doméstica, dejaban que ella se las arreglara sola durante una larga mañana. «¿Qué podía hacer?», se preguntaba, con la sonrisa que reservaba para sus virginales monólogos. Era un buen día para trabajar, pero todavía mejor para ir alegremente de un lado a otro. ¿Se acercaría al pueblo y visitaría a un montón de vecinos aburridos? ¿Iría a la cocina y prepararía un budín para la cena? Sintió un deseo acuciante y delicioso de hacer algo ilícito, de jugar con fuego, de descubrir algún armario de Barbazul. Pero el pobre Herbert no era ningún Barbazul; aunque ella quemara su casa, no le exigiría ninguna reparación. Adela salió a la veranda y, sentándose en los escalones, contempló la campiña. Era, al parecer, el último día del verano. El cielo estaba de un azul muy pálido; las colinas boscosas se vestían de los colores mórbidos del otoño; el enorme pinar detrás de la casa parecía haber detenido y aprisionado las quejumbrosas brisas. Mientras miraba la carretera que conducía al pueblo, a Adela se le ocurrió pensar que quizá viniera alguien de

visita; se sentía tan altruista que, si apareciera algún vecino, lo agasajaría. Cuando el sol se elevó, volvió a entrar y se instaló con su labor de aguja en un mirador del segundo piso, que, entre las cortinas de muselina y el marco exterior de plantas trepadoras, dominaba secretamente el acceso principal a la casa. Mientras sacaba los hilos, observó la carretera con un convencimiento cada vez mayor de que estaba destinada a recibir una visita. El aire era templado, aunque todavía no hacía calor; la suave lluvia nocturna había dejado un rastro de polvo. Desde el principio, había sido motivo de queja, entre los nuevos amigos de Adela, que tratase con la misma amabilidad a todos los hombres y, lo que era aún más sorprendente, a todas las mujeres. No sólo no se había dedicado a cultivar ninguna amistad en especial, sino que tampoco se le conocían preferencias. Sin embargo, que nadie imagine que sus pensamientos eran completamente imparciales mientras meditaba con la ventana abierta. Había decidido en seguida que, en respuesta a los requisitos del momento, su visitante tenía que ser de un sexo lo más distinto posible al suyo; y como, gracias a las pequeñas diferencias a favor de uno u otro de los individuos que había podido conocer desde que vivía en el campo, la lista de jóvenes tenía un único nombre en aquel momento de necesidad, sus pensamientos se hallaban centrados en el portador del mismo, el señor Weatherby Pynsent, ministro de la Iglesia Unitaria. Si en lugar de ser la historia de la señorita Moore, fuera ésta la historia del señor Pynsent, se resumiría fácilmente diciendo que estaba muy lejos de allí. Aunque afiliada a un ceremonial más rico que el suyo, Adela se había sentido tan complacida con uno de sus sermones, al que se había permitido prestar un oído tolerante, que, encontrándose con él algún tiempo después, le había recibido con lo que ella consideraba una cuestión doctrinal más bien «espinosa»; después de lo cual, rehuyendo cortésmente su pregunta, el señor Pynsent le había pedido permiso para visitarla y hablar de sus «dificultades». Aquella breve entrevista había llevado a que el corazón del joven ministro la venerara; y la media docena de veces en que, posteriormente, se las había arreglado para verla, habían añadido nuevas velas a su altar. Es justo añadir, sin embargo, que, a pesar de ser un cautivo, el señor Pynsent no era todavía un captor. Era simplemente un joven y honrado clérigo que, en aquellos momentos, daba la casualidad de ser el compañero más comprensivo a su alcance. Adela, a los veinticinco años de edad, tenía un pasado y un futuro. El señor Pynsent le recordaba al primero y era una anticipación del segundo.

De modo que cuando, finalmente, con la mañana a punto de dar paso al mediodía, divisó en la distancia la figura de un hombre que avanzaba balanceando su bastón por la cuneta cubierta de hierba, la joven sonrió para sí con cierta complacencia. Pero, incluso mientras sonreía, se dio cuenta de que su corazón latía estúpidamente. Adela se puso en pie y, contrariada por aquella emoción gratuita, se detuvo un momento medio decidida a no ver a nadie. Mientras lo hacía, lanzó otra mirada a la carretera. Su amigo se había acercado, y, al recortarse en la distancia, empezó a darse cuenta de que no se trataba de él. Sus dudas no tardaron en desvanecerse; el caballero era un

desconocido. Delante de la casa, el camino se dividía en tres ramales; un gigantesco olmo, alto y esbelto como el haz de una espigadora, con un viejo banco a sus pies, hacía de *rond-point* poco convencional. El desconocido venía por el otro lado de la carretera y, cuando llegó al olmo, se detuvo y miró a su alrededor, como si quisiera comprobar alguna dirección que le hubiesen dado. Luego, deliberadamente, siguió recto. Adela tuvo tiempo de ver, sin que él lo advirtiera, que se trataba de un joven fornido, con barba y un cómodo sombrero blanco. Después del lógico intervalo, Becky, la doncella, subió con una tarjeta en la que, con cierto descuido, habían sobrescrito a lápiz:

THOMAS LUDLOW

Nueva York

Dándole la vuelta con los dedos, Adela vio que el caballero había empleado el reverso de una tarjeta robada de la cesta de su mesa del salón. Había tachado el nombre impreso en la otra cara, donde se leía: «Señor Weatherby Pynsent».

—Me ha pedido que le entregue esto, señora —dijo Becky—. Lo cogió él mismo de la bandeja.

—¿Ha preguntado por mí?

—No, ha preguntado por el señor Moore. Cuando le he dicho que no estaba en casa, ha querido saber si había alguien de la familia. Le he contestado que usted era su única familia, señora.

—Está bien —exclamó Adela—, bajaré en seguida.

Sin embargo, rogándole que nos disculpe, nosotros iremos unos pasos por delante de ella.

Tom Ludlow, como le llamaban sus amigos, era un joven de veintiocho años, del que puede el lector haber oído las más variadas opiniones; ya que, hasta donde llegaba su fama (que no era muy lejos), era al mismo tiempo uno de los hombres más queridos y más odiados. A pesar de haber nacido en una de las esferas más bajas de la vida neoyorquina, parecía estar siempre en su elemento. Cierta rudeza en sus modales y en su aspecto evidenciaba que pertenecía a la inmensa, vulgar, musculosa y popular mayoría. Partiendo de esta base, sin embargo, era un joven bastante atractivo: de estatura media y figura ágil, con una cabeza tan bien proporcionada que resultaba hermosa, un par de ojos inquisitivos y sensibles, y una boca grande y viril, que constituía la parte más expresiva de su físico. Arrojado al mundo a temprana edad, había metido la cabeza en todas partes para subsistir; y, por lo general, ésta había demostrado ser tan dura como aquello a lo que tenía que enfrentarse; es posible que su aire de triunfador reflejara esa experiencia. Era un hombre de gran inteligencia y firme voluntad, pero dudo que sus sentimientos fueran más fuertes que él. A la gente le gustaba por su franqueza, buen humor, solidez y sentido práctico, y le disgustaba por esas mismas cualidades bajo nombres diferentes; es decir, su descaro, su

optimismo ofensivo y su avidez inhumana por los hechos. Cuando los amigos insistían en su noble desinterés, los enemigos acostumbraban a responder que estaba muy bien ignorar y suprimir la propia sensibilidad en la lucha por alcanzar el conocimiento, pero que pisotear al resto de la humanidad al mismo tiempo delataba un exceso de celo. Afortunadamente para Ludlow, no era una persona a la que, en general, le gustase escuchar; y, de haberlo escuchado, cierta coraza plebeya habría garantizado su ecuanimidad; aunque debe añadirse que, si bien como auténtico demócrata era muy insensible, como auténtico demócrata era también extraordinariamente orgulloso. Su vieja afición a las ciencias naturales lo había empujado recientemente al estudio de los fósiles, la especialidad de Herbert Moore; y era un asunto relacionado con sus investigaciones lo que, tras una breve correspondencia, le había llevado a su casa.

Cuando Adela se acercó a él, el joven se separó de la ventana, donde había estado contemplando el césped. Ella contestó a la amistosa inclinación de cabeza que le dirigía, al parecer, como saludo.

—La señorita Moore, supongo —exclamó Ludlow.

—La señorita Moore —dijo Adela.

—Lamento esta intrusión, pero he venido de muy lejos para ver al señor Moore por un asunto de trabajo, y he pensado que quizá podría preguntar dónde encontrarlo, o incluso dejar un mensaje para él.

Sus palabras fueron acompañadas de una sonrisa bajo cuya influencia estaba escrito en el destino de Adela que debía descender de su pedestal.

—Le ruego que no se disculpe —señaló—. Casi no sabemos lo que es una intrusión en este lugar tan tranquilo y apartado. ¿No quiere sentarse? Mi hermano sólo se ha marchado esta mañana, y estará de vuelta por la tarde.

—¿Por la tarde? En ese caso, creo que le esperaré. Ha sido una estupidez por mi parte no enviarle una nota antes. Pero he pasado todo el verano en la ciudad, y no lamentaré que este asunto me permita disfrutar de un poco de tiempo libre. Me encanta el campo y he estado muchos meses trabajando en un museo con olor a moho.

—Es posible que mi hermano no regrese hasta el anochecer —dijo Adela—. No lo sabía con seguridad. Podría encontrarse con él en Slowfield.

Ludlow reflexionó un momento, con los ojos fijos en su anfitriona.

—Si vuelve pronto, ¿a qué hora lo hará?

—Alrededor de las tres.

—Y mi tren sale a las cuatro. Él tardará un cuarto de hora en venir desde el pueblo y yo otro cuarto de hora en llegar allí (si él me deja su carruaje para volver). En ese caso, me quedaría una media hora para verlo. No tendríamos mucho tiempo para hablar, pero podría preguntarle lo más importante. Deseo sobre todo pedirle unas cartas... unas cartas de recomendación para algunos científicos extranjeros. Es el único hombre en este país que está al corriente de todos mis conocimientos. Es una

pena hacer dos viajes de tren innecesarios... es decir, posiblemente innecesarios... de una hora de duración cada uno; lo más probable es que regresáramos juntos, ¿no cree? —preguntó con franqueza.

—Lo sabe usted mejor que yo —respondió Adela—. No soy demasiado aficionada a viajar a Slowfield, ni siquiera cuando es absolutamente necesario.

—Sí; y, además, hace un día tan bonito para dar un largo paseo por el campo... No recuerdo cuando fue la última vez que lo hice. Supongo que me quedaré.

Y dejó el sombrero en el suelo, a su lado.

—Ahora que lo pienso —dijo Adela—, me temo que el siguiente tren sale tan tarde que, al llegar a Slowfield, apenas le quedaría tiempo para hablar con mi hermano antes de que él regresara a casa. Aunque tal vez pudiera convencerlo de que se quedara hasta la noche.

—¡Oh, no! De ningún modo. ¿No ve que podría ser una molestia para el señor Moore? Además, yo tampoco tendría tiempo. Y me gusta ver a un hombre en su hogar... o en el mío; si es un hombre al que yo aprecio... y le aseguro que aprecio muchísimo a su hermano, señorita Moore. Cuando los hombres se encuentran en un lugar intermedio, ninguno se siente a gusto. Y tienen ustedes una casa de campo tan bonita —exclamó Ludlow, mirando a uno y otro lado.

—Sí, es un rincón realmente encantador —señaló Adela.

Ludlow se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Quiero contemplar el paisaje —dijo—. Un lugar precioso. ¡Qué feliz debe de ser usted, señorita Moore, por tener siempre la hermosura de la naturaleza ante sus ojos!

—En efecto; si un paisaje bonito puede hacerle a uno feliz, yo debería serlo.

Y Adela se alegró de ponerse en pie y colocarse al otro lado de la mesa, delante de la ventana.

—¿Acaso no cree que pueda? —preguntó Ludlow, dándose la vuelta—. Aunque no sé; tal vez tenga razón. Unas vistas horribles no tienen por qué hacerle a uno desgraciado. He estado trabajando un año en una de las calles más angostas, oscuras, sucias y concurridas de Nueva York, sin más paisaje que los ladrillos mohosos y los canalones cubiertos de lodo. Pero no creo que pueda presumir de ser desgraciado. ¡Ojalá pudiera! Así tendría derecho a reclamar su benevolencia.

Pronunció estas palabras apoyado en el canalón de la ventana, más allá de la cortina, con los brazos cruzados. Al ver la luz de la mañana iluminando su rostro y mezclándose con su radiante sonrisa, Adela comprendió que el joven estaba lleno de vida.

«Sea lo que sea —pensó a la sombra de la otra cortina, jugando con el abrecartas que había cogido de la mesa—, creo que es sincero. Me temo que no es un caballero, pero no es pesado ni aburrido.» Le miró a los ojos, con total libertad, durante un momento.

—¿Por qué quiere mi benevolencia? —inquirió con una brusquedad de la que fue

completamente consciente.

«¿Querrá trabar amistad conmigo? —prosiguió Adela, tácitamente—. ¿O tan sólo hacerme un vulgar cumplido? Quizá ambas cosas sean una muestra de mal gusto, pero sobre todo esto último.» Entretanto, su visitante le había respondido.

—¿Que por qué quiero su benevolencia? ¡Vaya! ¿Por qué quiere uno algo agradable en la vida?

—¡Válgame Dios! ¡Espero que tenga cosas más agradables que ésta! —exclamó nuestra heroína.

—Será más que suficiente para la ocasión —exclamó el joven, enrojeciendo de un modo muy varonil ante la rapidez y agudeza de su propia réplica.

Adela miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Tenía curiosidad por saber cuánto tiempo llevaba con aquel alegre invasor de su intimidad, con quien se encontraba de pronto intercambiando bromas tan personales. Le había conocido unos ocho minutos antes.

Ludlow observó su gesto.

—Pero estoy interrumpiéndola y tendrá muchas cosas que hacer —exclamó, acercándose a su sombrero—. Supongo que debo despedirme de usted —y lo recogió del suelo.

Adela siguió junto a la mesa y le vio cruzar la habitación. Para expresar un sentimiento muy delicado en términos relativamente crudos, no quería de ninguna manera que él se marchara. La joven adivinó, asimismo, que él lamentaba mucho tener que irse. Darse cuenta de esto, sin embargo, apenas influyó en su ánimo. Lo cierto es que Adela (y lo decimos con respeto) no era ninguna ingenua. Era modesta, sincera y juiciosa; pero, como hemos dicho antes, tenía un pasado... un pasado en el que molestos pretendientes disfrazados de visitas matinales habían desempeñado un importante papel; y una gran habilidad para lo que podría llamarse burlar a esos caballeros era una de sus famosas cualidades. Por ese motivo, lo que sentía con más intensidad en aquellos momentos no era irritación hacia su acompañante, sino sorpresa ante su propia mansedumbre, que era, sin embargo, innegable. «¿Estaré soñando?», se preguntó. Miró por la ventana y se volvió nuevamente hacia Ludlow, que contemplaba su rostro con el sombrero y el bastón en la mano. «¿Debo permitirle quedarse? Es sincero —repitió para sí—, ¿por qué no ser sincera también yo por una vez?»

—Siento que tenga tanta prisa —dijo ella en voz alta.

—No tengo ninguna prisa —respondió el joven.

Adela miró de nuevo por la ventana, en dirección a las colinas. Hubo un momento de silencio.

—Creí que era *usted* quien tenía prisa —señaló Ludlow.

Adela volvió sus ojos hacia él.

—Mi hermano se alegraría de que se quedara todo el tiempo que quisiera. Sin duda le gustaría que yo le ofreciera toda la hospitalidad que estuviese en mis manos.

—Entonces le ruego que me la ofrezca.

—Muy fácil. Ésta es la sala y allí, al otro lado del vestíbulo, se encuentra el estudio de mi hermano. Tal vez le gustaría ver sus libros y sus colecciones. No sé nada de ellos, así que no sería un buen guía. Pero puede entrar y examinar lo que le interese como mejor le parezca.

—Imagino que sería otro modo de separarme de usted.

—Por el momento, sí.

—Pero no sé si debo tomarme tantas libertades con las cosas de su hermano como usted me recomienda.

—¿Recomienda? No le recomiendo nada.

—Y si rehúso entrar en el sanctasanctórum del señor Moore, ¿qué otra alternativa me queda?

—Francamente... tendrá que inventarla usted.

—Creo que ha mencionado la sala. ¿Qué le parece si ésa es mi elección?

—Como quiera. Hay algunos libros y, si lo desea, traeré periódicos y revistas. Tenemos muchísimas publicaciones científicas. ¿Puedo ofrecerle algo más? ¿Está usted cansado de andar? ¿Le gustaría tomar un vaso de vino?

—¿Cansado de andar? No exactamente. Es usted muy amable, pero no tengo ningún deseo apremiante de tomar un vaso de vino. Tampoco es necesario que se preocupe por traerme publicaciones científicas. La verdad es que no tengo ganas de leer.

Ludlow sacó su reloj y lo comparó con el de la chimenea.

—Parece que su reloj va adelantado.

—Sí —repuso Adela—; es muy posible.

—Unos diez minutos. Bueno, supongo que será mejor que me vaya a pasear.

Y, acercándose a la joven, le tendió la mano. Ella le dio la suya.

—Hace un día único para dar un largo y tranquilo paseo —señaló la joven.

La única respuesta de Ludlow fue su apretón de manos. Se movió lentamente hacia la puerta, medio acompañado por Adela. «Pobre muchacho», pensó. Había una puerta de verano, una celosía pintada de verde muy parecida a una contraventana; dejaba entrar en el vestíbulo una luz lóbrega y fría, bajo la cual Adela le pareció muy pálida. Ludlow separó sus hojas con el bastón y descubrió un paisaje ilimitado y centelleante, enmarcado por las columnas del porche. El joven se detuvo en el umbral, balanceando su bastón.

—Espero no perderme —dijo.

—Ni se le ocurra. Mi hermano no me lo perdonaría.

Ludlow frunció ligeramente el entrecejo, pero logró que sus labios esbozaran una sonrisa.

—¿A qué hora debo volver? —preguntó, bruscamente.

—Cuando usted quiera —contestó Adela, convirtiendo su voz casi en un susurro.

El joven se dio la vuelta y, con la resplandeciente entrada a sus espaldas, miró el

rostro de Adela, ahora cubierto de luz.

—Señorita Moore —exclamó—, ¡me separo de usted totalmente en contra de mi voluntad!

Adela se quedó pensativa. Después de todo, ¿qué importancia tenía que siguiera con ella? Dadas las circunstancias, sería una aventura; pero ¿acaso una aventura era forzosamente un delito? Se trataba de una decisión que tenía que tomar sola. Era dueña de sus actos, y hasta entonces había obrado con rectitud. ¿No podía ser generosa por una vez? El lector advertirá en las meditaciones de Adela la repetición de la cláusula que contiene la salvedad «por una vez». Se debía al simple hecho de que había empezado el día con una disposición de ánimo romántica. Estaba predispuesta a sentir interés; y ahora que un fenómeno interesante se había presentado, y estaba ante ella bajo la forma de un ser humano... o, mejor dicho, de un hombre muy vital, lleno de reciprocidad, ¿iba a cerrar la mano a la generosidad del destino? Hacerlo significaría sólo exponerse más, pues sería un insulto gratuito a la naturaleza humana. ¿Acaso el hombre que tenía delante no resumaba buenas intenciones? ¿Y no era eso suficiente? No era lo que Adela tenía por costumbre llamar un caballero; había llegado a esa convicción por una rápida diagonal, y ahora le servía de nuevo punto de partida. «He visto todo lo que los caballeros pueden mostrarme —éste fue su silogismo—: ¡Probemos algo nuevo!»

—No veo ningún motivo para que salga corriendo, señor Ludlow —dijo en voz alta.

—¡Creo que sería la mayor tontería que he cometido jamás! —exclamó el joven.

—Creo que sería una pena —señaló Adela.

—¿Me invita a entrar de nuevo en la sala? Vengo a visitarla a usted, ¿sabe? Antes venía a ver a su hermano. El asunto es muy sencillo. Usted y yo somos viejos amigos. Tenemos un sólido punto en común: su hermano. ¿No le parece?

—Puede defender la teoría que quiera. En mi opinión, no tiene importancia.

—Pues a mí me gustaría que la tuviera —afirmó Ludlow, con una simpática sonrisa.

—¡Como quiera!

Ludlow se apoyó contra la entrada.

—Mire, señorita Moore; su amabilidad me vuelve dócil como un niño. Soy un ser pasivo; estoy en sus manos; haga conmigo lo que quiera. No puedo evitar comparar mi destino con el que hubiera tenido de no haberla encontrado a usted. Hace un cuarto de hora yo desconocía su existencia; usted no estaba en mi programa. No tenía la menor idea de que su hermano tuviera una hermana. Cuando la criada habló de la «señorita Moore», imaginé una persona más bien mayor... de aspecto venerable... una anciana muy severa que diría «exactamente» y «muy bien, señor», y me dejaría pasar el resto de la mañana recostado en una silla de la terraza del hotel. Una prueba de lo necios que somos al intentar prever el futuro.

—No debemos permitir que nuestra imaginación vuele con nosotros en ninguna

dirección —dijo Adela, sentenciosamente.

—¿Imaginación? No creo que yo tenga ninguna. No, señora —y Ludlow se enderezó—. Vivo el presente. Escribo mi programa sobre la marcha... o, en todo caso, eso haré en el futuro.

—Es usted muy juicioso —repuso Adela—. Suponga que escribe un programa para este momento. ¿Qué podemos hacer? Es una lástima pasar una mañana tan hermosa dentro de casa. Hay algo en el aire... un no sé qué... que parece decir que es el último día del verano. Deberíamos celebrarlo. ¿Le gustaría dar un paseo?

Adela había decidido que, para conciliar la benevolencia anteriormente mencionada con la observancia de su dignidad, su única opción era ser la anfitriona perfecta. Una vez tomada esta decisión, interpretó el papel con naturalidad y gracia. No podía interpretar otro; pero eso no disipó las tiernas sensaciones que parecían acompañar a aquel episodio tan extraño: se limitó a legitimarlas. No hay duda de que una aventura romántica que partía de una base tan convencional no perjudicaría a nadie.

—Me encantaría dar un paseo —dijo Ludlow—; un paseo haciendo un alto al final.

—Bueno, si no le importa hacer un pequeño alto al principio —respondió Adela—, estaré con usted en unos minutos.

Cuando regresó, con el sombrero y la chaqueta, encontró a su amigo sentado en los escalones de la veranda. Ludlow se puso en pie y le dio una tarjeta.

—Mientras estaba ausente, me han pedido que le entregara esto.

Adela leyó con cierto remordimiento el nombre del señor Weatherby Pynsent.

—¿Ha estado aquí? —preguntó—. ¿Por qué no ha entrado?

—Le dije que no estaba usted en casa. Aunque no era cierto en ese momento, iba a serlo tan pronto que el intervalo no me pareció importante. Se dirigió a mí, pues me había colocado de tal modo que parecía el dueño de la casa; es decir, casi le cerraba el paso para que se viera obligado a hablar conmigo: pero confieso que me miró como si desconfiara de mis palabras. Dudó si decirme su nombre o llamar a un criado. Creo que quería manifestarme que recelaba de mi veracidad, ya que empezó a acercarse inexorablemente a la campanilla; temiendo que, al cruzar el umbral, se topara con la realidad palpable, le dije en el tono más amistoso posible que me encargaría personalmente de su pequeño tributo, siempre que me lo confiara.

—Tengo la impresión, señor Ludlow, de que es usted un hombre extrañamente poco escrupuloso. ¿Cómo sabía usted que el asunto que traía al señor Pynsent no era urgente?

—¡No lo sabía! Pero estaba seguro de que no era más urgente que el mío. Puede tener la certeza, señorita Moore, de que no puede acusarme de nada. Sólo pretendo ser un hombre; haber dejado entrar a ese pequeño clérigo tan amable... porque es un clérigo, ¿verdad?... habría sido actuar como un ángel.

Adela conocía un paraje solitario en el corazón de la campiña, o eso creía, donde

propuso llevar a su amigo. Se trataba de elegir un lugar ni demasiado lejos ni demasiado cerca, y caminar a un ritmo ni demasiado rápido ni demasiado lento. A pesar de que el feliz valle de Adela estaba por lo menos a dos millas, y de que hicieron muy despacio ese trayecto, su llegada a un pequeño y rústico portón, más allá del cual los campos crecían silvestres, dejó a la joven casi sin habla. Al iniciar el paseo, abrigó la precipitada idea de que no podía haber nada deshonesto en una excursión meramente bucólica como aquélla, ni ninguna malicia en un espíritu tan sensible al influjo de la naturaleza y al aire melancólico del incipiente otoño como el de su acompañante. Un hombre que disfruta sinceramente con los niños inspira confianza en las jóvenes; y así, aunque en menor grado, un hombre capaz de emocionarse ante la sencilla belleza de un paisaje de Nueva Inglaterra puede ser considerado, y no sin razón, por las hijas del lugar un individuo de propósitos puros. Adela era una gran observadora de las nubes, de los árboles, de los arroyos, de los sonidos y colores, de los aires transparentes y de los horizontes azules de su hogar adoptivo; y el hecho de que Ludlow supiera apreciar esos pequeños fenómenos la tranquilizó. El placer que experimentaba éste, sin embargo, por profundo que fuera, tenía que luchar contra el intenso abatimiento de un hombre que ha pasado el verano inspeccionando tediosos especímenes en un laboratorio, y contra un impedimento mucho menos material: la sensación de que Adela era una mujer extraordinariamente atractiva. Aun así, gran conversador por naturaleza, expresó todo su entusiasmo derrochando ingenio y buen humor. Adela comprendió que era un excelente compañero al aire libre... un hombre capaz de sacar provecho, incluso exagerado, del ancho horizonte y del alto cielo. Sus gestos desenfadados, su voz sonora, su perspicacia y vivacidad parecían exigir y justificar una ausencia total de barreras. Franquearon el pequeño portón y deambularon sin rumbo fijo por los pastos vacíos, hasta que el terreno empezó a ascender y a volverse pedregoso. Después de una breve subida, llegaron a una extensa planicie cubierta de arbustos y cantos rodados; terminaba, por un lado, en un precipicio cortado a pico, bajo el que se extendían campos y ciénagas hasta llegar al río, y por otro, en agrupaciones desperdigadas de cedros y arces, que se espesaban y multiplicaban poco a poco hasta que los frondosos bosques volvían de color púrpura el horizonte. Tenían sol y sombra, las dos cosas... el cielo despejado, o la cúpula susurrante de un círculo de árboles que siempre había recordado a Adela los pinos de Villa Borghese. La joven guió a su acompañante, entre los peñascos, hasta un asiento soleado que dominaba el curso del río, donde el rumor de los cedros les ofrecería una compañía casi humana.

—He tenido siempre la sensación de que el viento en los árboles es la voz de los cambios que se avecinan —dijo Ludlow.

—Tal vez sea cierto —contestó Adela—. Los árboles siempre hablan en ese tono melancólico, y los hombres siempre están cambiando.

—Sí, pero sólo pueden presagiar acontecimientos futuros, porque a eso me refiero, cuando hay alguien que puede oírlos; especialmente alguien cuya vida, según

cree, está a punto de experimentar un cambio. Entonces son bastante proféticos. ¿Sabe que son palabras de Longfellow?

—Sí, sé que son palabras de Longfellow; pero es como si se le hubieran ocurrido a usted.

—A decir verdad, también tengo esa sensación.

—¿Se cierne sobre usted algún cambio importante?

—Sí, uno bastante importante.

—Creo que los hombres hablan así cuando van a contraer matrimonio —señaló Adela.

—Más bien voy a divorciarme. Me marcho a Europa.

—¿De veras? ¿Pronto?

—Mañana —respondió Ludlow, después de un momento de silencio.

—¡Oh! —exclamó Adela—. ¡Cuánto le envidio!

Ludlow, sentado sobre la cortadura y tirando piedras al llano, advirtió cierta disparidad en el tono de las dos exclamaciones de su amiga. El primero era natural, el segundo artificioso. Volvió los ojos hacia ella, pero la joven tenía su mirada perdida en la lejanía. Entonces, por unos instantes, se quedó pensativo. Analizó rápidamente la situación. Ahí estaba él, Tom Ludlow, un hijo del trabajo duro con los pies en la tierra; sin fortuna, sin reputación, sin antecedentes, destinado a vivir exclusivamente entre hombres vulgares, y que jamás había tenido una madre, ni una hermana, ni una novia de buena familia que le enseñara a graduar su voz para un tímpano femenino; lo más cerca que había estado de una auténtica dama había sido en medio de una muchedumbre para recibir un mecánico «gracias» (como si fuera un policía) por alguna ayuda fortuita: y ahí estaba él metido hasta el cuello en una repentina escena pastoral con una joven claramente superior. Que le gustaría disfrutar de la compañía de alguien así (siempre que no fuera una mocosa, desde luego) era algo que sabía; pero jamás se le había ocurrido pensar que tendría esa posibilidad. ¿Tenía que deducir ahora que ese brillante don era suyo? El brillante don de lo que en la relación entre los sexos se llama éxito. La deducción era, por lo menos, lógica. Había causado una buena impresión. ¿Por qué si no habría confraternizado hasta ese punto con él una joven tan refinada? Ludlow no pudo evitar sentir un pequeño estremecimiento de satisfacción al recordar lo franco y directo que había sido. «Todo esto confirma mi vieja teoría de que un proceso nunca puede ser demasiado sencillo. No he empleado el menor artificio. En una empresa semejante, yo no habría sabido cómo empezar. Ha sido mi ignorancia de las normas lo que me ha salvado. A las mujeres les gusta un caballero, por supuesto; pero prefieren a un hombre», pensó. Era el pequeño toque de espontaneidad percibido en el tono de Adela lo que le había invitado a reflexionar; si bien, al compararlo con la franqueza de su propia actitud, no delataba ninguna emoción inconveniente. Ludlow había aceptado el hecho de su adaptabilidad al ánimo ocioso de una dama cultivada con un espíritu perfectamente racional, y no le tentaba exagerar su importancia. No era un hombre capaz de embriagarse con un

triunfo, después de todo, posiblemente superficial. «Si la señorita Moore es lo bastante juiciosa... o necia... para disfrutar media hora conmigo por lo que soy, ¡yo, encantado! —se dijo—. Seguramente —añadió, contemplando su inteligente perfil—, no le gustaré por lo que no soy.» Es necesario, sin embargo, una mujer mucho más inteligente (¡gracias a Dios!) que la mayoría —más inteligente, desde luego, que Adela— para proteger su felicidad de lo que elucubra un hombre perspicaz sobre su inteligencia; y no hay duda de que la percepción de esta verdad universal despertó en Ludlow una ternura muy varonil mientras seguía observando a su compañera. «No la ofendería por nada del mundo», pensó. En ese mismo instante, Adela, consciente de que él la contemplaba, miró a su alrededor. Antes de saber lo que decía, Ludlow había repetido en voz alta:

—Señorita Moore, no la ofendería por nada del mundo.

Adela clavó un momento los ojos en él, con un ligero rubor que dio paso a una sonrisa.

—¿Qué terrible impertinencia preludian sus palabras? —preguntó.

—No preludian nada. Se refieren al pasado... a cualquier posible contrariedad que haya podido causarle.

—Sus escrúpulos son innecesarios, señor Ludlow. Si me hubiera ofendido, no le habría permitido disculparse. No habría esperado a que se le ocurriera dar ese paso mientras fantaseaba compasivamente sentado al sol.

—¿Qué habría hecho?

—¿Hecho? Nada. Supongo que no creará que le habría reñido... o que le habría mirado con desdén... o que le habría respondido. Habría dejado sin hacer... soy incapaz de decirle qué. Pregúntese a sí mismo qué *he hecho*. Yo apenas lo sé —exclamó Adela, con cierta vehemencia—. En cualquier caso, aquí estoy, sentada con usted en medio del campo, como si le conociera desde hace años. ¿Por qué habla de ofensas? —y Adela (algo excepcional en ella) perdió el dominio de su voz, que tembló levemente—. ¡Qué extraño pensamiento! ¿Por qué habría de ofenderme? ¿Parezco tan dispuesta a esa clase de cosas?

Había vuelto a sonrojarse, y se le habían iluminado los ojos. Había olvidado sus buenos modales y, antes de hablar, no había pedido consejo, como acostumbraba, a ese fiel custodio, su buen gusto. La embargaba la emoción... una emoción que se había ido apoderando de ella desde el principio del paseo... un sentimiento de naturaleza casi apasionada y que ese pequeño revés que había supuesto el anuncio de la partida del señor Ludlow había desbordado. El lector puede dar a ese sentimiento el nombre que quiera. Nos contentaremos con decir que Adela había jugado con fuego y se había quemado. La ligera violencia de las palabras que acabamos de citar puede reflejar su sensación de dolor.

—No tome al pie de la letra mis palabras, señorita Moore —dijo Ludlow—. Un hombre se expresa lo mejor que sabe.

Adela no contestó. Bajó la cabeza durante unos instantes. ¿Iba a llorar porque se

sentía herida? ¿Iba a abrir su dolorido corazón a un individuo con el que no tenía sentido, al menos aún, hablar de sentimientos? ¡No! Y aquí nuestra reservada y contemplativa heroína vuelve a ser la de siempre. Seguía teniendo que interpretar el papel de la joven de mundo, de la dama perfecta. Por nuestra parte, somos incapaces de imaginar una figura más encantadora que este civilizado y disciplinado personaje, dadas las circunstancias; y, si Adela hubiera sido la más hábil de las coquetas, no habría sabido adoptar una expresión más favorecedora que el aire de respetable consideración que ahora mostraban sus facciones. Pero, después de rendir este generoso homenaje al decoro, se sintió libre para sufrir en secreto. Levantando la mirada del suelo, se dirigió bruscamente a su compañero:

—A propósito, señor Ludlow, cuénteme algo de usted.

Ludlow rompió a reír.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Todo.

—¿Todo? Perdone, no soy tan necio. Pero ¿sabe que su petición me resulta muy tentadora? Supongo que tendría que ruborizarme y titubear; pero jamás me he ruborizado ni he titubeado cuando debía.

—Muy bien. Eso ya es algo. Continúe. Empiece desde el principio.

—Veamos, déjeme pensar. Mi nombre, ya lo sabe. Tengo veintiocho años.

—Ése es el final —dijo Adela.

—Pero imagino que no quiere la historia de mi primera infancia. Supongo que fui un bebé enorme, ruidoso y feo... lo que suelen llamar un «niño espléndido». Mis padres eran pobres y, por supuesto, honrados. Pertenecían a un ambiente... o a una «esfera», creo que diría usted... muy diferente a cualquiera de las que probablemente conozca. Tenían que ganarse la vida. Mi padre era un humilde químico, y sospecho que a mi madre no le asustaban las tareas más duras. Pero, aunque no la recuerdo, estoy seguro de que era una mujer sensata y buena; de vez en cuando siento su energía en mi interior. Yo he trabajado toda mi vida; y le diré que soy un trabajador infatigable. No soy paciente, como supongo que lo será su hermano... aunque tengo más paciencia de la que pueda imaginar... pero soy bastante obstinado. Si le sorprende mi egotismo, recuerde que fue usted quien empezó esta historia. No sé si soy inteligente, ni me importa demasiado; es una especie de vocablo metafísico, insulso y sentimental. Pero tengo claro lo que quiero saber, y generalmente me las ingenio para averiguarlo. No conozco demasiado mi esencia moral; estoy convencido de que soy terriblemente egoísta. Sin embargo, no me gusta herir los sentimientos de los demás y soy bastante aficionado a la poesía y a las flores. De todas formas, no creo ser un hombre de ideas elevadas. No me sorprendería nada descubrir que soy sumamente engreído; pero me temo que el descubrimiento no cambiaría gran cosa. Soy extraordinariamente difícil de domeñar, lo sé. ¡Seguro que le parecería un bruto si me conociera! No le recomendaría a nadie que contase demasiado con mi amabilidad. A veces me aburro mucho con personas que me quieren... porque

algunos se encariñan conmigo, de veras; así que me parece que soy desagradecido. Desde luego, como un hombre que habla a una mujer, me veo obligado a decir que soy despreciable; pero odio hablar de cosas que no pueden probarse. Apenas tengo «cultura general», sabe, pero lo que importa es que he leído muchísimos libros... y, gracias a Dios, mi memoria es buena. Y también tengo algunas aficiones. Me encanta la música. Tengo una bonita voz; no puedo evitar saberlo; y, hablando de pintura, nadie puede intimidarme. Sé cómo sentarme en un caballo, y sé remar. ¿Es suficiente? Soy consciente de mi enorme torpeza para decir algo pertinente. En pocas palabras, soy un ávido especialista... y no soy un mal tipo. Con todo, soy únicamente lo que soy: una criatura muy normal.

—¿Se define como una criatura muy normal porque realmente cree que lo es o porque se siente tentado de estropear la más bien halagüeña relación con un gran borrón final?

—Le aseguro que no lo sé. Muestra usted más sutileza en una sola pregunta de la que he mostrado yo en una larga cadena de afirmaciones. Ustedes las mujeres tienen una gran habilidad para hacer preguntas embarazosas. En serio, creo que soy de segunda categoría. Aunque no lo admitiría delante de todo el mundo. Pero a usted, señorita Moore, sentada bajo su sombrilla tan imparcial como la musa de la historia, le debo la verdad. No soy un hombre de genio. Carezco de algo; me falta alguna distinción final; puede llamarlo como quiera. Tal vez sea humildad. Es posible que pueda encontrarlo en Ruskin, en algún lugar. Quizá sea delicadeza... o imaginación. Soy muy vulgar, señorita Moore. Soy el hijo vulgar de unas gentes vulgares. Empleo el término, por supuesto, en sentido literal. Le concedo todo esto de entrada, pero es mi última concesión.

—Sus concesiones son más pequeñas de lo que parecen. ¿Tiene alguna hermana?

—No; ni tampoco hermanos, ni primos, ni tíos, ni tías.

—Y ¿se embarca mañana para Europa?

—Mañana, a las diez en punto.

—¿Estará lejos mucho tiempo?

—Todo el que pueda. Cinco años, de ser posible.

—¿Qué espera hacer en esos cinco años?

—Estudiar.

—¿Solamente estudiar?

—Supongo que siempre volveré a eso. Espero divertirme mucho, y contemplar el mundo mientras lo atravieso. Pero no puedo perder el tiempo; me estoy haciendo viejo.

—¿A dónde se dirige?

—A Berlín. Quería algunas cartas de presentación de su hermano.

—¿Tiene dinero? ¿Su posición es acomodada?

—¿Acomodada? ¡Válgame Dios! ¡No! Soy muy pobre. Tengo un poco de dinero que acabo de recibir del modo más inesperado: se trata de una vieja deuda con mi

padre. Me llevará hasta Alemania y me permitirá vivir seis meses. Después tendré que trabajar para abrirme camino.

—¿Es usted feliz? ¿Se siente satisfecho?

—Precisamente ahora estoy de maravilla, gracias.

—Pero ¿lo seguirá estando cuando llegue a Berlín?

—No le prometo sentirme satisfecho; pero estoy seguro de que seré feliz.

—Está bien —dijo Adela—, deseo sinceramente que todo le salga bien.

—Muchísimas gracias —exclamó Ludlow.

No dejaremos constancia aquí del resto de su diálogo. Al lector se le ha dado la clave de la conversación de nuestros amigos; sólo es necesario decir que ésta se prolongó media hora más. A medida que pasaban los minutos, Adela fue alejándose cada vez más de su anclaje. Cuando, finalmente, se obligó a sí misma a consultar el reloj y a recordar a su acompañante que les quedaba el tiempo justo para llegar a casa antes de que lo hiciera su hermano, comprendió que flotaba a gran velocidad mar adentro. Mientras bajaba la colina al lado de su amigo, una fuerte tentación hizo que se estremeciera. Su primer impulso fue cerrar los ojos a ésta, confiando en que habría desaparecido cuando los abriera de nuevo; pero se dio cuenta de que no iba a ser tan fácil deshacerse de ella. La acosaba de tal modo que, antes de haber recorrido una milla en dirección a la casa, había sucumbido a su poder o, al menos, se había comprometido con esa aceleración del corazón que acompaña toda decisión temeraria. Aquel pequeño sacrificio la dejó sin aliento para pronunciar palabras ociosas; por ese motivo, avanzó escuchando a su acompañante con la cabeza inclinada. Ludlow siguió caminando, sin que su optimismo pareciera haber disminuido, hablando tan fuerte y tan deprisa como al principio. Estaba expuesto a la profecía de que el señor Moore no hubiera vuelto, y encomendó a Adela que le transmitiera un divertido mensaje de excusas. La joven había empezado a preguntarse si Ludlow, ante la proximidad de su separación, no se había dejado invadir por un abatimiento acorde con el suyo, aquel que sellaba sus labios y atenazaba su corazón; y estaba tratando de decidir si su declaración expresa de que se sentía «terriblemente desgraciado» debía disipar forzosamente sus dudas. Después de esta afirmación, Ludlow hizo un hermoso resumen de la mañana, y pronunció un discurso de despedida que impresionó a Adela, al menos por su buen gusto. Es posible que fuera una criatura normal... pero lo cierto es que era muy poco corriente. Cuando llegaron a la verja del jardín, Adela, con el corazón palpitante, buscó algún indicio fortuito de la presencia de su hermano. Sentía que gozarían de una oportunidad muy especial si aún no había regresado. Entró en la casa delante de Ludlow. Su sombrero y su abrigo no estaban en la mesa del vestíbulo como de costumbre, ni su bastón de empuñadura plateada en el rincón. Lo único que llamó su atención fue la tarjeta del señor Pynsent, que ella había depositado en la mesa antes de salir. Todo cuanto representaba aquella pequeña cartulina blanca parecía estar a muchas millas de distancia. Buscó al señor Moore en su estudio, pero se hallaba vacío.

Cuando Adela regresó a la sala, se limitó a mirar a Ludlow —que estaba delante de la chimenea— y a mover negativamente la cabeza; mientras lo hacía, captó su propio reflejo en el cristal de la repisa de la chimenea. «Verdaderamente, ¡qué lejos he viajado!», pensó. Había olvidado con facilidad su antigua dignidad y educación, pero pensaba romper aún más con ellas. Con singular valentía, se preparó para cumplir el pequeño compromiso que había contraído consigo misma mientras regresaba a casa. Sabía que acogería con entusiasmo cualquier prueba a la que pudiera someterse su generosidad. Desgraciadamente, no parecía que ésta fuera a ser desafiada; aunque, en esos momentos, tenía la satisfacción de asegurarse a sí misma que, al igual que la misericordia divina, su generosidad era infinita. ¿Debía convencerse de la generosidad de su amigo? ¿O debía quedarse tranquilamente con la duda? Ésas habían sido las cláusulas de lo que, al pie de la colina, se ha considerado su tentación.

—Me queda muy poco tiempo —dijo Ludlow—; tengo que cenar, pagar la cuenta y coger un carruaje a la estación —y le tendió la mano.

Adela la estrechó, sin que sus ojos se encontraran.

—Tiene usted mucha prisa —exclamó, con aire despreocupado.

—No soy yo quien tiene prisa. Es mi maldito destino. Son el tren y el barco de vapor.

—Si de veras deseara quedarse, no deberían importarle ni el tren ni el barco de vapor.

—Cierto... muy cierto. Pero ¿de veras deseo quedarme?

—Ésa es la cuestión. Eso es precisamente lo que quiero saber.

—Sus preguntas son difíciles, señorita Moore.

—Difíciles para mí... en efecto.

—Entonces, como es natural, está preparada para contestar a las preguntas fáciles.

—Déjeme oír qué es para usted una pregunta fácil.

—De acuerdo, entonces: ¿desea que me quede? Lo único que tengo que hacer es tirar mi sombrero, tomar asiento y cruzarme de brazos durante veinte minutos. Perderé mi tren y mi barco. Me quedaré en América en lugar de ir a Europa.

—He dado vueltas a todo eso.

—No puedo decir que sea realmente importante. Hay alicientes en ambos lados.

—Sí, y sobre todo en uno. *Es* realmente importante.

—Y ¿me pide que abandone... que renuncie a Berlín?

—No; es algo que no debo hacer. Lo que le pregunto es si, en caso de pedírselo, aceptaría.

—Eso hace que el asunto sea más fácil para usted, señorita Moore. ¿Qué alicientes me ofrece?

—No le ofrezco ninguno en absoluto, señor.

—Supongo que eso significa mucho.

—Mucho; y todo muy absurdo.

—No hay duda de que es usted una mujer de lo más interesante, señorita Moore... una mujer encantadora.

—¿Por qué no me llama irresistible de una vez y se despide de mí?

—No creo que tenga que llegar a eso. Pero no le contestaré nada que la deje en situación ventajosa. Pídame que me quede... ordéneme que me quede, si prefiere... y veré qué tal suenan sus palabras. Vamos, no debe jugar con un hombre.

No había soltado la mano de Adela, y los dos jóvenes se miraban ahora intensamente a los ojos. Él guardó silencio, esperando una respuesta.

—Adiós, señor Ludlow —dijo Adela—. ¡Que Dios le bendiga! —y se dispuso a retirar la mano; pero él lo impidió.

—¿Somos amigos? —inquirió.

—¡Amigos de tres horas! —exclamó Adela, encogiéndose de hombros.

Ludlow la miró con cierta dureza.

—Nuestra despedida podía al menos haber sido dulce —comentó él—; ¿por qué convertirla en amarga, señorita Moore?

—Si es amarga, ¿por qué quiere cambiarla?

—Porque no me gustan las cosas amargas.

Ludlow había alcanzado a entrever la verdad —esa verdad que el lector ha vislumbrado— y se quedó allí, emocionado y molesto al mismo tiempo. No sólo tenía un corazón, también una conciencia. «No es culpa mía», murmuró a esta última. Pero fue incapaz de añadir, de forma coherente, que sí era su desgracia. Sería muy heroico, muy poético, muy caballeroso, perder su barco de vapor, y sintió que estaría justificado hacerlo... por la insinuación de un hecho. Pero el motivo aquí era menos que un hecho: una idea; menos que una idea: una mera intuición. «Ha sido una pequeña y hermosa aventura romántica —pensó—. ¿Por qué estropearla? Jamás he conocido a una mujer como ella, y haber tenido la suerte de verla así... ¡es suficiente para mí!» Se llevó a los labios la mano de la joven, la besó y, después de soltarla, alcanzó la puerta y salió a grandes zancadas del jardín.

La puerta del señor de Malétroit

Robert Louis Stevenson

Denis de Beaulieu no había cumplido aún veintidós años, aunque se consideraba ya un hombre maduro y un caballero muy dotado, por añadidura. Los muchachos se formaban muy rápido en aquella dura época de guerra. Y, cuando alguien ha participado en una batalla campal y en una docena de ataques, ha matado a un hombre de manera honorable y sabe un par de cosas sobre estrategia y sobre la humanidad, sin duda hay que perdonarle cierto alarde en la manera de andar. Al caer la tarde, después de ensillar su caballo con el debido cuidado, y de cenar con la debida calma, salió a hacer una visita, con muy buena disposición de ánimo. No era un modo de proceder muy sabio por parte del joven. Habría hecho mejor quedándose junto al fuego, o yéndose modestamente a la cama, ya que la ciudad estaba llena de tropas de Borgoña e Inglaterra, bajo un mando mixto y, aunque Denis tenía un salvoconducto, de poco le serviría en un encuentro fortuito.

Era septiembre del año 1429. El tiempo se había recrudecido; un viento variable, acompañado de un silbido agudo y cargado de lluvia, azotaba la comarca; las hojas caídas alborotaban por las calles. En algunos puntos se veía ya alguna ventana iluminada; el ruido de los soldados disfrutando con la cena llegaba a modo de ráfagas desde el interior, y era tragado y arrastrado por el viento. Empezaba a hacerse de noche rápidamente; la bandera de Inglaterra, que ondeaba en lo alto del chapitel, se volvía cada vez más tenue, en contraste con las nubes, que pasaban veloces; era ya tan sólo una pequeña mancha negra, como una golondrina en el caos tumultuoso y plomizo del cielo. Cuando cayó la noche, se alzó el viento y empezó a aullar bajo los arcos y a rugir entre las copas de los árboles del valle sobre el que se encontraba la ciudad.

Denis de Beaulieu anduvo de prisa, y muy pronto estaba ya llamando a la puerta de su amigo. Pese a que se había prometido quedarse sólo un rato para regresar pronto, el recibimiento de bienvenida fue tan agradable y le retrasaron tantas cosas que era ya bien pasada la medianoche cuando se despidió en el umbral de la puerta. Entretanto, el viento había vuelto a cesar; era una noche oscura como una tumba; ni una estrella, ni un centelleo de luz de luna se colaba por el dosel que formaban las nubes. Denis no era un buen conocedor de las intrincadas sendas de Chateau Landon; incluso a la luz del día había tenido algunas dificultades para encontrar el camino; ahora, en esta oscuridad absoluta, pronto se había perdido por completo. Sólo estaba seguro de una cosa: debía seguir subiendo la colina, ya que la casa de su amigo estaba situada en el extremo inferior, o a la cola, de Chateau Landon, mientras que la posada

estaba en la parte superior, a la cabeza, bajo el gran chapitel de la iglesia. Con esta única pista, tropezaba y tanteaba a ciegas, ora respirando con más libertad, en lugares abiertos donde había un amplio retazo de cielo en lo alto, ora palpando la pared en lugares cerrados y sofocantes. Qué situación tan enigmática y misteriosa: estar así, sumergido en una negrura opaca, en una ciudad casi desconocida. Las posibilidades que abre el silencio son aterradoras. El contacto de la mano que explora con las frías barras de las ventanas causa en uno un sobresalto como si la mano hubiera tocado un sapo; las irregularidades del pavimento le ponen el corazón en la boca; una zona de oscuridad más densa amenaza con una emboscada o un abismo en el sendero; y, donde el aire es más claro, las casas adquieren una apariencia que aturde y extraña, como si quisieran desviarle a uno aún más de su camino. Para Denis, que tenía que regresar a su posada sin llamar la atención, este paseo suponía un verdadero peligro y le producía un verdadero malestar; iba cauteloso y valiente al mismo tiempo, y a cada esquina se detenía para observar.

Durante algún tiempo había estado recorriendo una senda tan estrecha que podía tocar una pared con cada mano, pero el camino empezó a abrirse y a descender bruscamente. Estaba claro que por ahí ya no iba en dirección a su posada; pero la esperanza de ver un poco más de luz le tentó a continuar hacia delante, para explorar. La senda terminaba en un terraplén con un muro con atalayas que ofrecía una vista entre las casas altas, como desde una aspillera, al valle oscuro e informe, varios centenares de pies más abajo. Denis bajó la vista y pudo observar unas pocas cimas de árboles oscilando y una única mota de resplandor allá donde el río daba a una presa. El tiempo estaba aclarando y el cielo se había iluminado, como si quisiera mostrar la silueta de las nubes más grandes y el contorno oscuro de las colinas. Según se adivinaba bajo aquella luz trémula e incierta, la casa que estaba a su izquierda tenía muy buena apariencia; estaba coronada con algunos pináculos y cumbres de pequeñas torres; desde el bloque principal se proyectaba de manera prominente la forma redondeada de la parte trasera de una capilla, que estaba bordeada con contrafuertes; la puerta estaba protegida bajo un porche enorme con figuras esculpidas, del que sobresalían dos grandes gárgolas. Las ventanas de la capilla brillaban a través de una intrincada tracería con una luz que parecía provenir de muchos cirios y que proyectaba los contrafuertes y el tejado puntiagudo en una oscuridad más intensa contra el cielo. No había duda de que se trataba de la residencia de alguna gran familia de los alrededores; y, como a Denis le recordaba a una casa que tenía en la ciudad, en Bourges, se quedó algún tiempo contemplándola y calibrando mentalmente la habilidad de los arquitectos y los miramientos de ambas familias.

Parecía no haber otro paso al terraplén que el sendero por el cual había llegado; así que sólo podía retroceder sobre sus pasos, aunque ahora, al menos, tenía una noción de sus inmediaciones, y esperaba, gracias a esto, dar con el camino principal para regresar rápidamente a la posada. No contaba con una serie de accidentes que

harían de esta noche la más memorable de su vida, pues no había retrocedido más de cien yardas cuando vio que una luz se acercaba hacia él, y oyó unas voces que hablaban y retumbaban en el sendero. Era un grupo de soldados haciendo la ronda nocturna. Denis reparó en que todos habían estado bebiendo sin restricción y, por tanto, no estarían de humor para ser demasiado exigentes con los salvoconductos o con las sutilezas de la guerra caballerescas. Era tan probable que lo mataran como a un perro y que lo dejaran donde cayera, como que no. La situación era alentadora, pero inquietante. Sus propias linternas le ocultarían y no podrían verle, reflexionó; y confiaba en que las voces huecas de los soldados ahogarían el ruido de sus pisadas. Tal vez si intentaba ser veloz y silencioso, pudiese evitar que se dieran cuenta de su presencia.

Desgraciadamente, cuando se volvió para emprender la retirada, pisó un canto rodado con el pie y resbaló; cayó contra la pared emitiendo un quejido y su espada retumbó ruidosamente sobre las piedras. Oyó dos o tres voces que preguntaban quién iba, algunas en francés, algunas en inglés; pero Denis empezó a correr por el sendero sin responder. Una vez en el terraplén, se detuvo para mirar hacia atrás. Continuaban llamando y siguiéndole; justo en este momento, doblaron el paso para dirigirse en su busca, haciendo un ruido considerable cuando chocaban las armas y moviendo continuamente las linternas de derecha a izquierda, alternativamente, por las estrechas fauces del sendero.

Denis echó una ojeada a su alrededor y, de un salto, se introdujo en el porche. Allí podría evitar que le vieran o, si eso era esperar demasiado, al menos se hallaría en una posición excelente tanto para el diálogo como para la defensa. Con esta idea en mente, desenvainó la espada e intentó apoyar la espalda contra la puerta. Para su sorpresa, ésta cedió con el peso de su cuerpo y, pese a que se volvió rápidamente, la puerta continuó girando hacia atrás sobre los goznes lubricados y silenciosos, hasta quedar totalmente abierta, dejando a la vista un interior oscuro. Cuando a uno le llegan las cosas de una manera oportuna, no es capaz de ser crítico con el cómo o el porqué, pues el interés personal inmediato parece justificación suficiente para los hechos más extraños y revolucionarios en nuestro quehacer cotidiano. Así que Denis, sin dudarle un momento, dio un paso hacia el interior y cerró parcialmente la puerta tras de sí, para ocultar su escondite. No había pensado ni por un momento en cerrarla del todo pero, por alguna inexplicable razón, quizá debido a un resorte o a un contrapeso, la gran masa de roble macizo se le escapó de los dedos, y se cerró con un golpe que retumbó de una manera temible; luego se oyó un ruido como si una palanca automática hubiera quedado encajada.

En aquel mismo momento la ronda llegó al terraplén; continuaban llamándole con gritos y maldiciones. Los oía buscando por las esquinas oscuras, incluso oyó el mango de una lanza golpetear contra la puerta detrás de la cual se encontraba él. Pero aquellos caballeros estaban demasiado alegres para perder el tiempo, y pronto descendieron por un sendero tortuoso que Denis no había observado, y se fueron

perdiendo de vista poco a poco, al tiempo que sus voces se apagaban entre las murallas almenadas de la ciudad.

Denis respiró de nuevo. Les dio un plazo de unos minutos por miedo a posibles imprevistos y después se puso a buscar a tientas algún modo de abrir la puerta para poder escabullirse. La puerta era muy lisa, no tenía ni una manilla, ni una moldura, ni nada que sobresaliera de ningún modo. Introdujo las uñas por los bordes y tiró hacia él, pero la masa era inamovible. Intentó sacudirla; era firme como una roca. Denis de Beaulieu frunció el ceño y dejó escapar un pequeño y silencioso silbido. ¿Qué le pasaba a aquella puerta?, se preguntó. ¿Por qué estaría abierta? ¿Cómo había llegado a cerrarse tan fácilmente y de manera tan eficaz tras él? Había algo oscuro y secreto tras todo aquello que carecía de significado para la imaginación del joven. Parecía una trampa; y, sin embargo, ¿quién podía imaginar una trampa en una callejuela tranquila y apartada como aquélla y en una casa tan próspera e incluso de aspecto tan noble? No obstante, fuera o no una trampa, de manera intencionada o no, el hecho es que allí estaba él, completamente atrapado, y a fe suya que no veía forma alguna de salir de allí. La oscuridad empezaba a pesarle. Prestó atención; afuera todo estaba en silencio, pero dentro, y bastante cerca, creyó oír un débil suspiro, un débil susurro sollozante, un pequeño crujido furtivo, como si estuvieran a su lado muchas personas procurando sigilo, controlando incluso la respiración, y con un secretismo extremo. La idea le estremeció en lo más profundo, y de pronto dio media vuelta de un salto, como si tuviera que defender la vida. Entonces, por primera vez, se percató de una luz a la altura de los ojos y, a cierta distancia, en el interior de la casa, un hilo de luz vertical que se ensanchaba por la parte inferior, como la luz que puede escapar entre dos aleros de un tapiz que cuelga sobre una puerta. Sólo ver algo era ya un alivio para Denis; era como un trozo de tierra firme para alguien que estuviera luchando en una marisma; empezó a pensar en ello con avidez, sin dejar de mirarla con atención, intentando recomponer lo que estaba ocurriendo a su alrededor de una manera lógica. Evidentemente, tenía que haber una escalera para poder subir desde el nivel en el que se encontraba hasta el de la entrada iluminada; y, de hecho, creyó atisbar otro hilo de luz, tan fino como una aguja y tan débil como una fosforescencia, que quizá se reflejara a lo largo de la madera pulida de una barandilla. Desde que había empezado a sospechar que no estaba solo, el corazón le había empezado a latir con una violencia asfixiante y se había adueñado de él un deseo intolerable de acción, de la que fuera. Creía encontrarse en peligro de muerte. ¿Qué podía ser más natural que subir inmediatamente la escalinata, levantar la cortina y afrontar la dificultad que le amenazaba? Por lo menos estaría tratando con algo tangible y saldría de la oscuridad. Empezó a avanzar despacio con las manos extendidas, hasta que su pie chocó con el primer escalón; entonces ascendió rápidamente por la escalera, se detuvo un momento para recomponerse, levantó el tapiz, y entró.

Se encontró en una gran habitación de piedra pulida. Había tres puertas; una a cada uno de los tres lados, todas cubiertas de forma similar por tapices. El cuarto lado

tenía dos grandes ventanas y una gran chimenea de piedra, con el escudo de armas de los Malétroit tallado en ella. Denis reconoció las figuras del blasón y sintió una gran satisfacción por encontrarse en tan buenas manos. La habitación estaba muy iluminada; tenía pocos muebles, a excepción de una mesa muy maciza y una o dos sillas; la chimenea estaba apagada y había unas pocas cenizas diseminadas por el pavimento; sin duda estaban allí desde hacía días.

En una silla alta, al lado de la chimenea, y mirando hacia el lugar por donde había entrado Denis, había un caballero anciano y pequeño con una esclavina de piel sobre los hombros. Estaba sentado con las piernas cruzadas y las manos colocadas una sobre la otra, y tenía una copa de vino aromático a la altura del codo, en una repisa de la pared. La expresión de su semblante reflejaba un aire tremendamente masculino, no propiamente humano, sino más bien como el que se aprecia en un toro, en un chivo o en un verraco doméstico; algo equívoco y halagüeño, codicioso, brutal y peligroso. El labio superior, excesivamente abultado, parecía hinchado por efecto de un golpe o de un dolor de muelas; y la sonrisa, las cejas puntiagudas y los pequeños ojos de mirada intensa ofrecían una expresión extravagante y malvada, casi cómica. Tenía la cabeza cubierta de hermosos cabellos blancos, como los de un santo, que caían lacios, formando un único rizo sobre la esclavina. La barba y el bigote eran de una dulzura y veneración extremas. La edad, probablemente a consecuencia de excesivos cuidados, no había dejado huella en sus manos; y eso que la mano de Malétroit era bien famosa. Sería difícil imaginar algo de diseño tan carnal y a la vez tan delicado; sus dedos afilados y sensuales eran como los de una de las mujeres de Leonardo; la bifurcación del pulgar presentaba una marcada protuberancia cuando la mano estaba cerrada; tenía las uñas perfectamente arregladas, y llamaban la atención por su color blanco mortecino. Lo que hacía su aspecto diez veces más temible era que un hombre con manos como aquéllas las tuviera devotamente plegadas, la una cruzada sobre la otra en el regazo, como virgen y mártir; que un hombre con una expresión tan intensa y tan sorprendente estuviera sentado en su silla contemplando a la gente fijamente, sin pestañear, como un dios o como la estatua de un dios. Su quiescencia parecía irónica y traicionera; no se ajustaba en absoluto a su apariencia.

Se trataba de Alain, señor de Malétroit.

Denis y él se miraron en silencio durante uno o dos segundos.

—Haga el favor de pasar —dijo el señor de Malétroit—. Le he estado esperando durante toda la tarde.

No se había puesto en pie, pero acompañó sus palabras con una sonrisa y una pequeña inclinación de cabeza llena de cortesía. En parte por la sonrisa, en parte por el extraño murmullo musical con el que el señor de Malétroit introdujo su observación, Denis sintió un fuerte estremecimiento de verdadera repugnancia que le llegó hasta el tuétano. Y, debido a la repugnancia y a la confusión de su mente, apenas lograba juntar dos palabras para responder.

—Temo que se trate de un error por partida doble —dijo—. No soy la persona

que supone; y parece que usted esperaba una visita. En lo que a mí respecta, nada podría estar más lejos de mis pensamientos o de mi intención que esta intrusión.

—Bueno, bueno —respondió con indulgencia el anciano caballero—. Aquí está, que es lo importante. Siéntese, amigo mío, y póngase cómodo. En seguida arreglaremos nuestros pequeños asuntos.

Denis se dio cuenta de que la situación seguía pendiente de cierto malentendido y se apresuró a continuar con las explicaciones.

—La puerta de su... —empezó.

—¿Mi puerta? —preguntó el anfitrión alzando las cejas puntiagudas—. Un pequeño e ingenioso artefacto —dijo encogiéndose de hombros—. ¡Un capricho hospitalario! Usted, por sí mismo, no tenía muchos deseos de conocerme. Nosotros, los ancianos, esperamos esa actitud de resistencia de vez en cuando; y, cuando atañe al honor, no nos detenemos hasta que encontramos el modo de sobreponernos. Usted llegó sin ser invitado, pero créame, es usted muy bienvenido.

—Continúa estando en un error, señor —dijo Denis—. No puede haber nada que tratar entre usted y yo. Yo soy un extraño en estos parajes. Me llamo Denis, *damoiseau* de Beaulieu. Si ahora estoy en su casa, es tan sólo...

—Mi joven amigo —le interrumpió—, deje que tenga mi propia opinión sobre el asunto. Probablemente en este momento difiera de la suya —añadió mirándole de reojo—, pero el tiempo dirá quién tiene la razón.

Denis estaba convencido de que trataba con un chiflado. Se sentó, encogiendo los hombros, dispuesto a esperar el resultado. Siguió una pausa, durante la que le pareció distinguir un murmullo apresurado, como de una oración pronunciada detrás del tapiz, justo enfrente de él. Algunas veces daba la impresión de que participaba una sola persona, a veces dos; la vehemencia de la voz, a pesar de su tono apagado, parecía indicar bien un gran apremio, bien una profunda agonía de espíritu. Se le ocurrió que aquel tapiz podría cubrir la entrada de la capilla que había visto desde fuera.

Mientras tanto, el anciano caballero inspeccionaba con una sonrisa a Denis, de pies a cabeza, y de vez en cuando emitía unos pequeños sonidos como los de un pájaro o un ratón, que parecían indicar un alto grado de satisfacción. Pronto la situación se hizo insoportable, y Denis, para darle fin, comentó que ya había cesado el viento.

El anciano estalló en una risa silenciosa, tan prolongada y violenta que se puso completamente colorado. Denis se levantó al instante y se colocó el sombrero con gesto ceremonioso.

—Señor —dijo—, si está usted cuerdo, me ha agraviado en grado sumo. Y, si no lo está, me enorgullezco de ser capaz de encontrar mejor entretenimiento que el de hablar con lunáticos. Soy consciente de que ha estado riéndose de mí desde el primer momento; no ha querido escuchar mis explicaciones; ahora ningún poder sobre la tierra me retendrá aquí ni un momento más; y, si no puedo encontrar la salida de una

manera más decente, haré la puerta trizas con mi espada.

El señor de Malétroit alzó la mano derecha con el dedo índice y el meñique extendidos y, moviéndola de un lado a otro hacia Denis, dijo:

—Querido sobrino, siéntese.

—¡Sobrino! —respondió Denis—. Está usted mintiendo —y chasqueó los dedos delante del rostro del anciano.

—¡Siéntese, bribón! —exclamó el anciano caballero, esta vez con una voz áspera como el ladrido de un perro—. ¿No pensará —continuó— que cuando mandé hacer el pequeño artilugio para la puerta fue eso lo único que ideé? Si prefiere estar atado de pies y manos hasta que le duelan los huesos, póngase en pie e intente escapar. Si elige continuar siendo un petimetre libre que tiene una conversación agradable con un viejo anciano... entonces quédese tranquilamente sentado donde está, y que Dios le acompañe.

—¿Quiere decir que soy un prisionero? —inquirió Denis.

—Yo me limito a enunciar los hechos —respondió el otro—. Preferiría que usted mismo sacara sus conclusiones.

Denis volvió a sentarse. Aparentemente consiguió mantener la compostura; pero, por dentro, cuando no le hervía la sangre de furia, se le helaba de miedo. Ya no estaba tan convencido de encontrarse en manos de un loco. Y, si el viejo caballero estaba en su sano juicio, por amor de Dios, ¿qué suerte le depararía? ¿Qué absurda o trágica aventura le estaba sucediendo? ¿Qué expresión debía adoptar?

Mientras reflexionaba sobre la desagradable situación, el tapiz que colgaba por encima de la puerta de la capilla se alzó, y un cura alto, ataviado con las vestiduras propias de su condición, avanzó hacia ellos; tras mirar a Denis con detenimiento, muy interesado, durante un buen rato, dijo algo al señor de Malétroit en voz baja.

—¿Se encuentra más animada? —preguntó este último.

—Está más resignada, señor —respondió el cura.

—Que Dios Nuestro Señor la ayude, ¡es tan difícil de complacer! —dijo con desprecio el anciano—. ¡Un mozo prometedor, de buena cuna, y, además, elegido por ella! ¡Cómo! ¿Qué más podría querer esa mujer?

—La situación no es corriente para una joven damisela —dijo el otro— y es, de algún modo, exasperante por la turbación a la que se ve sometida.

—Debió haber pensado en eso antes de empezar el baile. Yo no lo elegí, Dios lo sabe: pero ya que ella se ha metido en esto, por nuestra Señora, continuará hasta el final.

Y luego, dirigiéndose a Denis, preguntó:

—Monsieur de Beaulieu, ¿puedo presentarle a mi sobrina? Ella ha estado esperando su llegada, me atrevería a decir, con mayor impaciencia, incluso, que yo.

Denis se había resignado de buen talante... Sólo deseaba llegar a saber lo peor lo más rápidamente posible; así que se puso en pie de inmediato y asintió en señal de consentimiento. El señor de Malétroit siguió su ejemplo y se dirigió hacia la puerta de

la capilla, moviéndose con dificultad, con ayuda del brazo del capellán. El cura apartó el tapiz, y entraron los tres. El edificio tenía elementos arquitectónicos de considerable ostentación. Una arista ligera arrancaba de seis fuertes columnas y ascendía terminando en dos lujosas dovelas situadas en el centro de la bóveda. El recinto terminaba detrás del altar con una pared curva, repujada y calada con una sobreabundancia de adornos en relieve y perforada por muchas ventanitas con forma de estrella, de trébol o de círculo. Estas ventanas estaban vidriadas de manera imperfecta, y permitían que el aire nocturno circulara libremente por la capilla. Los cerca de cincuenta cirios que ardían sobre el altar se apagaron despiadadamente, y la luz pasó por muchas fases distintas de brillo y de semieclipse. Sobre los escalones, delante del altar, había una joven arrodillada, lujosamente ataviada, como una novia. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Denis cuando observó el atuendo de la joven; intentó desesperadamente quitarse de la cabeza la conclusión que parecía imponerse a su entendimiento; no podía ser, no debía ser lo que él estaba temiendo.

—Blanche —dijo el señor de Malétroit en un tono de lo más aflautado—, aquí hay un amigo que quiere verte, querida mía; vuélvete y ofrece tu preciosa mano. Es bueno que seas devota, pero hay que ser educada, sobrina mía.

La muchacha se puso en pie y se volvió hacia los recién llegados. Se movió toda de una pieza; cada línea de su cuerpo joven y lozano expresaba vergüenza y agotamiento; avanzaba con la cabeza baja, mirando al suelo. En el curso de su avance, sus ojos dieron con los pies de Denis de Beaulieu, unos pies de los que Denis se enorgullecía, cabe decir que justamente, y que adornaba del modo más elegante, incluso cuando viajaba. Ella hizo una pausa, como si las botas amarillas le hubiesen revelado un significado sorprendente, y echó una ojeada al rostro de su dueño. Sus ojos se encontraron; los labios de ella palidieron; soltó un grito agudo, se cubrió el rostro con las manos, y se desplomó sobre el suelo de la capilla.

—Éste no es el hombre —dijo ella—. ¡Tío, no es éste no!

El señor de Malétroit gorjeó, en señal de conformidad.

—Por supuesto que no —dijo—. Eso ya lo esperaba. Fue lamentable que no pudieses recordar su nombre.

—De veras —exclamó—, de veras, nunca había estado con este hombre antes, nunca, ni siquiera le había visto; y no quiero volver a verle. Señor —dijo volviéndose hacia Denis—, si es usted un caballero, confirmará mis palabras. ¿Le he visto alguna vez, o me ha visto alguna vez, antes de esta hora desventurada?

—En lo que a mí se refiere, nunca he tenido ese placer —contestó el joven—. He conocido a su agraciada sobrina por primera vez, señor, aquí y ahora.

El anciano caballero se encogió de hombros.

—Me entristece mucho oír eso —dijo—. Pero nunca es tarde. Yo no conocía mucho más a mi difunta señora antes de casarme con ella; lo que prueba —añadió con una sonrisa— que estos matrimonios improvisados pueden a menudo crear a largo plazo un excelente entendimiento. Como el novio ha de tener voz en el asunto,

le dejaré dos horas para que recupere el tiempo perdido, antes de proceder con la ceremonia.

Y diciendo esto, empezó a andar hacia la puerta; el clérigo iba tras él.

La muchacha se puso de pie al momento.

—Tío, no puede estar hablando en serio —dijo—. Declaro ante Dios que me clavaré un puñal antes de ser obligada a casarme con este joven. Mi corazón se rebela; Dios prohíbe matrimonios de este tipo; está deshonrando sus blancos cabellos. ¡Ay, tío, apiádese de mí! No hay mujer en este mundo que no prefiera la muerte a una boda como ésta. ¿Es posible —añadió titubeante— que todavía no me crea? ¿Que piense que éste —y señaló a Denis, turbada por la irritación y el desprecio—, que todavía piense que se trata de *este* hombre?

—Francamente —respondió el anciano caballero deteniéndose en la entrada—, sí. Pero déjame que te explique de una vez por todas, Blanche de Malétroit, cómo veo yo este asunto. Cuando se te metió en la cabeza deshonrar a esta familia, y el nombre que he llevado, en la guerra y en la paz, durante más de seis décadas, perdiste el derecho no sólo a poner en duda mis designios, sino a mirarme directamente al rostro. Si tu padre estuviera todavía vivo, te habría escupido y echado de casa. Él sí que tenía mano de hierro. Ya puedes dar gracias a Dios, porque sólo tienes que tratar con una mano de terciopelo, señorita. Era mi deber casarte lo antes posible. Movido únicamente por la buena voluntad he tratado de encontrar a un galán para ti. Y creo que lo he conseguido. Pero ante Dios y todos los santos ángeles, Blanche de Malétroit, si no lo he hecho, me importa un comino. Así que permíteme que te recomiende que seas educada con nuestro joven amigo, porque, te doy mi palabra, tu próximo novio puede que resulte menos apetecible.

Y, dicho esto, salió, con el capellán pisándole los talones. El tapiz cayó tras la salida de ambos.

La joven se volvió hacia Denis con los ojos brillantes.

—¿Qué puede significar todo esto, señor? —preguntó.

—Sólo Dios lo sabe —respondió Denis tristemente—. Soy un prisionero en esta casa, que parece estar llena de locos. Eso es lo único que sé; y no entiendo nada.

—Le ruego tenga la bondad de decirme, ¿cómo llegó hasta aquí? —preguntó.

Él se lo contó lo más brevemente que pudo.

—En cuanto al resto —añadió—, quizá deba usted seguir mi ejemplo y así dar respuesta a todos estos enigmas. Dígame, por amor de Dios, en qué cree usted que acabará todo esto.

Ella guardó silencio, inmóvil, durante un momento; él podía ver cómo le temblaban los labios y cómo un fulgor febril irrumpía en aquellos ojos sin lágrimas. Entonces la muchacha se apretó la frente con las manos.

—¡Ay! ¡Cómo me duele la cabeza! —dijo, en un tono que reflejaba su agotamiento—. ¡Por no hablar de mi pobre corazón! Pero usted tiene derecho a conocer mi historia, por poco digna de una dama que pueda parecer. Me llamo

Blanche de Malétroit; llevo sin padre ni madre desde... ¡uf!, desde siempre, y ciertamente, he sido muy infeliz toda la vida. Hace tres meses, un joven capitán empezó a sentarse a mi lado en la iglesia todos los días. Yo me daba cuenta de que le gustaba; sé que yo tengo mucha culpa, pero estaba tan contenta de que alguien me quisiera... Cuando me pasó una carta, me la llevé a casa y la leí con gran placer. Desde entonces me ha escrito muchas. ¡Estaba tan ansioso por hablar conmigo, pobre hombre! Y continuamente me pedía que algún día dejara la puerta abierta, al caer la tarde, para que pudiéramos tener dos palabras en la escalera, pues sabía cuánto confiaba en mí mi tío. —En este punto empezó a sollozar un poco y tuvo que esperar unos minutos antes de poder continuar—. Mi tío es un hombre duro, pero muy astuto —dijo al fin—. Ha protagonizado muchas hazañas en la guerra y fue una persona importante en la corte; en los viejos tiempos, la reina Isabeau confiaba mucho en él. No puedo decir cómo empezó a sospechar de mí, pero es difícil ocultarle nada; y esta mañana, según veníamos de misa, tomó mi mano en la suya, me obligó a abrirla y leyó la breve carta, mientras andaba a mi lado todo el camino. Cuando terminó de leerla, me la devolvió muy educadamente. En ella había otra petición para que dejara la puerta abierta; y esto es lo que nos ha llevado a todos a la ruina. Mi tío, de manera inflexible, no me ha dejado salir de mi habitación hasta la caída de la tarde y, luego, me ha ordenado que me vistiera como me ve usted ahora... Una mofa grotesca para una joven, ¿no cree? Supongo que, al no poder persuadirme de que le dijera el nombre del joven capitán, ha debido de preparar una trampa para él, en la cual, ¡ay!, ha caído usted, por la cólera de Dios. Yo preveía un gran trastorno, porque ¿cómo podía saber si él querría tomarme como esposa en unas condiciones tan extremas? Puede que tan sólo estuviera tonteando conmigo desde el principio; o puede que considerara que yo me he rebajado demasiado. ¡Pero verdaderamente, nunca imaginé un castigo tan vergonzoso como éste! Nunca pude pensar que Dios permitiría que una muchacha tuviera que sufrir semejante deshonra delante de un joven. Ahora ya se lo he contado todo; lo único que puedo esperar es que no me deteste.

Denis le dedicó una reverencia.

—Señora —dijo—, me ha hecho un honor con su confidencia. Ahora queda pendiente que yo pruebe que no soy desmerecedor de ese honor. ¿Se encuentra cerca el señor de Malétroit?

—Creo que está afuera, escribiendo, en la sala —le respondió.

—¿Me permite que la lleve hasta allí, señora? —preguntó Denis, ofreciendo su mano con modales sumamente corteses.

Ella aceptó, y la pareja abandonó la capilla; Blanche, muy decaída y abochornada, mientras Denis se pavoneaba, consciente de su misión y con la certeza infantil de que lograría cumplirla con honor.

El señor de Malétroit se puso en pie para recibirlos, con deferencia irónica.

—Señor —dijo Denis, con el talante más ostentoso posible—, creo que he de tener la oportunidad de decir algo respecto a este matrimonio; y permítame que le

diga ahora mismo que no seré partícipe de violentar los deseos de esta joven. Si me hubiese sido ofrecida libremente, habría aceptado orgullosamente su mano, pues me doy cuenta de que es tan buena como bella. Pero, tal y como están las cosas, ahora, señor, tengo el honor de rehusar.

Blanche le miró con gratitud; pero el anciano caballero tan sólo sonreía y sonreía, hasta que su sonrisa se hizo positivamente desagradable para Denis.

—Me temo, monsieur de Beaulieu —dijo—, que no acaba de comprender la opción que le brindo. Sígame, se lo ruego, hasta aquella ventana —y le guió hasta una de las grandes ventanas que no se cerraban por la noche—. Observará —continuó— que hay un anillo de hierro en la mampostería superior y, atravesándolo, una cuerda muy efectiva. Ahora, preste atención a mis palabras: en caso de que encontrara usted insuperable su falta de apego hacia la persona de mi sobrina, le haría colgar de esta ventana antes del amanecer. Lamentaré mucho tener que proceder de manera tan extrema, puede creerme, pues no deseo su muerte en modo alguno, sino asentar a mi sobrina en la vida. Por otra parte, así habrá de terminar, si se muestra obstinado. Usted, monsieur de Beaulieu, procede de una buena familia, pero ni aunque descendiese de Carlomagno podría rechazar la mano de un Malétroit impunemente, ni aun en el caso de que ella hubiese sido tan frecuentada como la carretera de París, o tan horrenda como la gárgola que cuelga sobre la puerta de mi casa. Ni mi sobrina, ni usted, ni siquiera mis propios sentimientos cuentan en este asunto. Está en juego el honor de esta casa; creo que usted es el culpable; por lo menos, ahora forma usted parte del secreto, y apenas puede sorprenderse de que le pida que borre la mancilla. Si no estuviera dispuesto, ¡su sangre pesará sobre su propia conciencia! No es que me vaya a complacer demasiado tener sus interesantes restos bajo mis ventanas, golpeando un talón contra otro con la brisa; pero tener medio pan es mejor que no tener nada y, si no puedo reparar el deshonor, por lo menos detendré el escándalo.

Se hizo una pausa.

—Creo que hay otras formas de arreglar enredos de este tipo entre caballeros —dijo Denis—. Lleva una espada y, según he oído, la ha usado con distinción.

El señor de Malétroit hizo una seña al capellán; éste cruzó la habitación a zancadas largas y silenciosas y alzó el tapiz que cubría la tercera puerta de las tres. En seguida lo soltó de nuevo; pero Denis tuvo tiempo de ver un pasadizo polvoriento lleno de hombres armados.

—Cuando era algo más joven, habría estado encantado de hacerle el honor, monsieur de Beaulieu —dijo el señor Alain—; pero ahora soy demasiado viejo. Un fiel retén es el recurso de la edad, y yo debo emplear la fuerza que tengo. Ésta es una de las cosas más duras que debe soportar un hombre a medida que entra en años, pero, con un poco de paciencia, uno se acostumbra incluso a esto. Usted y la señora parecen preferir la sala para pasar las dos horas que les quedan; y, como no tengo deseo de interferir en su preferencia, se la cedo para que haga uso de ella con todo el

placer del mundo. ¡No se apresure! —añadió alzando la mano cuando vio la mirada peligrosa que asomaba en el rostro de Denis de Beaulieu—. Si le repele la idea de morir ahorcado, habrá tiempo suficiente después de esas dos horas para arrojarle por la ventana o sobre las lanzas de mi retén. Dos horas de vida son dos horas de vida. Pueden suceder muchas cosas, incluso en un lapso de tiempo tan corto. Además, si interpreto correctamente la expresión de mi sobrina, creo que ella todavía tiene algo que decirle. ¿No querrá estropear sus dos últimas horas con una falta de cortesía hacia una dama?

Denis miró a Blanche y ella le hizo un gesto implorante.

Es probable que el anciano caballero se sintiese enormemente satisfecho con esta señal de entendimiento, pues sonrió a los dos, y añadió dulcemente:

—Si me da su palabra de honor, monsieur de Beaulieu, de que esperará a que yo regrese después de las dos horas, antes de intentar nada desesperado, mandaré retirar mi retén para permitirle hablar con mayor intimidad con la señorita.

Denis echó de nuevo una rápida ojeada a la muchacha; ésta parecía rogarle que aceptara.

—Le doy mi palabra de honor —dijo.

El señor de Malétoit hizo una inclinación de cabeza y se dispuso a abandonar la estancia moviéndose con dificultad, mientras se aclaraba la garganta con aquel gorjeo gutural, extraño y musical, que había llegado a ser tan irritante para Denis de Beaulieu. Primero se hizo con algunos papeles que se encontraban sobre la mesa; luego fue hacia la boca del pasadizo y pareció dar una orden a los hombres detrás del tapiz; por último, salió a duras penas por la puerta por la que había entrado Denis, no sin antes volverse en el umbral para dirigir una última sonrisa acompañada de otra nueva inclinación de cabeza a la joven pareja; le seguía el capellán sosteniendo una lámpara de mano.

Tan pronto estuvieron a solas, Blanche avanzó hacia Denis con las manos extendidas. Tenía el rostro encendido y lleno de agitación, y los ojos brillantes de lágrimas.

—¡Usted no morirá! —exclamó ella—. ¡Se casará conmigo, después de todo!

—Parece pensar, señora —respondió Denis—, que temo en grado sumo la muerte.

—Oh, no, no —dijo ella—. Ya veo que no es usted un cobarde. Lo digo por mí; no podría soportar que le asesinaran por semejantes escrúpulos.

—Temo que no estime la dificultad en su justa medida, señora —dijo Denis—. Lo que usted aceptaría por ser demasiado generosa podría yo no aceptarlo por ser demasiado orgulloso. En un momento en el que se ha visto afectada por sentimientos nobles hacia mí, ha olvidado lo que quizá deba a otros.

Tuvo la decencia de no apartar la vista del suelo mientras decía esto y también una vez que hubo terminado, como evitando contemplar la confusión que creaban sus palabras. Ella siguió callada un momento; luego, de repente, empezó a andar hacia el

otro lado de la sala; cayó sobre la silla de su tío, y rompió en suaves sollozos. Denis estaba completamente avergonzado. Miró a su alrededor, como buscando inspiración, y, como vio un banco, se sentó en él, por hacer algo. Allí se quedó, jugando con la vaina de su estoque, deseando estar muerto una y otra vez, miles de veces, y enterrado bajo el montón de desperdicios de la cocina más desagradable de París. Recorrió la estancia con la mirada, pero no encontró nada donde detenerla. Había tanto espacio entre los muebles, la luz caía tan débil y triste sobre todo lo que les rodeaba, el aire oscuro que asomaba por las ventanas se veía tan frío desde dentro, que pensó que nunca había visto una iglesia tan grande ni un lugar tan melancólico como esta tumba. Los sollozos regulares de Blanche de Malétroit medían el tiempo como el tictac de un reloj. Leyó el emblema del escudo una y otra vez, hasta que se le nubló la vista; contempló las esquinas llenas de sombras hasta que las imaginó llenas de animales horribles; y de vez en cuando volvía en sí con un sobresalto, al recordar que sus dos últimas horas iban pasando, y que la muerte estaba en camino.

A medida que pasaba el tiempo, detenía cada vez con más frecuencia su mirada en la muchacha. Tenía el rostro inclinado hacia delante, cubierto con las manos, y de vez en cuando su cuerpo temblaba a causa del convulsivo hipo que le producía la pena. Incluso así, no era un objeto desagradable para explayarse en él; tan rolliza y sin embargo tan delicada; tenía una piel morena y cálida, y el cabello más hermoso, pensó Denis, de toda la historia de la mujer. Las manos eran como las de su tío; pero encajaban mejor al final de sus jóvenes brazos, y parecían infinitamente suaves y acariciables. Recordó cómo brillaban sus ojos azules cuando le miraban llenos de furia, pena e inocencia. Y cuanto más se explayaba en sus perfecciones, más fea parecía la muerte y más profundamente le afligía el remordimiento por las lágrimas continuas de la joven. Ahora creía que ningún hombre podía atreverse a abandonar un mundo que contuviera una criatura tan bella; y que en ese momento habría dado cuarenta minutos de su última hora por haberse retractado de aquellas crueles palabras que había pronunciado.

De pronto oyeron el canto ronco y rasgado de un gallo que venía del valle oscuro bajo las ventanas. Este sonido repentino tuvo el mismo efecto, en el silencio que los rodeaba, que una luz en un sitio oscuro y les apartó bruscamente de sus reflexiones.

—¡Ay! ¿Puedo hacer algo para ayudarle? —dijo ella alzando la mirada.

—Señora —contestó Denis, sin venir del todo a cuento—, si he dicho algo que la ofendiera, créame, ha sido pensando en su propio bien, no en el mío.

Ella se lo agradeció con los ojos bañados en lágrimas.

—Sufro cruelmente por la posición en la que usted se encuentra —continuó—. El mundo ha sido muy duro con usted. Su tío es una deshonra para la humanidad. Créame, señora, no hay ni un solo joven caballero en toda Francia que no se sintiera dichoso de tener la oportunidad que yo tengo, la de morir por hacerle un pequeño servicio.

—Ya sé lo valiente y generoso que puede ser usted —contestó ella—. Lo que

quiero saber es si puedo serle yo de algún servicio... ahora, o más tarde —añadió con un estremecimiento.

—Por supuesto —respondió él sonriendo—. Déjeme sentarme a su lado como si fuera un amigo en lugar de un estúpido intruso; intente olvidar la manera tan extraña en que hemos llegado a encontrarnos en esta situación difícil para los dos; haga que mis últimos momentos transcurran agradablemente y así me hará el mayor servicio posible.

—Es usted muy galante... —añadió ella con una tristeza todavía más honda— muy galante... y eso, de alguna manera, me duele. Pero acérquese, si quiere; y, si encuentra algo que decirme, por lo menos puede estar seguro de que tendrá una persona que le escuchará muy cordialmente. ¡Ay! monsieur de Beaulieu —estalló—, ¡ay! monsieur de Beaulieu, ¿cómo puedo mirarle a la cara? —y volvió a sucumbir en el llanto.

—Señora —dijo Denis, tomando la mano de ella entre las suyas—, piense en el poco tiempo de que dispongo, y en la gran amargura que me produce contemplar su aflicción. Líbreme, en estos últimos momentos, del espectáculo de lo que no puedo curar, ni siquiera sacrificando mi propia vida.

—Soy muy egoísta —dijo Blanche—. Por usted, *Monsieur* de Beaulieu, seré más valiente. Pero piense si no hay ningún favor que pueda hacerle yo en el futuro... si no tiene usted amigos a los que podría llevar su último adiós. Hágame todos los encargos que pueda; cada carga hará más ligera, siquiera con tan poco, la deuda incalculable que tengo con usted, fruto del agradecimiento que le debo. Permita que haga algo más por usted, aparte de llorar.

—Mi madre se ha vuelto a casar y tiene una nueva familia de la que hacerse cargo. Mi hermano heredaré mi feudos; y, si no me equivoco, eso le compensará con creces por mi muerte. La vida es como la bruma que pasa, como nos dicen los que han recibido las órdenes sagradas. Cuando un hombre se encuentra en una posición satisfactoria y agradable, ve toda la vida por delante y le parece que es una figura muy importante en este mundo. El mundo se vuelve a su paso: su caballo relincha, suenan las trompetas y las muchachas se asoman a las ventanas cuando entra en la ciudad cabalgando al frente de su compañía; recibe muchas muestras de confianza y respeto... algunas veces expresadas en una carta... otras veces cara a cara... de personas de gran prestigio que le persiguen con insistencia. No es de extrañar que se le suba a la cabeza durante algún tiempo. Pero una vez muere, ya podía ser tan valiente como Hércules, o tan sabio como Salomón, pronto es olvidado. No hace todavía diez años que cayó mi padre, junto con otros muchos caballeros, en un combate muy feroz, y no creo que ni uno solo de todos ellos, ni siquiera el nombre de la batalla, se recuerde ahora. No, no, señora, cuando más cerca está uno de la muerte, la ve como una esquina oscura y polvorienta por la que un hombre entra en su tumba, y cierra la puerta tras él hasta el día del juicio. Ahora sólo tengo unos pocos amigos y, una vez muerto, no tendré ninguno.

—¡Ay, monsieur de Beaulieu! —exclamó—. Está olvidando a Blanche de Malétroit.

—Su dulce naturaleza, señora, es la que tiene a bien estimar un pequeño servicio más allá de lo que vale.

—No es eso —respondió—. Se equivoca si cree que me emociono tan fácilmente sólo por lo que ha hecho por mí. Digo eso porque es usted el hombre más noble que he conocido; porque reconozco en usted un espíritu que habría hecho famosa en este país incluso a la persona más corriente.

—Y, no obstante, muero aquí, en una ratonera... sin otro ruido a mi alrededor que el de mis propios quejidos —contestó él.

El rostro de la joven reflejaba un gran dolor y guardó silencio durante un rato. De pronto, una luz se le iluminó en los ojos y, sonriendo, habló de nuevo:

—No puedo permitir que mi héroe piense mal de sí mismo. A cualquiera que dé su vida por otro le recibirán los heraldos y los ángeles de Dios nuestro Señor en el Paraíso. Pero no hay razón para que sea usted colgado; porque... le ruego que me diga... ¿cree que soy bella? —preguntó, sonrojándose profundamente.

—Ciertamente, señora, sí lo creo —respondió él.

—Me alegro de oír eso —contestó con entusiasmo—. ¿Cree usted que hay muchos hombres en Francia a los que una mujer bella y soltera ha pedido en matrimonio, que la petición haya salido de sus propios labios, y que la hayan rechazado en su presencia? Sé que ustedes los hombres casi despreciarían un triunfo semejante; pero, créame, nosotras las mujeres sabemos más sobre lo que es más valioso en el amor. No hay nada que haga crecer más la estima de una persona; y no hay nada que nosotras las mujeres estimemos más.

—Es usted muy buena —dijo—. Pero no puede hacerme olvidar que a mí me fue pedido por pena y no por amor.

—Yo no estoy tan convencida de eso —contestó ella, sin levantar la cabeza—. Escúcheme hasta el final, monsieur de Beaulieu. Sé cuánto me desprecia; soy consciente de que tiene razones para hacerlo; soy una pobre criatura que no merece ni un solo pensamiento suyo, a pesar de que, ¡ay de mí!, tiene que morir por mí esta mañana. Pero, cuando yo le pedí que se casara conmigo, de verdad, de verdad, fue porque le respetaba y le admiraba, y le he amado con toda mi alma desde el mismo momento en que se puso de mi parte contra mi tío. Si hubiera podido usted ver lo noble que parecía, sentiría pena por mí, más que desprecio. Y ahora —continuó apresuradamente, reprendiéndole con la mano—, aunque he renunciado a la discreción diciéndole tanto, recuerde que yo ya conozco cuáles son sus sentimientos por mí. No le agotaría, créame, de acuerdo con mi noble nacimiento, insistiéndole para que aceptase. Yo también tengo mi orgullo: y declaro ante la santa Madre de Dios que, si ahora se echase atrás en la palabra ya dada, no me casaría antes con usted que con el novio que tiene pensado para mí mi tío.

Denis sonrió con un poco de amargura.

—Es un amor pequeño —dijo— el que retrocede ante un poco de orgullo.

Ella no contestó, aunque probablemente tuviera en que pensar.

—Venga aquí a la ventana —dijo él suspirando—. Está amaneciendo.

Y ciertamente estaba llegando el alba. El hueco del cielo rebosaba con la luz del día, esencial, incolora y limpia, y el valle estaba inundado de un reflejo gris. Sobre las ensenadas del bosque se veían unas finas nubes de bruma y también a lo largo del tortuoso curso del río. La escena produjo un efecto sorprendente de quietud, que fue interrumpido bruscamente cuando, una vez más, los gallos empezaron a cacarear entre las pequeñas granjas. Quizá el mismo que había hecho en la oscuridad un estruendo tan horrible menos de media hora antes, lanzaba ahora los vítores más alegres para saludar al día que empezaba. Un viento débil bullía formando remolinos entre las copas de los árboles que crecían debajo de las ventanas. La luz del día continuaba saliendo a raudales por el este, insensiblemente; pronto se haría incandescente y lanzaría la bola de cañón roja y cálida, el sol naciente.

Denis contemplaba este panorama con cierto estremecimiento. Había tomado la mano de la muchacha y la retenía en las suyas casi inconscientemente.

—¿Ya ha llegado el nuevo día? —preguntó ella; y luego, sin demasiada lógica—: ¡Qué larga ha sido la noche! ¡Ay! ¿Qué diremos a mi tío cuando regrese?

—Lo que usted desee —dijo Denis, estrechando los dedos de ella entre los suyos. Ella no dijo nada.

—Blanche —dijo, pronunciando su nombre con rapidez, inseguridad y pasión—, ya ha visto si temo o no a la muerte. Y ya debe saber muy bien que, para mí, poner un dedo sobre usted sin su libre y total consentimiento sería lo mismo que saltar por esa ventana al vacío. Ahora bien, si le importo algo, no permita que pierda la vida por un malentendido; pues la amo más que a cualquier otra cosa en el mundo; y, aunque moriría dichoso por usted, seguir viviendo para emplear la vida a su servicio sería como disfrutar de todos los gozos del Paraíso juntos.

Según terminó de hablar, en el interior de la casa empezó a oírse un fuerte timbre. A continuación, el estruendo de armas en el pasillo indicó que el retén regresaba a su puesto y que las dos horas habían llegado a su fin.

—¿Después de todo lo que ha oído? —susurró, dirigiendo hacia él los labios y los ojos.

—Yo no he oído nada —contestó.

—El nombre del capitán era Florimond de Champdivers —le dijo al oído.

—No lo he oído —contestó. Y estrechó el cuerpo ágil de la muchacha entre sus brazos, cubriendo de besos su rostro empapado.

Detrás de ellos se pudo oír un gorjeo melodioso seguido de una bella risita ahogada; y la voz del señor de Malétroit deseó los buenos días a su nuevo sobrino.

La esfinge sin secreto

Un aguafuerte

Oscar Wilde

Una tarde, tomaba mi vermouth en la terraza del Café de la Paix, contemplando el esplendor y la miseria de la vida parisina y asombrándome del extraño panorama de orgullo y pobreza que desfilaba ante mis ojos, cuando oí que alguien me llamaba. Volví la cabeza y vi a lord Murchison. No nos habíamos vuelto a ver desde nuestra época de estudiantes, hacía casi diez años, así que me encantó encontrarme de nuevo con él y nos dimos un fuerte apretón de manos. En Oxford habíamos sido grandes amigos. Yo le había apreciado muchísimo, ¡era tan apuesto, íntegro y divertido! Solíamos decir que habría sido el mejor de los compañeros si no hubiese dicho siempre la verdad, pero creo que todos le admirábamos más por su franqueza. Me pareció que estaba muy cambiado. Daba la impresión de estar inquieto y desorientado, como si dudara de algo. Comprendí que no podía ser un caso de escepticismo moderno, pues Murchison era el más firme de los conservadores, y creía con la misma convicción en el Pentateuco que en la Cámara de los Pares; así que llegué a la conclusión de que se trataba de una mujer, y le pregunté si se había casado.

—No comprendo suficientemente bien a las mujeres —respondió.

—Mi querido Gerald —dije—, las mujeres están hechas para ser amadas, no comprendidas.

—Soy incapaz de amar a alguien en quien no puedo confiar —replicó.

—Creo que hay un misterio en tu vida, Gerald —exclamé—; ¿de qué se trata?

—Vamos a dar una vuelta en coche —contestó—, aquí hay demasiada gente. No, un carruaje amarillo no, de cualquier otro color... Mira, aquel verde oscuro servirá.

Y poco después bajábamos trotando por el bulevar en dirección a la Madeleine.

—¿Dónde vamos? —quise saber.

—¡Oh, donde tú quieras! —repuso—. Al restaurante del Bois de Boulogne; cenaremos allí y me hablarás de tu vida.

—Me gustaría que tú lo hicieras antes —dije—. Cuéntame tu misterio.

Lord Murchison sacó de su bolsillo una cajita de tafilete con cierre de plata y me la entregó. La abrí. En el interior llevaba la fotografía de una mujer. Era alta y delgada, y de un extraño atractivo, con sus grandes ojos de mirada distraída y su pelo suelto. Parecía una *clairvoyante*, e iba envuelta en ricas pieles.

—¿Qué opinas de ese rostro? —inquirió—. ¿Lo crees sincero?

Lo examiné detenidamente. Tuve la sensación de que era el rostro de alguien que

guardaba un secreto, aunque fuese incapaz de adivinar si era bueno o malo. Se trataba de una belleza moldeada a fuerza de misterios... una belleza psicológica, en realidad, no plástica... y el atisbo de sonrisa que rondaba sus labios era demasiado sutil para ser realmente dulce.

—Bueno —exclamó impaciente—, ¿qué me dices?

—Es la Gioconda envuelta en martas cibelinas —respondí—. Cuéntame todo sobre ella.

—Ahora no, después de la cena —replicó, antes de empezar a hablar de otras cosas.

Cuando el camarero trajo el café y los cigarrillos, recordé a Gerald su promesa. Se levantó de su asiento, recorrió dos o tres veces de un lado a otro la estancia y, desplomándose en un sofá, me contó la siguiente historia:

—Una tarde —dijo—, estaba paseando por Bond Street alrededor de las cinco. Había una gran aglomeración de carruajes, y éstos estaban casi parados. Cerca de la acera, había un pequeño coche amarillo que, por algún motivo, atrajo mi atención. Al pasar junto a él, vi asomarse el rostro que te he enseñado esta tarde. Me fascinó al instante. Estuve toda la noche obsesionado con él, y todo el día siguiente. Caminé arriba y abajo por esa maldita calle, mirando dentro de todos los carruajes y esperando la llegada del coche amarillo; pero no pude encontrar a *ma belle inconnue* y empecé a pensar que se trataba de un sueño. Aproximadamente una semana después, tenía una cena en casa de Madame de Rastail. La cena iba a ser a las ocho; pero, media hora después, seguíamos esperando en el salón. Finalmente, el criado abrió la puerta y anunció a lady Alroy. Era la mujer que había estado buscando. Entró muy despacio, como un rayo de luna vestido de encaje gris y, para mi inmenso placer, me pidieron que la acompañase al comedor.

»—Creo que la vi en Bond Street hace unos días, lady Alroy —exclamé con la mayor inocencia cuando nos hubimos sentado.

»Se puso muy pálida y me dijo quedamente:

»—No hable tan alto, por favor; pueden oírle.

»Me sentí muy desdichado por haber empezado tan mal, y me zambullí imprudentemente en el asunto del teatro francés. Ella apenas decía nada, siempre con la misma voz baja y musical, y parecía tener miedo de que alguien la escuchara. Me enamoré apasionada, estúpidamente de ella, y la indefinible atmósfera de misterio que la rodeaba despertó mi más ferviente curiosidad. Cuando estaba a punto de marcharse, poco después de la cena, le pregunté si me permitiría ir a visitarla. Ella pareció vacilar, miró a uno y otro lado para comprobar si había alguien cerca de nosotros, y luego repuso:

»—Sí, mañana a las cinco menos cuarto.

»Pedí a Madame de Rastail que me hablara de ella, pero lo único que logré saber fue que era una viuda con una casa preciosa en Park Lane; y como algún aburrido científico empezó a disertar sobre las viudas, a fin de ilustrar la supervivencia de los

más capacitados para la vida matrimonial, me despedí y regresé a casa.

»Al día siguiente llegué a Park Lane con absoluta puntualidad, pero el mayordomo me comunicó que lady Alroy acababa de marcharse. Me dirigí al club bastante apesadumbrado y totalmente perplejo, y, después de meditarlo con detenimiento, le escribí una carta pidiéndole permiso para intentar visitarla cualquier otra tarde. No recibí ninguna respuesta en varios días, pero finalmente llegó una pequeña nota diciendo que estaría en casa el domingo a las cuatro, y con esta extraordinaria postdata: “Le ruego que no vuelva a escribirme a esta dirección; se lo explicaré cuando le vea”. El domingo me recibió y no pudo estar más encantadora; pero, cuando iba a marcharme, me rogó que, si en alguna ocasión la escribía de nuevo, dirigiera mi carta “a la atención de la señora Knox, Biblioteca Whittaker, Green Street”.

»—Existen razones —dijo— que no me permiten recibir cartas en mi propia casa.

»Durante toda aquella temporada, la vi con asiduidad, y jamás la abandonó aquel aire de misterio. A veces se me ocurría pensar que estaba bajo el poder de algún hombre, pero parecía tan inaccesible que no podía creerlo. Era realmente difícil para mí llegar a alguna conclusión, pues era como uno de esos extraños cristales que se ven en los museos, y que tan pronto son transparentes como opacos. Al final decidí pedirle que se casara conmigo: estaba harto del constante sigilo que imponía a todas mis visitas y a las escasas cartas que le enviaba. Le escribí a la biblioteca para preguntarle si podía reunirse conmigo el lunes siguiente a las seis. Me respondió que sí, y yo me sentí en el séptimo cielo. Estaba loco por ella, a pesar del misterio, pensaba yo entonces —por efecto de él, comprendo ahora—. No; era la mujer lo que yo amaba. El misterio me molestaba, me enloquecía. ¿Por qué me puso el azar en su camino?

—Entonces, ¿lo descubriste? —exclamé.

—Eso me temo —repuso—. Puedes juzgar por ti mismo.

»El lunes fui a almorzar con mi tío y, hacia las cuatro, llegué a Marylebone Road. Mi tío, como sabes, vive en Regent’s Park. Yo quería ir a Piccadilly y, para atajar, atravesé un montón de viejas callejuelas. De pronto, vi delante de mí a lady Alroy, completamente tapada con un velo y andando muy deprisa. Al llegar a la última casa de la calle, subió los escalones, sacó una llave y entró en ella. “He aquí el misterio”, pensé; y me acerqué presuroso a examinar la vivienda. Parecía uno de esos lugares que alquilan habitaciones. Su pañuelo se había caído en el umbral. Lo recogí y lo metí en mi bolsillo. Entonces empecé a cavilar sobre lo que debía hacer. Llegué a la conclusión de que no tenía el menor derecho a espiarla y me dirigí en carruaje al club. A las seis aparecí en su casa. Se hallaba recostada en un sofá, con un elegante vestido de tisú plateado sujeto con unas extrañas adularias que siempre llevaba. Estaba muy hermosa.

»—No sabe cuánto me alegro de verlo —dijo—; no he salido en todo el día.

»La miré sorprendido, y sacando el pañuelo de mi bolsillo, se lo entregué.

»—Se le cayó esta tarde en Cummor Street, lady Alroy —señalé sin inmutarme.

»Me miró horrorizada, pero no hizo ninguna tentativa de coger el pañuelo.

»—¿Qué estaba haciendo allí? —inquirí.

»—¿Y qué derecho tiene usted a preguntármelo? —exclamó ella.

»—El derecho de un hombre que la quiere —contesté—; he venido para pedirle que sea mi mujer.

»Ocultó el rostro entre las manos y se deshizo en un mar de lágrimas.

»—Debe contármelo —proseguí.

»Ella se puso en pie y, mirándome a la cara, respondió:

»—Lord Murchison, no tengo nada que contarle.

»—Fue usted a reunirse con alguien —afirmé—; ése es su misterio.

»Lady Alroy adquirió una palidez cadavérica y dijo:

»—No fui a reunirme con nadie.

»—¿Acaso no puede decir la verdad? —exclamé.

»—Ya se la he dicho —repuso.

»Yo estaba furibundo, enloquecido; no recuerdo mis palabras, pero la acusé de cosas terribles. Finalmente, me precipité fuera de su domicilio. Ella me escribió una carta al día siguiente; se la devolví sin abrir y me fui a Noruega con Alan Colville. Regresé un mes más tarde y lo primero que leí en el *Morning Post* fue la muerte de lady Alroy. Se había resfriado en la ópera, y había muerto de una congestión pulmonar a los cinco días. Me encerré en casa y no quise ver a nadie. La había querido demasiado, la había amado con locura. ¡Santo Dios! ¡Cuánto había amado a esa mujer!

—¿Y nunca fuiste a aquella casa? —le interrumpí.

—Sí —replicó.

»Un día me dirigí a Cummor Street. No pude evitarlo; me torturaba la duda. Llamé a la puerta y me abrió una mujer de aire respetable. Le pregunté si tenía alguna habitación para alquilar.

»—Verá, señor —contestó—, en teoría los salones están alquilados, pero, como hace tres meses que la señora no viene y que nadie paga la renta, puede usted quedarse con ellos.

»—¿Es ésta su inquilina? —quise saber, mostrándole la foto.

»—Sin duda alguna —exclamó—, y ¿cuándo piensa volver, señor?

»—La señora ha fallecido —repuse.

»—¡Oh, señor, espero que no sea cierto! —dijo la mujer—. Era mi mejor inquilina. Me pagaba tres guineas a la semana sólo por sentarse en mis salones de vez en cuando.

»—¿Se reunía con alguien? —le pregunté.

»Pero la mujer me aseguró que no, que siempre llegaba sola y jamás veía a nadie.

»—¿Y qué diablos hacía? —inquirí.

»—Se limitaba a sentarse en el salón, señor, y leía libros; a veces también tomaba

el té —respondió ella.

»No supe qué contestarle, así que le di una libra y me marché.

—Y bien, ¿qué crees que significaba todo aquello? ¿No pensarás que la mujer decía la verdad?

—Pues claro que lo pienso.

—Entonces, ¿por qué acudía allí lady Alroy?

—Mi querido Oswald —repliqué—, lady Alroy era simplemente una mujer obsesionada con el misterio. Alquiló esas habitaciones por el placer de ir allí tapada con su velo, imaginando que era la heroína de una novela. Le encantaban los secretos, pero no era más que una esfinge sin secreto.

—¿De veras lo crees?

—Estoy convencido.

Sacó la cajita de tafilete, la abrió y contempló la fotografía.

—Sigo teniendo mis dudas —exclamó finalmente.

George Gissing

Era día de mercado en la pequeña ciudad; a la una en punto, un grupo de aldeanos rodeaba la mesa de El Galgo, atraído por sus apetitosos olores y la espuma de su cerveza ambarina. En otro comedor menos espacioso, preparado para dar cabida a quienes no tenían sitio en el principal, se sentaban —además de tres clientes habituales— dos personas de aspecto muy diferente: un hombre de mediana edad, calvo, delgado, anodino, aunque de lo más respetable, a juzgar por su modales y por su vestimenta, y una joven, sin duda hija suya, de veintitantos años, casi treinta, cuyo sencillo vestido parecía armonizar con un rostro de serena belleza y unos ademanes tímidos no exentos de gracia. Mientras esperaban la comida, conversaban en voz baja; sus breves comentarios y exclamaciones hablaban de un largo paseo desde el balneario que había en la costa, a escasas millas. A su manera tranquila, parecían haber disfrutado, y era evidente que almorzar en una posada era para ellos una especie de aventura. La joven arregló con cierta torpeza el ramo de flores silvestres que había cogido, y lo colocó en un vaso de agua para que no perdiera su frescor. Cuando llegó una mujer con las viandas, padre e hija guardaron silencio; después de unos momentos de indecisión y de miradas mutuas, empezaron, algo nerviosos, a comer con apetito.

Apenas habían recobrado su modesta confianza cuando se oyó en la entrada una voz viril, canturreando alegremente, y los dos advirtieron la presencia de un joven alto, pelirrojo y cualquier cosa menos guapo, acalorado y sudoroso del sol del camino. Su chaqueta abierta dejaba ver una camisa azul de algodón sin chaleco, llevaba en la mano un viejo sombrero de paja, y una gruesa capa de polvo cubría sus botas. Cualquiera habría pensado que se trataba de un turista de los más ruidosos, y su potente «¡Buenos días!» al entrar sonó como una grave amenaza contra la intimidad; por otro lado, la rapidez con que se abrochó la chaqueta, así como la discreta elección de un lugar lo más alejado posible de los dos comensales a los que su llegada perturbaba, indicaba cierto tacto. Ambos habían respondido a su saludo con un murmullo casi inaudible. Con los ojos fijos en el plato, padre e hija hicieron caso omiso de él; el joven, sin embargo, se aventuró a hablar de nuevo.

—¡Menudo ajeteo tienen hoy! No queda un solo sitio en el otro comedor.

Su intención fue pedirles disculpas, y no se había dirigido a ellos con descortesía. Tras unos instantes de silencio, el hombre calvo y respetable respondió secamente:

—Estamos en un lugar público, que yo sepa.

El intruso se quedó callado. Pero miró a la joven en más de una ocasión y,

después de cada escrutinio furtivo, su rostro vulgar mostraba cierta inquietud, una solícita preocupación. La única vez que miró al mudo progenitor fue arqueando las cejas de un modo despectivo.

No tardó en aparecer otro huésped, un campesino corpulento, que se dejó caer en una silla que crujía renegando de la ola de calor. El caminante de cabellos pelirrojos entabló conversación con él. Hablaron de la cerveza. Estuvieron de acuerdo en que la local era extraordinariamente buena, y los dos encargaron una segunda pinta. ¿Qué sería de Inglaterra —decían ambos— sin su cerveza? ¡Deberían sentir vergüenza los miserables traficantes que aguaban o envenenaban esa noble bebida! ¡Y qué fría estaba! ¡Ah! ¡A la temperatura de la bodega! El joven pelirrojo propuso una tercera jarra.

Los dos hombres habían emprendido sólo a medias su feroz ataque a la comida y la bebida cuando padre e hija, tras intercambiar unos breves murmullos, se pusieron en pie para marcharse. Después de abandonar la habitación, la joven se dio cuenta de que había olvidado las flores; pero no se atrevió a regresar en su busca y, consciente de que a su padre no le agradaría hacerlo, se abstuvo de decirle nada.

—¡Qué lástima! —exclamó el señor Whiston (que era su respetable apellido), mientras se alejaban paseando—. Al principio parecía que nuestro almuerzo iba a ser realmente tranquilo y agradable.

—A mí me ha gustado, de todas formas —repuso su acompañante, que se llamaba Rose.

—La bebida, ¡qué hábito tan detestable! —añadió el padre con severidad (él había tomado agua, como siempre)—. Y la cerveza, ¡mira lo vulgar y grosera que vuelve a la gente!

El señor Whiston se estremeció. Rose, sin embargo, no parecía estar tan de acuerdo con él como otras veces. Miraba al suelo, y apretaba los labios con cierta firmeza. Cuando empezó a hablar, cambió de tema.

Eran londinenses. El señor Whiston trabajaba de delineante en el despacho de un editor geográfico; aunque sus ingresos eran modestos, había practicado siempre una rígida economía, y la posesión de un pequeño capital familiar le ponía a salvo de cualquier vicisitud. Profundamente consciente de los límites sociales, se sentía muy agradecido de que no hubiera nada vergonzoso en su empleo, que podía considerarse con justicia una profesión, y cultivaba su sentido de la respetabilidad tanto por el bien de Rose como por el suyo propio. Ella era su única hija; la madre de la joven había fallecido hacía algunos años. Todos sus parientes, tanto paternos como maternos, reivindicaban ser gente de buena familia, aunque sólo lo respaldara el más pequeño margen de independencia económica. La muchacha había crecido en un ambiente poco propicio al desarrollo intelectual, pero había recibido una educación bastante buena y la naturaleza la había dotado de inteligencia. Percibía la escrupulosidad de su padre y el verdadero cariño que éste le profesaba, lo que le impedía criticar abiertamente los principios que regían su existencia; de ahí su costumbre de meditar

en soledad, algo que alentaba, al tiempo que combatía, la dulce timidez del carácter de Rose.

El señor Whiston rehuía la sociedad, temeroso siempre de no recibir el trato que merecía; en su fuero interno, mientras tanto, deploraba las escasas oportunidades sociales que se le presentaban a su hija, y se pasaba la vida ideando planes ventajosos para ella, planes que jamás iban más allá de la mera especulación. Vivían en una pequeña casa de un barrio al oeste de la ciudad, un hogar en el que brillaban todas las virtudes domésticas; pero apenas una docena de personas cruzaban su umbral al año. Las dos o tres amigas de Rose desconfiaban tanto como ella del mundo. Una acababa de contraer matrimonio después de un larguísimo noviazgo; y Rose todavía temblaba de emoción al recordarlo, y seguía preguntándose asustada si la novia sería feliz. Su propio matrimonio era un hecho tan inconcebible que la mera idea de pensar en él parecía algo presuntuoso, además de completamente irracional.

Todos los inviernos, el señor Whiston hablaba de los lugares nuevos que él y Rose visitarían con la llegada de las vacaciones; y todos los veranos se acobardaba ante cualquier audaz innovación, y proponía a su hija volver al mismo pueblo de la costa oeste, a la casa de huéspedes que tan bien conocían. No era el mejor ambiente para ninguno de los dos, que necesitaban estímulos tanto físicos como morales; pero sólo se percataban de esto cuando volvían a casa, con un largo y monótono año por delante. Y era tan agradable sentirse bienvenido, respetado; recibir las sonrientes reverencias de los comerciantes; hablar con cierta condescendencia, con la seguridad de que sería apreciada. El señor Whiston saboreaba estos detalles y Rose, en ese sentido, no era muy diferente de él.

Hoy era su último día de vacaciones. Habían tenido un tiempo maravilloso desde el principio hasta el fin; y el sol había hecho algo más que rozar las mejillas de Rose, lo que sentaba muy bien a su serena belleza. Era la típica joven inglesa, bastante alta y, más que hermosa, atractiva; solía llevar la cabeza inclinada, y sus movimientos delataban una falta de confianza en sí misma que no era sino el fruto de una vida solitaria. De sus rasgos, destacaban los labios, cuyo contorno perfecto reflejaba dulzura sin debilidad de carácter. Era esa clase de muchacha que alcanza su plenitud al acercarse a los treinta años. Rose había empezado a conocerse a sí misma; sólo necesitaba una oportunidad para actuar de acuerdo con sus principios.

Un tren los llevaría de vuelta al balneario. En la estación, Rose se sentó a la sombra mientras su padre, que era terriblemente miope, escudriñaba las publicaciones del quiosco de libros. Bastante cansada después de la caminata, la joven estaba trazando distraídamente un dibujo con la punta de su sombrilla cuando alguien se acercó y se puso delante de ella. Alarmada, levantó los ojos y reconoció al hombre pelirrojo de la posada.

—Dejó usted estas flores en un vaso de agua que había en la mesa. Espero que no le parezca una descortesía, pero ¿las dejó allí a propósito?

Tenía las flores en la mano, y había protegido cuidadosamente los tallos con un

trozo de papel. Por unos instantes, Rose fue incapaz de contestar; miró a su interlocutor, sintió cómo le ardían las mejillas y, completamente azorada, dijo lo primero que se le ocurrió.

—¡Oh!... ¡Gracias! Me olvidé de ellas. Es usted muy atento.

Sus manos se rozaron cuando ella cogió el ramo. Sin decir nada más, el joven se dio media vuelta y se alejó dando zancadas.

El señor Whiston no había sido testigo de aquella escena. Cuando se acercó, Rose le enseñó las flores riendo.

—¡Qué amable! Me olvidé de ellas, ¿sabe?, y alguien de la posada me las ha traído.

—Todo un detalle por su parte —respondió encantado el padre—. Un lugar muy agradable, esa posada. Regresaremos... algún día. Conviene alentar semejantes muestras de cortesía; no son nada frecuentes en la actualidad.

El hombre pelirrojo viajó en el mismo tren que ellos, aunque en diferente vagón. Rose lo vio en el balneario. Estaba enfadada consigo misma por no haberle agradecido lo suficiente su amabilidad; tenía la impresión de que no le había dado las gracias. ¡Qué absurdo, a su edad, ser incapaz de dominar sus emociones! Al mismo tiempo, se quedó pensando en las palabras de su padre: «criaturas vulgares y groseras», y eso le indignó aún más que su propia conducta. El desconocido no era en absoluto vulgar, y estaba lejos de ser grosero. Incluso sus comentarios sobre la cerveza (recordaba todos y cada uno de ellos) habían sido más graciosos que ofensivos. ¿Se trataba de un caballero? Esta pregunta la inquietó; implicaba una definición tan técnica, y tenía tantas dudas de cuál sería la respuesta. Era ostensible que se había comportado como un caballero; pero su voz carecía de algo... ¿Vulgar? ¿Grosero? ¡No, no, no! Lo cierto es que su padre era demasiado severo, por no decir poco caritativo. Aunque tal vez estuviera pensando en el campesino corpulento... ¡Eso debía de ser!

De repente se sintió muy abatida. En la casa de huéspedes, se sentó en su dormitorio y contempló el mar a través de la ventana abierta. Le invadía un sentimiento de desánimo, casi desconocido hasta entonces; y echaba a perder el cielo azul y la suave línea del horizonte. Pensó con tristeza en el viaje de regreso al día siguiente, en su casa de las afueras, en la interminable monotonía que le esperaba. Las flores estaban en su regazo; aspiró su aroma y soñó despierta con ellas. Y entonces, ¡qué extraña incongruencia!, la cerveza acudió a su pensamiento.

Entre el té y la cena, ella y su padre se quedaron en la playa. El señor Whiston estaba leyendo. Rose fingía pasar las páginas de un libro. De pronto, tan inesperadamente para ella como para su acompañante, la joven rompió el silencio.

—Padre, ¿no cree que tenemos demasiado miedo de hablar con extraños?

—¿Demasiado miedo?

El señor Whiston estaba perplejo. Había olvidado por completo el incidente del restaurante.

—Bueno... ¿Qué hay de malo en sostener una pequeña conversación cuando se está lejos de casa? En la posada de hoy, recuerde, no puedo evitar pensar que hemos estado bastante... quizá un poco... demasiado silenciosos.

—Mi querida Rose, ¿acaso deseabas hablar de la cerveza?

La joven se sonrojó, pero repuso con mayor intensidad:

—Por supuesto que no. Pero cuando el primer caballero entró, ¿no habría sido lógico intercambiar con él unas cuantas palabras amistosas? Estoy segura de que no habría hablado de cerveza con *nosotros*.

—¿El *caballero*? No vi a ningún caballero, querida. Supongo que era un humilde oficinista, o algo parecido, y no tenía nada que decirnos.

—Pero nos dio los buenos días, y se disculpó por sentarse en nuestra mesa. No tenía por qué haberlo hecho.

—Precisamente. A eso me refiero —replicó el señor Whiston, satisfecho—. Mi querida Rose, si yo hubiera estado solo, tal vez habría hablado un poco con él, pero, contigo delante, era imposible. Uno tiene que extremar sus cuidados. Un hombre como él se tomaría toda clase de libertades. A esa clase de personas hay que mantenerlas a distancia.

Después de una pequeña pausa, Rose añadió con una firmeza poco común en ella:

—Estoy convencida, padre, de que no se habría tomado la menor libertad. Tengo la impresión de que sabía muy bien cómo comportarse.

El señor Whiston se sintió aún más perplejo. Cerró el libro para meditar sobre aquel nuevo problema.

—Uno tiene que establecer ciertas reglas —declaró sentenciosamente—. Nuestra posición, Rose, como te he explicado a menudo, es muy delicada. Todos los cuidados son pocos para una dama de tu condición. Tus compañeros naturales viven rodeados de riquezas; desgraciadamente, no puedo convertirme en una joven adinerada. Tenemos que defender nuestra dignidad, querida hija. Lo cierto es que no es *seguro* hablar con extraños... y menos en una posada. Sólo tienes que recordar aquella repulsiva conversación sobre la cerveza.

Rose guardó silencio. Su padre sopesó un poco más la situación, se sintió tranquilo y volvió al libro.

A la mañana siguiente llegaron temprano a la estación, a fin de conseguir buenos asientos para el largo viaje a Londres. Casi hasta el último momento, creyeron que irían solos en el compartimento. Pero de pronto se abrió la portezuela, una bolsa voló hasta el asiento y, detrás de ella, apareció un hombre acalorado y jadeante, un hombre pelirrojo, que los dos viajeros reconocieron en seguida.

—¡Pensé que había perdido el tren! —exclamó el intruso alegremente.

El señor Whiston volvió la cabeza con expresión contrariada. Rose se quedó inmóvil, con la vista clavada en el suelo. El desconocido se enjugó la frente en silencio.

Miró a Rose; la miró una y otra vez. Y Rose fue consciente de cada mirada. No se

le ocurrió sentirse ofendida. Al contrario, un tímido placer embargó su ánimo, y éste se vio intensificado cada vez que los ojos del desconocido se posaban en ella. Ella no le miró; y, sin embargo, podía verlo. ¿Tenía un rostro vulgar?, se preguntó. Tal vez no fuera guapo, pero decididamente no era vulgar. El cabello pelirrojo, pensó, no era de un color demasiado encendido; su tonalidad no le disgustaba. El joven tarareaba una canción; parecía tener esa costumbre, sin duda una muestra de sano optimismo. Entretanto, el señor Whiston seguía muy envarado en su rincón, contemplando el paisaje, todo un modelo de muda respetabilidad.

En la primera parada, entró otro hombre. Esta vez, con toda seguridad, un viajante de comercio. No tardó en enfrascarse en un diálogo con Rufus^[1]. El viajante se quejó de que todos los compartimentos de fumadores estuvieran llenos.

—¡Caramba! —exclamó Rufus, con una carcajada—. Eso me recuerda que yo quería fumar. Lo había olvidado; subí tan de prisa...

La «especialidad» del viajante era el tabaco; así que hablaron de tabaco... y Rufus lo hizo con entusiasmo. Luego la conversación se hizo más general.

—Le envidio —exclamó Rufus—, siempre viajando de un lugar a otro. Yo trabajo en una horrible oficina, y sólo tengo quince días de vacaciones al año. ¡Pero las disfruto, se lo aseguro! Hoy es mi último día, ¡mala suerte! Estoy pensando en emigrar, ¿tiene algún consejo que darme sobre las colonias?

El joven explicó cómo había pasado las vacaciones. Rose no se perdió una sola palabra, y su corazón vibró de simpatía ante el amor a la libertad que él manifestaba. No le importaba que, de vez en cuando, su lenguaje fuese vulgar; el tono era varonil y sincero, y ponía de manifiesto cierta ingenuidad nada común en los hombres, fuesen o no caballeros. En un momento determinado, la muchacha sintió el impulso de mirar fugazmente su rostro. Después de todo, ¿era tan poco atractivo? Sus facciones le parecía que tenían cierta finura que no había advertido antes.

—Intentaré encontrar sitio en un vagón de fumadores —dijo el viajante de comercio, mientras el tren aminoraba la marcha y entraba en una estación muy concurrida.

Rufus vaciló. Su mirada recorrió el compartimento.

—Yo creo que me quedaré donde estoy —exclamó finalmente.

En ese mismo momento, por primera vez, Rose se tropezó con sus ojos. Y se dio cuenta de que éstos no se apartaban de ella en seguida; tenían una expresión muy singular, como si sonrieran para pedirle perdón por su audacia. Y Rose, a pesar de volver la vista a otro lado, le contestó con una sonrisa.

El tren se detuvo. El viajante de comercio se apeó. Rose, inclinándose hacia su padre, le dijo en voz baja que tenía sed; ¿no le traería un vaso de leche o una limonada? Aunque poco dispuesto a hacer semejantes recados, el señor Whiston se vio obligado a acceder; se dirigió a toda prisa a la cantina de la estación.

Y Rose sabía lo que iba a ocurrir; lo sabía perfectamente. Sentada muy erguida, sin fijar la vista en nada, sintió cómo se le acercaba el joven, ahora a solas con ella.

Lo vio a su lado; oyó su voz.

—No puedo evitarlo. Necesito hablar con usted, ¿me deja?

Rose balbuceó una respuesta.

—Fue tan amable al traerme las flores. Y no se lo agradecí debidamente.

—Ahora o nunca —prosiguió el joven en tono agitado—. ¿Me permite que le diga mi nombre? ¿Me dará el suyo?

El silencio de Rose mostró su consentimiento. El osado Rufus arrancó una página de una libreta, escribió rápidamente su nombre y dirección, y se la dio a Rose. Después arrancó otra página, se la entregó a la muchacha con el lápiz y, en unos segundos, tenía el preciado trozo de papel bien seguro en su bolsillo. Apenas habían terminado la transacción cuando entró un desconocido. El joven volvió de un salto a su rincón, justo a tiempo para ver el regreso del señor Whiston, vaso en mano.

Durante el resto del viaje, el estado de ánimo de Rose fue de lo más extraño. No se sentía nada avergonzada de sí misma. Tenía la impresión de que lo ocurrido era completamente inocente y natural. Lo extraordinario era tener que estar sentada en silencio y con el rostro impasible, a escasa distancia de una persona con la que deseaba fervientemente conversar. Un repentino fulgor había hecho que la vida pareciera muy diferente. Creía interpretar un papel en una grotesca comedia, en vez de vivir en un mundo de crudas realidades. El decoroso silencio de su padre le resultaba absurdo e intolerable. Podría haber estallado en carcajadas; en algunos momentos, el deseo de rebelarse la hacía sentirse indignada, molesta, temblorosa. Percibió la fría mirada de superioridad con que el señor Whiston parecía examinar a los demás ocupantes del compartimento. Se quedó estupefacta. Sentía como si su padre fuera un extraño. El señor Whiston echó la cabeza hacia adelante y le hizo un comentario de lo más trivial; a duras penas se dignó contestarle. Su criterio sobre la conducta y el carácter habían sufrido un brusco y extraordinario cambio. Habiendo justificado sin la menor sombra de duda su increíble proceder, juzgaba todo y a todos con un nuevo patrón misteriosamente adquirido. Ya no era la Rose Whiston de ayer. Su antiguo ser era alguien a quien debía compadecer. Sentía una felicidad indescriptible y, al mismo tiempo, un miedo cada vez más intenso.

El miedo predominaba; fue un verdadero tormento para ella ver aparecer las calles de Londres, a uno y otro lado. Doblado muy pequeño, y aplastado dentro de su palma, el trozo de papel con la inscripción aún sin leer parecía quemarle la mano. Una, dos, tres veces, su mirada tropezó con la de su amigo. Él sonreía alegre, valerosamente, con el claro propósito de animarla. Conocía mejor el rostro del joven que el de cualquiera de sus viejos amigos; percibía en él una belleza varonil. Tenía que hacer un gran esfuerzo para no darse media vuelta, y desplegar y leer lo que él había escrito. El tren disminuyó de velocidad y se detuvo. Sí, habían llegado a Londres. Debía levantarse y salir de allí. Una vez más sus ojos se encontraron. Después, sin que pudiera recordar el menor intervalo, se encontró en el metropolitano^[2], dirigiéndose a su hogar en las afueras de la ciudad.

Un fuerte dolor de cabeza la obligó a acostarse temprano. Bajo su almohada, había un pedacito de papel con un nombre y una dirección que no era probable que ella olvidara. Y aquella noche de sueños agitados fue un verdadero suplicio para Rose. ¡Ya no podía aplaudirse a sí misma! ¡Adiós a su valor, a su nueva energía! Se vio con los ojos de antes, y se sintió profundamente avergonzada.

¿De quién era la culpa? Se lo preguntó al amanecer, empujada por la amargura del sufrimiento. ¿Qué clase de vida era la suya en aquel pequeño mundo de asfixiante respetabilidad? Prohibido esto, prohibido lo otro; permitido... el orgullo de ser una dama. Y ella no lo era, después de todo. ¿Qué dama habría intercambiado nombre y dirección con un desconocido en un vagón de tren? Y a escondidas, además, para que a su padre le pasara inadvertido. Pero, si no era una dama, ¿qué *era*? Aquello significaba el fracaso más absoluto de su educación. El único fin para el que había vivido se había frustrado. Era una joven de lo más vulgar... que hacía buena pareja, sin duda, con un descarado oficinista, cuya ruidosa conversación giraba en torno a la cerveza y al tabaco.

Esto la detuvo. Impulsada a defender a su amigo, que, aunque oficinista, no era un hombre vulgar ni descarado, sintió cómo recobraba su dignidad. La lucha interior continuó horas y horas; la dejó exhausta, contrarrestó el saludable efecto del sol y del mar, y la dejó pálida y sin fuerzas.

—Me temo que el viaje de ayer fue demasiado para ti —exclamó el señor Whiston, después de observar lo silenciosa que estaba al día siguiente por la tarde.

—No tardaré en recuperarme —contestó ella, fríamente.

El padre, intranquilo, se quedó pensativo. No había olvidado la sorprendente opinión que Rose había expresado después de su almuerzo en la posada. El cariño le hacía muy vulnerable a cualquier cambio en la conducta de la joven. El próximo verano tenían que encontrar un lugar que resultara más tonificante. Sí, sí; era evidente que Rose necesitaba algo más tonificante. Aunque siempre se sentía mejor cuando llegaba el frío.

Al día siguiente, le llegó el turno de estar preocupada a la hija. El rostro del señor Whiston, de repente, reflejó una severa indignación. Estaba muy distraído; apenas dijo nada cuando se sentó a la mesa; tenía tics nerviosos, y trataba de contener unos murmullos que parecían de rabia. Todo eso se repitió al día siguiente, y Rose empezó a inquietarse seriamente. No podía evitar relacionar el extraño comportamiento de su padre con el secreto que atormentaba su corazón.

¿Habría ocurrido algo? ¿Había visto su amigo al señor Whiston? ¿Le habría escrito?

Había esperado temblorosa todas las llegadas del correo. Era probable... y más que probable... que *él* le dirigiera una misiva; pero, de momento, no había recibido ninguna. Transcurrió una semana, y no llegó nada. Su padre volvía a ser el mismo de siempre; era obvio que ella no había adivinado la causa de su enfado. Pasaron diez días, y no llegó ninguna carta.

Era sábado por la tarde. El señor Whiston regresó a casa a la hora del té. Nada más verlo, su hija comprendió que la inquietud y la ira se habían adueñado nuevamente de él. Rose se estremeció, y estuvo a punto de echarse a llorar, pues la incertidumbre le había alterado los nervios.

—Me siento obligado a hablarte de un asunto muy desagradable —empezó a decir el señor Whiston, mientras tomaban el té—, un asunto realmente desagradable. Mi único consuelo es que posiblemente dirimiré una pequeña discusión que tuvimos en el balneario.

Tal como solía hacer cuando expresaba una opinión importante (y el señor Whiston rara vez expresaba alguna que no lo fuera), hizo una larga pausa, mientras acariciaba su barba rala con los dedos. La demora irritó a Rose, hasta resultarle casi insoportable.

—El hecho es que —prosiguió finalmente— hace una semana recibí la carta más increíble... la carta más insolente que he leído en toda mi vida. Su remitente era aquel ruidoso bebedor de cerveza que nos molestó en la posada cuando queríamos estar a solas... ¿te acuerdas? Empezaba explicándome quién era y... no sé si podrás creerlo, ¡tenía el descaro de decir que deseaba conocerme! ¡Qué carta tan insólita! Como es natural, la dejé sin respuesta, lo único decente que podía hacer. Pero el joven me escribió de nuevo, preguntándome si había recibido su proposición. Esta vez le contesté, muy secamente, para saber cómo había averiguado mi nombre. Además, ¿qué motivos le había dado yo para suponer que deseaba volver a verlo? Su réplica fue un ultraje aún mayor que su primera ofensa. Me explicaba con toda franqueza que, para descubrir mi nombre y dirección, ¡nos había seguido hasta casa desde la estación de Paddington! Y, como si eso no fuera bastante horrible, seguía diciendo... francamente, Rose, creo que debo pedirte disculpas, pero no tengo otra elección que repetirte sus palabras. Lo cierto es que el joven me comunica que sólo desea conocerme ¡para poder conocerte a *ti*! Lo primero que se me ocurrió fue llevar la carta a la policía. Tal vez lo haga; sobre todo si vuelve a escribir. Ese hombre debe de estar loco... es posible que sea peligroso. Quizá esté merodeando por los alrededores de la casa. Me veo obligado a advertirte de que existe esa desagradable posibilidad.

Rose removía su té; y también sonreía. Siguió removiendo y sonriendo sin ser consciente de ninguna de las dos cosas.

—¿Te parece divertido? —inquirió su padre, en tono solemne.

—¡Vamos, padre! Lamento, por supuesto, que le hayan molestado.

La voz y el rostro de la joven denotaban tan poco pesar que el señor Whiston la miró enojado. Su silencio cargado de expectación fue el origen de uno de aquellos axiomas admonitorios que hasta entonces habían regido la vida de su hija.

—Querida, te aconsejo que nunca tomes a broma los asuntos relacionados con el decoro. ¿Acaso puede haber un ejemplo mejor de lo que he repetido tantas veces... que, por nuestro propio bien, estamos obligados a guardar cierta distancia con los

desconocidos?

—Padre...

Rose empezó con firmeza, pero se le quebró la voz.

—¿Qué ibas a decir, Rose?

La muchacha hizo acopio de todo su valor.

—¿Me deja ver las cartas?

—Desde luego. No existe el menor inconveniente.

Sacó del bolsillo los tres sobres y se los entregó a su hija. Con manos temblorosas, Rose desdobló la primera; estaba escrita con una letra clara de hombre de negocios, y la firmaba «Charles James Burroughs». Cuando terminó de leerlas, la joven preguntó dulcemente:

—Padre, ¿está seguro de que estas cartas son insolentes?

El señor Whiston guardó silencio mientras se pasaba los dedos por la barba.

—¿Qué duda puede haber?

—A mí me parecen muy respetuosas y sinceras —prosiguió Rose tímidamente.

—¡Me asombras, querida! ¿Es respetuoso que te obliguen a conocer a un extraño del que no quieres saber nada? La verdad es que no te entiendo, Rose. ¿Dónde está tu sentido de la decencia? Un joven ruidoso y vulgar que habla de cerveza y de tabaco... ¡un humilde oficinista! ¡Y tiene la osadía de escribirme que desea entablar amistad con mi hija! ¿Respetuosas? ¿Sinceras? ¿Lo dices en serio?

Cuando el señor Whiston se excitaba hasta el punto de perder su decorosa gravedad, empezaba a resoplar; y en esos momentos, no resultaba nada imponente. Rose no levantó la mirada del suelo. Sintió su fuerza una vez más, la fuerza de una rebeldía justificada y racional contra la tiránica decencia que el señor Whiston veneraba.

—Padre...

—¿Sí, querida?

—Sólo hay una cosa que no me gusta en esas cartas... porque es mentira.

—No te entiendo.

Rose se puso roja como la grana. Se le crisparon los nervios; la audacia de sus palabras convertía en ridículo su apocamiento.

—El señor Burroughs asegura que nos siguió a casa desde Paddington para averiguar dónde vivíamos. Y no es cierto. Me preguntó mi nombre y dirección en el tren, y me dio los suyos.

El padre dejó escapar un grito ahogado.

—¿Te preguntó...? ¿Le diste...?

—Todo ocurrió cuando usted bajó a la cantina de la estación —prosiguió la joven con un aplomo increíble, como si fuera lo más natural—. Tenía que haberle contado, también, que el señor Burroughs fue quien me trajo las flores que había olvidado en la posada. Usted no vio cómo me las entregaba en el andén.

El padre la miró fijamente.

—Pero, Rose, ¿qué significa todo esto? ¡Me dejas asombrado! Continúa, te lo ruego. Y luego ¿qué?

—Nada, padre.

La muchacha, de pronto, se sintió embargada de tantas y tan confusas emociones que abandonó la silla y salió precipitadamente del cuarto.

Antes de que el señor Whiston regresara a sus dibujos geográficos el lunes por la mañana, había tenido una larga conversación con Rose, y otra aún más larga consigo mismo. No le resultó fácil comprender lo justa que era la lucha de su hija contra el decoro; lo cierto es que tuvieron que pasar muchos días antes de que consintiera hacer algo más que pedir informes de Charles James Burroughs, y de que permitiera a ese joven extenderse en más detalles sobre sí mismo por escrito. Rose triunfó gracias al silencio. Después de defenderse contra la acusación de deshonestidad, se negó a hablar de sus propias inclinaciones o de los derechos del señor Burroughs; y su muda paciencia surtió efecto en su escrupuloso aunque tierno padre.

—Estoy dispuesto a admitir, querida —dijo el señor Whiston una noche, *à propos* de nada—, que la mentira que escribió ese joven en la carta denota cierta delicadeza.

—Gracias, padre —se limitó a responder Rose, dulcemente.

Y al día siguiente, el padre envió por correo una invitación de lo más ceremoniosa, digna y formal, que trajo consecuencias.

Kennedy es un médico rural y reside en Colebrook, en la costa de Eastbay. El acantilado que se eleva abruptamente tras los tejados rojos de la pequeña aldea parece empujar la pintoresca High Street hacia el espigón que la resguarda del mar. Al otro lado de esa escollera, describiendo una curva, se extiende de manera uniforme, durante varias millas, una playa de guijarros, vasta y árida, con el pueblo de Brenzett destacando oscuramente en el otro extremo, una aguja entre un grupo de árboles; más allá, la columna perpendicular de un faro, no mayor que un lápiz desde la distancia, señala el punto donde se desvanece la tierra. Detrás de Brenzett, los campos son bajos y llanos; pero la bahía está muy protegida, y, de vez en cuando, un buque de gran tamaño, obligado por la mar o el mal tiempo, fondea a una milla y media al norte de la puerta trasera de la Posada del Barco en Brenzett. Un desvencijado molino de viento, que levanta en las cercanías sus aspas rotas sobre un montículo no más elevado que un estercolero, y una torre de defensa^[1], que acecha al borde del agua media milla al sur de las cabañas de los guardacostas, resultan muy familiares para los capitanes de las pequeñas embarcaciones. Son las marcas náuticas oficiales para delimitar ese lugar de fondeo seguro que las cartas del Almirantazgo representan como un óvalo irregular de puntos con numerosos seises en su interior, sobre los que se ha dibujado un ancla diminuta y una leyenda que reza: «Barro y conchas».

Desde la parte más alta del acantilado se ve la imponente torre de la iglesia de Colebrook. La pendiente está cubierta de hierba y por ella serpentea un camino blanco. Subiendo por él, se llega a un ancho valle, no muy profundo, una depresión de verdes praderas y de setos que se funden tierra adentro con el paisaje de tintes purpúreos y de líneas ondeantes que cierran el panorama.

En ese valle que baja hasta Brenzett y Colebrook y asciende hasta Darnford, el mercado comarcal a catorce millas de distancia, ejerce de médico mi amigo Kennedy. Empezó su carrera como cirujano de la Armada, y después acompañó en sus periplos a un famoso viajero, en los días en que todavía quedaban continentes con tierras inexploradas en su interior. Sus escritos sobre la flora y la fauna le han dado cierta fama en los círculos científicos. Y ahora ocupa un puesto de médico rural... únicamente porque él quiere. Sospecho que su agudeza mental, al igual que un ácido corrosivo, ha destruido su ambición. Su inteligencia es de naturaleza científica, amante de la investigación, y hace gala de esa insaciable curiosidad que cree encontrar una partícula de verdad universal en cualquier misterio.

Hace muchos años, cuando volví del extranjero, me invitó a pasar unos días con

él. Acepté encantado y, como no podía abandonar a sus pacientes para estar conmigo, me llevaba en sus visitas con él... y a veces recorriamos más de treinta millas en una sola tarde. Yo le esperaba en el camino; el caballo arrancaba jugosas ramitas y yo, sentado en lo alto del carruaje, podía oír las carcajadas de Kennedy a través de la puerta entreabierta de alguna casa. Tenía una risa franca y atronadora, más propia de un hombre que le doblara en tamaño, unos ademanes enérgicos, un rostro bronceado y unos ojos grises a los que no parecía escapárseles nada. Tenía la habilidad de hacer que las personas le abrieran su corazón, y una paciencia inagotable para escuchar sus historias.

Cierto día en que salíamos trotando de un pueblo bastante grande por un camino muy umbroso, divisé a nuestra izquierda una casa de ladrillo, con cristales romboidales en las ventanas, una enredadera al final del muro, un tejado de tablones y algunas rosas que trepaban por las desvencijadas celosías del diminuto porche. Kennedy se detuvo junto a la entrada. Una mujer, a pleno sol, tendía una manta mojada entre dos viejos manzanos. Y, mientras el caballo zaino y rabón de largo cuello intentaba mover la cabeza tirando bruscamente de su mano izquierda, enfundada en un grueso guante de piel de perro, el médico preguntó por encima del seto:

—¿Qué tal su niño, Amy?

Tuve tiempo de ver su rostro inexpresivo y colorado, no por efecto de la vergüenza sino como si sus mejillas hubieran sido enérgicamente abofeteadas, y reparar en su figura rechoncha y en sus cabellos castaños, poco abundantes y sin brillo, recogidos en un apretado moño por encima de la nuca. Parecía bastante joven. Con voz entrecortada, respondió tímidamente:

—Bien, gracias.

Nos pusimos nuevamente al trote.

—¿Es una de sus pacientes? —pregunté.

Y el médico, chasqueando distraídamente el látigo, masculló:

—Solía visitar a su marido.

—Parece una criatura muy simple —comenté con desgana.

—En efecto —dijo Kennedy—. Es terriblemente pasiva. Basta mirar esas manos enrojecidas al final de unos brazos tan cortos, y esos ojos castaños, saltones y poco despiertos, para comprender la inactividad de su cerebro... una inactividad que cualquiera habría creído eternamente a salvo de todas las sorpresas de la imaginación. Pero ¿quién está a salvo de ellas? En cualquier caso, ahí donde la ves, tuvo suficiente imaginación para enamorarse. Es la hija de un tal Isaac Foster, que de modesto granjero pasó a ser pastor, y cuyas desgracias comenzaron cuando huyó para casarse con la cocinera de su padre viudo, un rico ganadero apopléjico que, presa del furor, borró su nombre del testamento y, según dicen, profirió amenazas contra su vida. Pero este viejo asunto, suficientemente escandaloso para servir de argumento en una tragedia griega, tuvo su origen en la similitud de sus caracteres. Hay otras tragedias,

menos escandalosas y de un patetismo mucho más sutil, que surgen de diferencias irreconciliables y de ese miedo a lo Incomprensible que siempre se cierne sobre nuestras cabezas... sobre todas nuestras cabezas...

El caballo zaino, agotado, aminoró el paso; y el cerco del sol, completamente rojo en un cielo inmaculado, se apoyó confiado en la lisa superficie de una tierra de labranza cercana al camino, tal como se lo había visto hacer innumerables veces en el mar, allá en el lejano horizonte. El monótono color pardo de los campos arados brillaba con un tinte rosáceo, como si los terrones desmenuzados hubieran sudado en diminutas perlas de sangre el trabajo de incontables labradores. Un carro tirado por dos caballos avanzaba lentamente por la cima, dejando un pequeño bosque a su costado. Por encima de nuestras cabezas, se recortaba contra el horizonte sobre la luz rojiza del sol, triunfalmente grande, inmenso, como una cuadriga de gigantes tirada por dos parsimoniosos corceles de proporciones legendarias. Y la torpe silueta del hombre que caminaba penosamente delante del primer caballo se perfilaba sobre el Infinito con heroica rusticidad. El extremo de su látigo se agitaba en las alturas, en medio del azul del cielo.

—Es la hija mayor de una familia muy numerosa —señaló Kennedy—. A los quince años, la enviaron a servir en una granja llamada New Barns. Yo era el médico de la señora Smith, la mujer del arrendatario, y fue allí donde conocí a la joven. La señora Smith, una mujer elegante de nariz aguileña, le hacía vestirse de negro todas las tardes. No sé qué me impulsó a fijarme en ella. Hay rostros que nos llaman la atención por una extraña falta de definición en sus rasgos, de igual modo que, caminando en medio de la niebla, miramos con atención una forma borrosa que, al final, puede ser algo tan poco singular e inesperado como un poste indicador. La única peculiaridad que percibí en ella fue su ligera vacilación a la hora de expresarse, una especie de tartamudeo inicial que desaparecía en cuanto pronunciaba la primera palabra. Cuando se dirigían a ella con brusquedad, tendía a enfadarse; pero era sumamente bondadosa. Jamás se le había oído criticar a nadie y trataba con ternura a cualquier ser viviente. Quería con verdadera devoción a la señora Smith, al señor Smith, a sus perros, gatos y canarios; y, en cuanto al loro gris de la señora Smith, sus peculiaridades ejercían sobre ella una poderosa fascinación. Sin embargo, cuando ese extravagante pájaro fue atacado por el gato y gritó pidiendo ayuda con voz humana, ella se apresuró a huir al patio tapándose los oídos, en vez de impedir que se perpetrara el crimen. Para la señora Smith aquello era otra prueba de su estupidez; aunque la falta de atractivo de la joven, dada la ligereza de su marido, resultaba muy recomendable. Sus ojos miopes se llenaban de lágrimas cuando veía un pobre ratón atrapado en una ratonera, y, en cierta ocasión, unos niños la habían encontrado de rodillas en la hierba mojada ayudando a un sapo en dificultades. Si es verdad, como ha dicho algún alemán, que sin fósforo no hay pensamiento^[2], aún lo es más que no hay bondad sin cierta dosis de imaginación. Y ella la tenía... incluso más de la necesaria para comprender el sufrimiento y compadecerse de él. Se enamoró en unas

circunstancias que no dejan la menor duda al respecto; pues se necesita imaginación para formarse un ideal de belleza, y todavía más para descubrirlo bajo una forma poco común.

»Cómo adquirió esa cualidad, y qué supo avivarla, es un misterio inescrutable. La joven había nacido en el pueblo, y jamás había ido más allá de Colebrook o quizá de Darnford. Vivió cuatro años con los Smith. New Barns es una granja apartada, a una milla de la carretera, y ella se contentaba con mirar día tras día los mismos prados, cerros y hondonadas; los mismos árboles y setos vivos; los rostros de los cuatro hombres que trabajaban en la granja, siempre los mismos... día tras día, mes tras mes, año tras año. Nunca mostró el menor interés por conversar, y mi impresión es que no sabía sonreír. Algunas tardes de domingo, cuando el tiempo era bueno, se ponía su mejor vestido, un par de botas resistentes y un enorme sombrero gris con una pluma negra (la he visto personalmente así ataviada), cogía una sombrilla ridículamente fina, saltaba dos vallas y recorría tres campos y doscientas yardas de carretera... Jamás iba más lejos. Allí estaba la cabaña de los Foster. Ayudaba a su madre a preparar el té de los más pequeños, fregaba los platos, daba un beso a los niños y volvía a la granja. Eso era todo. Todo el descanso, todo el cambio, todo el esparcimiento. No parecía desear nada más. Y entonces se enamoró. Se enamoró silenciosa, obstinada... tal vez irremediabilmente. Fue un sentimiento que la invadió poco a poco, pero que acabó dominándola como un poderoso hechizo; fue un amor como se entendía en la Antigüedad: un impulso irresistible y fatídico... ¡una posesión! Sí, era su destino obsesionarse y dejarse embrujar por un rostro, por una presencia, funestamente, como una adoradora pagana de la forma bajo un cielo luminoso... para terminar despertando de ese misterioso olvido de sí misma, de ese encantamiento, de ese éxtasis, a causa de un miedo muy similar al inexplicable terror de un animal...

Con el sol ocultándose por el oeste, los extensos pastizales enmarcados por los escarpes del terreno más elevado cobraban un aspecto maravilloso y sombrío. Una sensación de profunda tristeza, muy semejante a la inspirada por unos acordes graves de música, se desprendía del silencio de los campos. Los hombres con que nos cruzábamos pasaban lentamente, sin sonreír, con los ojos en el suelo, como si la melancolía de una tierra oprimida hubiera añadido peso a sus pies, y hubiese inclinado sus espaldas y abatido su mirada.

—Sí —dijo el médico, cuando oyó mi observación—, es como si esta tierra estuviera maldita, pues, de todos sus hijos, los más apegados a ella son de cuerpo tosco y andar pesado, como si llevaran los corazones llenos de cadenas. Pero aquí, en este mismo camino, habría podido ver, entre todos esos hombres tan fornidos, a un ser delgado, ágil y esbelto, derecho como un pino, con algo en su porte que parecía luchar por elevarse, como si su corazón rebosara optimismo. Es posible que sólo fuera la intensidad del contraste, pero cuando se cruzaba con uno de esos aldeanos, las plantas de sus pies no parecían rozar el polvo del camino. Saltaba las cercas, y

subía y bajaba esas cuestas con unas zancadas largas y elásticas que le hacían reconocible a una gran distancia, y sus ojos eran negros y brillantes. Era tan diferente a cuantos le rodeaban, con sus movimientos ágiles, su mirada dulce... incluso un poco temerosa..., su tez aceitunada y su figura grácil, que yo tenía la impresión, al verlo, de que su naturaleza era la de una criatura de los bosques. Vino de allí.

El médico señaló con el látigo, y, desde lo más alto del declive, por encima de las copas onduladas de los árboles de un parque situado junto a la carretera, apareció la superficie del mar muy por debajo de nosotros, semejante al suelo de un gigantesco edificio en el que hubieran insertado bandas de oscuras ondas, con estelas brillantes y armoniosas que desaparecían en una franja de agua cristalina al pie del cielo. La tenue humareda que salía de un invisible barco de vapor se desvanecía en la inmensa claridad del horizonte, como un aliento que empañara un espejo; y cerca de la costa, las velas blancas de un barco de cabotaje, que parecían desplegarse lentamente bajo las ramas, ondeaban libres del follaje de los árboles.

—¿Naufragó en la bahía? —pregunté.

—Sí, era un naufrago. Un pobre emigrante centroeuropeo con destino a América, que fue arrastrado por las olas hasta la orilla en medio de una tempestad. Y para él, que no sabía nada del mundo, Inglaterra era un lugar desconocido. Pasó cierto tiempo antes de que conociera el nombre de este país; y no me extrañaría que hubiera temido encontrar bestias salvajes y hombres feroces cuando, arrastrándose en la penumbra por el espigón, cayó rodando en una acequia donde fue un nuevo milagro que no se ahogara. Pero luchó instintivamente como un animal atrapado en una red, y aquella ciega contienda lo arrojó fuera del agua. Debía ser más duro de lo que parecía para sobrevivir a semejantes golpes, a sus violentos esfuerzos, y a tanto miedo. Algún tiempo después, en un inglés rudimentario curiosamente similar al que habla un niño, me contó que se había encomendado a Dios, convencido de que no seguía en este mundo. Y, en realidad —añadía—, ¿cómo iba a saberlo? Logró abrirse paso a gatas en medio de la lluvia y del temporal, y avanzó a rastras hasta unas ovejas que se amontonaban al socaire de un seto. Éstas se alejaron corriendo en todas direcciones, balando en la oscuridad, y él acogió con alegría el primer sonido familiar que oía en aquellas costas. Debían de ser las dos de la madrugada. Y es todo cuanto sabemos del modo en que llegó, aunque no puede decirse que lo hiciera solo. Pero su pavorosa compañía no empezó a aparecer en la orilla hasta muy avanzado el día.

El médico cogió las riendas, chasqueó la lengua y bajamos trotando la colina. Después de doblar, casi en seguida, la pronunciada esquina de High Street, avanzamos traqueteando por el empedrado y nos detuvimos ante su casa.

Al caer la noche, saliendo del abatimiento en que parecía haberse sumido, Kennedy reanudó su historia. Mientras fumaba su pipa, paseaba de un lado a otro de la habitación. Una pequeña lámpara proyectaba su luz sobre los papeles del escritorio; sentado junto a la ventana abierta, yo contemplaba, después de aquel día abrasador y sin viento, el frío esplendor de un mar brumoso inmóvil bajo la luna. Ni

un murmullo, ni el ruido de algo que cayera al agua, ni el movimiento de un guijarro, ni una pisada, ni un suspiro, surgían de la tierra a nuestros pies... ninguna señal de vida, excepto la fragancia de los jazmines trepadores. Y la voz de Kennedy, a mis espaldas, atravesaba el ancho marco de la ventana antes de desvanecerse en la fría y maravillosa quietud del exterior.

—Los relatos de viejos naufragios nos hablan de grandes sufrimientos. A menudo los náufragos se salvaban de morir ahogados para perecer ignominiosamente de hambre en algún árido lugar de la costa; otros sufrían una muerte violenta o se veían convertidos en esclavos, y pasaban largos años de existencia precaria entre gentes que desconfiaban de ellos, los odiaban o temían por el mero hecho de ser extranjeros. Leer estas cosas nos inspira una gran lástima. Es duro para un hombre encontrarse en una tierra extraña, indefenso, sin nadie que comprenda su lengua, procedente de un misterioso país en algún rincón recóndito de la tierra. Pero de todos esos viajeros que han naufragado en los lugares más salvajes de la tierra, no hay uno solo, en mi opinión, que tuviera un destino tan trágico como el hombre del que hablo, el más inocente de ellos, arrojado por el mar en la ensenada de esta bahía, casi a la vista desde esta ventana.

»No conocía el nombre de su barco. Y con el tiempo descubrimos que ni siquiera sabía que los barcos tenían nombre... como “los cristianos”; y, cuando apareció el mar ante sus ojos, desde lo alto de la colina de Talfourd, su mirada se perdió en la lontananza, desbordante de asombro, como si jamás lo hubiera contemplado antes. Y es muy probable que así fuera. Según entendí, lo habían metido a empujones con otros muchos en un barco de emigrantes en la desembocadura del Elba, demasiado aturdido para observar lo que le rodeaba, demasiado triste para ver nada, demasiado angustiado para interesarse. Antes de zarpar, los bajaron al entrepuente y los dejaron allí encerrados. Era un camarote de escasa altura con mamparos y baos de madera — explicaba él—, como los de su tierra, aunque se entraba por una escalera. Era un lugar muy espacioso, muy frío, húmedo y lóbrego, y tenía unas extrañas cajas de madera donde debían dormir los emigrantes, uno encima de otro, y que siempre se balanceaban en todos los sentidos. Subió como pudo a una de ellas y se tumbó vestido, con la misma ropa que llevaba al salir de casa muchos días antes, sin separarse de su bastón y de su fardo. La gente se quejaba, los niños lloraban, el techo goteaba, las luces se apagaban, los mamparos crujían y todo se zarandeaba de tal modo que nadie se atrevía a levantar la cabeza. Había perdido el contacto con su único compañero (un joven del mismo valle, según nos contó) y siempre se oía en el exterior el rugido del viento y unos fuertes golpes: “¡bum! ¡bum!”. Se había mareado de un modo espantoso, hasta el punto de olvidar sus plegarias. Además, era imposible saber si era de día o de noche. En aquel lugar nunca parecía amanecer.

»Antes de embarcarse, había viajado largo tiempo en ferrocarril. Miraba por la ventanilla, que tenía un cristal maravillosamente transparente, y tenía la impresión de que los árboles, las casas, los campos y los interminables caminos volaban a su

alrededor hasta que la cabeza empezaba a darle vueltas. Me dio a entender que, en su recorrido, había visto ingentes multitudes... naciones enteras... ricamente ataviadas. En una ocasión le obligaron a salir del vagón y tuvo que dormir una noche sobre un banco en una casa de ladrillo, con el fardo debajo de la cabeza; y, en otra, pasó muchas horas sentado en un empedrado, dormitando con las rodillas en alto y el fardo entre los pies. El techo parecía de cristal, y era tan elevado que el pino de montaña más gigantesco que había visto en su vida habría tenido espacio para crecer bajo él. Máquinas de vapor entraban por un extremo y salían por el otro. Había más gente aglomerada de la que rodea, en un día de fiesta, a la milagrosa Imagen Sagrada en el patio del convento carmelita de las llanuras, donde, antes de partir, había llevado en carro a su madre, una piadosa anciana que quería rezar y suplicar a Dios que lo protegiera. Fue incapaz de explicarme lo grandioso que era aquel lugar, su estrépito, humo y oscuridad, el estruendo de los hierros, pero alguien le dijo que se llamaba Berlín. Luego sonó una campana, y llegó otra máquina de vapor, y volvieron a llevarle millas y millas a través de una tierra que resultaba tedioso contemplar, pues siempre era llana y no se alzaba en ella ni la más pequeña colina. Hubo de pasar otra noche encerrado en un edificio que recordaba a un buen establo, con un lecho de paja en el suelo, vigilando su fardo entre un grupo muy numeroso de hombres, ninguno de los cuales entendía una sola palabra de lo que él decía. Por la mañana, los condujeron hasta las orillas pedregosas de un río de lodo, extraordinariamente ancho, que no discurría entre colinas sino entre casas que parecían inmensas. Una máquina de vapor se deslizaba sobre el agua, y los metieron en ella, muy apretados, pero ahora iban acompañados de muchas mujeres y niños que armaban bastante ruido. Caía una lluvia muy fría, el viento azotaba su rostro; estaba calado hasta los huesos y le castañeteaban los dientes. Él y el joven de su mismo valle se cogieron de la mano.

»Pensaban que los llevarían directamente a América, pero la máquina de vapor chocó contra el costado de algo que le recordó a una gigantesca casa flotante. Las paredes eran negras y lisas, y en su tejado parecían crecer árboles desnudos en forma de cruz, increíblemente altos. Ésa fue su impresión, pues jamás había visto un barco antes. Aquella era la nave que les trasladaría a América. Se oían gritos, todo se balanceaba; había una escala que subía y bajaba. Trepó por ella con sumo cuidado, con un miedo terrible de caerse al agua, que les salpicaba con violencia. Se vio separado de su compañero y, cuando descendió a los abismos de aquel barco, se le encogió el corazón.

»También fue entonces, según me explicó, cuando perdió el contacto para siempre con uno de aquellos tres hombres que, el verano anterior, habían recorrido con él todas las pequeñas aldeas de las estribaciones de su región. Llegaban en una carreta los días de mercado, e instalaban una especie de oficina en alguna posada o en casa de otro judío. Eran tres, y uno de ellos, con una larga barba, tenía un aspecto muy venerable; llevaban unos cuellos rojos y unos galones dorados en las mangas, como los funcionarios del gobierno. Se sentaban altaneros tras una mesa muy larga; y

en el cuarto contiguo, a fin de que la gente ordinaria no pudiera enterarse, guardaban una ingeniosa máquina de telegrafiar que les permitía hablar con el emperador de América. Los padres se quedaban merodeando junto a la puerta, pero los jóvenes de las montañas se agolpaban frente a la mesa haciendo toda clase de preguntas, pues en América había trabajo durante todo el año, por tres dólares diarios, y no se hacía el servicio militar.

»Pero el káiser americano no admitía a todo el mundo. ¡Ah, no! Él mismo tuvo grandes dificultades para ser aceptado, y el hombre venerable del uniforme se vio obligado a abandonar la habitación varias veces para telegrafiar en su nombre. El káiser americano lo contrató finalmente por tres dólares, ya que era joven y fuerte. Sin embargo, muchos jóvenes muy capaces se echaron atrás, temerosos de la enorme distancia que los separaba; además, sólo podían marcharse los que tenían dinero. Algunos vendieron sus cabañas y sus tierras, pues era muy costoso trasladarse a América; pero luego, en cuanto llegabas, conseguías tres dólares diarios, y, si eras listo, podías encontrar lugares donde se sacaba auténtico oro del suelo. En casa de su padre vivía demasiada gente. Dos de sus hermanos se habían casado y tenían hijos. Prometió enviarles dinero desde América dos veces al año. Su padre vendió a un posadero judío una vaca vieja, dos ponis pintos criados por él, y un buen terreno para pastar en una soleada ladera cubierta de pinos, con el fin de pagar a los hombres del barco que llevaban gente a América para enriquecerse en seguida.

»Debía de tener madera de aventurero, pues ¡cuántas de las gestas más gloriosas han empezado en este mundo con ese trueque de la vaca paterna por el espejismo de un oro muy lejano! He ido explicándole a usted más o menos con mis palabras lo que descubrí de forma fragmentaria a lo largo de dos o tres años, en los que casi nunca desaproveché la oportunidad de conversar amigablemente con él. Me contó sus aventuras entre numerosos destellos de sus dientes blancos y el alegre fulgor de sus ojos negros; al principio, con una especie de inquieto balbuceo infantil, y más tarde, cuando ya aprendió nuestro idioma, con enorme fluidez, pero siempre con aquella entonación suave y melodiosa, además de vibrante, que confería un poder singularmente intenso al sonido de las palabras inglesas más familiares, como si hubieran sido vocablos de una lengua misteriosa. Y siempre terminaba moviendo con énfasis la cabeza, recordando con horror cómo se le encogió el corazón nada más pisar la cubierta del barco. Después pareció atravesar un período en blanco, al menos en lo que se refiere a los hechos. No hay duda de que debió sentirse terriblemente mareado e infeliz... aquel tierno y apasionado aventurero, alejado así de cuanto conocía, condenado a la más amarga soledad mientras yacía en su litera de emigrante; pues su naturaleza era tremendamente sensible. Lo siguiente que sabemos de él con certeza es que estuvo escondido en la pocilga de Hammond junto al camino de Norton, a unas seis millas del mar a vuelo de pájaro. No quería hablar de las experiencias que siguieron a su llegada: parecían haber dejado en su alma una oscura huella de asombro e indignación. Gracias a los rumores que circularon bastantes días

después de su llegada, sabemos que los pescadores al oeste de Colebrook se sintieron inquietos y asustados por los fuertes golpes que oyeron en las paredes de sus cabañas, y por una voz aguda que gritaba palabras ininteligibles en medio de la noche. Algunos de ellos llegaron a salir de sus casas, pero sin duda él huyó asustado al oír las voces hoscas y airadas con que se llamaban unos a otros en la oscuridad. Una especie de arrebató debió de ayudarlo a subir por la empinada colina de Norton. Es evidente que era él a quien el carretero Brenzett había visto, al día siguiente muy temprano, tendido en la hierba (desvanecido, según creo) junto al camino; y lo cierto es que se apeó para mirarlo de cerca, pero retrocedió intimidado ante su total inmovilidad, y ante el aspecto extraño de aquel vagabundo que dormía tan tranquilo bajo el aguacero. Unas horas después, algunos niños entraron corriendo en la escuela de Norton, tan atemorizados que la maestra tuvo que salir e increpar a un “hombre horrible” que se encontraba en el sendero. Él se alejó unos pasos, bajando la cabeza, y luego escapó corriendo a una velocidad extraordinaria. El conductor del carro de la leche del señor Bradley contó a todo el mundo que había azotado con su látigo a una especie de gitano peludo que, saltando al camino en un recodo cerca de los Vents, trató de agarrar las riendas del poni. Y le dio de lleno en la cara, según dijo, pues, en menos tiempo del que él había tardado en saltar, lo dejó tirado en el barro; aunque luego tardó más de media milla en conseguir que su poni parara. Tal vez en sus desesperados esfuerzos por obtener ayuda, y en su necesidad de comunicarse con alguien, el pobre diablo había intentado detener el carro. Tres muchachos confesaron, asimismo, haber arrojado piedras a un vagabundo muy extraño que, completamente empapado y lleno de barro, andaba como si estuviera borracho en el estrecho sendero que discurre entre los hornos de cal. Todo eso fue la comidilla de tres pueblos durante días; pero tenemos el testimonio irrefutable de la señora Finn (la mujer del carretero de Smith), que aseguró haberlo visto saltar el muro de la pocilga de Hammond y dirigirse tambaleante hacia ella, farfullando algo con una voz que habría bastado para aterrorizar a cualquiera. Como llevaba a su bebé en el cochecito, la señora Finn le gritó que se alejara, pero, ante su insistencia en acercarse, ella le dio un valiente paraguazo en la cabeza y, sin volver la vista atrás, corrió como alma que lleva el diablo con su cochecito hasta el pueblo. Entonces se detuvo sin aliento y le contó lo sucedido al viejo Lewis, que estaba picando un montón de piedras; y el anciano, quitándose las enormes gafas negras de metal que protegían sus ojos, logró enderezarse con sus temblorosas piernas para mirar dónde ella señalaba. Los dos siguieron con la vista la figura del hombre corriendo por el campo; lo vieron tropezar, levantarse y echar a correr de nuevo, tambaleándose y agitando sus largos brazos por encima de la cabeza, en dirección a la granja New Barns. Fue entonces cuando cayó en las redes de su sombrío y trágico destino. No existe ninguna duda de lo que le ocurrió a continuación. Ahora lo sabemos con certeza: el intenso terror de la señora Smith; la firme convicción de Amy Foster, a pesar del ataque de nervios de su ama, de que aquel hombre “no quería hacer daño a nadie”; la exasperación de Smith, al

regresar del mercado de Darnford y encontrar que el perro ladraba desesperado, que la puerta trasera estaba cerrada con llave y que su mujer sufría un ataque de histeria; y todo por un pobre y sucio vagabundo que, según creían, continuaba escondido en el granero. ¿Sería cierto? Ya le enseñaría él a no asustar a las mujeres.

»Smith tiene fama de irascible, pero la visión de una extraña criatura cubierta de fango, sentada entre un montón de paja suelta con las piernas cruzadas y balanceándose de un lado a otro como un oso enjaulado, le hizo detenerse. Entonces el vagabundo se levantó silenciosamente ante él, una masa de barro y suciedad de la cabeza a los pies. Smith, solo en el granero con aquella aparición, mientras los ladridos furiosos del perro resonaban en medio del tormentoso anochecer, se estremeció de miedo ante algo desconocido e inexplicable. Pero cuando aquel ser, apartando con sus manos mugrientas las greñas que le caían sobre el rostro, al igual que se separan las dos mitades de un cortinaje, lo miró con ojos brillantes, extraviados, blanquinegros, el misterio que rodeaba aquel mudo encuentro lo dejó paralizado. Posteriormente reconoció (pues esta historia ha sido muy comentada) haber retrocedido más de un paso. Más tarde, un torrente de palabras atropelladas y sin sentido le persuadió de que tenía ante sí a un lunático escapado del manicomio. De hecho, esa impresión jamás llegó a borrarle del todo. En su fuero interno, Smith sigue convencido de que aquel hombre estaba loco.

»Cuando la criatura se le acercó, hablando de un modo ininteligible, Smith (sin saber que se dirigía a él como “noble caballero” y que estaba suplicándole cobijo y alimento por el amor de Dios) le contestó firme y pausadamente mientras retrocedía hacia el otro patio. Finalmente, cuando se le presentó la oportunidad, se arrojó inesperadamente sobre él y lo metió a empujones en la leñera, echando el cerrojo. Acto seguido, se enjugó la frente, a pesar del frío. Había cumplido con su deber para con la comunidad al encerrar a un maníaco vagabundo y probablemente peligroso. Smith no es un hombre malo en absoluto, pero en su cerebro no cabía otra idea que la de la locura. Le faltaba imaginación para preguntarse si aquel hombre no estaría muriéndose de hambre y de frío. Mientras tanto, el maníaco armó, al principio, un ruido espantoso en la leñera. La señora Smith gritaba en el piso de arriba, donde se había encerrado en su dormitorio; y Amy Foster sollozaba de un modo lastimero en la puerta de la cocina, retorciéndose las manos y murmurando: “¡No lo haga, no lo haga!”. Supongo que Smith lo pasó mal aquella velada entre los chillidos de su mujer y el llanto de su criada; y aquella voz enajenada y perturbadora al otro lado de la puerta aumentó su irritación. Era imposible que pudiera relacionar al desagradable lunático con el naufragio de un barco en Eastbay, del que habían circulado rumores en el mercado de Darnford. Y supongo que el hombre de la leñera había estado muy cerca de perder el juicio aquella noche. Antes de que su agitación desapareciera y perdiese el conocimiento, estuvo lanzándose violentamente contra todo en medio de la oscuridad, tropezándose con unos sacos mugrientos y mordiéndose los puños de rabia, frío, hambre, asombro y desesperación.

»Se trataba de un nativo de la cordillera oriental de los Cárpatos, y el buque hundido la noche anterior en Eastbay había zarpado de Hamburgo lleno de emigrantes y era el *Herzogin Sophia-Dorothea*, de infausta memoria.

»Unos meses después, supimos por los periódicos de la existencia de las fraudulentas “agencias de emigración” que actuaban entre los campesinos eslavos de las regiones más remotas de Austria. El objetivo de aquellos rufianes era apoderarse de las granjas y caseríos de aquellas gentes pobres e ignorantes, y estaban confabulados con los usureros locales. Casi siempre embarcaban a sus víctimas en Hamburgo. En cuanto al barco, lo había visto yo entrar en la bahía desde esta misma ventana, una tarde gris y amenazadora, ciñendo al viento corto de trapo. Llegó al fondeadero marcado en la carta, frente a la estación de los guardacostas de Brenzett. Recuerdo que, antes de caer la noche, volví a contemplar las siluetas de su arboladura y de su jarcia, que se recortaban negras y puntiagudas sobre un fondo de nubes desgarradas color pizarra y, más a la izquierda, la aguja más fina del campanario de Brenzett. Al oscurecer, el viento arreció. Al llegar la medianoche, oí desde la cama el estruendo de sus terribles ráfagas acompañadas de una lluvia torrencial.

»Fue más o menos a esa hora cuando los guardacostas creyeron ver las luces de un vapor en el fondeadero. De pronto desaparecieron; pero es ostensible que algún otro buque había intentado refugiarse en la bahía aquella noche infernal de escasa visibilidad, había abordado al barco alemán por el través (abriéndole una grieta, según me contó después uno de los buzos, «por la que habría podido pasar una gabarra del Támesis»), y había vuelto a marcharse intacto o dañado, nadie lo sabe; pero había salido de la bahía, ignoto, sigiloso, fatídico, para perecer misteriosamente en el mar. Jamás volvió a saberse nada de él, a pesar del revuelo que se levantó en todo el mundo, y que habría terminado por encontrarlo si hubiera seguido navegando en algún lugar sobre la superficie de las aguas.

»Ni una sola pista y un cauteloso silencio, como el de un crimen cuidadosamente perpetrado, fueron las características de aquella horrible tragedia que, como quizá recuerdes, se hizo tristemente célebre. El viento habría impedido que los gritos más desgarradores llegaran a la costa; es evidente que nadie tuvo tiempo de avisar del peligro. La muerte llegó sin el menor ruido. El navío de Hamburgo, inundándose de golpe, volcó al tiempo que se hundía, y, al amanecer, no asomaba por encima del agua ni la perilla del más alto de sus mástiles. Los guardacostas lo echaron en falta, como es natural, y al principio pensaron que había garreado o que su cadena se había roto durante la noche, y que el viento lo había empujado mar adentro. Más tarde, al cambiar la marea, el casco hundido debió de moverse un poco y liberar algunos de los cuerpos, pues el cadáver de una niña (una pequeña de cabellos rubios con un vestido rojo) llegó a la orilla delante de la torre de defensa. Por la tarde pudieron verse, a lo largo de tres millas de playa, unas figuras negras de piernas desnudas que aparecían y desaparecían entre la espuma revuelta; y hombres de aspecto tosco, mujeres de facciones endurecidas y niños, casi siempre rubios, fueron conducidos,

rígidos y empapados, en parihuelas, zarzos y escaleras, en larga procesión más allá de la Posada del Barco, para ser colocados en una hilera bajo el muro norte de la iglesia de Brenzett.

»Oficialmente, lo primero que llegó a tierra procedente de aquel buque fue el cadáver de la niña del vestido rojo. Pero tengo algunos pacientes entre los marineros que habitan al oeste de Colebrook y, extraoficialmente, me dijeron que, a primeras horas de la mañana, dos hermanos que habían bajado a mirar su barca de pesca, varada en la playa, habían encontrado en la arena, a bastante distancia de Brenzett, el típico gallinero de barco con once patos ahogados en su interior. Sus familias se comieron las aves y, con la ayuda de un hacha, hicieron leña del gallinero. Es posible que un hombre (suponiendo que estuviera en cubierta en el momento del accidente) consiguiera llegar a la orilla agarrado a aquella enorme jaula de madera. Podría ser. Reconozco que es poco probable, pero allí estaba el hombre... y durante días, mejor dicho, durante semanas... ni se nos pasó por la cabeza que tuviéramos con nosotros al único superviviente de la tragedia. Ni siquiera él, cuando aprendió a hablar de un modo inteligible, podía explicarnos lo ocurrido. Recordaba que se había sentido mejor (después de que el barco fondeara, supongo) y que la oscuridad, el viento y la lluvia lo habían dejado sin aliento. Eso parecía indicar que pasó algún tiempo en cubierta aquella noche. Mas no debemos olvidar que le habían alejado de cuanto conocía, que había estado cuatro días mareado y con las escotillas cerradas en el entrepuente, que no tenía la menor idea de lo que era un barco o el mar y, por ese motivo, no podía entender con claridad lo que le sucedía. Sabía bien lo que era la lluvia, el viento y la oscuridad; reconocía el balido de las ovejas, y recordaba la sensación de desamparo y sufrimiento que había experimentado, su desconsuelo y su asombro ante el hecho de que nadie pareciera verlo ni entenderlo, su consternación al no encontrar más que hombres enojados y mujeres furiosas. Es cierto que se había acercado a ellos como un pordiosero, decía; pero en su tierra, incluso cuando no daban limosna, se dirigían a los mendigos con amabilidad. A los niños de su país no se les enseñaba a tirar piedras a quienes imploraban compasión. La estrategia adoptada por Smith lo dejó completamente anonadado. La leñera presentaba el aspecto siniestro de una mazmorra. ¿Qué iban a hacerle a continuación?... No es de extrañar que Amy Foster apareciera ante sus ojos con la aureola de un ángel de luz. La joven no había podido conciliar el sueño pensando en aquel desdichado y, por la mañana, antes de que los Smith se levantaran, se deslizó fuera de la casa por el patio trasero. Entreabriendo la puerta de la leñera, miró en su interior y tendió al hombre media hogaza de pan blanco... “un pan que en mi país sólo comen los ricos”, solía decir.

»Al ver esto, se puso lentamente en pie entre todos aquellos desperdicios, entumecido, hambriento, tembloroso, abatido e indeciso.

»—¿Puede usted comer esto? —preguntó ella, con su voz dulce y tímida.

»Él debió de creer que era una “noble dama”. Devoró el pan y sus lágrimas caían

sobre la corteza. Súbitamente, dejó de comer, agarró la muñeca de la joven y le besó la mano. Amy Foster no se asustó. A pesar del estado lamentable en que se hallaba, se había dado cuenta de lo guapo que era. La muchacha cerró la puerta y regresó sin prisa a la cocina. Más tarde, se lo contó todo a la señora Smith, que se estremeció ante la mera idea de que aquella criatura pudiese tocarla.

»Gracias a este acto impulsivo de piedad, él volvió a formar parte de la sociedad humana en aquel nuevo entorno. Jamás lo olvidó... jamás.

»Esa misma mañana, el viejo señor Swaffer (el vecino de Smith) se acercó para dar su opinión y terminó llevándose al joven a su casa. Éste esperó en pie dócilmente, con piernas temblorosas y cubierto de un barro endurecido, mientras los dos hombres hablaban a su lado en una lengua ininteligible. La señora Smith se había negado a bajar del piso superior hasta que aquel loco abandonara la granja; Amy Foster, desde el interior de la sombría cocina, los contemplaba a través de la puerta trasera, que había dejado abierta; y él se esforzaba por obedecer las señas que le hacían. Pero Smith se mostraba de lo más desconfiado.

»—¡Tenga cuidado, señor! Quizá nos esté engañando... —advirtió varias veces a su vecino.

»Cuando el señor Swaffer puso en marcha su yegua, la debilidad del lastimoso ser sentado humildemente a su lado era tan grande que estuvo a punto de caerse hacia atrás desde lo alto del carruaje de dos ruedas. Swaffer lo llevó directamente a su casa. Y es entonces cuando yo entro en escena.

»Mi presencia fue requerida del modo más sencillo: cuando acerté a pasar por allí, el anciano me hizo señas con el dedo índice desde la verja de entrada. Como es natural, me apeé.

»—Hay algo que quiero enseñarle —farfulló, conduciéndome hasta un edificio anexo, a escasa distancia de otras dependencias de su granja.

»Fue allí donde lo vi por primera vez, en una habitación muy larga de techo bajo dentro de aquella especie de cochera. Estaba casi vacía y tenía las paredes encaladas; al fondo, había una pequeña abertura cuadrada con un vidrio rajado y polvoriento. El hombre estaba tumbado boca arriba sobre un jergón de paja; le habían proporcionado un par de mantas de caballo, y parecía haber agotado las escasas fuerzas que le quedaban en lavarse. Apenas podía hablar; su respiración agitada bajo las mantas que lo cubrían hasta la barbilla, y sus ojos febriles e inquietos, me recordaron a un ave salvaje atrapada en una red. Mientras lo examinaba, el viejo Swaffer esperó silencioso en la puerta, pasándose las yemas de los dedos por su afeitado labio superior. Le di una serie de instrucciones, prometí enviarle un frasco de medicina y, como es natural, le hice algunas preguntas.

»—Smith lo atrapó en el granero de New Barns —respondió lentamente el anciano sin inmutarse, como si el joven fuera una especie de animal salvaje—. Así fue como llegó hasta mí. Toda una rareza, ¿verdad? Y ahora dígame, doctor... usted que ha recorrido el mundo... ¿cree que puede ser hindú?

»Yo estaba muy sorprendido. Sus cabellos largos y negros esparcidos sobre la paja contrastaban con la palidez olivácea de su rostro. Se me ocurrió pensar que podía ser vasco. Eso no significaba que entendiera forzosamente español; pero le dije las pocas palabras que conozco en ese idioma, y luego repetí el experimento en francés. Los susurros que le oí proferir al acercar mi oreja a sus labios me dejaron completamente perplejo. Aquella tarde, cuando las hijas del rector (una de ellas leía a Goethe con un diccionario, y la otra había luchado con Dante durante años) vinieron a visitar a la señorita Swaffer, pusieron a prueba su alemán y su italiano con él desde la puerta. Se batieron en retirada ligeramente asustadas ante el torrente de apasionadas palabras con que, dándose la vuelta en su jergón, les respondió. Las dos reconocieron que el sonido era agradable, suave, melodioso... pero que, tal vez unido a su extraño físico, resultaba sobrecogedor... tan vehemente, tan distinto a cuanto habían oído antes. Los niños del pueblo subieron la loma para asomarse a la pequeña abertura cuadrada. Todos se preguntaban qué haría el señor Swaffer con él.

»Se limitó a dejarle vivir allí.

»A Swaffer le habrían tachado de excéntrico si no hubiera sido un hombre tan respetado. Cualquier lugareño le dirá que el señor Swaffer se queda levantado hasta las diez de la noche leyendo libros, y que es capaz de extender un cheque de doscientas libras sin pestañear. Añadiré que los Swaffer han sido dueños de las tierras que unen este pueblo con Darnford desde hace trescientos años. En la actualidad, debe de tener ochenta y cinco años, pero no parece haber envejecido nada desde que llegué. Es un magnífico criador de ovejas y un conocido tratante de ganado. No se pierde un solo día de mercado en muchas millas a la redonda, aunque el tiempo sea malo, y se inclina sobre las riendas cuando guía su carruaje, con el lacio cabello gris ondulándose sobre el cuello de su grueso abrigo, y una manta verde de cuadros escoceses sobre las piernas. La serenidad que dan los años añade solemnidad a su porte. No lleva barba ni bigote; sus labios son finos y delicados; algo rígido y monacal en sus facciones confiere cierta nobleza a su rostro. Se sabe que ha recorrido millas bajo la lluvia para contemplar una nueva variedad de rosa en un jardín, o una col gigante cultivada por un granjero. Le encanta oír hablar o ver algo que considere "extranjero". Quizá por ese motivo el viejo Swaffer cobijó a aquel desconocido. Quizá fue únicamente un absurdo capricho. Sólo sé que tres semanas después divisé al lunático de Smith cavando el huerto de Swaffer. Habían descubierto que sabía usar una pala. Trabajaba descalzo.

»El pelo negro le caía sobre los hombros. Supongo que fue Swaffer quien le había dado la vieja camisa rayada de algodón; pero seguía llevando los pantalones de paño marrón típicos de su país (con los que había alcanzado la orilla), casi tan ceñidos como unas medias; su ancho cinturón de cuero estaba tachonado de pequeños discos de latón. Aún no se había atrevido a entrar en el pueblo. La tierra que veía le parecía muy bien cuidada, como los campos que rodean la casa de un terrateniente; el tamaño de los caballos de tiro le llenaba de asombro; los caminos le recordaban a los

senderos de los jardines; y el aspecto de la gente, especialmente los domingos, expresaba opulencia. Se preguntaba por qué los adultos eran tan crueles y los niños tan descarados. Recogía su comida en la puerta trasera, la llevaba cuidadosamente con ambas manos hasta su vivienda, y sentado en el jergón, completamente solo, se santiguaba antes de saciar su hambre. Al lado de ese mismo jergón, arrodillándose cuando empezaba a anochecer en los días de invierno, rezaba en voz alta sus oraciones antes de acostarse. Siempre que veía al viejo Swaffer se inclinaba ante él con veneración, y luego se quedaba muy erguido mientras el anciano, con los dedos en el labio superior, le observaba en silencio. También saludaba con una reverencia a la señorita Swaffer, que llevaba frugalmente la casa de su padre: una mujer huesuda y ancha de espaldas, de cuarenta y cinco años, con el bolsillo lleno de llaves y unos ojos grises y severos. Era anglicana (mientras que su padre era uno de los síndicos de la Iglesia Baptista) y llevaba una pequeña cruz de acero en la cintura. Vestía siempre de riguroso luto, en recuerdo de uno de los innumerables Bradley del vecindario, al que había estado prometida veinticinco años antes: un joven granjero que se rompió el cuello mientras cazaba la víspera de su boda. Tenía el rostro impassible de los sordos, hablaba muy poco y sus labios, tan finos como los de su padre, sorprendían a veces con un gesto inesperada y misteriosamente irónico.

»Ésas eran las personas a las que él debía lealtad, y una profunda soledad parecía descender del cielo plomizo en aquel invierno sin sol. Todos los semblantes reflejaban tristeza. No podía conversar con nadie y había perdido las esperanzas de llegar a comprender lo que decían. Era como si aquellos rostros fueran de otro mundo... el mundo de los muertos..., me explicaría años después. Es un milagro que no enloqueciera. No sabía dónde estaba. En algún lugar muy lejos de sus montañas... en algún lugar al otro lado de las aguas. ¿Habría llegado a América?, se preguntaba.

»De no haber sido por la cruz de acero del cinturón de la señorita Swaffer, ni siquiera habría sabido, afirmaba, si se encontraba en un país cristiano. Le lanzaba miradas furtivas y se sentía reconfortado. ¡No había nada allí parecido a su patria! La tierra y el agua eran diferentes; no había imágenes del Redentor al borde de los caminos. Incluso la hierba era distinta, y los árboles. Sólo tres viejos pinos noruegos que crecían delante de la casa de Swaffer le recordaban a su país. En una ocasión lo habían visto, después del anochecer, con la frente apoyada en uno de sus troncos, sollozando y hablando solo. En aquella época, según decía, habían sido como hermanos para él. Todo lo demás era desconocido. Piense en el horror de una vida ensombrecida y dominada por las realidades cotidianas, como si fueran imágenes de una pesadilla. Por las noches, cuando no podía conciliar el sueño, se acordaba de la muchacha que le había dado el primer pedazo de pan en aquella tierra extraña. No se había mostrado furiosa ni enojada, ni tampoco asustada. Sólo su rostro le parecía cercano en medio de aquellos semblantes impenetrables, misteriosos y mudos como los de los muertos, que poseen unos conocimientos inalcanzables para los vivos. Me gustaría saber si no fue el recuerdo de su compasión lo que evitó que se cortara el

cuello. Pero supongo que soy un viejo sentimental, pues se me olvida el apego instintivo a la vida que sólo una desesperación muy poco común alcanza a derrotar.

»Realizaba cualquier trabajo que le encargaban con una inteligencia que sorprendía al viejo Swaffer. No tardó en descubrir que podía manejar el arado, ordeñar las vacas, dar de comer a los bueyes en el establo, y ayudar con las ovejas. Empezó a aprender palabras, asimismo, muy deprisa; y de pronto, una hermosa mañana de primavera, salvó de una muerte prematura a una nieta del viejo Swaffer.

»La hija menor de Swaffer está casada con Willcox, abogado y secretario del Ayuntamiento de Colebrook. Normalmente, vienen dos veces al año a pasar unos días con el anciano. Su única hija, una pequeña que, por aquel entonces, no había cumplido tres años, salió sola de la casa con su delantalito blanco y, avanzando tambaleante por la hierba de los bancales, se cayó de cabeza, desde un murete, en el abrevadero de caballos que había en el patio de abajo.

»Nuestro hombre estaba con el carretero y el arado en el campo más cercano a la casa y, mientras les ayudaba a dar la vuelta para empezar un nuevo surco, vislumbró, a través del hueco de una verja, lo que cualquiera habría creído el simple revoloteo de algo blanco. Pero tenía vista de águila, y sus ojos sólo parecían vacilar y perder su extraordinario poder ante la inmensidad del océano. Estaba descalzo y su aspecto era todo lo extraño que el corazón de Swaffer podía desear. Dejando los caballos, para inefable disgusto del carretero, cruzó a saltos la tierra labrada, y apareció súbitamente ante la madre, puso a la niña en sus brazos y se alejó a grandes zancadas.

»El abrevadero no era muy profundo; pero, de no haber tenido una vista tan extraordinaria, la pequeña habría perecido... tristemente ahogada en el lodo que había en el fondo. El viejo Swaffer se dirigió lentamente hacia el campo, esperó a que el arado llegara a su altura, miró al hombre con detenimiento y, sin decir una palabra, regresó a la casa. Pero, desde entonces, le sirvieron las comidas en la mesa de la cocina; y al principio la señorita Swaffer, toda de negro y con un rostro inescrutable, venía a ver desde la puerta de la sala cómo se santiguaba antes de comenzar. Creo que desde ese día, también Swaffer empezó a pagarle un salario fijo.

»No puedo seguir paso a paso su evolución. Se cortó el pelo, se le veía en el pueblo y por los caminos, yendo y viniendo de su trabajo como cualquier otro hombre. Los niños dejaron de gritar tras él. Se percató de las diferencias sociales, pero, durante mucho tiempo, continuó sorprendido de la pobreza de las iglesias en medio de tanta opulencia. Tampoco podía entender que estuvieran cerradas los días laborables. No había nada que robar en ellas. ¿Era para evitar que la gente rezara demasiado a menudo? La Rectoría se interesó mucho por él en aquella época, y supongo que las hijas del pastor intentaron preparar el terreno para su conversión. No consiguieron erradicar, sin embargo, su costumbre de santiguarse, aunque sí llegó a quitarse el cordel con dos diminutas medallas de cobre, una crucecita de metal y una especie de escapulario cuadrado que llevaba alrededor del cuello. Los colgó en la pared, al lado de su cama, y todas las noches se le oía rezar lentamente sus oraciones,

con unas palabras ininteligibles y con el mismo fervor que había mostrado su anciano padre delante de toda la familia arrodillada, mayores y pequeños, todas las noches de su vida. Y, aunque vistiera pantalones de pana para trabajar, y un modesto traje blanco y negro los domingos, todos los forasteros se volvían a mirarlo cuando se cruzaban con él. Su origen extranjero había dejado en él una huella imborrable y muy especial. Con el tiempo, la gente se acostumbró a verlo. Pero jamás se acostumbró a él. Sus andares rápidos y etéreos, como si no tocara el suelo; su tez morena; su sombrero ladeado sobre la oreja izquierda; su costumbre, las noches cálidas, de llevar la chaqueta sobre un hombro, al igual que el dolmán de un húsar; su modo de saltar por encima de las cercas, como si siguiera andando normalmente y no quisiera hacer gala de su agilidad... todas esas peculiaridades, podría decirse, suscitaban el desprecio y el resentimiento de los lugareños. A ellos no se les ocurría tenderse en la hierba a la hora de cenar para contemplar el cielo. Tampoco iban por los campos cantando a gritos tristes melodías. Muchas veces oí su voz aguda desde la ladera opuesta de alguna colina por donde él conducía las ovejas; una voz alegre y aflautada, como la de una alondra, pero demasiado melancólica y humana para nuestros campos, donde sólo se oye el canto de los pájaros. E incluso yo me sobresaltaba. ¡Ah! Él era diferente: inocente de corazón y lleno de una bondad que nadie parecía desear, aquel pobre náufrago era como un hombre trasplantado a otro planeta, separado de su pasado por una inmensa distancia y de su futuro por una inmensa ignorancia. Su forma de expresarse rápida y apasionada escandalizaba a todos. “Un pobre diablo muy nervioso”, decían de él. Un atardecer, en la taberna de El Carruaje y los Caballos (después de haber bebido algo de whisky) disgustó a todos entonando una canción de amor de su tierra. Todos le abuchearon, y él se sintió apenado; pues Preble, el carretero cojo, Vincent, el herrero gordo, y los demás notables de la reunión, querían beber en paz su cerveza de la tarde. En otra ocasión, trató de enseñarles a bailar. Del suelo arenoso se levantaron nubes de polvo; dio un salto enorme entre las mesas de pino, entrechocó sus talones, se puso en cuclillas delante del viejo Preble, apoyándose en un solo talón y extendiendo la otra pierna, lanzó unos gritos desaforados de júbilo, se puso en pie de un salto y empezó a girar sobre un pie, chasqueando los dedos por encima de su cabeza... y un carretero desconocido que había entrado a beber empezó a soltar juramentos y se fue a la barra con su media pinta de cerveza. Cuando, inesperadamente, se subió a una de las mesas y continuó bailando entre los vasos, el posadero intervino. No quería “acrobacias en su taberna”. Entonces le agarraron entre varios. Como había bebido un par de vasos, el extranjero del señor Swaffer intentó protestar; lo echaron de allí a la fuerza y acabó con un ojo morado.

»Supongo que era consciente de la hostilidad que le rodeaba. Pero era un hombre fuerte... no sólo espiritual, sino también físicamente. Sólo le asustaba el recuerdo del mar, con ese terror indefinido que nos dejan las pesadillas. Su hogar estaba muy lejos; y ya no deseaba ir a América. Yo le había explicado a menudo que no hay ningún lugar en la tierra donde el oro esté a disposición del primero que se moleste en

recogerlo. En ese caso, decía, ¿cómo iba a volver a casa con las manos vacías cuando habían vendido una vaca, dos ponis y un pedazo de tierra para pagarle la travesía? Sus ojos se llenaban de lágrimas y, apartándolos del intenso resplandor del mar, se tiraba boca abajo sobre la hierba. Aunque a veces, ladeándose el sombrero con aire seductor, desdeñaba mi sabiduría. Había encontrado el oro que buscaba. Era el corazón de Amy Foster, “un corazón de oro, capaz de conmoverse ante el sufrimiento ajeno”, decía con absoluta convicción.

»Se llamaba Yanko. Nos había explicado que era un diminutivo de John; pero, como repetía tantas veces que era un montañés (una palabra que en el dialecto de su país sonaba muy parecida a Goorall^[3]), se quedó con ese apellido. Y es el único rastro de él que podrán descubrir las edades venideras en el registro matrimonial de la parroquia. Allí puede leerse “Yanko Goorall”, de puño y letra del rector. La cruz torcida con que firmó el naufrago, y cuyo trazado debió parecerle sin duda el momento más solemne de la ceremonia, es cuanto queda en la actualidad para perpetuar el recuerdo de su nombre.

»Llevaba algún tiempo cortejando a Amy Foster, desde que empezó a ser precariamente aceptado en la comunidad. Su primer paso fue comprarle una cinta de raso verde en Darnford. Era lo que se hacía en su país. Se compraba una cinta en el puesto de algún judío en un día de feria. No creo que la muchacha supiera qué hacer con ella, pero él pareció convencido de que nadie malinterpretaría sus honestas intenciones.

»Sólo cuando declaró su deseo de casarse, comprendí con claridad cuán... ¿he de decir odioso?... resultaba en toda la región, y por un centenar de razones fútiles e insignificantes. Todas las ancianas del pueblo pusieron el grito en el cielo. Smith se encontró con él cerca de su granja y juró romperle la cabeza si volvía a acercarse. Pero él se retorció su pequeño bigote negro con un aire tan belicoso, y le miró con unos ojos tan enormes, oscuros y feroces, que Smith jamás cumplió su juramento. No obstante, le dijo a la muchacha que debía de estar loca para salir con un hombre que no estaba bien de la cabeza. Así y todo, al anochecer, en cuanto ella le oía silbar al otro lado del huerto un par de compases de una extraña y triste melodía, soltaba cualquier cosa que tuviera en las manos... dejaba a la señora Smith con la palabra en la boca... y corría a reunirse con él. La señora Smith la llamaba fresca y desvergonzada. Ella guardaba silencio. Sin decir una palabra a nadie, seguía su camino como si estuviera sorda. Sólo ella y yo en toda la comarca parecíamos ser conscientes de la belleza del joven. Era muy apuesto, y tenía un porte sumamente airoso y elegante, con un algo salvaje en su apariencia que recordaba a una criatura de los bosques. La madre de la muchacha gemía y lloraba cuando ésta iba a verla en su día libre. El padre se mostraba hosco, pero fingía no saber nada; y en una ocasión la señora Finn le dijo sin rodeos: “Ese hombre, querida, acabará haciéndote daño”. Y así siguieron las cosas. Se les veía pasear por los caminos, ella caminando imperturbable con sus mejores galas —el vestido gris, la pluma negra, las fuertes

botas, los llamativos guantes de algodón blanco que atraían las miradas de cualquiera que pasara a cien millas de distancia—; y él, con la chaqueta pintorescamente echada sobre el hombro, andando a su lado con gallardía y lanzando tiernas miradas a la muchacha del corazón de oro. Me gustaría saber si él se percataba de su falta de atractivo. Es posible que, al hallarse entre unos tipos tan diferentes a los que él conocía, no tuviera capacidad para juzgar; aunque tal vez le sedujera el don divino de su compasión.

»Yanko, entretanto, estaba muy preocupado. En su país, un anciano hacía las veces de embajador en los asuntos matrimoniales. No sabía cómo actuar. Un día, sin embargo, mientras las ovejas pacían en un prado (ahora ayudaba a Foster con los rebaños de Swaffer), se quitó el sombrero ante el padre de la joven y le declaró humildemente su amor. “Supongo que está lo bastante loca para casarse contigo”, se limitó a responder Foster. “Y entonces —contaba el padre de Amy— se puso el sombrero, me dirigió una mirada cargada de odio, como si quisiera matarme, llamó al perro con un silbido y se marchó, dejándome todo el trabajo”. Los Foster, como es natural, no querían perder el salario que ganaba la muchacha, pues Amy siempre le daba el dinero a su madre. Además Foster sentía una profunda aversión hacia aquel enlace. Sostenía que el joven cuidaba muy bien las ovejas, pero no estaba en condiciones de contraer matrimonio. En primer lugar, tenía la costumbre de caminar junto a los setos hablando solo como si estuviera chiflado; y por otra parte, esos extranjeros se comportaban a veces de un modo muy raro con las mujeres. Tal vez quisiera llevarse lejos a Amy... o fugarse él. No le inspiraba la menor confianza. Advirtió a su hija que el joven podría maltratarla. Ella no respondió. Era como si aquel hombre, decían los lugareños, le hubiera hecho algo. El asunto se convirtió en la comidilla del pueblo. Se armó bastante alboroto, pero los dos siguieron “saliendo” juntos en medio de una fuerte oposición. Entonces ocurrió algo inesperado.

»No sé si el viejo Swaffer llegó a comprender jamás hasta que punto su criado extranjero lo consideraba como un padre. En cualquier caso, la relación era extrañamente feudal. Así, pues, cuando Yanko le solicitó formalmente una entrevista... “y con la señorita también” (se dirigía a la severa y sorda señorita Swaffer con un sencillo “señorita”)... fue para obtener su permiso para la boda. Swaffer escuchó impasible, le ordenó con la cabeza que se retirara y luego gritó la noticia al oído menos sordo de la señorita Swaffer. Ella no pareció sorprendida, y se limitó a comentar gravemente, con voz hueca y apagada: “No conseguirá que ninguna otra muchacha se case con él”.

»Todos atribuyen el gesto de munificencia a la señorita Swaffer, pero al cabo de muy pocos días salió a la luz que el señor Swaffer había regalado a Yanko una casita (la que has visto esta mañana) y alrededor de un acre de tierra... y que le había traspasado la propiedad. Willcox se ocupó de formalizar la escritura, y recuerdo que me comentó haberlo hecho con sumo placer. En ella se leía: “En agradecimiento, por haber salvado la vida de mi querida nieta Berta Willcox”.

»Después de eso, como es natural, nada en este mundo pudo impedir su matrimonio.

»Ella siguió loca por él. La gente la veía salir de casa al atardecer para esperar a su marido. Se quedaba mirando fijamente, como si estuviera hechizada, el alto del camino por donde él aparecería, andando con su alegre contoneo y tarareando alguna canción de amor de su tierra. Cuando nació su hijo, Yanko bebió más de la cuenta en El Carruaje y los Caballos, e intentó volver a cantar y bailar, y lo echaron de nuevo. La gente se compadecía de una mujer casada con aquel bufón. Pero a él no le importaba: ahora tenía un hombre (me decía orgulloso) al que podía cantar y hablar en su lengua materna, y al que dentro de poco enseñaría a bailar.

»Pero no sé. Yo tenía la sensación de que su paso se había vuelto menos saltarín, su cuerpo menos ligero, su mirada menos penetrante. Imaginaciones mías, sin duda; pero, aun hoy, no puedo evitar pensar que las redes del destino lo tenían cada vez más acorralado.

»Un día me encontré con él en el sendero de la colina de Talfourd. Me dijo que las mujeres eran muy “raras”. Yo ya había oído algo sobre sus desavenencias conyugales. La gente decía que Amy Foster estaba empezando a descubrir qué clase de hombre era su marido. Un día le había arrebatado al niño de los brazos cuando él, sentado en el umbral, le canturreaba una de esas nanas que cantan las madres a sus hijos en las montañas. Parecía pensar que estaba haciéndole algún daño. Las mujeres son muy extrañas. Y no le dejaba rezar en voz alta por las noches. ¿Por qué motivo? Esperaba que el pequeño aprendiera así sus oraciones, del mismo modo que las había aprendido él de su padre cuando era niño... en su tierra natal. Y me di cuenta de que anhelaba que su hijo creciera para tener a alguien con quien hablar en aquel idioma que a nosotros nos sonaba tan inquietante, raro y apasionado. No comprendía por qué razón a su mujer le disgustaba la idea. Pero ya se le pasaría, me dijo. Y ladeando la cabeza con mirada cómplice, se golpeó suavemente el pecho para indicar que ella tenía buen corazón: ¡nada duro, nada despiadado, muy compasivo, y misericordioso con los pobres!

»Me alejé pensativo; me preguntaba si lo que había en él de diferente, de extraño, y que inicialmente había ejercido una atracción irresistible sobre la torpe naturaleza de su mujer, no estaría despertando ahora su repulsión. Me preguntaba...

El médico se acercó a la ventana y contempló el gélido resplandor del mar, inmenso en medio de la neblina, al igual que si rodeara la tierra con todos los corazones perdidos entre las pasiones del amor y del miedo.

—Fisiológicamente —exclamó, volviendo de pronto la cabeza—, era posible. Era posible.

Guardó unos instantes de silencio, y luego prosiguió:

—En cualquier caso, la siguiente vez que lo vi, estaba enfermo... una dolencia pulmonar. Era un hombre fuerte, pero supongo que no se había aclimatado tan bien como yo creía. Era un invierno muy crudo, y los hombres de la montaña son muy

propensos a sufrir ataques de nostalgia; el abatimiento debió de hacerle más vulnerable. Yacía a medio vestir en un catre del piso de abajo.

»Una mesa con un hule muy oscuro ocupaba todo el centro del pequeño cuarto. Había una cuna de mimbre en el suelo, una tetera humeante en el hornillo, y algunas ropas de niño secándose en la pantalla de la chimenea. La habitación estaba caldeada, pero la puerta se abre directamente al jardín, como quizá usted haya observado.

»Tenía muchísima fiebre y no dejaba de murmurar para sí. Ella estaba sentada en una silla y le miraba fijamente desde el otro lado de la mesa, con sus ojos parduzcos y tristes.

»—¿Por qué no lo tiene en el piso de arriba? —le pregunté.

»—Bueno... verá —contestó, dando un respingo y con un ligero tartamudeo—, arriba no podría sentarme a su lado, señor.

»Le di algunas instrucciones; y, mientras salía, insistí en que él debía guardar cama en el piso superior. La joven se retorció las manos.

»—No podría. No podría. No deja de decirme algo... no sé qué.

»Recordando todas las murmuraciones contra aquel hombre que habían repetido hasta la saciedad en sus oídos, la observé con detenimiento. Miré sus ojos miopes e inexpresivos que una vez habían visto una figura cautivadora, pero que ahora, al contemplarme, daban la impresión de no ver nada. Comprendí, sin embargo, que se sentía muy inquieta.

»—¿Qué le pasa a Yanko? —me preguntó con cierta turbación—. No parece muy enfermo. Jamás había visto a nadie de ese modo...

»—¿Acaso cree —protesté indignado— que está fingiendo?

»—No puedo evitarlo, señor —contestó, imperturbable. Y de pronto juntó las manos y miró a uno y otro lado—. Y además está el niño... Estoy tan asustada... Hace poco me pidió que se lo diera. Le dice cosas tan extrañas...

»—¿No puede pedir a algún vecino que se quede con usted esta noche? —inquirí.

»—No creo que nadie quiera venir, señor —dijo entre dientes, completamente resignada.

»Le insistí en la necesidad de que se esmerara en su cuidado, y después tuve que marcharme. Había mucha gente enferma aquel invierno.

»—¡Espero que no hable! —le oí murmurar mientras salía.

»No sé cómo no comprendí... pero no lo hice. Y, sin embargo, al volver la cabeza desde el carruaje, vi que continuaba inmóvil delante de la puerta, como si estuviera pensando en huir por el camino embarrado.

»Por la noche, le subió aún más la fiebre.

»Se revolvía en la cama, gemía, y de vez en cuando profería un quejido. Y Amy Foster seguía sentada al otro lado de la mesa, vigilando cada movimiento y cada sonido, mientras el terror, el terror irracional a aquel hombre que no podía entender iba apoderándose de ella. Había acercado la cuna de mimbre hasta sus pies. El instinto maternal y aquel miedo incomprensible la dominaban por completo.

»Volviendo en sí de pronto, muerto de sed, Yanko le pidió un poco de agua. La muchacha ni se movió. No había entendido sus palabras, aunque es posible que él creyera estar hablando en inglés. El joven esperó con la mirada clavada en ella, ardiendo de fiebre, asombrado de su silencio e inmovilidad, y luego gritó impaciente:

»—¡Agua! ¡Dame agua!

»Ella se puso en pie de un salto, cogió al niño y se quedó quieta. Yanko le habló, y sus apasionados reproches sólo agudizaron el miedo de Amy a aquel hombre extraño. Supongo que siguió dirigiéndose a ella mucho tiempo, suplicando, preguntando, argumentando, ordenando. La joven asegura haber soportado hasta el límite aquella situación. Y entonces él sufrió un ataque de ira.

»Se sentó y, con voz destemplada, pronunció una palabra... alguna palabra. Después se levantó como si no estuviera enfermo, dice ella. Y cuando, delirando de fiebre y presa de la indignación, intentó acercarse a ella, la muchacha simplemente abrió la puerta y salió corriendo con el niño en brazos. Oyó desde el camino que él la llamaba dos veces, con una voz terrible... y huyó... ¡Ah! ¡Si hubieras visto en sus ojos opacos e inexpresivos el espectro del miedo que la persiguió aquella noche durante más de tres millas hasta la casa de los Foster! Yo lo vi al día siguiente.

»Fui yo quien encontró a Yanko tendido boca abajo en un charco, justo al otro lado del portillo.

»Esa noche me habían llamado para atender un caso urgente en el pueblo y cuando regresaba a casa, al amanecer, pasé por delante de su vivienda. La puerta estaba abierta. Mi criado me ayudó a trasladarlo dentro. Lo tumbamos en el catre. La lámpara humeaba, el fuego se había apagado, las paredes empapeladas de un triste amarillo rezumaban el frío y la humedad de la tormentosa noche. Grité “¡Amy!”, y mi voz pareció perderse en el vacío de aquella casa diminuta como si hubiera gritado en el desierto. Yanko abrió los ojos.

»—Se ha ido —dijo con claridad—. Sólo le había pedido agua... un poco de agua...

»Estaba cubierto de barro. Lo tapé y esperé en silencio, entendiendo de vez en cuando alguna palabra dolorosamente articulada. Había dejado de hablar en su lengua materna. La fiebre había remitido, llevándose con ella el calor vital. Y su pecho jadeante y el brillo de sus ojos me recordaron de nuevo a una criatura salvaje atrapada en una red, a un pájaro cogido en una trampa. Ella lo había abandonado. Lo había abandonado... enfermo... desvalido... sediento. La lanza del cazador había atravesado su alma.

»—¿Por qué? —gritó con la voz penetrante e indignada de un hombre que increpara a un Creador culpable.

»Una ráfaga de viento y un fuerte aguacero fueron la única respuesta. Cuando me volví para cerrar la puerta, pronunció la palabra: “¡Misericordioso!”, y expiró.

»Finalmente, certifiqué que un paro cardíaco había sido la causa de su muerte. Sin duda debió fallarle el corazón; de lo contrario, también habría podido sobrevivir a

aquella noche de tormenta y frío. Cerré sus ojos y me marché. A escasa distancia, me crucé con Foster, que caminaba muy decidido entre los setos empapados con su collie pegado a los talones.

»—¿Sabe dónde está su hija? —le pregunté.

»—¡Desde luego! —exclamó—. Le diré a ese hombre un par de cosas. ¡Asustar así a una pobre mujer!

»—No volverá a hacerlo —dije—. Ha muerto.

»Foster golpeó el barro con su bastón.

»—Y tenemos al niño...

»Luego, tras unos instantes de reflexión, añadió:

»—Tal vez sea lo mejor.

»Ésas fueron sus palabras. Y Amy Foster nunca dice nada. Jamás menciona a su marido. Jamás. ¿Acaso la imagen de Yanko ha desaparecido de su pensamiento del mismo modo que su figura saltarina y su voz alegre han desaparecido de nuestros campos? Él ya no está ante ella para avivar en su imaginación la pasión del amor y del miedo; y su recuerdo parece haberse desvanecido en su embotado cerebro, al igual que una sombra en una pantalla blanca. Ella sigue viviendo en la casa y trabaja para la señorita Swaffer. Para todos es Amy Foster, y el niño es “el hijo de Amy Foster”. Ella lo llama Johnny... el diminutivo de John.

»No sabría decir si ese nombre trae algún recuerdo a su memoria. ¿Piensa alguna vez en el pasado? La he visto inclinada sobre la camita de su hijo llena de ternura maternal. El pequeño estaba acostado boca arriba, algo asustado de mi presencia, pero muy silencioso, con sus enormes ojos negros y el aire agitado de un pájaro atrapado en una red. Y, mientras lo contemplaba, creí ver nuevamente al otro... al padre, misteriosamente arrastrado por las olas hasta la orilla para acabar muriendo en el horror supremo de la soledad y la desesperación.

La boda de John Charrington

E. Nesbit

Nadie pensó jamás que May Forster se casaría con John Charrington; pero él no opinaba lo mismo, y John Charrington tenía un modo extraño de conseguir cualquier cosa que se propusiera. Le pidió que se casara con él antes de ir a Oxford. Ella se echó a reír y le dijo que no. Se lo volvió a pedir la primera vez que regresó a casa. May se rió de nuevo, movió su preciosa cabeza rubia, y volvió a contestarle que no. La tercera vez que se lo pidió, ella dijo que se estaba convirtiendo en un hábito incorregible, y se rió más que nunca de él.

John no era el único hombre que quería casarse con May: era la belleza de nuestro círculo social, y todos estábamos más o menos enamorados de ella; era una especie de moda, como los corbatines de lazo o las capas de Inverness. Por eso nos sentimos tan molestos como sorprendidos cuando John Charrington entró en nuestro pequeño club local (recuerdo que celebrábamos nuestras reuniones en un desván encima del guarnicionero) y nos invitó a su boda.

—¿A tu boda?

—¿Bromeas?

—¿Quién es la afortunada? ¿Cuándo tendrá lugar?

John Charrington cargó su pipa y la encendió antes de contestar:

—Muchachos, lamento privaros de vuestra única diversión... pero la señorita Forster y yo nos casaremos en septiembre.

—¿Bromeas?

—Le ha dado calabazas de nuevo y el pobre ha perdido el juicio.

—No —exclamé, poniéndome en pie—. Seguro que dice la verdad. Que alguien me dé una pistola... o un billete en primera clase hasta la última parada de Ningunaparte. Charrington ha embrujado a la única joven bonita en un radio de veinte millas. ¿Ha sido mesmerismo o un filtro de amor, Jack?

—Ni lo uno ni lo otro, sino una virtud que vosotros nunca tendréis: perseverancia, y el hecho de ser el hombre más afortunado del mundo.

Había algo en su voz que me hizo callar; y las bromas de los demás muchachos no lograron sonsacarle nada.

Lo más sorprendente fue que, cuando felicitamos a la señorita Forster, ella se puso roja como la grana y nos sonrió con aquellos graciosos hoyuelos en las mejillas, como si realmente estuviera enamorada de él y lo hubiese estado desde el principio. Juraría que era cierto. Las mujeres son criaturas muy extrañas.

Nos invitaron a todos a la ceremonia. En Brixham, todos los que son algo se

conocen entre sí. Estoy convencido de que mis hermanas estaban más interesadas por el ajuar que la propia novia, y yo iba a ser el padrino. Se habló mucho del futuro enlace a la hora del té, y en nuestro pequeño club encima del guarnicionero; y todo el mundo se hacía la misma pregunta: ¿le amaré ella?

Yo tampoco lo sabía a ciencia cierta en los primeros días de su noviazgo, pero, después de cierto atardecer de agosto, mis dudas se desvanecieron. Regresaba a casa desde el club a través del cementerio. Nuestra iglesia se encuentra en una colina donde crece el tomillo, y el césped a su alrededor es tan suave y tupido que las pisadas resultan inaudibles.

No hice el menor ruido al saltar el pequeño muro cubierto de liquen, y continué mi camino entre las tumbas. Recuerdo que oí la voz de John Charrington y vi a May al mismo tiempo. Estaba sentada sobre una lápida muy lisa, a escasa altura, con todo el esplendor del sol poniente en su lindo semblante. Su expresión disipaba, de una vez para siempre, cualquier duda acerca de su amor por él; una belleza, que no habría creído posible ni en un rostro tan hermoso como el suyo, parecía transfigurarla.

John estaba a sus pies, y fue su voz la que rompió el silencio del dorado atardecer de agosto.

—Mi amor, mi amor, ¡creo que volvería de entre los muertos si me lo pidieras!

Me apresuré a toser para indicarles mi presencia y, desterrando cualquier duda, continué andando por la sombra.

La boda iba a celebrarse a primeros de septiembre. Dos días antes, tuve que ir urgentemente a la ciudad por un asunto de negocios. El tren venía con retraso, por supuesto, ya que se trataba de la Compañía del Sudeste^[1] y, mientras esperaba malhumorado su llegada con el reloj en la mano, divisé a John Charrington y a May Forster. Paseaban del brazo por un solitario extremo del andén, mirándose a los ojos, indiferentes a la amable curiosidad de los mozos de estación.

Sin dudarlo un instante, como es natural, desaparecí en el despacho de billetes; y, hasta que el tren no se detuvo en la estación, no pasé de manera visible junto a la pareja con mi Gladstone^[2], y elegí un rincón en un vagón de fumadores de primera clase. Hice como si no los hubiera visto. Me sentía orgulloso de mi discreción, pero, si John iba a viajar solo, yo deseaba su compañía. Y la tuve.

—Hola, viejo amigo —exclamó alegremente, metiendo su bolsa en mi vagón—. ¡Menuda suerte! ¡Y yo que esperaba un viaje de lo más aburrido!

—¿Dónde vas? —le pregunté, mirando discretamente hacia otro lado; no necesitaba ver a May para saber que la joven había llorado.

—A casa del anciano Branbridge —respondió, cerrando la portezuela y asomándose a la ventanilla para despedirse de su novia.

—¡Ojalá no fueras, John! —le oí decir en voz baja, con enorme seriedad—. Estoy segura de que va a ocurrir algo.

—¿Crees que yo permitiría que ocurriese algo que nos impidiera celebrar la boda pasado mañana?

—No vayas —le suplicó May, con una vehemencia que habría enviado primero mi bolsa y después a mí al andén. Pero ella no se dirigía a mí. Y John Charrington era diferente: rara vez cambiaba de opinión, y nunca sus decisiones.

Se limitó a acariciar las pequeñas manos sin guantes que se apoyaban en la portezuela del vagón.

—Tengo que hacerlo, May. El pobre viejo ha sido sumamente bondadoso conmigo y, ahora que está en su lecho de muerte, debo acudir a su lado; pero volveré a tiempo para... —el resto de su despedida se perdió en un murmullo y en las sacudidas y traqueteos del tren que arrancaba.

—¿Seguro que vendrás? —preguntó ella, al ver que nos movíamos.

—Nada me lo impedirá —replicó John Charrington; y el tren salió de la estación.

Cuando la pequeña figura en el andén desapareció de su vista, se recostó en el rincón y guardó unos momentos de silencio.

Me explicó entonces que su padrino, del que era el único heredero, estaba muriéndose en Peasmarsh, a unas cincuenta millas; que había enviado a buscarlo, y él se había sentido obligado a ir.

—Seguramente estaré de vuelta mañana —afirmó—, y si no al día siguiente, con tiempo de sobra para la boda. ¡Es una suerte que en la actualidad no haya que levantarse en medio de la noche para contraer matrimonio!

—¿Y si fallece el señor Branbridge?

—¡Vivo o muerto, tengo intención de casarme el jueves! —repuso John, encendiendo un cigarro y desplegando el *Times*.

Nos dijimos adiós en la estación de Peasmarsh; él se bajó del tren, y le vi alejarse a caballo. Yo seguí hasta Londres, donde pasé la noche.

Cuando regresé al día siguiente, una tarde muy lluviosa, por cierto, mi hermana me recibió con estas palabras:

—¿Dónde está el señor Charrington?

—¡Sabe Dios! —respondí malhumorado. A todos los hombres, desde los tiempos de Caín, les han inquietado esa clase de preguntas.

—Pensé que sabrías algo de él —añadió ella—, como mañana vas a ser su padrino...

—¿Acaso no ha vuelto? —inquirí, pues había confiado en encontrarlo en casa.

—No, Geoffrey —mi hermana Fanny siempre sacaba conclusiones precipitadas, especialmente si éstas eran poco favorables para sus congéneres—, no ha vuelto y, es más, puedes estar seguro de que no lo hará. Escúchame bien, mañana no se celebrará ninguna boda.

No había nadie en el mundo que me sacara tanto de mis casillas como mi hermana Fanny.

—Escúchame bien tú a mí —contesté con aspereza—, será mejor que dejes de comportarte como una perfecta idiota. La boda de mañana será mucho más real que ninguna de las que vayas a protagonizar tú —una predicción, dicho sea de paso, que

acabaría cumpliéndose.

Sin embargo, aunque yo respondiera con brusquedad a mi hermana, muy seguro de mis palabras, no me sentí tan bien aquella noche cuando me dijeron en casa de John que aún no había vuelto. Me alejé de allí bajo la lluvia, lleno de pesimismo. La mañana siguiente amaneció con un cielo azul y un sol radiante; un día inmejorable de suave viento y hermosas nubes. Me levanté con el vago sentimiento de haberme acostado muy inquieto, y con muy pocas ganas de enfrentarme a la realidad ahora que estaba despierto.

Pero con el agua para el afeitado me trajeron una nota de John que me tranquilizó, y me encaminé feliz a casa de los Forster.

May estaba en el jardín. Vi su traje azul a través de las malvarrosas cuando las puertas de la verja se cerraron a mis espaldas. Así que, en lugar de dirigirme a la casa, bajé por el sendero cubierto de césped.

—También te ha escrito —exclamó, sin saludarme antes, cuando llegué a su lado.

—En efecto. Tengo que reunirme con él a las tres en la estación, y los dos iremos directamente a la iglesia.

Su semblante estaba pálido, pero el brillo de sus ojos y el delicado temblor de sus labios hablaban de una renovada felicidad.

—El señor Branbridge le pidió que se quedará una noche más y John fue incapaz de negarse —continuó May—. ¡Es tan buena persona! Pero ¡ojalá hubiera vuelto ayer!

Llegué a la estación a las dos y media. Me sentía bastante irritado con John. Era una falta de respeto hacia la hermosa joven que tanto le amaba llegar sin aliento, cubierto del polvo del camino, y coger esa mano por la que algunos de nosotros habríamos dado los mejores años de nuestra vida.

Pero cuando el tren de las tres en punto se detuvo y volvió a ponerse en marcha sin que ningún pasajero se apeara en nuestra pequeña estación, sentí algo más que indignación contra él. El siguiente tren no llegaría hasta treinta y cinco minutos después; calculé que, si nos apresurábamos, podríamos llegar justo a tiempo a la ceremonia; pero ¡qué necio había sido al perder el primer tren! ¿Qué otro hombre habría hecho algo así?

Los treinta y cinco minutos se me hicieron eternos mientras vagaba por la estación leyendo el tablón de anuncios y los horarios, así como el reglamento de la compañía ferroviaria, cada vez más indignado con John Charrington. Aquella confianza en su propio poder de conseguir cuanto quería en el momento en que lo deseaba le estaba llevando demasiado lejos. Odio esperar. A todo el mundo le pasa lo mismo, pero creo que yo lo odio más que nadie. El tren de las tres treinta y cinco llegó con retraso, naturalmente.

Mordí mi pipa con fuerza y di una patada en el suelo con impaciencia mientras esperaba el cambio de señales. Oí un chasquido y la señal bajó. Cinco minutos después entré atropelladamente en el carruaje que había traído para llevar a John.

—¡A la iglesia! —exclamé, mientras alguien cerraba la puerta—. El señor Charrington no ha llegado en este tren.

El enfado se convirtió entonces en inquietud. ¿Qué podía haberle pasado? ¿Se habría sentido súbitamente mal? No recordaba haberlo visto un solo día enfermo. Además, de haber sido así, habría enviado un telegrama. Tenía que haber sufrido un espantoso accidente. Jamás se me pasó por la cabeza... no, ni un solo instante... que hubiera engañado a May. Sí, algo terrible le había ocurrido, y era mi deber comunicárselo a su novia. Les aseguro que casi llegué a desear que el carruaje volcase y destrozara mi cabeza para que otra persona tuviera que decírselo en mi lugar, pues yo... pero eso no tiene nada que ver con esta historia.

Eran las cuatro menos cinco cuando nos detuvimos ante la verja del cementerio. Dos hileras de curiosos se alineaban expectantes a ambos lados del camino, entre la entrada al camposanto y la puerta de la iglesia. Salté del carruaje y pasé entre ellos. Nuestro jardinero estaba muy bien situado, cerca de la puerta. Me paré junto a él.

—Todavía están esperando a los novios, ¿verdad, Byles? —pregunté, únicamente para ganar tiempo; sabía, por supuesto, que así era por lo atenta que se mostraba la muchedumbre.

—¿Esperando, señor? No, no; la ceremonia ya debe de haber acabado.

—¿Acabado? Entonces el señor Charrington, ¿ha venido?

—Justo a tiempo, señor; algo ha debido impedirle encontrarse con usted. Y sabe, señor —añadió bajando la voz—, jamás había visto así al señor John; en mi opinión, ha estado bebiendo más de la cuenta. Su ropa estaba polvorienta y su rostro, blanco como el papel. No me ha gustado nada su aspecto, y la gente está haciendo toda clase de comentarios en el interior. Verá usted, creo que al señor John le ha ocurrido algo muy grave y ha bebido. Parecía un fantasma, y ha entrado en la iglesia con la vista extraviada, sin dirigir una sola mirada o una sola palabra a ninguno de nosotros, ¡él, que ha sido siempre un caballero!

Nunca había oído decir tantas palabras seguidas a Byles. La multitud cuchicheaba y se preparaba para lanzar arroz y zapatillas a los novios. Los campaneros, con sus manos en las cuerdas, se preparaban para iniciar el alegre repicar cuando los recién casados salieran de la iglesia.

Un murmullo en el interior anunció su llegada, y los novios aparecieron en la puerta. Byles estaba en lo cierto. John Charrington parecía otro hombre. Tenía la chaqueta polvorienta y el cabello despeinado; y una mancha amoratada en la frente, como si se hubiera enzarzado en una pelea. Estaba pálido como un cadáver; aunque su palidez no era mayor que la de la novia, que parecía tallada en marfil... el vestido, el velo, las flores de azahar, el rostro, toda ella.

Los campaneros, que eran seis, se inclinaron a su paso; y, mientras los oídos esperaban el alegre repicar de boda, ellos iniciaron el lento tañido del toque de difuntos.

Todos nos estremecemos de horror ante la insensata broma de aquellos hombres.

Pero los campaneros soltaron las cuerdas y huyeron como conejos hacia la luz del sol. La novia temblaba, y parecía a punto de estallar en llanto; pero el novio descendió con ella por el camino donde la gente los esperaba con los puñados de arroz. Mas nadie los arrojó, ni repicaron las campanas de boda. Fue inútil tratar de convencer a los campaneros para que repararan su error; sin dejar de proferir juramentos, balbucearon que ellos se cuidarían muy mucho de alejarse antes.

En medio de un silencio sepulcral, los novios entraron en el carruaje y la portezuela se cerró tras ellos.

Fue entonces cuando las lenguas se soltaron. Una verdadera Torre de Babel de indignación, asombro y conjeturas, tanto por parte de los espectadores como de los invitados.

—Si yo hubiera visto su estado, señor —me dijo el viejo Forster cuando nos alejábamos—, ¡le habría tirado al suelo de la iglesia para impedir que se casara con mi hija!

Luego asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Corra como el diablo! —gritó al cochero—. No se preocupe por los caballos.

El hombre le obedeció y adelantamos el carruaje de la novia. Yo me abstuve de mirarlo, pero el viejo Forster volvió la cabeza y lanzó un juramento. Llegamos a la casa antes que los recién casados.

Nos quedamos en el umbral, bajo el sol abrasador de las primeras horas de la tarde, y no había transcurrido ni medio minuto cuando oímos el chirrido de las ruedas en la grava. El carruaje se detuvo junto a los escalones de entrada, y el viejo Forster y yo los bajamos corriendo.

—¡Santo Cielo! ¡No hay nadie en su interior! Y, sin embargo...

Me apresuré a abrir la puerta, y contemplé el siguiente espectáculo:

No había ni rastro de John Charrington; y de May, su mujer, sólo se veía un montón de raso blanco en el suelo y en el asiento del carruaje.

—He venido directamente de la iglesia, señor —dijo el cochero, mientras el padre de May la cogía en brazos—; y puedo jurarle que nadie ha salido del coche.

La llevamos dentro con su vestido de novia y le quitamos el velo. ¿Seré capaz de olvidar algún día su rostro? Pálido, muy pálido, atenazado por la angustia y el terror, con una expresión de espanto que, desde entonces, no he visto más que en pesadillas. Su pelo, rubio y brillante, se había vuelto blanco como la nieve.

Mientras su padre y yo la contemplábamos, a punto de enloquecer ante aquel horror y aquel misterio, un muchacho subió por la avenida... un muchacho con un telegrama en la mano. Me entregaron un sobre naranja. Lo rompí para leer su contenido.

El señor Charrington se cayó del caballo a la una y media, camino de la estación. Murió en el acto.

Y había contraído matrimonio con May Forster en nuestra parroquia a las tres y media, ante la mitad de los feligreses.

—¡*Me casaré contigo, vivo o muerto!*

¿Qué había ocurrido en el carruaje mientras se dirigían a la casa? Nadie lo sabe... ni lo sabrá nunca. ¡Oh, May, amor mío!

Antes de que transcurriera una semana, la depositaron junto a su marido en nuestro pequeño cementerio, en la colina donde crece el tomillo... en el mismo cementerio donde los dos celebraban sus citas de amor.

Y así fue la boda de John Charrington.

El matrimonio del brigadier

Epílogo

Arthur Conan Doyle

Hablo, amigos míos, de unos días muy lejanos en los que apenas había empezado a edificar esa fama que ha vuelto tan célebre mi nombre. De los treinta oficiales de los Húsares de Conflans, nada hacía suponer que yo fuera superior en ningún sentido a los demás. Me resulta fácil imaginar cuán grande hubiera sido su sorpresa de haber sabido que el joven teniente Etienne Gerard estaba destinado a una carrera tan gloriosa, y que viviría para mandar una brigada y recibir de manos del emperador esa condecoración que puedo enseñarles cuando quieran, si me honran con su visita en mi pequeña vivienda campestre... ¿Conocen ustedes, supongo, la casita encalada con una parra en la entrada, en un prado a orillas del Garona?

Se ha dicho de mí que nunca he sabido lo que era el miedo. Sin duda lo han oído ustedes. Durante muchos años, por un orgullo estúpido, he dejado que corriera ese rumor sin desmentirlo. Sin embargo, ahora que soy viejo puedo permitirme el lujo de ser sincero. El hombre valeroso se atreve a decir la verdad. Sólo al cobarde le asusta admitir ciertas cosas. Así, pues, les confesaré que también soy humano, que también he sentido cómo se me helaba la sangre en las venas y se me erizaban los cabellos, que incluso he sabido lo que es correr hasta que mis piernas apenas podían sostenerme. ¿Acaso les escandaliza oírlo? Tal vez algún día les consuele saber, cuando su valor se encuentre al límite, que incluso Etienne Gerard supo lo que era el miedo. Les contaré ahora cómo sucedió, y cómo aquello me condujo al matrimonio.

En aquella época reinaba la paz en Francia y nosotros, los Húsares de Conflans, pasábamos el verano en un campamento militar a escasas millas de Les Andelys, un pueblo de Normandía. No es un lugar demasiado divertido, pero los miembros de la Caballería Ligera llenamos de alegría cualquier rincón que visitamos, de modo que pasamos una temporada muy agradable. Son muchos los años y los escenarios que se confunden en mi memoria, pero el nombre de Les Andelys todavía trae a mi recuerdo las ruinas de un enorme castillo, extensas huertas de manzanos y, sobre todo, la imagen de las bonitas muchachas de Normandía. Eran las más hermosas de su sexo, de igual modo, según decían, que nosotros lo éramos del nuestro, así que todos fuimos muy felices aquel dulce y soleado verano. ¡Ah, la juventud, la belleza, el valor, y luego los años sombríos y monótonos que los empañan! Hay momentos en que el glorioso pasado me pesa en el corazón como si fuera plomo. No, señor; no hay vino que pueda alejar esos pensamientos, pues discurren en el espíritu y en el alma. Sólo el grosero cuerpo es sensible al vino; pero, si me lo ofrecen con ese fin, no lo

rechazo.

Pues bien, de todas las muchachas que vivían en la región, había una que superaba de tal modo en belleza y simpatía a las demás que parecía destinada especialmente para mí. Se llamaba Marie Ravon y su familia, los Ravon, eran pequeños terratenientes que habían labrado aquellas tierras desde los tiempos en que el duque William^[1] partió para Inglaterra. Si cierro los ojos, la veo igual que entonces: sus mejillas como oscuras rosas musgosas; sus ojos almendrados, dulces y, sin embargo, llenos de vida; sus cabellos, negros como el azabache, en consonancia con la poesía y la pasión; su figura tan flexible como un joven abedul cuando sopla el viento. ¡Ah! Cómo se alejó de mí la primera vez que rodeé su talle con mi brazo; pues era apasionada y orgullosa, y estaba siempre escabulléndose, oponiendo resistencia, luchando hasta el final para hacer más dulce su rendición. De ciento cuarenta mujeres... pero ¿cómo compararlas cuando todas se acercan tanto a la perfección?

Desearán saber por qué, si esta muchacha era tan bella, yo no tenía ningún rival. Y había una buena razón, amigos míos, pues yo solucioné el problema enviándolos a todos al hospital. Estaba Hippolyte Lesoeur... que visitó a la familia dos domingos; aunque me atrevería a jurar que, si continúa vivo, todavía cojea por culpa de la bala que alojé en su rodilla. El pobre Victor... hasta su muerte en Austerlitz, también llevó mi marca. Pronto quedó claro que, si no podía conseguir a Marie, tendría al menos un hermoso campo donde intentarlo. En nuestro campamento decían que era más seguro cargar contra un batallón entero de infantería que ser visto con frecuencia en la granja de los Ravon.

Pero déjenme que les hable con franqueza. ¿Deseaba yo casarme con Marie? ¡Ah! El matrimonio, amigos míos, no está hecho para un húsar. Hoy se encuentra en Normandía; mañana, en las colinas de España o en las ciénagas de Polonia. ¿Qué puede hacer con una esposa? ¿Sería justo para ambos? ¿Estaría bien que su valentía se viera mermada por el recuerdo de la desesperación que su muerte acarrearía? ¿Sería razonable dejarla sumida en el temor de que cualquier correo puede llevarle la noticia de su irreparable desgracia? Un húsar sólo puede calentarse junto a la lumbre y después seguir avanzando a toda prisa; y conformarse con encontrar otro fuego que le procure algún consuelo. Y, Marie, ¿quería casarse conmigo? Ella sabía muy bien que, cuando nuestras trompetas de plata anunciaran la marcha del regimiento, estarían tocando sobre la tumba de nuestra vida conyugal. Era mucho mejor aferrarse con fuerza a su gente y a su tierra, donde su marido y ella podrían vivir para siempre entre las fértiles huertas, sin perder de vista el enorme Castillo de Le Galliard. Dejemos que recuerde a su húsar en sueños, pero que sus jornadas transcurran en el mundo que la vio nacer.

Mientras tanto, Marie y yo alejábamos esos pensamientos de nuestra cabeza y nos entregábamos a tan dulce compañía, cada día como si fuera el último, sin pensar jamás en el mañana. Es cierto que había veces en que su padre, un anciano y

corpulento caballero, con el semblante muy parecido a una de las manzanas de su propiedad, y su madre, una mujer delgada y nerviosa de la región, me soltaban indirectas para saber cuáles eran mis intenciones; pero en el fondo de su corazón sabían que Etienne Gerard era un hombre de honor, y que su hija estaba segura, además de muy feliz, en sus manos. Y así estaban las cosas hasta la noche de la que hablo.

Era domingo por la tarde y había ido cabalgando desde el campamento. Otros compañeros visitaban el pueblo, y todos dejamos nuestros caballos en la taberna. Pensaba andar hasta la casa de los Ravon, de la que sólo me separaba un vasto campo que se extendía hasta su misma puerta. Estaba a punto de emprender el camino cuando el posadero corrió detrás de mí.

—Perdone, teniente —dijo—, está más lejos por la carretera, pero le aconsejaría que fuese por ella.

—Eso alarga más de una milla mi trayecto...

—Lo sé. Sin embargo, creo que sería más prudente —y sonrió al pronunciar estas palabras.

—Y ¿por qué? —pregunté.

—Porque el toro inglés anda suelto en ese campo —replicó.

De no haber sido por aquella odiosa sonrisa, quizá lo habría tomado en consideración. Pero avisarme de un peligro y sonreír de ese modo era más de lo que mi orgullo podía soportar. Le mostré con un gesto lo que pensaba del toro inglés.

—Cogeré el camino más corto —exclamé.

Acababa de poner un pie en la hierba cuando comprendí que mi naturaleza me había empujado a obrar con precipitación. Era un terreno cuadrado y muy extenso y, al adentrarme en él, me sentí como ese cascarón de nuez que, después de atreverse a zarpar, no ve más puerto que aquél del que ha salido. Si exceptuamos el lado desde el que yo venía, estaba rodeado de muros. Delante de mí estaba la granja de los Ravon, con una tapia que se extendía a izquierda y derecha. Una puerta trasera salía directamente al campo, y había varias ventanas en la planta baja, pero todas con trancas, como es habitual en las granjas de Normandía. Me apresuré a seguir en dirección a la entrada, consciente de que era el único puerto seguro, andando con la dignidad que corresponde a un soldado y, sin embargo, con toda la rapidez que alcanzaban mis piernas. De cintura para arriba caminaba tranquilo, incluso gallardo. Por debajo, veloz y alerta.

Cuando había llegado casi a la mitad del terreno, divisé la criatura. Levantaba la tierra con sus patas delanteras, bajo un haya que crecía a mi derecha. No volví la cabeza para mirar al animal, no fuera a darse cuenta de que le había visto, pero no dejé de observarlo, inquieto, con el rabillo del ojo. Es posible que el toro estuviera de buen talante, o que lo detuviera mi aire de indiferencia, pero no hizo el menor movimiento en mi dirección. Más tranquilo, fijé la vista en la ventana abierta del dormitorio de Marie, justo encima de la puerta trasera, con la esperanza de que esos

ojos tan oscuros, dulces y queridos estuvieran contemplándome detrás de las cortinas. Agité mi pequeño bastón, hice un alto para recoger una prímula y canté uno de nuestros despreocupados estribillos, con el fin de ofender a aquella bestia inglesa y mostrar a mi amada qué poco me importaba el peligro cuando se interponía entre ella y yo. La criatura se quedó desconcertada ante mi intrepidez, lo que me permitió entrar en la granja sano y salvo, sin que mi honor se mancillara.

¿Acaso no valía la pena correr ese peligro? Aunque todos los toros de Castilla hubieran vigilado aquella entrada, ¿no habría valido la pena? ¡Ah, aquellas horas... aquellas horas luminosas que jamás volverán, cuando nuestros jóvenes pies apenas parecían rozar el suelo y nosotros vivíamos en un dulce mundo de ensueño salido de nuestra imaginación! Marie reverenciaba mi coraje, y me amaba por él. Mientras apoyaba su sonrojada mejilla sobre la seda de mi manga, y me contemplaba asombrada, con los ojos brillantes de amor y admiración, ¡escuchaba maravillada mis historias sobre el verdadero carácter de su enamorado!

—¿Nunca ha flaqueado tu corazón? ¿Nunca has sentido lo que era el miedo? —preguntó.

Me reí de semejante idea. ¿Qué lugar podía ocupar el miedo en la mente de un húsar? A pesar de mi juventud, había dado pruebas de mi valentía. Le conté cómo había conducido a mi escuadrón frente a un batallón de Granaderos Húngaros. Ella se estremeció mientras me abrazaba. Le expliqué, asimismo, cómo una noche había cruzado el Danubio a caballo para entregar un mensaje a Davoust^[2]. Para ser sincero, no se trataba del Danubio, ni de un río lo bastante profundo para obligarme a nadar; pero, cuando uno tiene veinte años y está enamorado, narra las historias lo mejor que sabe. Le relaté muchas anécdotas parecidas mientras aumentaba la expresión de asombro en sus queridos ojos.

—¡Jamás soñé que existiera un hombre tan valiente, Etienne! —exclamó—. ¡Qué afortunada Francia por tener semejante soldado! ¡Qué afortunada Marie por tener semejante enamorado!

Como es natural, me arrojé a sus pies murmurando que yo era el más afortunado de todos... por haber encontrado a alguien que supiera valorar y comprender.

Era una relación encantadora, demasiado tierna y delicada para que interfirieran en ella otros intelectos más groseros. Pero es comprensible que los padres se creyeran también en la obligación de cumplir con su deber. Jugaba al dominó con el anciano y devanaba la lana para su mujer, pero no parecían convencidos de que visitara su granja tres veces a la semana por amor a ellos. Desde hacía algún tiempo, una explicación era inevitable, y me la pidieron aquella noche. Marie, a pesar de amotinarse de un modo delicioso, fue enviada al dormitorio, y yo tuve que enfrentarme a los dos ancianos en la sala, mientras me importunaban con numerosas preguntas sobre mi porvenir y mis intenciones.

—Tanto nos da —aseguraron con la franqueza que caracteriza a la gente del campo—. O se casa usted con Marie, o no vuelva a aparecer por aquí.

Les hablé de mi honor, de mis esperanzas y de mi futuro, pero su postura no varió en lo más mínimo con relación al presente. Defendí mi carrera, pero ellos, de un modo muy egoísta, sólo pensaban en su hija. Lo cierto es que mi situación era realmente difícil. Por una parte, era incapaz de renunciar a mi Marie. Por otra, ¿qué podía hacer un joven húsar con el matrimonio? Finalmente, ante su insistencia, les pedí que me dejaran meditar sobre el asunto, aunque sólo fuera un día.

—Me reuniré con Marie —dije—, me reuniré con Marie en seguida. Su corazón y su felicidad son lo más importante para mí.

Aunque aquellos dos viejos gruñones no quedaron satisfechos, se tuvieron que callar. Me desearon secamente las buenas noches y yo me marché, lleno de perplejidad, a la taberna. Salí por la misma puerta por donde había entrado, y les oí cerrarla con llave y atrancarla a mis espaldas.

Atravesé el campo absorto en mis pensamientos, mientras los razonamientos de los dos ancianos y mis hábiles respuestas me daban vueltas en la cabeza. ¿Qué debía hacer? Había prometido ver a Marie en seguida. ¿Qué le diría al verla? Me rendiría ante su belleza y daría la espalda a mi profesión? Si la espada de Etienne Gerard se convertía en una guadaña, ¿qué día tan triste para el emperador y para Francia! ¿Acaso no era posible conciliar las dos cosas, ser un feliz marido en Normandía y un valiente soldado en cualquier otra parte? Todas esas ideas bullían en mi cerebro cuando un ruido inesperado me hizo levantar la mirada. La luna había aparecido detrás de una nube, y entonces vi al toro, justo delante de mí.

Me había dado la impresión de ser muy grande debajo del haya, pero ahora me pareció gigantesco. Era de color negro. Tenía la cabeza cerca del suelo, y la luna iluminaba sus dos ojos amenazadores e inyectados en sangre. Jamás había existido un monstruo tan horrible en ninguna pesadilla. Se movía lenta y sigilosamente en mi dirección.

Miré detrás de mí y comprendí que, en mi aturdimiento, me había adentrado mucho en el campo. Había recorrido más de la mitad. Mi refugio más cercano era la taberna, pero el toro se interponía en mi camino. Tal vez si la criatura se daba cuenta del escaso temor que me inspiraba, me dejaría pasar. Hice un gesto de desprecio y me encogí de hombros. Incluso silbé. El animal pensó que le llamaba, pues se acercó con presteza. Mantuve el rostro valerosamente vuelto hacia él, pero empecé a retroceder a gran velocidad. Cuando uno es joven y está lleno de energía, puede correr hacia atrás y seguir mirando con expresión intrépida y sonriente al enemigo. Al tiempo que corría, amenazaba al cuadrúpedo con mi bastón. Es posible que hubiera sido más prudente refrenar mi ímpetu. Él tuvo la sensación de que yo le desafiaba... realmente lo último que había pasado por mi imaginación. Fue un malentendido, pero un malentendido funesto. Con un resoplido, levantó el rabo y cargó contra mí.

¿Han visto alguna vez el ataque de un toro, amigos míos? Es un extraño espectáculo. Imaginan, quizá, que él trota o incluso galopa. No; es algo mucho peor. El animal avanza con una sucesión de saltos, cada vez más inquietantes. No hay nada

que haga un ser humano que pueda asustarme. Cuando mi contendiente es un hombre, siento que la nobleza de mi actitud, la soltura y gallardía con que me enfrento a él, contribuirán en gran medida a desarmarlo. Puedo hacer cualquier cosa que haga él, de modo que ¿por qué iba a temerlo? Pero cuando uno tiene ante sí una tonelada de bovino enfurecido, el asunto es muy diferente. Se pierde toda esperanza de argumentar, dulcificar, conciliar. No hay resistencia posible. La arrogante seguridad en mí mismo se esfumó ante aquella criatura. En un instante, mi rápido ingenio había sopesado todas las opciones posibles, y había decidido que no cedería terreno ante nadie, ni ante el mismísimo emperador. Sólo tenía una opción... huir.

Pero se puede huir de muchos modos. Se puede huir con dignidad o se puede huir presa del pánico. Yo lo hice, por supuesto, como un soldado. Mi porte siguió siendo magnífico, aunque mis piernas se movieran con ligereza. Toda mi apariencia era una protesta contra la situación en la que me había visto colocado. Sonreía al tiempo que corría... la amarga sonrisa del hombre valeroso que se burla de su propio destino. Si todos mis camaradas hubieran rodeado el campo, habrían seguido teniendo la misma opinión de mí al ver el desdén con que esquivaba al toro.

Pero ha llegado el momento de confesarme. Una vez que empieza la huida, por muy marcial que sea, el pánico se apodera de uno. ¿No fue eso lo que ocurrió con la Guardia Imperial en Waterloo? Lo mismo le pasó aquella noche a Etienne Gerard. Después de todo, no había nadie que observara su comportamiento... excepto aquel maldito toro. Si por un momento perdía mi dignidad, ¿quién iba a enterarse? El estruendo de las pezuñas y los espantosos resoplidos del monstruo se acercaban cada vez más a mis talones. El horror me atenazaba al pensar en una muerte tan innoble. Ante la furia brutal del cuadrúpedo, se me heló la sangre en las venas. En un instante lo olvidé todo. En el mundo sólo había dos criaturas, el toro y yo... él intentado acabar conmigo y yo luchando por escapar. Agaché la cabeza y corrí... corrí como alma que lleva el diablo.

Me dirigí a la carrera a la casa de los Ravon. Pero cuando llegué allí, comprendí súbitamente que no me servía de refugio. La puerta estaba cerrada con llave; las ventanas de la planta baja, atrancadas; el muro era muy alto en los dos lados; y el toro estaba cada vez más cerca con sus zancadas. Pero, oh, amigos míos, fue en ese momento de máximo peligro cuando Etienne Gerard alcanzó el cenit. Sólo le quedaba un camino para ponerse a salvo, y fue rápidamente elegido.

He dicho ya que la ventana del dormitorio de Marie estaba justo encima de la puerta. Las cortinas estaban echadas, pero las dos hojas se hallaban abiertas de par en par, y una luz iluminaba el cuarto. Joven y lleno de energía, sentí que podría saltar lo suficiente para alcanzar el alféizar de la ventana y escapar al peligro. El monstruo estaba a punto de rozarme cuando salté. Sin su ayuda, mi plan habría tenido éxito. Pero, en el momento en que con un esfuerzo sobrehumano me levantaba del suelo, el animal me dio un topetazo que me lanzó por los aires. Entré como un proyectil a través de las cortinas y caí a cuatro patas en el centro de la habitación.

Había, al parecer, una cama junto a la ventana, pero yo había pasado volando, sano y salvo, por encima de ella. Mientras me ponía en pie, tambaleándome, me volví hacia ella consternado, pero se encontraba vacía. Mi Marie estaba sentada en una sillita en la esquina del cuarto, y sus mejillas enrojecidas indicaban que había llorado. No hay duda de que sus padres le habían contado algo de nuestra conversación. Estaba demasiado perpleja para moverse, y me miraba boquiabierta.

—¡Etienne! —dijo con voz entrecortada—. ¡Etienne!

En un instante, volví a ser el de siempre. Sólo había una salida airosa para un caballero, y yo la tomé:

—Marie —exclamé—, ¡perdona... oh, perdona la precipitación con que he regresado! Marie, he hablado con tus padres esta noche. No podía volver al campamento sin preguntarte antes si me harías el hombre más feliz del mundo convirtiéndote en mi mujer.

Pasó mucho tiempo antes de que ella pudiera recuperar el habla: ¡estaba tan asombrada! La corriente impetuosa de su admiración arrastró muy lejos cualquier otro sentimiento.

—¡Oh, Etienne, mi maravilloso Etienne! —dijo, rodeando mi cuello con sus brazos—. ¿Ha existido alguna vez un amor como el nuestro? ¿Ha existido alguna vez un hombre como tú? Mientras estás ahí, pálido y tembloroso de pasión, eres el héroe de mis sueños. Cuánto jadeas, mi amor; y ¡qué magnífico el salto que te ha traído a mis brazos! Justo cuando entrabas por la ventana, había oído el ruido de los cascos de tu caballo en el exterior.

No había nada más que explicar y, cuando uno acaba de prometerse en matrimonio, los labios sirven para otras cosas. Pero se oyeron carreras por el pasillo y alguien aporreó los paneles. Con el estrépito de mi llegada, los dos ancianos habían corrido al sótano para ver si el barril de sidra se había caído de su sustentáculo, pero ahora habían vuelto y estaban impacientes por entrar. Abrí la puerta de un golpe y los recibí de la mano de Marie.

—¡Aquí tienen a su hijo! —exclamé.

¡Ah, cuánta alegría había llevado a aquel hogar tan humilde! Todavía soy feliz al recordarlo. No pareció extrañarles demasiado que yo entrara volando por la ventana, pues ¿qué pretendiente podía haber más exaltado que un aguerrido húsar? Y si la puerta está cerrada, ¿qué otro camino queda sino la ventana? Una vez más, los cuatro nos reunimos en la sala, mientras sacaban la botella llena de telarañas y extendían ante mí las viejas glorias de la Casa de Ravon. Una vez más, contemplé el techo de gruesas vigas, las caras sonrientes de los dos ancianos, el círculo dorado de la luz de la lámpara, y a ella, mi Marie, la esposa de mi juventud, a la que conquisté de un modo tan extraño y luego conservé tan poco tiempo a mi lado.

Era tarde cuando nos despedimos. El anciano me acompañó al vestíbulo.

—Puede ir por la entrada principal o por la puerta trasera —dijo—. El camino es más corto por detrás.

—Creo que saldré por delante —respondí—. Es posible que tarde un poco más, pero así tendré más tiempo para pensar en Marie.

Henry Harland

I

Theodore Vellan había estado fuera de Inglaterra más de tres décadas. Treinta y tantos años antes, su círculo de amistades se quedó perplejo y alarmado ante su repentina marcha y desaparición. En aquella época, su situación parecía especialmente afortunada. Era joven (tenía veintisiete o veintiocho años); su posición era bastante acomodada (poseía una renta de alrededor de tres mil libras anuales); pertenecía a una familia excelente, los Shropshire Vellan, cuyo título nobiliario estaba en manos de su tío, lord Vellan de Norshingfield; era amable, atractivo, simpático, popular; y acababa de obtener un escaño en la Cámara de los Comunes (como segundo diputado por Sheffingham), donde todos esperaban que su ambición y su inteligencia lo llevaran lejos.

Entonces, inesperadamente, renunció a su escaño y abandonó Inglaterra. No quiso explicar a nadie la causa de su insólito proceder. Se limitó a escribir breves cartas de despedida a unos pocos amigos: «Voy a hacer un viaje alrededor del mundo. Estaré fuera un tiempo indefinido». El tiempo indefinido terminó convirtiéndose en más de treinta años; los veinte primeros, sólo su abogado y sus banqueros conocían su dirección, y jamás se la comunicaron a nadie. En cuanto a los diez últimos, se supo que vivía en la isla de Puerto Rico, donde tenía una plantación de azúcar. Entretanto, el tío había muerto, y un primo (que era su único hijo) había heredado el título nobiliario. Pero éste también acababa de fallecer, sin hijos, y todos los bienes y dignidades habían recaído sobre él. Debido a ese motivo, se vio obligado a regresar a Inglaterra; en el testamento de su primo, una veintena de pequeños beneficiarios no podían recibir su herencia a menos que el nuevo lord estuviera cerca.

II

La señora Sandryl-Kempton, sentada junto a la chimenea de su espacioso, aireado y desvaído salón, pensaba en el Theodore Vellan de los viejos tiempos y se preguntaba qué aspecto tendría el actual lord Vellan. Había recibido una nota suya esa mañana, enviada la víspera desde Southampton, en la que le anunciaba: «Estaré en la ciudad mañana... en el Hotel Bowden de Cork Street». Quería saber, asimismo, cuándo podría verla. Le había respondido con un telegrama: «Ven a cenar esta noche, a las ocho»; y él había aceptado. Por ese motivo, le había dicho a su hijo que cenara en el club; y ahora se hallaba junto a la chimenea, esperando la llegada de Theodore Vellan y rememorando lo ocurrido treinta años antes.

En aquella época, estaba soltera; y una ferviente amistad, que se remontaba a la época en que habían estudiado juntos en Oxford, unía a su futuro marido, a su hermano Paul y a Theodore Vellan. Recordó a los tres jóvenes, tan apuestos, felices e inteligentes, y el brillante futuro de cada uno de ellos: su marido en el cuerpo de abogados, su hermano en la Iglesia, y Vellan... no en la política, ella jamás logró entender sus aspiraciones políticas, que no parecían armonizar con el resto de su carácter..., sino en la literatura, como poeta, pues escribía unos versos que ella consideraba muy hermosos y originales. Evocó todo aquello, y entonces se dio cuenta de que su marido estaba muerto, de que su hermano estaba muerto, y de que Theodore Vellan llevaba muerto para su mundo, en cualquier caso, más de treinta años. Ninguno de los tres se había distinguido en nada; ninguno había estado a la altura de lo que se esperaba de él.

Sus recuerdos eran dulces y amargos al mismo tiempo; llenaron su corazón de alegría y de tristeza. Para ella, Vellan había sido sobre todo un joven tierno y sensible. Tenía ingenio, sentido del humor e imaginación; pero, por encima de todo, era tierno y sensible, lo que se reflejaba en su voz, en su mirada, en sus ademanes. Y su ternura era la base de su encanto... su ternura, que no era más que una parte de su modestia. «Era tan tierno y sensible, tan modesto, tan simpático y amable», se dijo a sí misma.

Y cientos de ejemplos de su ternura, modestia y amabilidad acudieron a su mente. Y no es que no fuera varonil. Estaba lleno de energía, de optimismo; le gustaba saltar y brincar alegremente como un niño. Y entonces se acordó de una escena que había tenido lugar en esa misma estancia hacía más de treinta años. Era la hora del té, y habían dejado sobre la mesa un plato de galletas almibaradas; ella, su marido y Vellan estaban solos. Su marido cogió un puñado de galletas y las lanzó al aire de una en una, mientras Vellan echaba la cabeza hacia atrás y las recogía en la boca... una de sus habilidades. La señora Kempton sonrió al recordarlo, aunque, al mismo tiempo, se llevó el pañuelo a los ojos.

«¿Por qué se marchó? ¿Qué fue lo que pasó?», se preguntó, mientras la antigua perplejidad ante la conducta de su amigo, el antiguo deseo de comprenderlo renacían con toda su fuerza.

«¿Podría haber sido...? ¿Podría haber sido...?»

Y una vieja conjetura, una vieja teoría que jamás había comentado con nadie, pero sobre la que había reflexionado largamente en silencio, volvió a llenar su cabeza de interrogantes.

La puerta se abrió; el mayordomo musitó un nombre; y ella vio a un hombre mayor, alto y pálido, de cabellos blancos, que le sonreía y le tendía las manos. Tardó algún tiempo en comprender quién era. Despreciando, sin darse cuenta, el paso del tiempo, había estado esperando a un joven de veintiocho años, de pelo castaño y tez rubicunda.

Es muy posible que él, por su parte, se sorprendiera al encontrar a una dama de mediana edad con una cofia.

III

Después de cenar, Theodore Vellan no quiso separarse de su amiga, y la siguió al salón, donde ella dijo que podía fumar. Él sacó unos pequeños cigarros cubanos, muy curiosos, cuyo aroma era fragante y delicado. Habían hablado de lo divino y lo humano; se habían reído y habían suspirado recordando antiguas penas y alegrías. Todos sabemos cómo en las Salas de la Memoria, la Dicha y la Melancolía caminan sin rumbo fijo de la mano. Ella había llorado un poco cuando empezaron a hablar de su marido y de su hermano, pero un instante después, al rememorar algo gracioso de ellos, sonrió con los ojos llenos de lágrimas. «¿Te acuerdas de fulano?» y «¿Qué habrá sido de él?» eran la clase de preguntas que se hacían, evocando viejos amigos y enemigos como fantasmas salidos del pasado. Incidentalmente, él había descrito Puerto Rico, sus negros y sus españoles, su clima, su flora y su fauna.

En el salón, se sentaron cada uno a un lado de la chimenea, y guardaron unos momentos de silencio. Aprovechando su permiso, Theodore Vellan sacó uno de sus pequeños cigarros cubanos, lo abrió por sus extremos, lo desenrolló, volvió a enrollarlo y lo encendió.

—Ha llegado la hora de que me cuentes lo que más deseo saber —dijo ella.

—¿Y qué es?

—¿Por qué te marchaste?

—¡Oh! —murmuró su invitado.

Ella esperó unos instantes.

—Cuéntamelo —le suplicó.

—¿Te acuerdas de Mary Isona? —preguntó él.

Ella le lanzó una mirada, como si estuviera muy sorprendida.

—¿Mary Isona? Sí, por supuesto.

—Pues bien, estaba enamorado de ella.

—¿Estabas enamorado de Mary Isona?

—Sí, estaba terriblemente enamorado de ella. Me parece que jamás lo he superado.

La señora Kempton contempló fijamente el fuego, apretando los labios. Vio a una muchacha delgada, con un sencillo vestido negro, un rostro sensible y pálido, unos ojos tristes, oscuros y luminosos, y una abundante cabellera negra y ondulada... Mary Isona, de origen italiano, una modesta profesora de música, cuya única relación con el mundo en que vivía Theodore Vellan era profesional. Venía de vez en cuando una hora o dos para tocar el piano o dar una clase de música.

—Sí —repitió él—; estaba enamorado de Mary Isona. Nunca lo he estado de ninguna otra mujer. Es ridículo que un hombre viejo diga estas cosas, pero aún sigo enamorado de ella. ¿Un hombre viejo? ¿Acaso llegamos a ser realmente viejos? Nuestro cuerpo envejece, nuestra piel se llena de arrugas, nuestro pelo se vuelve blanco; pero ¿y la mente, el corazón, el espíritu? Eso que llamamos «yo»... De cualquier manera, no pasa un día, ni una hora sin que piense en ella, sin que la eche de menos, sin que llore su pérdida. Tú la conocías... sabías cómo era. ¿Recuerdas cómo tocaba? ¿Y sus maravillosos ojos? ¿Y su hermoso y pálido semblante? ¿Y el modo en que le crecían los cabellos alrededor de la frente? ¿Y su conversación, su voz, su inteligencia! Su gusto, su instinto... en literatura, en arte... era el más exquisito que he encontrado jamás.

—Sí, sí, sí —dijo lentamente la señora Kempton—. Era una mujer muy poco común. Llegué a conocerla bastante íntimamente... mejor que nadie, supongo. Me enteré de todas las tristes circunstancias de su vida: una madre horrible, vulgar; un pobre padre soñador e incompetente; su pobreza, cuán duramente tenía que trabajar. Si la amabas, ¿por qué no te casaste con ella?

—Porque mi amor no era correspondido.

—¿Se lo preguntaste?

—No. Era innecesario. Seguí amándola en silencio.

—Nunca se sabe. Deberías habérselo preguntado.

—Estuve a punto de hacerlo, como es natural, cientos de veces. Las dudas me atormentaban a todas horas pensando si tendría alguna oportunidad, esperanzado y temeroso. Pero siempre que me encontraba a solas con ella, comprendía que mi amor era imposible. Su forma de tratarme... era franca y amistosa. No podía interpretarse de otra manera. Jamás se le pasó por la cabeza amarme.

—Cometiste un error al no preguntárselo. Nunca se puede estar seguro. ¡Oh! ¿Por qué no se lo preguntaste? —exclamó su vieja amiga, profundamente emocionada.

Theodore Vellan la miró extrañado, impaciente.

—¿De veras crees que podría haber sentido algo por mí?

—¡Oh! Deberías habérselo dicho; deberías habérselo preguntado —repitió ella.

—Bueno... ahora ya sabes por qué me marché.

—Sí.

—Cuando me enteré de su... su... muerte —no pudo llegar a decir suicidio—, todo terminó para mí. Fue tan espantoso, tan inefable. Seguir con mi vida de siempre, en el mismo lugar, entre la misma gente, era de todo punto imposible. Quería seguirla. Hacer lo mismo que ella. La única alternativa que me quedaba era huir lejos de Inglaterra, tan lejos de mí mismo como pudiera.

—Algunas veces —confesó poco después la señora Kempton—, algunas veces me pregunté si, posiblemente, tu desaparición no habría tenido algo que ver con la muerte de Mary... ¡transcurrió tan poco tiempo entre ambas! Algunas veces me pregunté si, tal vez, no habrías estado enamorado de ella. Pero no podía creerlo... era sólo porque las dos cosas habían coincidido. ¡Ay! ¿Por qué no se lo dijiste? ¡Es terrible, terrible!

IV

Cuando él se despidió, se quedó sentada un rato junto al fuego. «Vivir es arriesgarse a cometer errores... arriesgarse a cometer errores. Vivir es arriesgarse a cometer errores», pensó.

Era una frase que había leído en algún libro unos días antes; entonces había sonreído al verla; ahora resonaba en sus oídos como la voz de un diablo burlón.

—Sí, arriesgarse a cometer errores —musitó.

Se puso en pie y fue a su escritorio, abrió un cajón, removiéndolo su interior y sacó una carta... una vieja carta, pues el papel estaba amarillento y la tinta medio borrosa. Regresó junto a la chimenea, desdobló la misiva y la leyó. Eran seis páginas de una libreta llenas de una escritura pequeña y femenina. Se trataba de una carta que Mary Isona le había enviado a ella, Margaret Kempton, la víspera de su muerte, hacía más de treinta años. La joven le contaba las duras circunstancias de su vida; pero todas habían sido soportables, aseguraba, excepto un terrible secreto. Se había enamorado de un hombre que apenas era consciente de su existencia; ella, una insignificante y desconocida italiana, profesora de música, se había enamorado de Theodore Vellan. Era como si se hubiera enamorado de un habitante de otro planeta, ¡pertenecían a dos

mundos tan diferentes! Ella le amaba... le amaba... y sabía que su amor era imposible, y no podía resistirlo. Oh, sí; a veces se encontraba con él, aquí o allá, en las casas donde iba a tocar, a dar clase. Era muy educado con ella: y más que educado... era bondadoso; hablaba con ella de literatura, de música. «Es tan amable, tan fuerte, tan sabio; pero jamás ha pensado en mí como una mujer... una mujer capaz de amar y de ser amada. ¿Por qué iba a hacerlo? Si la polilla se enamora de una estrella, la polilla ha de sufrir... Soy cobarde; soy débil; piense de mí lo que quiera; pero tengo más de lo que puedo soportar. La vida es demasiado dura... demasiado dura. Mañana estaré muerta. Y usted será la única persona que conozca el motivo, y siempre guardará mi secreto.»

—¡Fue una lástima! ¡Una verdadera lástima! —murmuró la señora Kempton—. Me pregunto si debía haberle enseñado a Vellan la carta de Mary.

Georgie Porgie

Rudyard Kipling

*Georgie Porgie, pudding and pie,
Kissed the girls and made them cry. When the boys came out to play
Georgie Porgie ran away*^[1].

Si cree usted que un hombre no tiene derecho a entrar en el salón a primera hora de la mañana, cuando la criada está ordenando las cosas y quitando el polvo, estará de acuerdo en que la gente civilizada que come en platos de porcelana y posee tarjeteros no tiene derecho a opinar sobre lo que está bien o mal en una región sin colonizar. Sólo cuando los hombres encargados de dicha misión han preparado esas tierras para su llegada, pueden aparecer con sus baúles, su sociedad, el Decálogo y toda la parafernalia que los acompaña. Allí donde no llega la Ley de la Reina, es irracional esperar que se acaten otras normas menos imperiosas. Los hombres que corren por delante de los carruajes de la Decencia y del Decoro, y que abren caminos en medio de la selva, no se pueden juzgar con el mismo patrón que las personas apacibles y hogareñas que integran las filas del *tchin*^[2] corriente y moliente.

No hace muchos meses, la Ley de la Reina se detuvo a escasas millas al norte de Thayetmyo, a orillas del Erawadi. No existía una Opinión Pública muy desarrollada en esos límites, pero sí lo bastante respetable para mantener el orden. Cuando el gobierno sugirió que la Ley de la Reina debía extenderse hasta Bhamo y la frontera china, se dio la orden, y algunos hombres cuyo deseo era ir siempre por delante de la corriente de Respetabilidad avanzaron desordenadamente con las tropas. Eran esa clase de individuos incapaces de aprobar exámenes, y demasiado osados e independientes para convertirse en funcionarios de provincias. El gobierno supremo intervino tan pronto como pudo, con sus códigos y reglamentos, y puso a la nueva Birmania exactamente al mismo nivel que la India; pero hubo un breve período de tiempo en el que se necesitaron hombres fuertes que araran la tierra para sí.

Entre los precursores de la Civilización se hallaba Georgie Porgie, al que todos sus conocidos consideraban un hombre de gran fortaleza. Ocupaba un puesto en el sur de Birmania cuando llegó la orden de rebasar la frontera, y sus amigos le llamaban así por su modo de entonar una canción birmana que empezaba con unas palabras muy parecidas. La mayoría de los hombres que han estado allí conocen la melodía, y su letra significa: «¡Puff, puff, puff, puff, enorme barco de vapor!». Georgie la cantaba acompañado de su banjo mientras sus compañeros vociferaban

con entusiasmo; y cualquiera podía oírlos a lo lejos, en los bosques de teca.

Cuando se marchó al norte del país, no tenía en gran estima ni a Dios ni al Hombre, pero sabía cómo hacerse respetar, y cómo llevar a cabo las tareas militares y civiles que, en aquellos meses, recaían en casi todo el mundo. Hacía su trabajo de oficina e invitaba a su casa, de vez en cuando, a los destacamentos de soldados sacudidos por la fiebre que avanzaban a ciegas por la región, en busca de algún grupo de bandidos fugitivos de la justicia. En ocasiones, salía de casa y perseguía a malhechores por su cuenta; pues el fuego no se había extinguido en el país y, en el momento más inesperado, cualquier chispa podía avivar las llamas de nuevo. Disfrutaba de aquellos tiroteos, aunque no fueran tan divertidos para los bandidos. Todos los oficiales que le trataban, se despedían de él convencidos de que Georgie Porgie era una persona de gran valía, muy capaz de cuidar de sí mismo, y, en virtud de esta opinión, le dejaban hacer su voluntad.

Al cabo de unos pocos meses, se cansó de su soledad y empezó a buscar compañía y un poco de refinamiento. La Ley de la Reina se aplicaba sólo de manera incipiente en la región, y la Opinión Pública, más poderosa que la Ley de la Reina, todavía brillaba por su ausencia. Además, existía una costumbre en el país que permitía a los hombres blancos casarse con una de las Hijas de la Tierra después de pagar cierta cantidad. No era una ceremonia de boda tan vinculante como la *nikkah* de los mahometanos, pero las esposas eran encantadoras.

Cuando nuestras tropas regresen de Birmania, brotará de sus labios un refrán: «Tan ahorrativa como una mujer birmana», y las bellas damas inglesas desearán saber qué demonios significa esto.

El cacique de la aldea más cercana al puesto de Georgie Porgie tenía una hermosa hija que había visto al joven y le amaba a distancia. Cuando corrió la noticia de que el inglés de manos fuertes que vivía en la empalizada estaba buscando a alguien que se ocupara de su casa, el cacique fue a decirle que, por quinientas rupias, le confiaría el cuidado de su hija, para que la honrara, la respetara y le proporcionase toda clase de comodidades y de vestidos bonitos, conforme a la costumbre del país. Así se hizo, y Georgie Porgie nunca se arrepintió.

Vio cómo su hogar se convertía en un lugar ordenado y confortable, y cómo sus gastos, hasta entonces desmedidos, se reducían a la mitad; y sintió cómo le mimaba y adoraba su nueva adquisición, que se sentaba en la cabecera de su mesa, le cantaba canciones y se encargaba de dar órdenes a los criados madrasíes. Y era una joven todo lo dulce, alegre, honrada y adorable que habría podido desear el más exigente de los solteros. Ninguna raza, según los expertos, produce esposas y amas de casa tan buenas como los birmanos. Cuando llegó el siguiente destacamento que marchaba esforzadamente camino de la guerra, el alférez al mando encontró en la mesa de Georgie Porgie una anfitriona a la que respetar, una mujer a la que tratar en todos los sentidos como alguien que ocupara una sólida posición. Cuando reunió a sus hombres al día siguiente al amanecer, y volvió a internarse en la selva, recordó con nostalgia la

sencilla y agradable cena y el hermoso rostro, y envidió a Georgie Porgie desde el fondo de su corazón. Y eso que *él* tenía una novia en Inglaterra, pero así es como han sido hechos algunos hombres.

La joven birmana no tenía un nombre bonito, pero Georgie Porgie se apresuró a bautizarla con el de Georgina, y el defecto se subsanó. Georgie Porgie estaba encantado de que le mimasen y de que le colmaran de comodidades, y juraba que nunca había gastado quinientas libras con un fin mejor.

Después de tres meses de vida hogareña, se le ocurrió una gran idea. El matrimonio —el matrimonio inglés— no podía ser algo tan malo, después de todo. Si se sentía tan bien en el quinto infierno con aquella muchacha birmana que fumaba cigarros, ¡cuánto más agradable sería estar con una joven inglesa que no los fumara y que tocara el piano en lugar del banjo! Además, deseaba regresar con los suyos, oír de nuevo una banda de música, y volver a experimentar la sensación de llevar un traje de etiqueta. Decididamente, el matrimonio sería algo muy bueno. Reflexionó largo y tendido sobre el asunto al anochecer, mientras Georgina le cantaba, o le preguntaba por qué estaba tan silencioso, y si le había ofendido en algo. Al tiempo que meditaba, fumaba y observaba a Georgina, su imaginación la convertía en una joven inglesa rubia, ahorrativa, divertida y alegre, con el cabello cayéndole en la frente, y tal vez un cigarrillo en los labios. De ningún modo un cigarro birmano, grande, grueso, de esos que fumaba Georgina. Se casaría con una muchacha con los ojos de Georgina y muy parecida a ella. Pero no exactamente igual. Podía mejorarse. Dos anchas espirales de humo salieron por sus orificios nasales y se desperezó. Probaría el matrimonio. Georgina le había ayudado a ahorrar dinero, y le debían seis meses de permiso.

—Verás, mujercita —dijo—, tenemos que gastar menos durante los próximos tres meses. Necesito dinero.

Aquello era una verdadera infamia contra el gobierno de la casa de Georgina, pues ella estaba orgullosa de sus economías; pero, si su Dios quería dinero, ella pondría todo de su parte.

—¿Necesitas dinero? —preguntó riendo—. Pues yo lo *tengo*. ¡Mira!

Corrió a su cuarto y trajo una pequeña bolsa de rupias.

—Ahorro algo de lo que me das. ¿Ves? Ciento siete rupias. ¿Acaso puedes necesitar más dinero? Cógelo. Será un placer para mí que lo uses.

La joven esparció las monedas sobre la mesa y, con sus dedos ágiles, pequeños y de un amarillo muy pálido, las empujó hacia él.

Georgie Porgie no volvió a hablar de economías en el hogar.

Tres meses más tarde, después de enviar y recibir varias cartas misteriosas que Georgina fue incapaz de entender, y que aborreció por ese motivo, Georgie Porgie le anunció su marcha y le dijo que debía regresar a casa de su padre y quedarse allí.

Georgina se echó a llorar. Ella acompañaría a su Dios hasta el fin del mundo. ¿Por qué tenía que abandonarlo? Estaba enamorada de él.

—Únicamente voy a Rangún —dijo Georgie Porgie—. Volveré dentro de un mes,

pero estarás más segura con tu padre. Te dejaré doscientas rupias.

—Si sólo te vas un mes, ¿para qué necesito doscientas rupias? Me basta y me sobra con cincuenta. Aquí hay algo que no encaja. No te marches, o al menos deja que te acompañe.

A Georgie Porgie no le gusta recordar aquella escena ni siquiera hoy en día. Al final se deshizo de Georgina por una cantidad intermedia de setenta y cinco rupias, pues la joven se negó a aceptar más dinero. Entonces se dirigió en un pequeño vapor y en tren hasta Rangún.

Las cartas misteriosas le habían concedido seis meses de permiso. Tanto su huida como la sensación de que quizá se había comportado de un modo desleal le atormentaron en aquel entonces, pero tan pronto el gigantesco buque se encontró en alta mar todo resultó más fácil; y el rostro de Georgina, y la curiosa casita de la empalizada, y las carreras y los gritos nocturnos de los bandidos, y el alarido y los forcejeos del primer hombre que mató con sus manos, y tantas otras cosas que guardaba en su interior, perdieron intensidad y desaparecieron del corazón de Georgie Porgie. Y todos esos recuerdos fueron reemplazados por la imagen de una Inglaterra cada vez más cercana. El barco estaba lleno de hombres de permiso, espíritus tremendamente joviales que se habían sacudido el polvo y el sudor del norte de Birmania, y que ahora se sentían felices como colegiales. Ellos ayudaron a olvidar a Georgie Porgie.

Entonces llegó Inglaterra con sus lujos, buenas costumbres y comodidades, y Georgie Porgie caminó como en un hermoso sueño mientras sus pisadas resonaban en el empedrado, un sonido que casi había olvidado; y se asombró de que un hombre en su sano juicio pudiera abandonar la ciudad. Aceptó la enorme satisfacción que le producía su permiso como una recompensa por los servicios prestados. Y el destino le deparó otro placer aún mayor: todo el encanto de un apacible idilio inglés (muy diferente de los descarados acuerdos comerciales del oriente), en el que media comunidad se aleja a cierta distancia y hace apuestas sobre el resultado, mientras la otra mitad se pregunta qué opinará la señora Fulana o Mengana al respecto.

La joven era adorable y el verano, perfecto; la enorme casa de campo se hallaba cerca de Petworth, donde hay acres y más acres de brezales color púrpura y de vegas con la hierba muy alta donde pasear. Georgie Porgie tuvo la sensación de que al fin había encontrado algo por lo que merecía la pena vivir y, como es natural, dio por sentado que lo primero que debía hacer era pedir a la joven que compartiera su existencia en la India. Ella, en su ignorancia, estuvo dispuesta a ir. En aquella ocasión, no hubo trueques ni negociaciones con el cacique de la aldea. Se celebró una bonita boda de clase media en el campo, con un Papá corpulento y una Mamá llorosa, y un padrino con una chaqueta carmesí y una elegante camisa blanca, y seis muchachas de narices respingonas de la Escuela Dominical, que lanzaban rosas al camino entre las lápidas del cementerio y la puerta de la iglesia. El periódico local describió largamente el evento, incluso publicó el texto íntegro de los himnos; pero

ello se debió a que la dirección estaba desesperada por la escasez de material.

Y después vino la luna de miel en Arundel, y la Mamá lloró copiosamente antes de permitir que su única hija se embarcara hacia la India al cuidado de Georgie Porgie, el novio. No hay duda de que Georgie Porgie estaba muy enamorado de su mujer, y de que ella lo consideraba el mejor y más brillante de los hombres. Cuando se presentó en Bombay ante sus superiores, creyó justo pedir un buen destino pensando en su esposa; y, como había dejado cierta huella en Birmania y empezaba a ser apreciado, accedieron a casi todas sus peticiones y le enviaron a un lugar que llamaremos Sutrain. Ocupaba la cima de varias colinas y se le llamaba, oficialmente, El Sanatorio, por la sencilla razón de que su sistema de alcantarillado estaba completamente abandonado. Georgie Porgie se estableció allí, con la sensación de que el matrimonio era algo muy natural. No vibraba de entusiasmo, como otros recién casados, ante el hecho novedoso y placentero de que su amada desayunase con él todas las mañanas como si fuera lo más normal del mundo.

«Había pasado antes por ello», como dicen los americanos, y, cuando comparaba los méritos de Grace, su actual esposa, con los de Georgina, se sentía cada vez más convencido de que había obrado bien.

Pero no había paz ni consuelo al otro lado de la bahía de Bengala, bajo los árboles de teca donde Georgina vivía con su padre, esperando el regreso de Georgie Porgie. El cacique era viejo y recordaba la guerra de 1851. Había estado en Rangún y sabía algo de las costumbres de los *kullahs*. Sentado delante de su puerta por las noches, inculcaba a Georgina una adusta filosofía que no ofrecía el menor consuelo a la joven.

El problema era que ella amaba tanto a Georgie Porgie como la muchacha francesa de los libros de historia inglesa al sacerdote cuya cabeza destrozaron los matones del rey. Y un buen día desapareció de la aldea con todas las rupias que le había dado Georgie Porgie, y unas nociones mínimas de inglés... que también debía a éste.

El cacique se enfureció al principio, pero luego encendió un cigarro de hojas recién cogidas y dijo algo muy poco halagüeño sobre el sexo en general. Georgina había emprendido la búsqueda de Georgie Porgie, que, por lo que ella sabía, podía estar en Rangún, o al otro lado del Agua Negra, o muerto. Un viejo policía sij le contó que Georgie Porgie había atravesado el Agua Negra. Sacó un billete de tercera clase en Rangún y se dirigió a Calcuta, sin confesar a nadie su secreto.

En la India se perdió cualquier rastro de ella durante seis semanas, y nadie sabe cuán amargos debieron de ser sus sufrimientos.

Volvió a aparecer cuatrocientas millas al norte de Calcuta, y siguió avanzando ininterrumpidamente hacia el norte, cansada y ojerosa, pero muy firme en su determinación de encontrar a Georgie Porgie. No entendía la lengua que hablaba la gente, pero la India es un país infinitamente caritativo, y las mujeres que encontró a lo largo del Grand Trunk^[3] le dieron comida. Algo le hizo creer que hallaría a

Georgie Porgie al final de aquella carretera despiadada. Es posible que viera a algún cipayo que lo hubiera conocido en Birmania, pero nadie lo sabe a ciencia cierta. Finalmente, dio con un regimiento que marchaba en formación y encontró en él a uno de los numerosos alféreces que Georgie Porgie había invitado a cenar aquellos lejanos días en que salían a cazar bandidos. Hubo ciertas bromas en el campamento cuando Georgina se arrojó a los pies del hombre y rompió a llorar. Pero la diversión se acabó en cuanto se enteraron de su historia; hicieron una colecta, y eso fue lo más importante. Uno de los alféreces conocía el paradero de Georgie Porgie, aunque no sabía nada de su matrimonio. De modo que se lo comunicó a Georgina y ésta prosiguió alegremente su camino hacia el norte, en un vagón de tren donde encontró reposo para sus pies fatigados y sombra para su cabecita cubierta de polvo. Los senderos que ascendían por las colinas desde la estación hasta Sutrain no eran fáciles, pero Georgina tenía dinero y las familias que viajaban en carros de bueyes le prestaron ayuda. Fue un viaje casi milagroso, y Georgina tuvo la seguridad de que los buenos espíritus birmanos velaban por ella. En el último trecho del camino que sube hasta Sutrain hace un frío glacial y Georgina cogió un fuerte resfriado. Pero Georgie Porgie se hallaba al final de todas aquellas dificultades para cogerla en sus brazos y acariciarla como hacía en los viejos tiempos cuando cerraban la empalizada por la noche y a él le había gustado la cena. Georgina siguió avanzando tan rápido como pudo; y sus buenos espíritus le concedieron un último favor.

Un inglés la detuvo, al anochecer, justo antes de entrar en Sutrain.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Se trataba de Gillis, el ayudante de Georgie Porgie en el norte de Birmania, que ahora era su segundo en la jungla. Georgie Porgie había pedido que le destinaran a Sutrain porque le tenía cariño.

—He venido —respondió Georgina sencillamente—. El camino era tan largo que he tardado meses en llegar. ¿Dónde está su casa?

Gillis carraspeó. Había convivido lo suficiente con Georgina en los viejos tiempos para saber que las explicaciones carecían de sentido. No puedes explicar las cosas a los orientales. Tienes que mostrárselas.

—Yo te llevaré —dijo Gillis.

Y condujo a Georgina por una pequeña cuesta junto al acantilado, hasta la parte trasera de una casa asentada en una plataforma en la ladera de la montaña.

Acababan de encender las lámparas, pero no habían corrido las cortinas.

—Y ahora, mira —exclamó Gillis, deteniéndose frente a la ventana del salón.

Georgina miró y vio a Georgie Porgie y a la Novia.

Se llevó la mano al cabello, que caía en desorden sobre su rostro, pues su moño se había deshecho. Intentó arreglarse el vestido harapiento, pero éste era imposible de alisar; y tosió de un modo extraño, pues lo cierto es que había cogido un catarro muy severo. Gillis también miró, pero, mientras Georgina apenas había contemplado a la Novia, y sólo parecía tener ojos para Georgie Porgie, Gillis era incapaz de apartar su

mirada de la Novia.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gillis, sujetando a Georgina por la muñeca para que no corriera inesperadamente hacia las luces—. ¿Entrarás en la casa para decirle a esa mujer inglesa que vivías con su marido?

—No —repuso Georgina débilmente—. Suéltame. Me marchó. Te juro que me marchó.

La joven logró soltarse y desapareció en la oscuridad.

—¡Pobre fierecilla! —murmuró Gillis, volviendo al camino principal—. Le habría dado algo para pudiera regresar a Birmania. ¡Georgie Porgie se ha librado de una buena! Y ese ángel no se lo habría perdonado jamás...

Esto parece probar que la devoción de Gillis no era sólo el reflejo de su cariño por Georgie Porgie.

Los Novios salieron a la veranda después de cenar, a fin de que el humo de los cigarrillos de Georgie Porgie no impregnara las cortinas nuevas del salón.

—¿Qué es ese ruido, allá abajo? —quiso saber la Novia.

Los dos se detuvieron a escuchar.

—¡Oh! —exclamó Georgie Porgie—. Supongo que algún brutal nativo de las colinas ha estado pegando a su mujer.

—¿Pegando a... su... mujer? ¡Qué horrible! —dijo la Novia—. ¿Te imaginas? ¡Pegarme!

Pasó un brazo por la cintura de su marido y, apoyando la cabeza en su hombro, contempló el valle cubierto de nubes con una profunda sensación de alegría y seguridad.

Pero era Georgina quien lloraba, completamente sola, al pie de la ladera, entre las piedras del arroyo donde los hombres lavan la ropa.

El corazón de la señorita Winchelsea

H. G. Wells

La señorita Winchelsea iba a visitar Roma. Llevaba más de un mes sin pensar en otra cosa; y había hablado tanto del asunto que muchas personas que no iban a visitar Roma, y que probablemente no lo harían nunca, parecían habérselo tomado como una ofensa personal. Algunos habían intentado convencerla sin éxito de que Roma no era un lugar ni mucho menos tan atractivo como decían, y otros habían llegado a insinuar a sus espaldas que se daba demasiados aires con «esa Roma suya». Y la pequeña Lily Hardhurst había comentado a su amigo el señor Binns que, en lo que a ella concernía, la señorita Winchelsea podía ir a «su antigua Roma» y quedarse allí; *ella* (la señorita Lily Hardhurst) no lo lamentaría. Y la tierna relación personal que la señorita Winchelsea entabló con Horacio, Benvenuto Cellini, Rafael, Shelley y Keats (si hubiera sido la viuda de Shelley, no habría mostrado mayor interés por su tumba), despertó el asombro general. Su vestido era un modelo de discreción, cómodo y práctico, pero muy poco «de turista»; y llevaba el Baedeker^[1] forrado de gris, a fin de ocultar su color rojo brillante. Su pequeña figura resultaba encantadora en el andén de Charing Cross, a pesar de su inflamado orgullo cuando, finalmente, llegó el gran día y pudo partir a Roma. Hacía un día soleado, la travesía por el Canal sería muy agradable, y todos los augurios eran buenos. En aquella salida sin precedentes, experimentaba una alegre sensación de aventura.

Viajaba con dos amigas que habían sido compañeras suyas en la Escuela de Magisterio, unas muchachas virtuosas y simpáticas, aunque no supieran tanta historia y literatura como la señorita Winchelsea. Ninguna de las dos se sentía a su altura, aunque físicamente tuvieran que mirar hacia abajo para dirigirse a ella, y la señorita Winchelsea esperaba pasar horas muy felices «insuflando» en las dos jóvenes el mismo entusiasmo estético e histórico que se había adueñado de ella. Ya habían conseguido asientos, y le dieron una calurosa bienvenida en la portezuela del vagón. En el momento del encuentro, percibió con ojo crítico que Fanny llevaba una correa de cuero que parecía «de turista», y que Helen había sucumbido a una chaqueta de sarga con dos bolsillos laterales, donde había metido las manos. Pero estaban demasiado contentas consigo mismas y con la expedición para que su amiga intentara lanzarles alguna indirecta al respecto. Tras los primeros momentos de euforia —el entusiasmo de Fanny resultó un poco burdo y escandaloso, y consistió básicamente en repetir con énfasis: «¡Imaginaos! ¡Vamos a Roma, queridas! ¡A Roma!»—, las jóvenes centraron la atención en sus compañeros de viaje. Helen quería tener un compartimento para ellas solas y, a fin de desanimar a los intrusos, se colocó muy

decidida en el escalón delante de la puerta. La señorita Winchelsea se asomaba por encima de su hombro, y hacía pequeños comentarios sobre la gente que se amontonaba en el andén; Fanny se reía alegremente de sus palabras maliciosas.

Viajaban con uno de los grupos del señor Thomas Gunn, catorce días en Roma por catorce libras. Como es natural, no formaban parte del grupo dirigido —la señorita Winchelsea se había ocupado personalmente de que así fuera—, pero sí realizaban el viaje en su compañía, pues era lo más conveniente. La mezcla de gente no podía ser más curiosa, y era realmente divertida. El grupo dirigido tenía un guía vocinglero de rostro colorado y larguísimas piernas y brazos, con un traje moteado y una actividad febril. Gritaba proclamas. Cuando quería hablar con una persona, extendía el brazo y la agarraba hasta conseguir su propósito. Tenía una mano llena de papeles, billetes, talones de viaje. La gente del grupo dirigido era, al parecer, de dos clases: los que el guía buscaba y no podía encontrar, y los que no buscaba y le seguían, cada vez más numerosos, de un lado a otro del andén. Estos últimos parecían convencidos de que la única posibilidad de llegar a Roma era pegarse a sus talones. Había tres ancianas especialmente enérgicas en su persecución, que acabaron sacándole hasta tal punto de sus casillas que las conminó a meterse en un vagón y a no salir de él. El resto del tiempo, una, dos o tres de sus cabezas se asomaban por la ventanilla y, cada vez que pasaba cerca, le preguntaban con voz lastimera por «una pequeña caja de mimbre». Había un hombre corpulento con una mujer corpulenta vestida de un negro muy brillante; y un anciano que parecía un viejo mozo de cuadra.

—¿Qué *puede* querer esta gente en Roma? —exclamó la señorita Winchelsea—. ¿Qué puede significar esa ciudad para ellos?

Había un clérigo muy alto con un pequeño sombrero de paja, y un clérigo muy bajo cargado con un largo trípode fotográfico. El contraste divirtió enormemente a Fanny. En una ocasión oyeron que llamaban a alguien apellidado «Snooks»^[2].

—Siempre pensé que ese nombre era un invento de algún novelista —dijo la señorita Winchelsea—. ¡Imaginad! ¡Snooks! Me gustaría saber quién es el señor Snooks.

Finalmente, divisaron a un hombre robusto y decidido con un enorme traje a cuadros.

—Si no es el señor Snooks, debería serlo —afirmó la señorita Winchelsea.

En aquel momento, el guía descubrió las intenciones de Helen en un extremo de los vagones.

—¡Espacio para cinco personas! —vociferó, ofreciendo una traducción simultánea con sus dedos.

Un grupo de cuatro, una madre, un padre y dos hijas, entró precipitadamente, todos muy excitados.

—Está bien, mami, déjeme a mí —dijo una de las hijas, golpeando el sombrero de la madre con un bolso que se esforzaba por colocar sobre la rejilla.

La señorita Winchelsea odiaba a la gente que iba dando golpes a su alrededor y

llamaba a su madre «mami».

Un joven que viajaba solo les siguió. Su ropa no era en absoluto «de turista», según observó la señorita Winchelsea; su bolsa Gladstone^[3], de un cuero bueno y agradable, tenía etiquetas de Luxemburgo y de Ostende; y sus botas, aunque marrones, no resultaban nada vulgares. Llevaba un abrigo en el brazo. Antes de que aquella gente se instalara como es debido, apareció el revisor, se cerraron las puertas de golpe, y empezaron a salir de Charing Cross en dirección a Roma.

—¡Imaginaos! —exclamó Fanny—. ¡Vamos a Roma, queridas! ¡A Roma! No puedo creerlo, ni siquiera ahora.

La señorita Winchelsea contuvo la emoción de Fanny con una pequeña sonrisa, y la dama que llamaban «mami» explicó a todos los presentes por qué habían llegado tan tarde a la estación. Las dos hijas se dirigieron varias veces a «mami», le pidieron de un modo poco diplomático pero eficaz que hablara más bajo, y acabaron haciéndole repasar el contenido de una cesta con todo lo necesario para el viaje.

—¡Dios mío! —exclamó la señora, después de levantar la mirada—. ¡No lo he traído!

—¡Oh, mami! —protestaron las dos hijas, pero, fuera lo que fuera aquel «lo», el caso es que no apareció.

Fanny no tardó en sacar sus *Paseos por Roma* de Hare^[4], una especie de guía muy popular entre los visitantes de la ciudad; y el padre de las dos jóvenes empezó a examinar con minuciosidad los talonarios de billetes, aparentemente en busca de palabras inglesas. Después de observar su parte delantera durante mucho tiempo, les dio la vuelta. Entonces cogió una pluma estilográfica y anotó la fecha con sumo cuidado. El joven solitario, tras inspeccionar con disimulo a sus compañeros de viaje, sacó un libro y se puso a leer. Mientras Helen y Fanny miraban por la ventanilla en Chiselhurst (el lugar interesaba a Fanny porque la infortunada emperatriz de los franceses solía residir allí), la señorita Winchelsea aprovechó la oportunidad para fijarse en el libro del joven. No era una guía de viajes, sino un delgado volumen de poesía... *encuadernado*. Echó una ojeada a su rostro, y le pareció muy distinguido y agradable. Llevaba unos pequeños quevedos dorados.

—¿Crees que sigue viviendo ahí? —preguntó Fanny, y el examen de la señorita Winchelsea llegó a su fin.

Durante el resto del trayecto, la señorita Winchelsea habló muy poco, y cuanto dijo fue encantador y lleno de refinamiento. Su voz era siempre suave, clara y melodiosa, y en aquella ocasión fue especialmente suave, clara y melodiosa. Al llegar bajo los blancos acantilados, el joven guardó su libro de poesía; y, cuando el tren se detuvo finalmente junto al barco, ayudó con graciosa prontitud a bajar la impedimenta de la señorita Winchelsea y sus amigas. La señorita Winchelsea «odiaba las tonterías», pero le agradó que el joven se diera cuenta de que eran unas damas, y les echara una mano sin mostrarse exageradamente cordial; y ¡con cuánta delicadeza les dio a entender que su cortesía no sería una excusa para importunarlas luego!

Ninguno de los miembros de aquel pequeño grupo había salido antes de Inglaterra, y todos estaban muy excitados y algo nerviosos ante la idea de cruzar el Canal. Se colocaron juntos en un buen lugar, cerca del centro del barco (el joven había llevado allí la bolsa de viaje de la señorita Winchelsea y le había dicho que era un buen lugar), y vieron cómo se alejaban las blancas costas de Albión, y recitaron a Shakespeare, y se rieron disimuladamente de sus compañeros de viaje, como suelen hacer los ingleses.

Les divirtieron especialmente las precauciones de la gente más corpulenta contra las pequeñas olas; abundaban las rajas de limón y las cantimploras; una dama se había tendido en una tumbona de la cubierta con un pañuelo sobre la cara, y un hombre muy voluminoso y decidido, con un traje marrón claro «de turista», estuvo paseando de un lado a otro de la cubierta desde Inglaterra hasta Francia con las piernas todo lo separadas que le permitió la Providencia. Todas las medidas resultaron excelentes, y nadie se mareó. El grupo dirigido persiguió al guía con sus preguntas, de un modo que recordó a Helen la imagen más bien vulgar de unas gallinas con un trozo de piel de panceta, hasta que finalmente el hombre se escondió abajo. Y el joven con el delgado volumen de poesía contempló desde la popa cómo se desvanecía Inglaterra, mirando con aire triste y desamparado los ojos de la señorita Winchelsea.

Y entonces llegaron Calais y las tumultuosas novedades, y el joven no había olvidado la bolsa de viaje de la señorita Winchelsea ni las otras pequeñas cosas. Las tres muchachas, aunque habían aprobado todos los exámenes oficiales de francés, se avergonzaban tontamente de su acento, y el joven fue de gran ayuda. Y no les importunó. Las acompañó hasta un cómodo vagón, se quitó el sombrero y se marchó. La señorita Winchelsea le dio las gracias del mejor modo —un modo educado y encantador—, y Fanny dijo que era «muy simpático» cuando todavía estaba lo suficientemente cerca para oírla.

—Me gustaría saber a qué se dedica —exclamó Helen—. Va a Italia, pues he visto billetes verdes en su libro.

La señorita Winchelsea estuvo a punto de contarles que leía poesía, pero decidió no hacerlo. En ese instante, las ventanillas del tren acapararon toda su atención y las tres muchachas olvidaron al joven. Les parecía muy instructivo atravesar un país cuyos anuncios más comunes estaban en francés, y la señorita Winchelsea hizo algunas comparaciones poco patrióticas, pues, en lugar de las enormes vallas publicitarias que afean el paisaje en nuestro país, los anuncios que había al lado de las vías eran pequeños y estaban casi cubiertos de maleza. Pero lo cierto es que el norte de Francia es una región muy poco interesante, y, transcurrido algún tiempo, Fanny volvió a sus *Paseos de Hare* y Helen sacó su almuerzo. La señorita Winchelsea despertó de un feliz ensueño; había estado tratando de asumir, según explicó, que se dirigía realmente a Roma, pero, cuando Helen sugirió comer, se dio cuenta de que estaba hambrienta; las jóvenes cogieron alegremente las viandas de sus cestas. Por la

tarde, cansadas, se quedaron en silencio hasta que Helen preparó el té. La señorita Winchelsea podría haber echado una cabezada, pero sabía que Fanny dormía con la boca abierta y, como sus compañeras de vagón eran dos damas bastante agradables, de edad indeterminada y aire crítico, que conocían el francés lo suficientemente bien para hablarlo, se dedicó a mantener despierta a su amiga. El ritmo del tren se hizo insistente, y el paisaje que ondeaba en el exterior se volvió bastante molesto para los ojos. Estaban terriblemente agotadas de viajar mucho antes de llegar al lugar donde pasarían la noche.

La parada nocturna mejoró mucho con la aparición del joven, y los modales de éste fueron intachables y su francés muy útil. Los cupones de viaje les enviaron al mismo hotel y, casualmente, o eso pareció, se sentó al lado de la señorita Winchelsea en el comedor. A pesar de su entusiasmo por Roma, ella había analizado a fondo semejante posibilidad, y cuando el joven se atrevió a hacer un comentario sobre lo pesado y aburrido que resultaba el viaje (antes había dado cuenta de la sopa y del pescado), no sólo se mostró de acuerdo con él, sino que respondió con otro comentario. No tardaron en comparar sus recorridos, y Helen y Fanny se sintieron cruelmente relegadas en aquella conversación. Descubrieron que harían el mismo viaje: un día en Florencia —«Por lo que he oído, apenas tendremos tiempo de visitar sus museos», comentó el joven—, y el resto en Roma. Fue muy agradable oírle hablar de esta ciudad; era evidente que poseía una gran cultura. Empezó a recitar la oda de Horacio al Soracte. La señorita Winchelsea había «preparado» ese libro del poeta latino para entrar en la Escuela de Magisterio, y estuvo encantada de poder finalizar su cita. Aquel incidente dio cierto tono... un toque de distinción... a su charla. Fanny vibró de emoción, y Helen intercaló algunos comentarios muy juiciosos, pero, por parte de las muchachas, el peso de la conversación cayó naturalmente en la señorita Winchelsea.

Antes de llegar a Roma, el joven formaba parte tácitamente de su grupo. No sabían su nombre ni a qué se dedicaba, pero parecía ser profesor, y a la señorita Winchelsea se le ocurrió pensar que tal vez diera conferencias en distintas universidades. En cualquier caso, trabajaba en algo semejante, algo refinado y propio de un caballero, sin ser rico ni resultar inaccesible. En un par de ocasiones, intentó averiguar si había estudiado en Oxford o en Cambridge, pero a él se le escaparon sus tímidas insinuaciones. Trató de que el joven comentara algo sobre esos lugares, para ver si decía «subir» o «bajar», pues sabía que era el modo de identificar a un «universitario». Él pronunciaba esta palabra como los que salían de esas universidades^[5].

De la Florencia del señor Ruskin vieron todo lo que su breve estancia les permitió. El joven se encontró con ellas en la Galería Pitti y la recorrió en su compañía, conversando animadamente; parecía muy contento de que lo hubieran reconocido. Sabía muchísimo de arte, y los cuatro disfrutaron de lo lindo aquella mañana. Era estupendo contemplar sus obras predilectas y descubrir nuevas

maravillas, sobre todo con tanta gente a su alrededor que trataba inútilmente de encontrar algo con su Baedeker. Además, él no era nada pedante, afirmaba la señorita Winchelsea, y lo cierto es que ella odiaba a la gente pedante. Había un trasfondo de humor en cuanto decía, y, por ejemplo, hizo comentarios muy divertidos, aunque nada vulgares, sobre la pintoresca obra del beato Angélico. Bajo esa risueña apariencia, era un hombre tremendamente serio y captaba con enorme rapidez las lecciones morales de los cuadros. Fanny se paseó dulcemente entre aquellas obras maestras; reconocía «saber muy poco de ellas» y confesaba que «todas le parecían maravillosas». El «maravilloso» de Fanny tendía a ser algo repetitivo, pensó la señorita Winchelsea. Se había alegrado mucho de que desapareciera el último pico soleado de los Alpes, por culpa del *staccato* de la admiración de Fanny. Helen apenas habló; pero la señorita Winchelsea había descubierto hacía tiempo que le faltaba un poco de sentido estético, así que no le sorprendió. Unas veces se reía de las pequeñas, vacilantes y delicadas bromas del joven, y otras no; y, en ocasiones, parecía más pendiente de los vestidos de las demás visitantes que de las obras de arte que había a su alrededor.

En Roma, el joven estuvo con ellas de forma intermitente. Un amigo con bastante aspecto «de turista» se lo llevaba en ocasiones. Él se quejaba cómicamente ante la señorita Winchelsea.

—No tengo ni dos semanas para visitar Roma —dijo—, y mi amigo Leonard quiere perder un día entero en el Tívoli contemplando una catarata.

—¿Qué hace su amigo Leonard? —preguntó de pronto la señorita Winchelsea.

—Es el caminante más entusiasta que he conocido en mi vida —replicó divertido el joven, aunque sus palabras resultaron algo insatisfactorias para la señorita Winchelsea.

Pasaron algunos momentos magníficos, y Fanny no podía imaginar qué habrían hecho sin su acompañante. El interés de la señorita Winchelsea y la capacidad de embeleso de Fanny eran insaciables. No flaqueaban nunca... avanzaban entre cuadros y esculturas, enormes iglesias abarrotadas de gente, ruinas y museos, árboles de Judas y chumberas, carros de vino y palacios, admirando sin reservas cuanto encontraban a su paso. Jamás vieron un pino o un eucalipto, pero hablaron de ellos y los ensalzaron; jamás vislumbraron el Soracte, pero elogiaron su belleza. Los lugares que pisaban se volvían maravillosos con la ayuda de su imaginación.

—Puede que César paseara por aquí —decían—. Tal vez Rafael contemplase el Soracte desde este mismo punto.

Descubrieron casualmente la tumba de Bíbulo.

—¡El viejo Bíbulo! —exclamó el joven.

—¡El monumento más antiguo de la Roma republicana! —añadió la señorita Winchelsea.

—Soy terriblemente estúpida —dijo Fanny—, pero ¿quién era Bíbulo?

Se produjo una pequeña y curiosa pausa.

—¿No fue el hombre que construyó la muralla? —inquirió Helen.

El joven la miró y se echó a reír.

—Ése era Balbo —señaló.

Helen enrojeció, pero ni el joven ni la señorita Winchelsea aclararon a la ignorante Fanny quién era Bíbulo.

Helen se mostraba más taciturna que los demás, pero así era su carácter; y normalmente se ocupaba de guardar los billetes de tranvía y esa clase de cosas, o de vigilarlos cuando el joven los cogía, y de recordarle dónde los había puesto cuando los necesitaba. Los cuatro pasaron tiempos gloriosos en aquella ciudad parda y limpia cargada de recuerdos que una vez fue el mundo. Lo único que les entristecía era la brevedad de su visita. Es cierto que los tranvías eléctricos, los edificios de la década de 1870, y aquel horrible anuncio que atraía todas las miradas en el Foro herían profundamente sus sentimientos estéticos; pero también formaba parte de la diversión. Y Roma es una ciudad tan maravillosa que a veces la señorita Winchelsea llegaba a olvidar su entusiasmo cuidadosamente preparado, y Helen, si la cogían desprevenida, admitía la belleza de las cosas imprevistas. Pero a Fanny y a Helen les habría gustado contemplar algún escaparate del barrio inglés si la intransigente hostilidad de la señorita Winchelsea a sus compatriotas no hubiera vetado aquella zona.

El compañerismo intelectual y estético de la señorita Winchelsea y el erudito joven se convirtió, sin que ellos se dieran cuenta, en un sentimiento más profundo. La exuberante Fanny hizo cuanto pudo por seguir el ritmo de su recóndita admiración, pronunciando su «maravilloso» con vehemencia y añadiendo «¡Oh, *vayamos!*» con enorme entusiasmo siempre que mencionaban algún sitio nuevo de interés. Sin embargo, Helen se volvió bastante antipática, lo que decepcionó a la señorita Winchelsea. No quiso «ver nada» en el rostro de Beatrice Cenci... ¡la Beatrice Cenci de Shelley!... en la Galería Barberini; y un día, mientras lamentaban la existencia de los tranvías eléctricos, dijo con bastante brusquedad que «la gente debe moverse de algún modo, y es mucho mejor que torturar a los pobres caballos obligándoles a subir esas horribles colinas». ¡Llamó a las Siete Colinas de Roma «horribles colinas»!

Y el día en que fueron al Palatino, aunque la señorita Winchelsea no se enteró, Helen le dijo a Fanny:

—No corras de ese modo, querida; no desean que los alcancemos. Además, cuando nos acercamos, no decimos más que tonterías para *ellos*.

—No trataba de alcanzarlos —exclamó Fanny, aminorando su paso demasiado rápido—, de veras.

Y, durante unos instantes, pareció faltarle el aire.

La señorita Winchelsea había encontrado la felicidad. Sólo al recordar los días anteriores a la tragedia, se dio cuenta de lo dichosa que había sido, deambulando entre las ruinas a la sombra de los cipreses, e intercambiando la clase de información más elevada que puede poseer un espíritu humano, las impresiones más refinadas que

es posible expresar. Sin que ellos fueran conscientes, las emociones se adueñaron de su relación, brillando finalmente de un modo cautivador cuando la modernidad de Helen no estaba demasiado cerca. Sin que ellos fueran conscientes, sus intereses se desviaron de las maravillosas asociaciones a su alrededor para centrarse en unos sentimientos más íntimos y personales. Tímidamente, empezaron a intercambiarse información; ella habló de la escuela, de sus buenas calificaciones, de la alegría que experimentaba por haber finalizado los estudios. Él aclaró que también era profesor. Hablaron de la grandeza de su vocación, de la necesidad de apoyo para hacer frente a los detalles más fastidiosos, de la soledad que sentían a veces.

Eso ocurrió en el Coliseo, pero fue todo cuanto se confiaron aquel día, pues Helen regresó con Fanny (la había llevado a visitar las galerías superiores). Sin embargo, los sueños íntimos de la señorita Winchelsea, ya bastante vívidos y concretos, se volvieron sumamente razonables. Imaginaba a aquel agradable joven impartiendo clases a sus alumnos del modo más edificante, mientras ella desempeñaba con modestia un papel destacado como compañera intelectual y ayudante; imaginaba una pequeña casa de ambiente refinado, con dos escritorios, estanterías blancas llenas de libros selectos, copias de algunos cuadros de Rossetti y Burne-Jones, papeles de William Morris en las paredes y flores en jarrones de cobre batido. En verdad imaginaba muchas cosas. En el Pincio, pasaron juntos unos momentos muy preciados; mientras Helen se alejaba con Fanny para ver el *muro Torto*, él se apresuró a abrirle su corazón. Le dijo que esperaba que su amistad sólo estuviera comenzando, que su compañía era preciosa para él... y mucho más que eso.

Se puso nervioso, y empezó a sujetarse las gafas con dedos temblorosos como si sus emociones las volvieran inestables.

—Debería contarle algo de mí mismo, por supuesto. Soy consciente de lo insólitas que pueden parecerle mis palabras. Pero nuestro encuentro ha sido tan casual... o providencial... y de ningún modo quiero perderla. Vine a Roma esperando tener un viaje solitario... y he sido tan feliz, tan feliz. Un cambio reciente en mi situación... me ha animado a pensar... Y...

El joven miró por encima de su hombro y se detuvo.

—¡Maldita sea! —exclamó con claridad; y ella no lo condenó por aquel lapsus tan varonil e irreverente.

La señorita Winchelsea vio llegar a su amigo Leonard. Se acercó a ellos; se quitó el sombrero ante ella, y su sonrisa parecía casi una mueca.

—He estado buscándote por todas partes, Snooks —dijo.

El nombre golpeó a la señorita Winchelsea como una bofetada en la cara. Ni siquiera oyó la respuesta. Luego pensó que Leonard debía haber creído que ella era la persona más despistada del mundo. Aún hoy no sabe con seguridad si le presentaron o no a Leonard. Sufrió una especie de parálisis mental. De todos los apellidos ignominiosos, ¡Snooks!

Helen y Fanny venían hacia ellos; se saludaron con cortesía, y los dos jóvenes se

despidieron. Con gran esfuerzo, la señorita Winchelsea logró dominarse para hacer frente a las miradas inquisitivas de sus amigas. Toda la tarde vivió la existencia de una heroína bajo el indescriptible ultraje de un nombre, charlando, observando, con aquel «Snooks» royéndole el corazón. Desde el momento en que sonó por primera vez en sus oídos, su sueño de felicidad rodó por el suelo. Todo el refinamiento que había imaginado quedó destruido y desfigurado por la vulgaridad ineludible de ese apellido.

¿Qué significaba ahora para ella aquel pequeño hogar tan distinguido, a pesar de los papeles de William Morris y de los escritorios? De un extremo a otro, en letras de fuego, se leía la insólita inscripción: «Señora Snooks». Es posible que al lector le parezca algo sin importancia, pero recuerden la delicadeza y el refinamiento del espíritu de la señorita Winchelsea. Sean todo lo refinados que puedan e imaginen que deben firmar «Snooks». Parecía ver a todas las personas que menos apreciaba llamándola señora Snooks, y para ella ese patronímico estaba muy cerca de ser un insulto. Imaginaba una tarjeta gris y plateada en la hubieran tachado «Winchelsea» con una flecha, la flecha de Cupido, para escribir «Snooks». ¡Degradante confesión de la debilidad femenina! Pensaba en la terrible alegría de ciertas amigas, de ciertos primos tenderos de los que se había distanciado hacía mucho tiempo a causa de su creciente refinamiento. ¡Y cómo lo escribirían en el sobre donde enviarían sus sarcásticas felicitaciones! La agradable compañía del joven, ¿le compensaría de todo eso?

—Es imposible —masculló—, imposible... ¡*Snooks!*

Se compadecía de él, pero sobre todo de sí misma. No podía evitar sentir cierto enfado con el joven. Mostrarse tan encantador y refinado... llamándose «Snooks», y ocultar bajo una pretenciosa elegancia el distintivo ominoso de su apellido le parecía casi una traición. Para decirlo en el lenguaje de los sentimientos, tenía la impresión de que él la había «engañado».

Pasó, como es natural, terribles momentos de indecisión, en los que un sentimiento muy semejante a la pasión le pidió arrojar por la ventana el refinamiento. Y hubo algo en ella, un vestigio de vulgaridad sin expurgar, que trató enérgicamente de demostrar que Snooks no era un apellido tan terrible, después de todo. Cualquier duda se disipó ante la actitud de Fanny, cuando ésta le comunicó con aire trágico que también conocía la espantosa noticia. La voz de Fanny se convirtió en un susurro cuando dijo Snooks. La señorita Winchelsea no le dio ninguna respuesta cuando finalmente, en villa Borghese, se quedó unos instantes a solas con él; pero le prometió una nota.

Se la entregó dentro del pequeño libro de poesía que él le había prestado, el pequeño libro que les había unido. Su negativa resultaba ambigua, llena de alusiones. No podía decirle por qué le rechazaba, habría sido como hablar a un lisiado de su joroba. Él también debía de ser consciente de la horrible naturaleza de su nombre. Lo cierto es que había tenido muchas ocasiones para pronunciarlo y siempre lo había

evitado, advirtió ahora la señorita Winchelsea. De modo que ella se refirió a «obstáculos que no podía revelar», «motivos que hacían imposible aquello de lo que él había hablado». Dirigió la nota con un estremecimiento a «E. K. Snooks».

Las cosas fueron mucho peor de lo que ella había temido; él le pidió explicaciones. Y ¿qué explicaciones *podía* darle? Los dos últimos días en Roma fueron espantosos. Vivió obsesionada por el aire de perplejidad del joven. Sabía que le había dado esperanzas, pero no tenía el valor de analizar hasta qué punto lo había alentado. Era consciente de que él debía considerarla el más voluble de los seres. Ahora que estaba en plena retirada, ni siquiera se dio por aludida cuando el joven mencionó una posible correspondencia. Sin embargo, en ese asunto, él se comportó de un modo que a ella le pareció delicado y muy romántico: convirtió a Fanny en su mensajera. Ella no pudo guardar el secreto y se lo contó a la señorita Winchelsea aquella misma noche, con el pretexto de necesitar su consejo.

—El señor Snooks —dijo Fanny— quiere escribirme. ¡Imagínate! No tenía ni idea. ¿Crees que debo permitirselo?

Hablaron del tema largo y tendido, y la señorita Winchelsea puso especial cuidado en disimular sus sentimientos. Se arrepentía de haber hecho caso omiso de las indirectas del joven. ¿Por qué no podía tener noticias de él de vez en cuando... por muy desagradable que le resultara su apellido? La señorita Winchelsea decidió que su amiga debía permitirselo, y Fanny le dio un beso de buenas noches con inusitada emoción. Cuando se quedó a solas en su pequeño dormitorio, la señorita Winchelsea continuó sentada largo tiempo junto a la ventana. La luna brillaba y, en la calle, un hombre cantaba *Santa Lucía* con una ternura que le partía a uno el corazón... Ella siguió inmóvil.

Musitó una palabra. La palabra era «Snooks». Después se puso en pie con un profundo suspiro y se metió en la cama. Al día siguiente, el joven le dijo deliberadamente:

—Sabré de usted por su amiga.

El señor Snooks se despidió de ellas en Roma sin que aquella patética perplejidad se borrara de su rostro, y, de no haber sido por Helen, habría conservado la bolsa de viaje de la señorita Winchelsea como una especie de recuerdo enciclopédico. Mientras regresaban a Inglaterra, la señorita Winchelsea hizo prometer seis veces a Fanny que le escribiría unas cartas larguísimas. Fanny, al parecer, estaría bastante cerca del señor Snooks. Su nuevo colegio (ella siempre iba a un nuevo colegio) estaría sólo a cinco millas de Steely Bank, y era en la Escuela Politécnica de Steely Bank, y en uno o dos colegios de prestigio, donde el señor Snooks daba clase. Incluso podría ser que él la visitara en ocasiones. No podían hablar demasiado de él (ella y Fanny siempre lo llamaban «él», jamás señor Snooks), pues Helen era propensa a decir cosas muy desagradables de su amigo. La señorita Winchelsea comprendió que su carácter se había agriado mucho desde los tiempos en que estudiaban juntas magisterio; se había vuelto dura y cínica. Estaba convencida de que el semblante del

joven reflejaba cierta falta de carácter, confundiendo refinamiento y debilidad, como suele hacer la gente de su clase, y, cuando se enteró de que su apellido era Snooks, aseguró que no le sorprendía en absoluto. La señorita Winchelsea se preocupó de no expresar sus sentimientos a partir de entonces, pero Fanny se mostró menos circunspecta.

Las tres jóvenes se separaron en Londres, y la señorita Winchelsea volvió, con un nuevo interés en la vida, al Instituto Femenino donde, a lo largo de los tres últimos años, se había convertido en una profesora auxiliar cada vez más apreciada. Su nuevo interés en la vida eran Fanny y sus cartas, y, para servirle de ejemplo, le escribió una larga y detallada misiva quince días después de su regreso. Fanny le respondió, pero de manera decepcionante. Es cierto que la joven no tenía el menor talento literario, pero era algo nuevo para la señorita Winchelsea lamentar la falta de talento en una amiga. Aquella carta llegó a ser criticada en voz alta en la segura soledad del estudio de la señorita Winchelsea, cuando se le escapó con amargura la palabra: «¡Sandeces!». Le contaba en ella las mismas cosas que le había explicado la señorita Winchelsea en su carta: toda clase de detalles sobre el colegio. Y del señor Snooks se limitaba a decir: «Recibí una nota del señor Snooks y ha venido a visitarme dos sábados seguidos. Habló de Roma y de ti; los dos hablamos de ti. Debieron de silbarte los oídos, querida...».

La señorita Winchelsea contuvo su deseo de pedir una información más explícita, y le envió de nuevo la más larga y dulce de las cartas: «Cuéntame todo, querida. El viaje ha renovado nuestra vieja amistad, y deseo tanto seguir en contacto contigo». En relación con el señor Snooks, se limitó a escribir en la quinta página que se alegraba mucho de que Fanny lo hubiera visto, y que, si preguntaba por ella, le mandase *amables saludos* (subrayado). Y Fanny le contestó del modo más obtuso hablando de «su vieja amistad», recordando a la señorita Winchelsea un montón de estupideces de sus días de estudiantes en la Escuela de Magisterio, ¡sin decir una sola palabra del señor Snooks!

Durante casi una semana, la señorita Winchelsea estuvo tan irritada por el fracaso de Fanny como mensajera que fue incapaz de responder a su misiva. Más tarde le escribió menos efusivamente, y en la carta le preguntaba a bocajarro: «¿Has visto al señor Snooks?». La carta de Fanny fue inesperadamente satisfactoria: «He visto al señor Snooks», replicaba; y, una vez mencionado su nombre, continuaba hablando de él. Todo era Snooks esto, Snooks lo otro. Iba a dar una conferencia, señalaba Fanny, entre otras cosas. Sin embargo, la señorita Winchelsea, tras los primeros momentos de alegría, encontró aquella carta un poco desagradable. Fanny no le comunicaba que el señor Snooks hubiera dicho algo de la señorita Winchelsea, ni que estuviese pálido y ojeroso, como debía. Y ¡fíjense bien!, antes de contestar, recibió una segunda misiva de Fanny sobre el mismo asunto, una carta demasiado entusiasta, en la que había llenado seis hojas con su delicada mano femenina.

Y había algo bastante extraño en esa segunda carta, algo que la señorita

Winchelsea sólo comprendió al releerla por tercera vez. La feminidad de Fanny había prevalecido incluso entre las claras y contundentes tradiciones de la Escuela de Magisterio; era una de esas criaturas nacidas para escribir todas sus «emes» y sus «enes», sus «úes», sus «erres» y sus «es» del mismo modo, y para dejar sus «os» y sus «as» abiertas, y sus «íes» sin punto. Así, pues, sólo después de una minuciosa comparación palabra por palabra, la señorita Winchelsea tuvo la certeza de que ¡el señor Snooks no era realmente el «señor Snooks»! En la primera carta era el señor «Snooks», pero, en la segunda, su apellido se deletreaba «Senoks». No hay duda de que la mano de la señorita Winchelsea tembló al pasar las páginas... ¡significaba tanto para ella! Había empezado a pensar que no llamarse señora Snooks le estaba saliendo demasiado caro, y de pronto... ¡aquella posibilidad! Volvió las seis páginas, salpicadas de tan crítico nombre, y en todas partes la segunda letra ¡tenía forma de e! Durante unos momentos paseó por el cuarto con una mano en el corazón.

Pasó un día entero sopesando aquel cambio, meditando una carta que investigara el asunto, y reflexionando sobre el mejor modo de actuar cuando le contestara. Había decidido que, si aquel cambio en la grafía era algo más que un extraño capricho de Fanny, escribiría inmediatamente al señor Snooks. Había llegado a ese punto en que los más nimios refinamientos de la conducta desaparecen. No había inventado aún ninguna excusa, pero tenía claro el contenido de su carta, y el modo en que le insinuaría: «Las circunstancias de mi vida han cambiado enormemente desde nuestro último encuentro». Pero jamás llegó a escribir esas palabras. Recibió una tercera misiva de una corresponsal tan irregular como Fanny. En la primera línea se declaraba «la muchacha más feliz del mundo».

La señorita Winchelsea estrujó la carta con la mano, sin leer el resto, y siguió sentada con el rostro súbitamente paralizado. Le habían entregado el sobre antes de las clases matinales, y lo había abierto mientras las alumnas más pequeñas de matemáticas entraban en el aula. En seguida prosiguió su lectura, fingiendo una enorme calma. Pero, después de la primera página, leyó hasta la tercera sin descubrir su error: «... le dije con franqueza que no me gustaba su apellido», escribía Fanny. «Me contestó que a él tampoco le gustaba, ya sabes lo sincero que es.» Sí, la señorita Winchelsea lo sabía. «De modo que le pregunté si podía cambiárselo. Él no lo tenía nada claro al principio. Verás, querida, él me había contado que el origen del nombre era Sevenoaks, y que con el tiempo se había convertido en Snooks. A pesar de lo terriblemente vulgares que parecen los apellidos Snooks y Noaks, en realidad son deformaciones de Sevenoaks. Y entonces se me ocurrió decirle (incluso yo tengo ideas brillantes, a veces) que, del mismo modo que Sevenoaks se había convertido en Snooks, ¿por qué no convertir Snooks nuevamente en Sevenoaks? Para no extenderme más, querida, te contaré que fue incapaz de negarse y cambió su nombre allí mismo. Luego lo transformó en Senoks para los carteles de su nueva conferencia. Cuando nos casemos, le añadiremos un apóstrofe y será Se'noks. ¿No ha sido encantador por su parte complacer este capricho mío? Muchos hombres se hubieran

ofendido... Pero él es así; su bondad está a la altura de su inteligencia. Pues sabía tan bien como yo que no dejaría de casarme con él aunque se llamara diez veces Snooks. Y, a pesar de todo, cambió su apellido.»

Las alumnas oyeron asombradas cómo rompía la carta con virulencia, y, al levantar los ojos, vieron a la señorita Winchelsea pálida como un cadáver y con algunos trocitos de papel apretados en la mano.

Durante unos segundos observaron su mirada fija, y luego su expresión volvió a ser la de siempre.

—¿Alguien ha terminado el número tres? —preguntó en tono impasible.

Después continuó muy tranquila. Pero no faltaron los castigos aquel día. Y la señorita Winchelsea pasó dos agotadoras noches escribiendo distintas cartas a Fanny, antes de encontrar un modo digno de darle la enhorabuena. Su razón trataba inútilmente de luchar contra su convencimiento de que la conducta de Fanny había sido muy traicionera.

Una persona puede ser extraordinariamente refinada y, al mismo tiempo, tener el corazón destrozado. Y lo cierto es que la señorita Winchelsea tenía el corazón destrozado. A veces sentía una gran hostilidad hacia el otro sexo, y afirmaba sin piedad que todos los hombres eran iguales.

—Conmigo se olvidaba de sí mismo —exclamaba—. Pero Fanny tiene la tez sonrosada, y es hermosa, dulce y algo estúpida... una pareja ideal para un Hombre.

Y, como regalo de boda, envió a Fanny un volumen bellamente encuadernado de poesía de George Meredith, y Fanny le mandó una carta insultantemente alegre donde le explicaba lo bonito que era *todo*. La señorita Winchelsea confiaba en que algún día el señor Senoks cogiera ese pequeño libro y pensase unos instantes en la persona que se lo había regalado. Fanny le escribió varias veces antes y después de la ceremonia, prosiguiendo la vaga leyenda de su «vieja amistad», y contándole con gran lujo de detalles lo dichosa que era. Y la señorita Winchelsea dirigió una misiva a Helen por primera vez después de su estancia en Roma, sin mencionar el matrimonio, pero expresando unos sentimientos muy cordiales.

Habían viajado a Roma en Pascua, y Fanny se casó en las vacaciones de agosto. Envío una carta demasiado extensa a la señorita Winchelsea, describiendo su regreso al hogar y los maravillosos arreglos de su casita «diminuta». El señor Se'noks había alcanzado un nivel de refinamiento en el recuerdo de la señorita Winchelsea que no parecía armonizar con la realidad que describía su amiga, y trataba inútilmente de imaginar su erudita grandeza en una casita «diminuta». «Estoy muy ajetreada esmaltando un rincón muy acogedor —señalaba Fanny, extendiéndose hasta el final de la tercera página—, así que te ruego que me disculpes por despedirme tan pronto.» La señorita Winchelsea le respondió con su mejor estilo, burlándose cariñosamente de los arreglos de Fanny y esperando ilusionada que el señor Se'noks leyera su carta. Fue lo único que la animó a escribir, contestando no sólo a esa carta sino también a otras dos, en el mes de noviembre y en Navidades.

Las dos últimas misivas de Fanny insistían en invitarla a pasar unos días de las vacaciones navideñas en Steely Bank. La señorita Winchelsea intentó convencerse de que *él* le había pedido a su mujer que se lo propusiera, pero tanta generosidad era característica de Fanny. Empezó a pensar que *él* debía estar arrepentido de su error garrafal; y tuvo la certeza de que la escribiría muy pronto comenzando con un «Querida amiga». Algo sutilmente trágico en su separación le sirvió de gran ayuda, un triste malentendido. Habría sido intolerable que la hubieran dejado plantada. Pero lo cierto es que *él* nunca escribió esa carta comenzando con un «Querida amiga».

Durante dos años, la señorita Winchelsea no pudo visitar a sus amigos, a pesar de las reiteradas invitaciones de la señora Sevenoaks (se había convertido en Sevenoaks en su segundo año de matrimonio). Cierta día en que se acercaban las vacaciones de Pascua, la señorita Winchelsea se sintió sola e incomprendida, y su imaginación voló una vez más hacia lo que llamamos amistad platónica. Saltaba a la vista que Fanny era feliz y estaba muy atareada con sus nuevos quehaceres domésticos, pero sin duda *él* se sentiría solo en ocasiones. ¿Pensaría alguna vez en aquellos días de Roma perdidos en el fondo de la memoria? Nadie la había comprendido como *él*; nadie en el mundo. Hablar de nuevo con *él* le procuraría una especie de placer melancólico, y no haría mal a nadie. ¿Por qué tenía ella que sacrificarse? Esa noche compuso un soneto, al que sólo faltaban los dos últimos versos de los cuartetos... por problemas de inspiración; y al día siguiente redactó una elegante nota para anunciar su visita a Fanny.

De modo que volvió a verlo.

Incluso en el primer encuentro, resultó evidente cuánto había cambiado; parecía más corpulento y menos nervioso, y la señorita Winchelsea no tardó en darse cuenta de que su conversación había perdido gran parte de su antigua delicadeza. Hasta parecieron justificarse las palabras de Helen sobre la debilidad de su rostro... en cierto modo, reflejaba falta de carácter. Estaba muy ocupado y absorto en sus asuntos, convencido de que la señorita Winchelsea había ido a ver a Fanny. Habló de la cena con su mujer de un modo inteligente. Lo cierto es que sólo mantuvieron una larga charla juntos, que no condujo a nada. No hizo la menor referencia a Roma, y pasó bastante tiempo insultando a un hombre que le había robado una idea para unos libros de texto. A la señorita Winchelsea no le pareció una idea demasiado brillante. Descubrió que había olvidado los nombres de más de la mitad de los pintores que tanto habían disfrutado en Florencia.

Fue una semana muy decepcionante, y la señorita Winchelsea se alegró de que terminara. Alegando distintas excusas, jamás volvió a visitarlos. Después de algún tiempo, el cuarto de huéspedes lo ocuparon los dos hijos de la pareja, y las invitaciones de Fanny cesaron. La intimidad de sus cartas se había desvanecido mucho antes.

El estatuto de las limitaciones

Ernest Dowson

Durante los cinco años de relación casi diaria con Michael Garth, en un paraje solitario de Chile, que hizo que dos hombres como nosotros —que hablábamos la misma lengua pero apenas compartíamos intereses— tuviéramos que soportarnos el uno al otro, llegué a tener con él, si no una amistad íntima, al menos cierta familiaridad, que me permitió acercarme a su carácter y conocer los detalles más relevantes de su historia. Hablo de un carácter muy singular, y de una historia rica en enseñanzas. Deduje gran parte de ella de los comentarios que dejó escapar mucho antes de que yo supiera su final. Por poco simpático que me resultara el hombre, era imposible no interesarse por su historia. A medida que fuimos conociéndonos, cada vez tuvo más visos de ser (me refiero a su carácter) un difícil problema psicológico, que yo estaba obsesionado en resolver. Me dediqué a estudiarlo en mi tiempo libre, después de vigilar las fluctuaciones en el precio de los nitratos. De modo que, cuando logré hacerme rico, en lugar de volver a casa en seguida, preferí esperar más de tres meses para regresar en el mismo barco que él. Gracias a esta demora, puedo transcribir el desenlace de mis impresiones: las encuentro edificantes, aunque sólo sea por su extraña ironía.

De sus labios apenas recabé información; aunque en nuestra travesía de vuelta, aquellas largas noches en que paseábamos por cubierta bajo la Cruz del Sur, su reticencia cedía de vez en cuando, lo que me permitió vislumbrar muchas más cosas de él que en todo nuestro tiempo juntos en la salitrera. Adiviné más, sin embargo, de lo que me contó; y logré atar todos los cabos con posterioridad, después de conversar con la joven a quien comuniqué la noticia de su muerte. Él mencionó su nombre, por primera vez, un día o dos antes de su desaparición: una confidencia tan inaudita que debí estar ciego para no darme cuenta de lo que presagiaba. Había visto su retrato el primer día que entré en casa de Garth, donde su fotografía colgaba en un lugar bien visible de la pared: el rostro ovalado y adorable de una jovencita, casi una niña, con unos ojos enormes que, no sé por qué motivo, se adivinaban del color de las violetas, contemplando el mundo con singular tristeza entre un manto ondulante de cabellos negros. Él me contó después que era la fotografía de su *fiancée*; pero, antes de eso, no habían faltado indicios de que había una mujer en su vida.

Iquique no es París; ni siquiera Valparaíso; pero sí una ciudad del mundo civilizado; y, tan sólo a dos días a caballo del lugar pestilente y caluroso donde alimentábamos tenazmente nuestras vidas de quinina y de ilusión, era la mejor esperanza de evasión. Las existencias de casi todos los ingleses que dirigían trabajos

en el interior de aquellas tierras eran muy parecidas: no era difícil reconocerlos por cierta expresión hambrienta y salvaje en su mirada. Entretanto, mientras esperaban su suerte, la mayoría sentía una gran alegría cuando algún asunto de negocios les obligaba a pasar un día o dos en Iquique. Hay tiendas y calles, calles iluminadas por las que pasan señoritas de ojos negros con mantillas de encaje; y también hay cafés; y partidas de faraón^[1] para los que quieren apostar; y corridas de toros, y periódicos con menos de seis semanas de retraso; y en el puerto, cargando nitrato, muchos barcos, a los que no se puede mirar sin envidia, pues regresarán a Inglaterra en pocos días. Pero Iquique no tenía el menor atractivo para Michael Garth, y, cuando alguno de nosotros tenía que ir, era normalmente yo, su subordinado, quien me dirigía allí alegrándome de su indiferencia. Los dólares ganados con el sudor de la frente se desvanecían en Iquique; y para Garth la vida en Chile se limitaba, desde hacía mucho tiempo, a hacer acopio de dólares. Así que se quedaba en el calor abrasador de Aguas Blancas, y contaba con determinación los días y el dinero (aunque su naturaleza, en mi opinión, era esencialmente generosa, su obsesión por conseguir aquel propósito le había convertido en un hombre de una avaricia malsana) que lo devolverían a su preciosa amada. A pesar de lo taciturno, desconfiado e insociable que se había vuelto, descubrí poco a poco que aún sentía cierto amor por las humanidades, y que su buen gusto sólo podía ser fruto de un profundo conocimiento de la mejor literatura. Puso a mi disposición su reducida biblioteca —unas pocas novelas francesas, un Horacio, y algunos volúmenes muy manoseados de poetas ingleses modernos en la conocida edición de Tauchnitz—, a cambio de mi colección, bastante similar, aunque algo más numerosa. En los escasos momentos en que se mostraba cordial, podía hablar de esos temas con *verve* y originalidad; con más frecuencia, prefería perseguir con odio exacerbado a un fetiche abstracto que él denominaba su «suerte». Era por naturaleza terriblemente pesimista; y parecía atribuir a la Providencia cierta cualidad inconcebiblemente cruel, que dirigía en todo momento contra su persona. Logré explicarme, e incluso justificar, en cierto modo, su profunda amargura y su avaricia, muy similares, cuando supe que había sufrido la mayor de las pobreza y que, además, estaba locamente enamorado... enamorado *comme on ne l'est plus*. Cuáles habían sido sus recursos antes era algo que yo desconocía, así como la causa de su fracaso; pero colegí que la crisis había sobrevenido en un momento en que su vida se había complicado con la repentina transformación de una vieja amistad en amor... un amor que, en su caso, sería absoluto y definitivo. La muchacha también era pobre; ambos eran más pobres que la mayoría de la gente pobre... ¿Cómo podía él rechazar el empleo que, gracias a los buenos oficios de un amigo, le ofrecieron inesperadamente entonces? Es verdad que significaba marcharse del país, y pasar cinco años de soledad en América Ecuatorial. La separación y el cambio debían tenerse también en cuenta; quizá la enfermedad y la muerte, además de su «suerte», que parecía incluir todos los males. Pero a la vez prometía, cuando el período de exilio terminara (y había posibilidades de disminuir su duración) cierta autoridad y,

probablemente, riqueza; y, si lograba zafarse de todos los riesgos, el matrimonio. Parecía ser el único camino. La muchacha era muy joven: casarse antes de su marcha era impensable; ni siquiera se comprometieron formalmente. Garth se negó a aceptar su promesa de matrimonio, aunque aseguró que él la amaría mientras siguiera con vida; se mantendría célibe para reclamar su mano cuando regresara al cabo de cinco, diez o veinte años, si ella no había elegido a alguien mejor. Quería que se sintiera libre; aunque imagino cuánto debió impresionar a la joven de los ojos violetas la renuncia de aquel semblante oscuro y resentido, y con cuánta ternura rechazó su libertad. Ella consiguió un trabajo de institutriz, y se sentó a esperar. Y la ausencia solo sirvió para remachar con más fuerza la cadena de su afecto, y asentar mejor la imagen de Garth en su pedestal; pues en el amor casi siempre ocurre lo contrario que en esta máxima social, *les absents ont toujours tort*, que siempre se cumple.

Garth, por su parte, escribiéndole un mes tras otro, mientras su retrato le sonreía desde la pared, aunque tenía siempre la delicadeza de recordarle su total libertad, añadía tantas cosas que su renuncia perdía valor. Vivía soñando con ella; y el recuerdo de sus ojos y de su pelo le acompañaban a todas horas, y eran más reales que los hombres de carne y hueso con los que despachaba de forma maquinal todos los días. Consumido por el deseo de estrecharla entre sus brazos, no cesaba de contar las horas que aún le separaban de ese momento. Y, sin embargo, cuando terminaron sus cinco años de contrato, aplazó el regreso, aunque su situación económica lo habría justificado; y prolongó su estancia otros cinco años, que se convertirían en siete. Lo cierto es que el recuerdo de su antigua pobreza, y las humillaciones que conllevaba, se había transformado en una furia que le perseguía sin cesar fustigándole con su látigo. El deseo voraz de aumentar sus ganancias, siempre por amor a la joven —de ahí que fuera sacrosanto—, se había convertido en su segunda naturaleza; una locura interior que le impedía vivir en paz. Su peor pesadilla era despertarse sobresaltado, pensando que lo había perdido todo, que había quedado sumido en la pobreza anterior: un sudor frío recorría todo su cuerpo hasta que conseguía vencer su horror. La repetición de aquel sueño, una y otra vez, le hacía jurar solemnemente que volvería a su país rico, lo bastante rico para reírse de las fantasías de su suerte. Ésta parecía haber cambiado en los últimos tiempos; así que tuvo la fortuna de poder cumplir su juramento. Al final, ganaba dinero a espuestas: todas sus operaciones tenían éxito, incluso aquellas que se asemejaban al juego más insensato; y las especulaciones más osadas daban un vuelco y obtenían una sustanciosa cosecha cuando Garth intervenía en ellas.

Y mientras seguía esperando y planeando, en Aguas Blancas, febrilmente concentrado en sí mismo, su encuentro definitivo con la joven en Inglaterra, el hombre envejecía: al principio poco a poco, y de un modo apenas perceptible; pero cerca del final, a pasos agigantados, cada vez más consciente de cuánto encanecía y cambiaba, lo que aumentaba su negra melancolía. De ello se dio cuenta, quizá, brutalmente y de forma indirecta, cuando recibió otra fotografía de Inglaterra. Era un

rostro muy hermoso todavía, pero el rostro de una mujer que ha perdido la frescura de la juventud (habían transcurrido siete años) y adquirido una dignidad teñida de tristeza: un rostro sobre el que la vida había escrito algunas de sus crueldades. Los días posteriores a su llegada, Garth estuvo incluso más malhumorado y silencioso que de costumbre; luego ocultó deliberadamente el retrato. Volvió a lanzarse con furia a su batalla económica; había recobrado su antigua inspiración, la de la vieja fotografía: el rostro ovalado y adorable de una jovencita, casi una niña, con unos ojos enormes que, no sé por qué motivo, se adivinaban del color de las violetas.

A medida que se acercaba el momento de nuestra partida, una semana o dos antes de que nos dirigiéramos a Valparaíso, donde Garth tenía asuntos que liquidar, pude estudiar con mayor profundidad el demonio malsano que lo poseía. Era realmente extraño: nadie había odiado tanto aquel país, ni había estado más firmemente decidido a escapar de él; y ahora que tenía la oportunidad de hacerlo, sentía algo más cercano al terror que a la alegría de un hombre razonable que estuviera a punto de conseguir el sueño de su vida. Había respetado el pacto que había sellado consigo mismo; era un hombre rico, más rico de lo que jamás había imaginado. Y aún seguía lleno de vigor, apenas había cruzado el umbral de la edad madura, y volvía a casa para reunirse con la mujer a la que durante los últimos quince años había adorado con constancia sin igual, y cuya fidelidad había sido para él, en el exilio, como la sombra de una roca en medio del desierto; volvía a casa para contraer un honroso matrimonio. Pero también era un hombre enfermo de tristeza; angustiado y temeroso. A veces tenía la impresión de que se habría alegrado si ella hubiese faltado a su palabra, y hubiera aprovechado la libertad que él le otorgaba para eludir su promesa. Y lo más curioso es que jamás dudé de la fuerza de su amor; continuó siendo absorbente e inmutable la mayor parte de su vida. Ninguna sombra extraña se había interpuesto jamás entre Garth y el recuerdo de la muchacha de los ojos violetas, con la que al menos él estaba comprometido. Pero una sombra se cernía sobre ambos; al principio, me pareció imaginaria, demasiado grotesca para discutir sobre ella, pero, tal como llegué a descubrir, en esa misma insustancialidad residía todo su poder. La imagen de la mujer en que ella se había convertido se interponía entre él y la joven que había amado, que aún amaba con pasión, y los separaba. Fue sólo en nuestra travesía de vuelta, mientras paseábamos juntos por cubierta —aquellas largas noches de calor abrasador en que no podíamos conciliar el sueño—, cuando me reveló, por primera vez sin subterfugios, la herida mortal que ese fantasma le había infligido y su lenta agonía. Y la vieja y amarga convicción de la crueldad de su suerte, que había permanecido dormida con la euforia de la prosperidad material, volvió a latir en su interior. Y creyó ver en aquel cambio aparente la última ironía de los poderes hostiles que lo habían acosado.

—Comprendí de repente —dijo Garth—, justo antes de abandonar Aguas Blancas, después de haber calculado mi fortuna y de haber visto que nada me retenía allí, que todo era un error. ¡Había sido un necio! Debería haber vuelto a casa hace

mucho tiempo. ¿Dónde están los mejores años de mi vida? Consumidos, desperdiciados y enterrados en ese maldito infierno. ¿Dólares? Aunque tuviera todo el metal de Chile, no podría comprar un solo día de mi juventud. Ni de la juventud de ella; también ha desaparecido; y ¡eso es lo peor!

A pesar de todas mis protestas, su abatimiento era cada vez mayor a medida que el vapor iba navegando rumbo a Inglaterra, sin que su hélice dejara de vibrar, como el jadeo de una enorme bestia. Cierta ocasión en que habíamos estado hablando de otros asuntos, de algunos poetas vivos que él defendía, citó unos versos del *Prince's Progress* de la señorita Rossetti^[2]:

*Ten years ago, five years ago,
One year ago,
Even then you had arrived in time,
Though somewhat slow;
Then you had known her living face
Which now you cannot know.*^[3]

Garth se detuvo bruscamente, como si quisiera dar a entender que aquellos versos eran un ejemplo de su situación.

—¡Qué dice usted! —protesté—. No veo la analogía. Usted no ha perdido el tiempo, ni regresa demasiado tarde. Una mujer valiente lo ha esperado; les aguarda una radiante felicidad... tanto mejor por lo laboriosamente que ha sido ganada. Por el amor de Dios, ¡sea razonable!

Él movió la cabeza tristemente; y después añadió con vehemencia, mirando por encima de la borda aquellas aguas grises que se agitaban:

—Todo ha terminado. No me queda valor...

—¡Ah! —exclamé impaciente—. Dígame de una vez para siempre, con franqueza, que se ha cansado de ella, que quiere volverse atrás.

—No —respondió, apesadumbrado—, no se trata de eso. No puedo reprocharme el menor titubeo. He tenido una única pasión; he dado mi vida por ella; y sigue ahí, consumiéndome. Pero la muchacha que amaba es como si ya hubiera muerto. Sí, está muerta, tan muerta como Helen; y no tengo el consuelo de saber dónde la han enterrado. Nuestro matrimonio será una horrible parodia: la unión de dos cadáveres. Su corazón, ¿cómo puede dármelo ella? Se lo entregó hace años al hombre que yo era, al hombre que ha muerto. Nosotros, los que quedamos, no somos nada el uno para el otro, tan sólo dos extraños.

Era imposible discutir algo tan perverso e irracional; carecía de sentido señalar que, en la vida, no existe una distinción tan arbitraria como la que le obsesionaba. Lo único que podía hacer era esperar, confiando en que, cuando se encontraran de verdad, su enfermedad se curaría. Pero ¿llegaría a celebrarse ese encuentro? Había momentos en que el miedo que éste le inspiraba parecía tan grande que sería capaz de

cualquier cobardía, de cualquier compromiso para posponerlo, para hacerlo imposible. Garth temía que ella leyera la aversión en sus ojos, y sospechara cómo el tiempo y su propia fidelidad le habían proporcionado la única adversaria con la que jamás podría competir: el recuerdo de ella misma, de su adorable juventud, que se había desvanecido. ¿No podría alegrarse ella también de la ruptura, aunque se hubiera apresurado a acceder, por honor o por cansancio, a un matrimonio que no era más que una parodia de lo que podría haber sido?

En Lisboa tuve la esperanza de que se hubieran disipado sus dudas, y de que hubiera recobrado la sensatez y la razón, pues escribió una larga carta a su prometida que, posteriormente, despertó una gran curiosidad en mí; y, durante un día o dos, transmitía una calma que consiguió engañarme. Me gustaría saber qué puso en aquella misiva, hasta qué punto se había explicado, había justificado su extraña actitud. ¿O se trataba simplemente de un *résumé*, una conclusión a todas las cartas que le había escrito en Aguas Blancas, la última epístola que dirigiría a la jovencita de la primera fotografía?

Días después yo habría dado cualquier cosa por saberlo, pero también ella, la mujer que la leyó, guardó un silencio impenetrable. A cambio, jamás le revelé un secreto: mi interpretación del accidente que causó la muerte de Garth. Me parecía suficientemente trágico para ella que él hubiera acabado sus días del modo en que lo hizo, tan cerca de las aguas de Inglaterra; a escasos días del hogar con el que habían soñado tantos años.

Habría sido una crueldad aumentar su dolor levantando el velo de oscuridad que pende sobre esa noche serena y sin luna, señalando una cierta intención en su final. Pues la experiencia me dice que, en la vida real, no ocurren accidentes tan oportunos, y no podía olvidar que, para Garth, la muerte era indudablemente una solución. ¿No era, además, precisamente la solución que parecía haber encontrado poco tiempo antes? Lo cierto es que, una vez superada la conmoción que me produjo su muerte, sentí que, después de todo, era una solución: con el *handicap* de su «suerte», es posible que hubiera evitado algo peor que el fin que encontró. ¿Acaso la suerte de un hombre así no es fruto de su temperamento, de su carácter? Y ¿quién puede escapar a eso? ¿No había sido quizá una escapatoria para el pobre diablo, y para la mujer que lo amaba, que él eligiera arrojar y desaparecer en las tranquilas e insondables profundidades del Atlántico en el momento en que lo hizo, llevándose con él al menos un ideal incólume, y dejando en la joven un recuerdo que la experiencia jamás podría empañar, ni la costumbre erosionar?

Un asunto de otro tiempo

John Galsworthy

Cuando en el verano de 1921 Hubert Marsland, el paisajista, regresaba de pasar el día haciendo bosquejos junto al río, tuvo que detener su coche de dos plazas a unas diez millas de Londres para una pequeña reparación; y, mientras lo arreglaban, se alejó del taller para echar un vistazo a la casa donde solía pasar sus vacaciones cuando era niño. Después de franquear una verja y de dejar a su izquierda una gravera, llegó en seguida ante la casa, que se alzaba en medio del jardín. ¡Cuánto había cambiado! Resultaba más pretenciosa y menos acogedora que cuando sus tíos vivían allí, y él jugaba al *cricket* en el terreno de enfrente, que parecía haberse convertido en un campo de golf. Era tarde... hora de cenar, y, como no vio a ningún jugador, se adentró en el campo y empezó a reconocer sus rincones. Allí debía de haber estado la vieja caseta. Y un poco más lejos, aún cubierto de césped, el lugar donde había bateado tan bien la pelota y, después de marcar trece puntos, había terminado su turno, el último del equipo, sin ser eliminado. Hacía treinta y nueve años, el día que cumplía dieciséis. ¡Con qué claridad recordaba sus nuevas espinilleras! A. P. Lucas había jugado contra ellos y sólo había marcado treinta y dos; en aquellos días todos copiaban su estilo: el pie delante del bate, un poco hacia fuera, con elegancia; algo que ya no se veía, afortunadamente... ¡puede uno sacrificar tanto en aras del estilo! Ahora, sin embargo, se tendía a lo contrario; el estilo era quizá algo totalmente pasado de moda...

Retrocedió hacia el sol y se sentó en la hierba. ¡Qué paz! ¡Cuánta quietud! La neblina que cubría las lejanas colinas resultaba visible entre la antigua casa de su tío y la vivienda vecina. Y en el lado opuesto estaba el grupo de olmos, tras los que se pondría el sol como en los viejos tiempos. Hundió la palma de las manos en el césped. Un verano maravilloso... muy parecido a aquel otro verano de su adolescencia. Y la calidez de la hierba, o tal vez del pasado, se apoderó de su corazón y sintió cómo le invadía la nostalgia. Debía de haberse sentado en aquel mismo lugar después de su turno de lanzamiento, junto a los pies de la señora Monteith, que asomaban por debajo de un vestido de volantes. ¡Dios mío! ¡Qué necios eran los jóvenes! Y ¡cuán precipitados e imprudentes sus afectos! Un poco de dulzura en una voz o en una mirada, una sonrisa, un pequeño roce o dos, ¡y ya eran unos esclavos! Necios, pero también generosos. Y, detrás de la silla de la señora Monteith, podía ver con claridad al capitán MacKay, ese otro ídolo, con su rostro de color marfil oscuro (exactamente igual que aquel colmillo de elefante de su tío, que con el tiempo se había vuelto tan amarillo), su soberbio bigote negro, su corbata blanca, traje de

cuadros, clavel en la solapa, polainas cortas, bastón de Malaca... ¡todo tan fascinante! La señora Monteith, «la separada», ¡así la llamaban! Recordaba el modo en que la gente la miraba, el tono de sus voces. ¡Y era tan hermosa! Se había enamorado de ella a primera vista... de su perfume, de su voz, de su elegancia. Y aquel día en el río, cuando ella le hizo tanto caso, y el capitán MacKay estuvo tan pendiente de Evelyn Curtiss que todos pensaron que iba a declararse. ¡Qué época tan extraña! Entonces empleaban la palabra «cortejar», y vestían faldas amplias y corsés muy altos; y él llevaba un cinturón elástico de color azul alrededor de su cintura de franela blanca. Y aquella noche su tía le había dicho, con una sonrisa maliciosa: «¡Buenas noches, tontuelo!». Y la verdad es que lo era, con aquella flor que la señora Monteith había dejado caer al suelo entre su mejilla y la almohada. ¡Qué locura! Y el domingo siguiente... deseando ir a la iglesia... cepillando con fervor su sombrero de copa; había pasado todo el servicio espionando su pálido perfil, dos bancos delante de él, a la izquierda, entre su tío Hallgrave, un anciano con barba de chivo, y su gorda y sonrosada tía de pelo blanco; ideando cómo acercarse a ella cuando saliera, indeciso, acechante, sin conseguir más que una sonrisa y el frufrú de sus volantes. ¡Ay! ¡El menor detalle significaba tanto en aquella época! Y su último día de vacaciones... la noche en que por primera vez entrevió la realidad. ¿Quién dijo que la era victoriana estuvo llena de inocencia?

Marsland se llevó la mano a la mejilla. ¡No, el relente todavía no se notaba! Y, de igual modo que un hombre remueve y sacude el heno para airearlo, sintió que algo se removía en su interior y sacudía los recuerdos de otras mujeres; pero nada despertaba en él un sentimiento parecido a aquella primera experiencia.

¡El baile de su tía! Su primer chaleco blanco, comprado *ad hoc* en la sastrería local; la corbata con la que trataba de emular a su héroe, el capitán MacKay. Se acordaba tan bien de todos los detalles en medio de aquella paz: la expectación, el tímido y discreto nerviosismo, la petición de un baile con voz entrecortada, el nombre de la señora Monteith escrito dos veces en su pequeña libreta de bordes dorados con el diminuto lápiz blanco con borlas; la lentitud con que ella movía el abanico, su sonrisa... Y el primer baile; su infinito cuidado para no pisar las puntas de sus zapatos de satén blanco; la emoción cuando el brazo de ella apretaba el suyo en medio del tumulto... Qué grande su embeleso, especialmente en la primera parte de la velada, cuando todavía le quedaba otro baile. ¡Si hubiera podido hacerla girar en ambos sentidos, como su héroe el capitán MacKay! Su exaltación fue en aumento al acercarse el segundo baile, lo que le hizo despedirse bruscamente de su pareja. Recordaba con claridad el frescor del aire y el aroma de la hierba en la oscura terraza, el zumbido de los abejorros, la asombrosa altura de los álamos a la luz de las estrellas... y el cuidadoso arreglo de su corbata y chaleco, la vigilante limpieza del sudor de su rostro. Un respiro hondo, y entrar en la casa a buscarla. El salón de baile, el comedor, las escaleras, la biblioteca, la sala de billar, y todo en vano... Los músicos seguían tocando el vals *Estudiantina*, y él vagando por las habitaciones con

su chaleco blanco, como un joven fantasma. ¡Ah, el invernadero! ¡Cómo corrió hacia allí! Y luego aquel instante del que seguía guardando, incluso ahora, una impresión borrosa, muy confusa. El sonido de voces ahogadas entre las flores: «La he visto», «¿Quién era el hombre?». La visión momentánea de un rostro de color marfil, de un bigote negro. Y entonces la voz de ella: «¡Hubert!»; y una mano febril cogiendo la suya, acercándolo a ella; su perfume, su sonrisa forzada. Cuchicheos detrás de las flores, aquella gente espiando; y, súbitamente, los labios de ella en su mejilla, el beso resonando en sus oídos, su voz exclamando con dulzura: «¡Hubert, querido muchacho!». Los susurros disminuyeron, cesaron. ¡Qué minuto tan largo y silencioso entre los helechos y las flores, en aquella penumbra, con el semblante de ella junto al suyo... pálido, inquieto, antes de ser conducido nuevamente a la luz, comprendiendo poco a poco que ella le había utilizado. Un muchacho... demasiado joven para ser su amante, ¡pero no para salvar su reputación y la del capitán MacKay! El beso de ella... el último de muchos... pero no en sus labios, en sus mejillas. ¡Qué duro había sido darse cuenta del engaño! Besar a un muchacho... sin importancia... un muchacho que, al día siguiente, volvería al colegio, ¡para que *él* y *ella* pudieran reanudar su relación libres de sospecha!

Después de ver su amor cubierto de fango, ¿cómo se había comportado el resto de la velada? Apenas lo recordaba. ¡Traicionado con un beso! ¡Dos ídolos caídos! ¿Acaso se preocuparon ellos de lo que él sentía? En absoluto. ¡Su única inquietud fue servirse de él para ocultar sus relaciones! Sin embargo, no sé por qué motivo... él nunca había dado a entender a la señora Monteith que lo sabía. Sólo cuando terminaron de bailar y alguien vino en busca de ella, huyó a su pequeño dormitorio, se arrancó los guantes, el chaleco; luego se tendió en la cama y le asaltaron amargos pensamientos. ¡Le había llamado muchacho! Y siguió allí, con el runrún de la música en sus oídos, hasta que finalmente se fue desvaneciendo, los carruajes se marcharon y la noche quedó en silencio.

Poniéndose en cuclillas sobre la hierba, todavía tibia y seca, Marsland se frotó las rodillas. ¡Nada tan generoso como un muchacho! Con una pequeña sonrisa, se acordó de su tía al día siguiente, y de la mezcla de ironía y de inquietud con que ésta le había dicho: «No está bien, querido, sentarse en rincones oscuros y... bueno, es posible que la culpa no fuera tuya, pero, a pesar de todo, no está bien... no está nada...». Y cómo se había detenido de pronto, contemplando el rostro de su sobrino, mientras los labios de éste anunciaban su primera risa sarcástica. Su tía jamás le había perdonado aquella reacción. ¿Le habría creído un joven y cínico Lotario^[*]? Y Marsland pensó: «¡Vivir para ver!». ¿Qué habría sido de los dos? ¡La era victoriana! Sabían cubrirse las espaldas, pero ¡hablar de inocencia! ¡Habrase visto!

¡Ah! El sol estaba a punto de ocultarse y se sentía el relente. Hubert se levantó, frotándose las rodillas para quitarse el entumecimiento. Más allá, en el bosque, las palomas zureaban. Una ventana de la antigua casa de su tío brillaba como una joya entre los álamos, bajo los últimos rayos de sol. ¡Ah! ¡Aquel insignificante asunto de

otro tiempo!

I

Les âmes sont presque impenetrables les unes aux autres, et c'est ce qui vous montre le néant cruel de l'amour.^[1]

—¿Así que deja que me marche sin una respuesta? —dijo el joven, poniéndose en pie de mala gana y cogiendo los guantes de la mesa, sin dejar de mirar a la pequeña y obstinada dama del sofá, que contemplaba su disgusto con la expresión amable y burlona de sus alegres ojos azules que tanto le trastornaba.

—Le daré una respuesta si lo desea.

—Preferiría mantener la esperanza... ¿me permite usted un rayo de esperanza?

—Sólo un rayo —contestó riendo, con el mismo aire perturbador de indulgencia—. Pero no lo magnifique... tenemos la costumbre de magnificar los «rayos»... y no quiero que regrese, si lo hace, con un sol abrasador.

—Es usted muy sincera, y un poco cruel.

—Me temo que quiero ser... las dos cosas. Es mucho mejor para usted —repuso, girando los anillos alrededor de sus pequeños dedos mientras hablaba, como si estuviera ya un poco cansada de la entrevista.

—Me trata como a un muchacho —exclamó él, con cierta amargura juvenil.

—¡Ah! ¡La peor crueldad que se puede hacer con un muchacho! —respondió la dama, levantando los ojos hacia él y esbozando su irritante y luminosa sonrisa.

Al encontrar la sombría mirada del joven, sin embargo, se detuvo; y abandonó temporalmente el tono banal de sus argumentos.

—Le ruego que me perdone, capitán Henley...

Él escrutó su rostro traicionero para ver si aquella petición, expresada con tanta gravedad, encerraba cierta malicia, pero las palabras que siguieron le tranquilizaron.

—Le hablaré con más seriedad. Verá... sincera, quizá cruelmente... desconozco lo que siente mi corazón —pronunció tan estudiada frase sin titubear, y observó con arrepentimiento el rostro preocupado del joven mientras le asestaba el inocente golpe—. No es usted el primero. Y es posible que no sea... el último.

Le costó decir aquello, a pesar de su aparente ligereza, pero él estaba demasiado absorto en sus pensamientos para percibir los matices más sutiles de su voz.

—No soy tan encantadora como cree —prosiguió ella—, pero era algo inevitable. ¿Diré mejor que no soy tan encantadora como parezco? A los dieciocho años me

casé... sin estar enamorada, y no pretendo insinuar que nadie me empujara a hacerlo. Mi matrimonio fue un fracaso, por supuesto. Y no quiero equivocarme de nuevo. Me repugna ayudarle a cometer un error similar. Debe perdonarme, pero confieso que me parece usted... muy joven; pues los años son algo engañoso... incluso con las mujeres.

Su rostro de muchacho era incapaz de disimular su enojo.

—¡Ah! Intentaba que sonriera, y está usted frunciendo el ceño. No me sentiría humillada si alguien me agraviase con las palabras que a usted tan neciamente le ofenden; pero —por suerte o por desgracia— no soy tan joven como usted. ¡Vamos, sea razonable! —dijo, con voz especialmente dulce y persuasiva—. Si desconozco lo que siente mi corazón, ¿le parece tan extraño que piense que el suyo puede cambiar? Perdóneme de nuevo si me anticipo. He oído en mis tiempos demasiados «nunca» y «para siempre» insustanciales; y ahora los evito. Me muestro más prudente al escucharlos. «Nunca», «para siempre» —repitió, y reflexionó sobre esas palabras—. A veces pienso que sólo pueden pronunciarse con seguridad en el umbral de otra vida. Me gustaría que no los empleáramos ahora. Le ruego que me conceda ese capricho.

—No soy tan poco fiable, indeciso, ni posiblemente tan cínico —empezó a decir; pero ella le interrumpió con un gesto de su mano, pequeña y brillante.

—¡Justamente! Por ese motivo, quiero prevenirle —prosiguió ella—. Es usted aún más joven de lo que creía. Me alegro... de todo corazón... de que se vaya al frente. Corte en pedazos a todos los rufianes que pueda; con un poco de pelea adquirirá una gran sabiduría, y... ¡oh, sí! ¡Sé que resulto cruel!... le hace muchísima falta. Vuelva dentro de un año con su Cruz de Victoria^[2] o sin ella; en cualquier caso, con un poco más de experiencia, y, si decide regresar a mi lado —él escuchó con una mueca de dolor la repetición de aquel «si»—, prometo tratarle como a un hombre.

—¿Y me dará una respuesta?

—Sí —contestó ella, con repentina dulzura.

—Y ¿mientras tanto?

—Mientras tanto, administre con prudencia el «rayo» si lo desea, pero no lo engrandezca; y recuerde que no nos obliga a nada. Usted... nosotros —se apresuró a corregir— somos libres.

—Usted es libre, por supuesto, lady Hopedene —admitió con la debida solemnidad—. Yo siempre me consideraré comprometido. Me... me gustaría que supiese que no me considero libre.

—Como quiera —cedió ella, mirando con cierto regocijo su melancólico rostro.

—Será mi único consuelo —señaló el joven, con profunda tristeza.

—Que así sea, entonces: de eso no puedo privarle. Pero no olvide que, si la ocasión lo requiere, queda usted eximido de reaparecer ante este tribunal.

Una pequeña inflexión en su voz le recordó que había llegado el momento de despedirse.

—Ahora debemos decírnos adiós.

—Sólo *au revoir*.

—Se lo toma usted al pie de la letra; prefiero la vieja expresión.

Y lady Hopedene se puso en pie y cogió su mano, reteniéndola un poco más de lo habitual. El joven la miró muy alterado.

—¿Sólo conservaré de usted ese ceño? —preguntó ella.

—Conserve esto —exclamó él, inclinándose súbitamente para besar los dedos blancos y delicados que tenía en la palma de su mano.

Después se dio la vuelta deprisa, salió y cerró la puerta, dejando tras de sí el peculiar aroma de la presencia de la dama, fresco y penetrante como el aire que sopla en los prados por la mañana, más dulce y delicado que el tenue perfume que envolvía su persona.

Ella se quedó inmóvil, sintiendo la partida del joven: la sonrisa con que le había despedido se había borrado de sus ojos; ahora miraban la puerta carentes de expresión.

«¿Habré hecho lo mejor... para él? —se preguntó—. Puede que... seguro que conoce a otra mujer con menos escrúpulos que yo. Y... ¿es mejor para mí?»

Se dirigió hacia un espejo colocado entre las ventanas, y estudió con aire crítico la imagen que allí se reflejaba. Mostraba un rostro diminuto de tez delicada, bajo unos cabellos rubios e infantiles cuidadosamente ondulados; en aquellos momentos, privado de su aplomo, parecía triste y un poco pálido.

—Puedo permitirme esperar un año —decidió, tras contemplarse con detenimiento unos instantes—, en cualquier caso, he seguido los dictados de mi conciencia. Mi corazón... «desconozco lo que siente mi corazón» —rió toda temblorosa—. ¿Cómo pudo tragarse algo tan absurdo; debería haber interpretado... ¡bah! —exclamó, haciendo un gesto con las manos que había aprendido en el extranjero, y que a veces repetía con otros ademanes muy poco ingleses—. Es demasiado joven para saber interpretar. No es justo que una mujer se aproveche de la primera fantasía de un muchacho como él. Sin duda he obrado bien.

Lady Hopedene regresó al sofá y apoyó la cabeza en los cojines de vivos colores. Cuando finalmente la levantó, las lágrimas empañaban sus alegres ojos azules.

II

El *Nubia* navegaba con rumbo a Inglaterra, y sus pasajeros sufrían todas las incomodidades que suelen acompañar a una travesía por el Mar Rojo. De vez en cuando, la pintoresca figura de un marinero hindú pasaba corriendo en medio de la penumbra. Los camareros extendían colchones en la cubierta bajo un cielo estrellado. El capitán y el primer oficial acababan de sorprender un *tête-à-tête* que se celebraba en un tranquilo rincón del barco, y que despertó su irritación.

—¿Está Henley verdaderamente enamorado de ella? —preguntó el capitán—. Porque es un asunto muy desagradable. ¡Maldita sea! La señorita Playfair está a mi cargo, y no es la primera vez que tengo problemas por una tontería semejante. Los parientes se muestran siempre muy poco razonables... incluso los parientes de los demás... pero, ¡por Júpiter!, creo que los hermosos objetos de sus desvelos son peores.

—Se conocieron en la India, así que supongo que todo estará en orden —respondió secamente el primer oficial, poco dispuesto a hablar de una situación que personalmente le desalentaba.

—Me alegrará ver Plymouth y el final de un cargamento tan embarazoso —exclamó el capitán, dándose media vuelta.

—*Moi aussi* —dijo entre dientes su joven segundo.

Pero los causantes de aquella breve plática no parecían compartir su sentimiento de alivio ante la perspectiva de llegar a puerto.

—A pesar de este horrible calor, ¡ojalá no acabara nunca la travesía! —exclamó una voz profunda en medio de la oscuridad—. ¡Es perfecta! El mar y el cielo, este maravilloso sentimiento de soledad, como si tú y yo fuéramos los únicos habitantes de la tierra, perdidos en medio de ella. Dime —prosiguió en un tono más bajo que desearías que no acabara nunca.

—¿Qué sentido tiene que lo desee cuando insistes en que todo debe terminar cuando desembarquemos?

—Quizá los dioses se compadezcan de nosotros.

—¿Te refieres a que lady Hopedene puede recibirte con... frialdad?

—Ella siempre es fría; un hermoso pedacito de hielo. Jamás le importé un comino, Mildred; de lo contrario, ¿no crees que algún gesto la habría traicionado?

—Supongo que quería ver de qué material estabas hecho. ¿Por qué te dio la oportunidad de echarte atrás?

—Sólo era una forma (sus modales son siempre encantadores) de decirme «No». Las mujeres —afirmó con enorme seriedad— no hacen experimentos con los hombres que aman.

—Entonces, si esto es lo que crees, ¿por qué regresas a su lado? Sólo servirá para que te humille... —su voz, normalmente lánguida, se volvió más enérgica.

—Debo hacerlo, querida; di mi palabra.

—Pero ella insistió en que no te comprometieras.

—Me comprometí.

—Eres demasiado quijotesco. ¿Y si la encuentras con otro hombre?

—Imaginemos eso —repuso él, cogiendo las manos de la joven—, la otra posibilidad me aterra, será mejor que la olvidemos. Esta noche y mañana, todavía mañana... son nuestros. Mildred...

Ella se soltó.

—¿Cómo vamos a olvidarla? Envenena el presente y entorpece el futuro. Convierte todo en... una farsa.

—No debería habértelo contado —exclamó él, arrepentido—; de no haber sido por ese otro joven, habría esperado hasta tener mi libertad. ¿Me perdonas?

—No lo sé.

—Ocurra lo que ocurra, siempre serás la única mujer para mí.

—Es muy posible que hayas pronunciado antes esas palabras...

—No era más que un joven estúpido... y ella me lo dijo; ¡Dios mío! Ahora sé que estaba en lo cierto.

—Paseemos un poco —sugirió Mildred—. Dime, ¿cómo es esa mujer?

—Olvidémonos de ella —le suplicó.

—Quiero saberlo.

—Es muy pequeña y hermosa; extraordinariamente hermosa y ocurrente, y... bueno, no sé cómo expresarlo, muy audaz. Fue esa audacia admirable y nada femenina lo primero que me fascinó de ella. Me impresionó por tratarse de un rasgo muy poco común; si hubiera sido un hombre, habría tenido madera de soldado. Ya ves que no fue amor, querida; empezó siendo una especie de admiración indefinida, y en eso ha vuelto a convertirse.

—Se casará contigo —fue la conclusión de la joven—. Creo que la comprendo mejor que tú.

—Y ¿odiarás mi recuerdo?

—Sí, durante algún tiempo; y luego... luego supongo que me casaré con otro.

—Si yo estuviera en tu lugar, preferiría pasar mi vida en soledad.

—No es tan fácil para una mujer hablar de soledad o pensar en ella; pero yo te amo, Alan —exclamó apasionadamente.

Los dos jóvenes, preocupados, se dieron las buenas noches en voz baja.

III

... tandis que, dans le lointain, le cloche de la paroisse... emplissait l'air de vibrations douces, protectrices, conseillères de bon sommeil à ceux qui ont encore des lendemains...^[3]

Lady Hopedene cerró el libro bruscamente, con el pequeño gesto de impaciencia aprendido en el extranjero.

—Debo evitar ver a ese hombre; me resulta muy penoso.

El reloj de porcelana que tenía enfrente dio las cuatro, y el sonido de las campanadas devolvió a su pensamiento la frase que se había negado a aceptar, y que se apresuró a rechazar de nuevo. *Ceux qui ont encore des lendemains*.

Se frotó los ojos, y empujó los cojines de brillantes colores donde apoyaba intranquila la cabeza. Enmarcaban sus cabellos dorados a la perfección, pero parecían haber arrebatado el delicado rubor, antes dulcemente inalterable, a su semblante infantil. Éste se veía pálido y algo demacrado.

La puerta se abrió, y una voz anunció de forma mecánica:

—El capitán Henley.

Lady Hopedene no se levantó, y el joven avanzó hacia ella.

—¡Alan! —el nombre escapó de sus labios de un modo tan intenso y repentino que fue conmovedor, incluso lastimoso oírlo. La larga sucesión de días, de semanas... la interminable espera... parecía claramente arrojada ante él, pintada en el ala de aquel inesperado grito.

Y había algo más: tras él acechaba una nota de angustia, muy débil, que se enfrentaba perceptiblemente a su alegría.

El joven, de manera inconsciente, retrocedió ante aquel nuevo recibimiento. No era propio de ella, ni se parecía a nada que el hubiera oído antes. Pero, en unos instantes, los ojos azules —tan extrañamente iluminados— recuperaron su vieja expresión de burlona bienvenida; y lady Hopedene le ordenó que se acercara, con el famoso gesto de su pequeña mano.

—Venga aquí, maravillosa aparición; quiero asegurar mis sentidos, poner a prueba mi cordura. ¿Se trata realmente de usted?

—Sin duda alguna. He venido en busca de mi respuesta —dijo breve, apresuradamente, consciente de que ella ya se la había dado, antes de pedírsela, al pronunciar su nombre de aquel modo tan sorprendente e involuntario.

—Habla como si estuviera presentando una factura —exclamó ella, riendo—, y la petición suena algo imperiosa, cuando ni siquiera sabía si tendría que contestarle algún día. ¡Oh! Hay esperas muy largas, lo sé —añadió, cogiendo la mano del joven que estaba en pie a su lado—. Siéntese aquí.

Lady Hopedene le hizo sitio, y miró con franqueza y seriedad su rostro algo más maduro.

—¡Vaya! —dijo, echándose hacia atrás como si estuviera asustada—. ¡Es un hombre con quien he de tratar! ¿Puedo contarle un secreto, capitán Henley? —agregó

con repentina y encantadora dulzura—. Me siento bastante decepcionada, pues... pues en realidad yo amaba al muchacho.

—Entonces, ¿por qué jugó con él? —preguntó el joven, dominando a duras penas su amargura, y devolviéndole la mirada con decisión—. Su capricho... —le habló sin rodeos, como si no le importara, por el momento, que ella comprendiera el significado de sus palabras—, una respuesta sincera me habría ahorrado el alto precio que he pagado por su capricho.

—Sabiendo tan poco, tiene derecho a reprochármelo. Se lo explicaré —respondió suavemente—. Después de todo, supongo que fue mero egoísmo, porque usted me importaba más que mi propio ser. Su felicidad era, es y siempre será, imagino, más importante que la mía.

Él sintió el impulso de decirle la verdad, de contarle claramente su historia. Pues aquella mujer que había amado seguía inspirándole una sólida confianza. Sabía que era más fuerte e íntegra que las demás mujeres que había conocido, y no podía evitar creer en el alma que brillaba con tanta nitidez, directamente, en el fondo de aquellos ojos azules que le contemplaban. Es posible que hubiera cedido a ese impulso pasajero, si ella no hubiese interrumpido demasiado pronto su pensamiento vacilante.

—Elegí la mentira más eficaz que se me ocurrió aquel día... ¿lo recuerda?... cuando dije que no era usted el primer hombre, ni posiblemente el último. *Es usted el primero* —su mirada se detuvo en el volumen amarillo que, con la llegada del capitán Henley, había resbalado por el sofá hasta caer al suelo—, y estoy segura de que será el último. Jamás me ha gustado mentir. Le suplico que perdone mi primera y única mentira.

El joven no contestó, pero se puso en pie y permaneció silencioso, incómodo a su lado, resistiéndose a replicar su sinceridad con falsas protestas, sabiendo que debía hablar, buscando dolorosamente las palabras.

Ella se rió, recordando cómo enmudecía a veces en el pasado, y prosiguió con cierta vacilación en su voz.

—Le sorprende mi franqueza; pero mire esto —y extendió ante él una mano desnuda y marchita.

—¡Qué desvalida parece! —exclamó el capitán Henley, cogiéndola dulcemente entre las suyas—. ¿Dónde están sus viejos anillos? ¿Por qué se ha desprendido de ellos?

—Son ellos los que se han desprendido de mí —respondió lady Hopedene tristemente—. Quizá se haya dado cuenta usted —añadió, señalando de paso sus mejillas— de que también otros adornos me han traicionado. Antes o después, tendré que decírselo. ¿Por qué no hacerlo ahora? Mis médicos —pronunció estas palabras con fingida solemnidad, y las interrumpió con una pequeña mueca— dan un año, o tal vez menos, para las pompas y vanidades de este mundo tan encantadoramente perverso. Así que, como ve, por mero respeto, las pompas y vanidades van retirándose poco a poco a fin de preparar su salida definitiva.

Abandonó su tono jocoso, y empezó a acariciar presurosa e inquieta la mano del capitán Henley. El joven agarró sus muñecas y le dirigió una mirada incrédula.

—Se trata de una horrible broma. No creo que hable en serio.

—Jamás hablé tan en serio como ahora.

—No pretenderá decir... —incapaz de preguntar una obviedad, continuó sujetando con fuerza los pequeños dedos, balbuceante, reducido al silencio.

—Sí, es cierto, tengo órdenes de partir, pero me conceden una prórroga. Un año para la conversación, la locura, la sensatez... si no fuera tan aburrida... y un año, tesoro mío, para el amor.

—¡Santo D...! —gritó—. Me dejas anonadado, Ella. Estás aquí; puedo verte y oír tus palabras; pero no logro entenderlas. Parece una pesadilla. No puede ser *verdad*...

Lady Hopedene soltó su mano y la colocó sobre el brazo del joven; y, esbozando una sonrisa para que recobrara el dominio de sí mismo, protestó:

—No te enfrentas al enemigo como un soldado.

—Me falta tu sangre fría —repuso él—. Seguramente otro hombre te daría tiempo o esperanzas.

Ella movió la cabeza y empezó a recitar:

—«Morir hoy o morir mañana, ¿acaso tenemos elección? Ningún hombre puede decir nada, una vez que los hados han hablado.»

Sus ojos invitaban al capitán a mostrar valor.

—Amabas tu vida mucho más que la mayoría de nosotros —dijo él, arrepintiéndose en seguida de sus palabras.

—La adoraba... la adoro. No me relegues tan pronto a un tiempo pasado. No tendremos futuro ni subjuntivo, sólo presente e imperativo: *Je t'aime... aime toi, par example*.

—Ella, por Dios —exclamó el joven—, un poco de seriedad. Ignoro cuánto tiempo hace que conoces la noticia, pero recuerda que es nueva para mí.

—También es relativamente nueva para mí —sus valientes ojos azules le dirigieron una rápida mirada de censura—. ¿Acaso quieres que interprete el papel de cobarde?

—No podrías —afirmó él en tono angustiado—. ¡Qué gran soldado habrías sido!

—Es el cumplido más bonito, aunque también el más torpe, que me has dedicado jamás.

—No es eso —respondió el joven, casi con brusquedad—. Haces que me avergüence con toda el alma; me siento como un desertor.

—Los desertores están cortados por otro patrón —señaló lady Hopedene, con dulce determinación—. Nosotros no hemos nacido para volver las espaldas al destino o poner mala cara a un enemigo. Durante este año interminable (además de tedioso, he de confesar), nunca se me ocurrió pensar que me fallarías. Pensé que era posible... pero jamás temí que lo hicieras; de haber sido así, me habría enfrentado a tu deslealtad, aunque hubiera sido más difícil de arrostrar que la propia muerte.

—Nunca te fallaré —declaró él con aire decidido—; y cuando el «nunca» salió de sus labios, recordó las palabras de lady Hopedene sobre el empleo de un vocablo tan trascendental; que sólo podía pronunciarse con seguridad, había afirmado ella, tal como lo había pronunciado ahora, en el umbral de la tumba. Y luego se dio cuenta, súbitamente, de que aquella conversación había sido un extraño anuncio de ésta. Entonces, entre risas, habían mencionado la muerte, esperando, asimismo, que un año transcurriera pronto. Había llegado el fin de aquel sueño tan irreal. Pero él no quería contemplar su materia vacía; ella no pasaría sus últimas horas recogiendo los pétalos de un amor perdido—. No te fallaré —dijo nuevamente con vehemencia.

Lady Hopedene escuchó con cierto asombro la frase que él repetía.

—No dudo de tus palabras, amor mío.

—No he dicho aún lo que he venido a decirte, Ella. ¿Quieres ser mi esposa?

Formuló la pregunta adivinando sus consecuencias, aunque empujado por algo más grave y profundo que la compasión. Durante unos instantes, Ella guardó silencio. Había estado en pie junto al capitán Henley, pero entonces se sentó y empezó a acariciar distraídamente un cojín bordado mientras meditaba su respuesta. Finalmente contestó, pero muy lentamente, sin su celeridad acostumbrada.

—El amor —exclamó—, aunque no lo recordemos a menudo, tiene un extenso vestuario. No todo el mundo puede llevar sus más ricos atavíos... y tú y yo no podemos. Alegrémonos de que nos ofrezca alguno de sus ropajes, pues, sin su caridad, iríamos desnudos. Tú y yo podemos ser compañeros, sólo eso. Es lo más sensato, el mejor pacto posible, pues los amantes terminan como jamás lo haremos nosotros. Tú vigilarás conmigo como si fuéramos dos buenos amigos, dos buenos soldados, hasta que el enemigo ataque, y sabes que atacará.

—Será una fría guardia nocturna —se obligó a decir, recordando el grito con que le había recibido, y preguntándose cómo podía dominar de aquel modo sus sentimientos.

—Suficientemente cálida —señaló lady Hopedene—; mucho más cálida que el amanecer que señalará su fin. ¿Te quedarás a hacer la guardia conmigo?

—Haré cualquier cosa que me pidas.

—Entonces te pido que aprendas a sonreír al mal tiempo, y que no tiembles todavía.

Ella cogió su mano de nuevo y le llevó a la ventana; estaban encendiendo las farolas junto a la verja del parque.

—Ahí fuera ha llegado la primavera; esta mañana he visto los brotes de los árboles. Los hados no han sido demasiado crueles. Nos han dejado todas las estaciones; el verano, mi estación preferida, no tardará en llegar... y tú... has venido.

Él se inclinó y besó los pequeños dedos que agarraban sin fuerza los suyos.

—Tu último beso ha encontrado un amigo —susurró ella—; ha pasado tanto tiempo solo en este lugar.

—Dame tus anillos —dijo el capitán Henley—; haré que los adapten. Quiero que

los lleves.

—Sí —contestó lady Hopedene—, es estúpido renunciar a ellos. Enviaré a alguien... no, los traeré yo, si me disculpas un momento.

Soltando su mano, atravesó la cada vez más oscura estancia y lo dejó solo, enfrentándose al primer gran problema de su vida.

IV

Mildred Playfair abandonó su asiento junto a la ventana para acercarse al fuego. Estaba renovando su relación con una primavera inglesa, sin demasiadas muestras de alegría. Henley se hallaba a un paso de la repisa de la chimenea, y el movimiento de la joven los colocó frente a frente. Ella levantó sus ojos oscuros hacia él y, con la lánguida entonación que le caracterizaba, comentó:

—No parece haber nada más que decir; apenas comprendo por qué has venido.

—Porque me pediste que lo hiciera. Te he contado todo... te he expuesto cómo están las cosas, al menos para mí. Tal vez haya sido mejor decírtelo personalmente.

—No tenías que haber esperado a que te llamara.

—Quería escribirte. Pensé que sería menos doloroso para ambos. Pero no era un asunto fácil. Estaba tratando de redactar una torpe explicación cuando recibí tu carta.

—¿La explicación de que ibas a renunciar a mí por una ilusión poética y casi femenina?

—No tenía elección.

—No sabía que los hombres tomaran parte en esta clase de cosas. Creía que eran más... firmes y categóricos.

—Hace un mes me habría creído incapaz de hacerlo; pero a veces una mujer... una mujer noble... puede transformar a un hombre, y mostrarle lo que es capaz o no de hacer.

Mildred había estado calentándose las manos cerca del fuego, pero entonces se volvió, cogió de la mesa un abrecartas de la India y empezó a separar las páginas de una revista.

—El hecho es que todavía amas a esa mujer.

Él vaciló, sintiendo un deseo casi puritano de decir la verdad.

—No del modo que insinúas. Esta semana he aprendido que existen muchas formas de amar.

—Y, ¿es algo que has descubierto tú? —preguntó la joven, recorriendo con un dedo la hoja del abrecartas que tenía en la mano—. ¿Estás seguro de que no estás repitiendo una frase de ella?

—Quizá. Mildred —exclamó—, me haces las cosas más difíciles de lo que son. Si pudieras ver en mi interior, sabrías que no he sido desleal... al menos contigo.

Tampoco tenía la sensación de haber traicionado a la otra mujer.

—Se me escapan tus complicaciones. Reconozco que no entiendo tu forma... tus «formas».

—No digas eso después de haberte explicado todo. Te he pedido que me esperes, aunque tal vez no debería haberlo hecho; jamás hubiera pronunciado esas palabras si no te quisiera tanto y no tuviera tanto miedo de perderte.

—Tendrías que haber sabido que nunca consentiría que fueras, tácitamente, el amante de otra mujer.

—No soy su amante —señaló brevemente.

—Otra sutil distinción que soy incapaz de captar.

—Si pudieras ver en mi interior... —empezó a decir de nuevo; pero ella le interrumpió.

—Veo lo suficiente para saber que tu corazón no es completamente mío.

—¿Quieres que diga lo contrario? —preguntó Henley duramente, aunque sin amargura—. ¿Cómo puedo hacerlo ahora, después de tu negativa... sin la menor esperanza ante mí, sin otras palabras que no sean de adiós?

—¡Si yo te importara, no hablarías así!

—No tengo elección —repitió él.

—Porque ya has elegido.

—En mi corazón, en mi alma, eres la elegida.

—Y, sin embargo, vuelves con la otra...

—Durante un año, y posiblemente menos. ¿Por qué no puedes entenderlo? Tú y yo tenemos toda la vida por delante, pero he visto la muerte reflejada en sus ojos... y en sus labios. Una tumba se interpone entre nosotros —insistió, y terminó la frase con un matiz de tristeza en su voz—: ¿No te parece suficiente?

—Es invisible —replicó la joven—, así que no me culpes si no puedo verla. Lo único que puedo ver es que una mujer, o su sombra, se interpone entre nosotros.

—¿Son éstas tus últimas palabras? —preguntó él, deseando casi que lo fueran, consciente de lo poco que habían servido las anteriores... que no habían aclarado nada ni les habían brindado el menor alivio.

—No —le interrumpió bruscamente Mildred, despojándose malhumorada de su frialdad y de su calma, como si fueran prendas de vestir que le pesaran demasiado—, mis últimas palabras son que te quiero, Alan, y que, como tú mismo has reconocido, me perteneces —la joven cruzó la habitación y se arrojó en sus brazos—. No puedo dejar que te marches y voy a impedirlo.

Él la acogió con una breve y familiar exclamación de bienvenida, y la estrechó

contra su pecho unos segundos; después la soltó, y apoyó una de sus manos en los cabellos oscuros y ligeramente despeinados de la muchacha.

—Me esperarás, ¿verdad?

El capitán Henley dijo sencillamente lo primero que pensó; pero, al escuchar sus palabras, Mildred se alejó de un salto.

—No, eso no... eso no.

—Entonces ¿qué? —preguntó desconcertado—. ¿No vas a confiar en mí?

—*Esa mujer* confió en ti —exclamó la joven, dejando escapar a través de sus labios, en aquel momento de confusión, el recuerdo que se había cernido sobre ellos en un par de ocasiones—. *Esa mujer* te dejó marchar; y, aunque no lo sepa, tú le has fallado, o al menos eso dices; lo cierto es que no sé qué creer de ti.

—Tienes razón —respondió él—. Dios sabe que le he fallado; tienes razón.

—Hazme una promesa en señal de que no *me* fallarás.

—¿Qué promesa? —inquirió, antes de añadir con vehemencia—: Cualquiera, cualquiera que yo pueda hacer...

—La única creíble —afirmó—, quédate conmigo.

Él se detuvo... perplejo, vacilante, herido; sopesando una segunda elección. ¿A cuál de las dos mujeres debía más? Mientras seguía allí indeciso, las veía ante sí pidiéndole que no les fallara. Una de ellas más lejana, diminuta y frágil, una imagen llena de belleza que se desvanecía como si la vida se le escapara; la otra, a su lado, fuerte, hermosa, nítida y querida, pisando con firmeza los peldaños de la juventud. El contraste físico le causó una profunda impresión, aunque no fue eso lo que hizo que sus pensamientos en pugna se decidieran. Fue una frase, pronunciada dulcemente por una animosa voz que salía de una estancia mucho más difusa para él que aquella en la que se encontraba: «Nosotros no hemos nacido para volver las espaldas al destino o poner mala cara a un enemigo».

Con estas palabras resonando en sus oídos se enfrentó al enemigo que tenía ante él llenándole silenciosamente de reproches.

—¿No vas a confiar en mí? —preguntó de nuevo, con una humildad que no habría pasado desapercibida a un corazón menos joven.

—No puedo —repuso Mildred, con obstinación.

Él miró sus ojos oscuros e inflexibles, y percibió en ellos una realidad implacable.

La mujer que había impuesto esa realidad no pudo oír su respuesta; ella la habría entendido.

—Y yo —se limitó a decir, con un dolor que trascendía la exaltación del momento—, no puedo quedarme.

El cortejo de Anthony Garstin

Hubert Crackanthorpe

I

Una densa estampida de ovejas, precipitándose, entre las rocas pizarrosas, surgió de la espesa niebla que envolvía las cumbres del páramo, y el estridente silbato de un pastor rompió la húmeda quietud del aire. No tardó en aparecer la silueta de un hombre, bajando tras el rebaño por la ladera. Se detuvo unos instantes para llamar con un silbido a los dos perros, que, con las orejas hacia atrás, perseguían velozmente a las ovejas más allá de la cima; luego, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, continuó su marcha a grandes zancadas. La fina humareda blanca de un tren que avanzaba con dificultad se deslizaba silenciosa en la distancia; era el único signo de vida en las extensas y desoladas ondulaciones grises de aquel paisaje sin árboles.

Las ovejas corrían una detrás de otra por un viejo y diminuto sendero, entre la hierba parda y desigual; y, cuando el hombre dobló la loma, un estrecho valle se abrió a sus pies: un pequeño mosaico de campos verdes, y aquí y allá una granja encalada, con un oscuro grupo de árboles protectores a cada lado.

El hombre andaba con paso alegre y desenfadado. Su figura era delgada y angulosa; llevaba un sombrero negro muy ajado y unas pesadas botas con hebillas de hierro; su ropa estaba descolorida tras la larga exposición a las inclemencias del tiempo. Tenía los ojos juntos, muy pequeños, con muchas arrugas; y las cejas hirsutas, con algunas vetas grises. Iba muy afeitado, y su aire abstraído daba a su boca una expresión dura y taciturna; sólo se había dejado crecer una descuidada sotabarba color trigueño.

Cuando llegó al pie del páramo, el crepúsculo difuminaba ya la lejanía. Las ovejas atravesaron con gran estrépito un tramo llano y cenagoso cubierto de juncos, mientras los perros las conducían hasta un recinto rodeado de un muro bajo y desigual de piedras sueltas. El hombre cerró la puerta tras ellas, y esperó, llamando imperiosamente a los perros con sus silbidos. Los animales reaparecieron en seguida, y pasaron arrastrándose entre las barras de la cancela. Les dio una patada con desprecio y, después de saltar una cerca que había a escasas yardas, cogió un estrecho sendero.

Poco después, cuando pasaba junto a una hilera de ventanas iluminadas, oyó una voz que le llamaba. Se detuvo y vislumbró, en la entrada del jardín, una figura encorvada de barba blanca con hábitos eclesiásticos.

—Buenas noches, Anthony. ¡Qué noche más fría!

—Ya lo creo, señor Blencarn, ha refrescado bastante —contestó—. He bajado algunos corderos del páramo. Espero que tanto usted como la señorita Rosa se encuentren bien.

Profirió su breve respuesta con fuerte y espontánea cordialidad.

—Gracias, Anthony, gracias. Rosa está en la iglesia, ensayando los himnos que tocará mañana. ¿Qué tal la señora Garstin?

—Bien, bien, muchas gracias. No para de trabajar, ya sabe como es mi madre.

—Adiós, Anthony, buenas noches —dijo el anciano, cerrando la verja.

—Buenas noches, señor Blencarn.

Poco después, aparecieron ante su vista las centelleantes luces del pueblo; y de la oscura silueta de la iglesia de campanario cuadrado, que se elevaba junto al camino, salían los lentos y graves acordes del órgano que flotaban en el aire nocturno. Anthony aceleró el paso, y luego se detuvo; pero, al darse cuenta de que había otro hombre, escuchando también, en el puente, a escasas yardas, decidió seguir adelante. Al pasar junto a él, aminoró la marcha y le miró fijamente; pero el hombre hizo caso omiso de su presencia y continuó de espaldas, contemplando el negro y borbotante arroyo por encima del pretil.

Anthony atravesó cabizbajo la desierta calle del pueblo, entre las farolas de luz rojiza que iluminaban ambos lados. De vez en cuando, miraba furtivamente hacia atrás. La calle recta se extendía tras él, brillando con luz trémula. El órgano parecía haber cesado; la figura del puente se había alejado del pretil y daba la impresión de dirigirse a la iglesia. Anthony se detuvo, y vio cómo desaparecía en la oscuridad bajo los árboles del cementerio. Después de unos instantes de vacilación, dejó la carretera y subió una cuesta que conducía a la granja de su madre.

La casa era alargada y muy sencilla. En la parte delantera, la escasa luz impedía ver con claridad un porche encalado y un pequeño jardín cercado por una verja de hierro. En la parte trasera, el cortado del páramo se alzaba como una cortina siniestra y misteriosa colgada en medio de la noche. El hombre dio la vuelta a la casa y llegó, bajó la luz del crepúsculo, a un amplio patio, adoquinado y cubierto parcialmente de hierba, flanqueado por las sombrías siluetas de otras construcciones bajas y alargadas de la granja. Todo estaba sumido en las tinieblas; en algún lugar encima de sus cabezas un murciélago aleteaba, lanzando su lastimoso grito.

En el interior, un centelleante fuego de turba salpicaba el liso empedrado de sombras caprichosas, y parpadeaba entre las poco iluminadas ristas de jamones que colgaban del techo y en los oscuros y brillantes paneles de roble de las alacenas. Una criada muy joven puso el mantel para la cena, y entraba y salía de la cocina acompañada del golpeteo de sus zuecos; la vieja señora Garstin, inclinada sobre el hogar, daba la vuelta con manos temblorosas a unos pasteles que estaba preparando en las brasas.

Cuando oyó las fuertes pisadas de Anthony en el pasillo, la anciana se levantó y

observó el reloj de la repisa de la chimenea. Era una mujer grande, muy erguida, casi corpulenta, a pesar de los años. Su rostro estaba demacrado y cetrino; profundas arrugas acentuaban la dureza de sus facciones. Llevaba una cofia negra de viuda sobre sus cabellos de un plumizo gris, unos anteojos con montura dorada y un sucio delantal de cuadros.

—Llegas muy tarde, Tony —se quejó.

Él se quitó el pañuelo de lana que llevaba atado al cuello y, después de colgarlo maquinalmente tras la puerta con el sombrero, respondió:

—Había mucha niebla en las cumbres, y las dos perras son muy torpes.

La anciana asió la manga de su hijo y, a través de los anteojos, escudriñó su rostro con recelo.

—¿Has estado con Rosa Blencarn?

—No, estaba tocando el órgano en la iglesia, y Luke Stock merodeaba por allí —contestó con cierta amargura, apartándose de ella con ruda impaciencia.

La anciana se alejó, moviendo sentenciosamente la cabeza. Empezaron a cenar, y ninguno de los dos dijo nada. Anthony removía lentamente el té y contemplaba las llamas con aire taciturno; no probó siquiera el tocino que tenía en el plato. De vez en cuando su madre, poniendo a un lado el cuchillo y el tenedor, le miraba con dureza por encima de la mesa, frunciendo su enorme y desagradable boca. Finalmente, dejando con brusquedad la taza, exclamó:

—Me gustaría saber por qué no tienes más orgullo, Tony. ¿Cuánto tiempo vas a seguir llorando y lamentándote como una oveja moribunda? Acabarás cayendo enfermo, y supongo que entonces estarás satisfecho. Sí... me gustaría saber por qué no tienes más orgullo.

Pero él no respondió, y continuó impasible como si no hubiera oído nada.

Poco después, sin levantar los ojos, dijo entre dientes:

—Luke se marcha al sur, el lunes.

—Bueno... en cualquier caso, no creo que su partida cambie nada, ¿verdad? ¿No pretenderás ser de nuevo el hazmerreír de la parroquia?

Anthony enrojeció levemente e, inclinándose sobre su plato, empezó a cenar de forma maquinal.

—Ya está bien, madre —exclamó al cabo de unos instantes—. ¿Acaso piensa que me importan las risas y los chismorreos de cincuenta parroquias? Está muy equivocada —afirmó con una breve y lúgubre carcajada, dando un fuerte puñetazo en la mesa de roble.

—Estás loco, Tony —le espetó la anciana.

—Loco o cuerdo, le diré algo, madre: voy a cumplir cuarenta y seis años al final del invierno, y hay cosas que no pienso escuchar. Rosa Blencarn es lo bastante bonita para mí.

—Sí, lo bastante bonita... Agotas mi paciencia. Lo bastante bonita... vestida con una falda de volantes y saliendo con todos los juerguistas de Penrith. Lo bastante

bonita... eso es lo único que te importa. Ha sido una buena sobrina para el pastor... esa atolondrada e irresponsable criatura, y será una buena esposa para ti, Tony Garstin. ¡Ay, qué necio eres!

Echó la silla hacia atrás y, amontonando ruidosamente los platos de loza, empezó a recoger la cena.

—Esta casa es mía, ¡alabado sea Dios! —continuó diciendo con voz dura y estentórea—, y, mientras siga con vida, Tony, no permitiré que Rosa Blencarn ponga un pie en ella.

Anthony frunció el ceño sin más respuesta, y acercó su silla a la chimenea. A sus espaldas, la anciana se movía de un lado a otro, muy ajetreada.

—¿Encerraste los corderos en el campo de atrás? —inquirió poco después.

—No, están en la parte baja de Hullam —repuso él con brusquedad.

La puerta se cerró tras la anciana, y no tardó en oír sus pasos en el piso superior. Parpadeando pensativo, llenó lentamente su pipa; y, sacando un arrugado periódico del bolsillo, se quedó leyendo y dando caladas junto a la chimenea.

II

La música resonaba en la lóbrega y desierta iglesia. El último destello de claridad diurna brillaba con luz trémula a través de las vidrieras apuntadas, y más allá de las hileras uniformes de oscuros bancos, ocupados tan sólo por un montón de devocionarios en desorden, la luz parpadeante de dos velas iluminaba los tubos del órgano y la figura de la joven balanceándose.

Tocaba enérgicamente. Una o dos veces equivocó las notas y corrigió su error con impaciencia, inclinándose sobre el teclado y agitando manifiestamente sus muñecas mientras apretaba los registros. No llevaba nada en la cabeza (su manto y su sombrero estaban en un taburete, a su lado). Tenía el pelo rubio, suave y sedoso, muy corto detrás del cuello; unos ojos grandes y redondos, realzados por unas pestañas oscuras; unas mejillas toscas y sonrosadas, y unos labios carnosos color escarlata. Vestía con bastante sencillez, un corpiño negro y ajustado con las mangas algo deshilachadas. Sus manos y su cuello no eran delicados; su belleza era musculosa, natural, sin pulir.

Cuando finalmente los acordes lentos y pesados del *Amén* se desvanecieron en la penumbra, se detuvo emocionada, jadeante, y escuchó el silencio de la iglesia. Un

niño salió de detrás del órgano.

—Buenas noches, señorita Rosa —dijo el pequeño, alejándose rápidamente por el pasillo.

—Buenas noches, Robert —replicó distraída.

Poco después, con un gesto de impaciencia, como si quisiera desterrar algún pensamiento inoportuno, la joven se puso bruscamente en pie, prendió con alfileres su sombrero, se envolvió en su manto, apagó las velas y avanzó a tientas por la iglesia hacia la puerta entreabierta. Mientras caminaba presurosa por el estrecho sendero que atravesaba el cementerio, una silueta salió repentinamente de la oscuridad.

—¿Quién es? —preguntó asustada.

Le contestó la risa nerviosa de un hombre.

—Sólo soy yo, Rosa. No quería asustarte. Llevo una hora esperando.

La joven no respondió, pero aligeró el paso. Él continuó andando a su lado, a grandes zancadas.

—Me voy el lunes, ya lo sabes —y, como ella no decía nada, prosiguió—: ¿Quieres pararte un momento? Me gustaría hablar un poco contigo antes de irme, y mañana he de salir para Scarsdale muy temprano.

—No quiero hablar contigo; no quiero volver a verte jamás. Odio tenerte delante —exclamó con voz ronca e intensa vehemencia.

—Pero tienes que escucharme. Tus protestas no me harán cambiar de idea.

Y, agarrando su brazo, la obligó a detenerse.

—Suéltame, bruto —gritó ella.

—Te soltaré si te quedas quieta. Quiero ser justo contigo, Rosa.

Estaban en una curva de la carretera, frente a frente, casi juntos. Detrás de la corpulenta figura del joven se extendía la oscuridad de un campo ceniciento y fantasmal.

—Y, ¿qué quieres decirme? Termina pronto —dijo ella con resentimiento.

—Sólo esto, Rosa —empezó a decir con obstinada solemnidad—. Quiero que sepas que, si tienes algún problema cuando me haya ido... ya sabes a qué me refiero... quiero que sepas que estoy dispuesto a ayudarte. He escrito mi dirección de Londres en un sobre: Luke Stock, Purcell & Co., Mercado de Smithfield, Londres.

—Eres un hombre malvado y pecador. Odio tenerte delante. ¡Ojalá estuvieras muerto!

—Sí, pero tendrías que haberlo pensado antes. No me viniste con esa cantinela el martes... No, espera un momento —añadió, mientras ella forcejeaba para alejarse—. Toma el sobre.

La joven le arrebató el papel y lo rompió con furia, arrojando los trozos a la carretera. Cuando hubo acabado, él exclamó colérico:

—¡Maldita mujer! ¿Serás necia?

—Si no tienes nada más que decir, déjame pasar.

—No, no permitiré que nos separemos así. Puedes ser muy dulce cuando quieres. Y, cogiéndola por los hombros, la obligó a apoyarse en el muro.

—Estás muy guapa cuando te enfureces —rió con brusquedad, bajando la cabeza para acercarse a ella.

—Suéltame, suéltame, maldito cobarde —protestó con voz entrecortada, luchando por liberar sus brazos.

Agarrándola con fuerza, él insistió:

—Vamos, Rosa, ¿por qué no despedirnos como dos amigos?

—¿Como dos amigos? —repitió ella amargamente—. Con alguien como tú... ¿Por quién me tomas? Déjame volver a casa. Y ¡ojalá desaparezcas de mi vista para siempre! Odio tenerte delante.

—Entonces, lárgate —replicó él, empujándola violentamente hacia la carretera—. Lárgate, estúpida. No podrás decir que no he intentado ser justo; no volveré a tener tantos miramientos contigo. Lárgate; si no sabes hablar de otro modo, tendrás que arreglártelas sola.

La muchacha, recobrando el aliento, observó aturdida cómo se alejaba; luego echó a correr y desapareció en la oscuridad, colina arriba.

III

El anciano señor Blencarn concluyó su ronco sermón. La pequeña congregación, que le había escuchado inmóvil e impasible en sus rígidos trajes de domingo, se puso en pie, y los bancos de los colegiales, en clamoroso coro, entonaron el himno final. Anthony estaba cerca del órgano, contemplando distraído, mientras resonaba a través de la iglesia la sencilla melodía, la destreza de Rosa en el teclado. Los acentuados surcos de su rostro se habían mitigado hasta alcanzar una languidez vaga y pensativa que envejecía algo su expresión: de vez en cuando, como si necesitara una referencia, miraba inquisitivo el perfil de la joven.

Al cabo de unos minutos, el servicio terminó y la congregación empezó a salir lentamente por el pasillo. Un grupo de hombres se quedó rezagado junto a la puerta de la iglesia. Uno de ellos llamó a Anthony, pero éste le saludó secamente inclinando la cabeza y continuó su camino, alejándose a grandes zancadas por la carretera y por los prados grises que subían a su casa. Sin embargo, en cuanto hubo llegado a la cima y nadie podía verlo, torció bruscamente a la izquierda y avanzó por una pequeña y

cenagosa hondonada hasta llegar al sendero que bajaba de los páramos.

Trepó por un muro escarpado y cubierto de musgo, y miró expectante el camino oscuro y solitario; tras unos instantes de vacilación, al no divisar a nadie, se sentó en una losa de piedra que sobresalía en la parte más baja de muro.

Por encima de su cabeza, un cielo sombrío se movía empujado por el viento. Las fuertes rachas bajaban alegremente de los páramos... arrastrando enormes y frías masas grises, restos de niebla de la noche anterior. Algunas hojas secas revoloteaban por encima de las piedras, y los balidos lastimeros y temblorosos de muchas ovejas flotaban sobre la ladera.

No tardó en avistar dos siluetas que caminaban hacia él, subiendo lentamente la colina. Esperó sentado a que se acercaran, jugando con su barba trigueña y pisoteando distraídamente la tierra con los talones. Al llegar a la cima, las dos figuras se detuvieron. Metiendo las manos hasta el fondo de los bolsillos, se dirigió tímidamente a ellas.

—¡Ah! Buenos días, Anthony —dijo el anciano con voz aguda y jadeante—. La subida es larga, y mis piernas ya no son lo que eran. Hubo un tiempo en que no me asustaba pasar un día entero caminando por los páramos. Sí, cada vez estoy más débil, Anthony, eso es lo que ocurre. Y si Rosa no fuera una muchacha tan magnífica y tan fuerte, no sé cómo se las arreglaría su viejo tío —y se volvió hacia la joven con una sonrisa trémula y orgullosa.

—¿Quiere cogerme un ratito del brazo, señor Blencarn? —preguntó Anthony—. Lo más probable es que la señorita Rosa esté cansada.

—No, señor Garstin, puedo arreglármelas sola —interrumpió ella, bruscamente.

Anthony la observó mientras hablaba. Llevaba un sombrero de paja con una cinta de terciopelo carmesí y una capa negra ribeteada de piel, que realzaba poderosamente la blancura exquisita de su cuello. Sus enormes ojos oscuros estaban clavados en él. Anthony movió los pies incómodo y bajó la mirada.

La joven cogió a su tío del brazo, y los tres siguieron adelante muy despacio. El anciano señor Blencarn avanzaba con dificultad, deteniéndose de vez en cuando para recobrar el aliento. Anthony andaba a su lado, con la vista en el suelo, dando torpes patadas a los guijarros del camino.

Cuando llegaron a la puerta de la rectoría, el anciano le invitó a entrar.

—Gracias, señor Blencarn, pero ahora no puedo. Tengo que ver unos corderos antes del almuerzo. Hace una mañana espléndida —añadió sin venir a cuento.

—El tío ha comprado un bonito grupo de leghorns^[1], el martes pasado —comentó Rosa.

Los ojos de Anthony tropezaron con los de la joven; aquella mañana, su rostro tenía una expresión grave y triste que la hacía parecer más mujer, menos niña.

—Sí, enséñale las aves, Rosa. Me gustaría saber qué opina de ellas.

El anciano se dispuso a entrar cojeando en la casa, y Rosa, que lo llevaba del brazo, se volvió para decirle:

—En seguida regreso, señor Garstin.

Anthony se dirigió al patio trasero, y esperó a la joven, contemplando una bandada de pollos muy blancos que se contoneaban picoteando alegremente la hierba que crecía entre los guijarros.

—Sí, señorita Rosa, son un bonito lote —señaló, cuando la muchacha se reunió con él.

—¿Verdad que sí? —exclamó, esparciendo un puñado de grano delante de ella.

Las aves corrieron veloces por el patio estirando sus ávidos cuellos. Los dos se quedaron juntos observándolas.

—¿Qué pagó por ellas? —quiso saber Anthony.

—Cincuenta y cinco chelines.

Él, asintiendo distraídamente con la cabeza, expresó su conformidad.

—El doctor Sanderson, ¿vino ayer a visitar a su tío? —preguntó unos instantes después.

—Sí, antes del mediodía. Dijo que no había empeorado.

—Ya sabe, señorita Rosa, que sigo pensando en usted —empezó a decir de pronto, sin levantar la mirada.

—No creo que le sirva de mucho —respondió ella secamente, esparciendo otro puñado de grano entre las aves—. Supongo que nunca me casaré. Estoy cansada de que me cortejen.

—No la cansaré con mis galanteos —le interrumpió él.

La muchacha estalló en ruidosas carcajadas.

—Es usted un tipo extraño, sin duda.

—En cualquier caso, puedo competir en pie de igualdad con Luke Stock —continuó él con vehemencia—. No estará pensando en salir con él, ¿verdad? Es el joven más insensato y fanfarrón que ha pisado la tierra.

Rosa enrojeció y se mordió los labios.

—No sé a qué se refiere, señor Garstin. Me parece que su conclusión es demasiado precipitada.

—Quizá soy más listo de lo que cree —respondió él con obstinación.

—De todos modos, Luke Stock se ha marchado a Londres.

—Y con un magnífico trabajo, según dicen.

—Está celoso —exclamó la muchacha con sonrisa forzada—. Está celoso de Luke Stock.

—Será mejor que olvide esa tontería. Estoy tan profundamente enamorado de usted que no puedo sentir celos —contestó con gravedad.

La sonrisa se borró del rostro de la joven mientras susurraba:

—No puedo pensar en usted de ese modo, señor Garstin.

—Lo sé. Y supongo que es normal, teniendo en cuenta que es casi una niña y yo podría ser su padre —dijo él, sin ocultar su amargura.

—Pero ya sabe que su madre me detesta. Jamás me dejaría entrar en Hootsey.

Anthony se quedó un momento en silencio, meditando con aire taciturno.

—Tendrá que superarlo. Eso no es ningún obstáculo —afirmó.

—No, señor Garstin, es imposible. De veras es imposible. Será mejor que olvide esa idea de una vez para siempre.

—¿Olvidar esa idea? ¡Parece una niña! —exclamó con desprecio—. Lo único que quiero es que usted me ame, y, hasta entonces, no le pediré nada. Seguiré esperando y, recuerde mis palabras, algún día llegará a hacerlo.

Lo dijo muy fuerte, con voz lenta y decidida, y se acercó súbitamente a ella. Con un grito apagado de temor, la muchacha retrocedió hacia la entrada del gallinero.

—Habla usted como un profeta. Me da miedo.

Él sonrió tristemente y se detuvo, escudriñando pensativo el rostro de la muchacha. Parecía a punto de seguir con el tema; pero, en lugar de eso, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas por la puerta del jardín.

IV

Durante trescientos años había vivido un Garstin en Hootsey. Generación tras generación habían recorrido a pie aquel tramo gris de tierras altas; en primavera, dejando sus rebaños libres por los páramos, y, al terminar el otoño, en las frías tardes de invierno, conduciéndolos de nuevo a casa por el camino de herradura que llevaba a las cumbres. Había sido una estirpe solitaria y de pocas palabras; jamás ninguno había debido nada a nadie, y su orgullo era arisco e inquebrantable... una estirpe recta y apegada a las viejas tradiciones; obstinada, longeva, de expresión ruda y decisiones lentas.

Anthony no había conocido a su padre, que había muerto una noche en lo más alto del páramo, en compañía de su pastor, sepultado bajo la nieve en la gran tormenta de 1849. La gente decía que era el único Garstin que no había llegado a viejo.

Después de su muerte, Jake Atkinson, de Ribbleshead, Yorkshire, había venido a vivir a Hootsey. Jake fue un buen granjero y un astuto negociante, además de un hombre muy hábil con las ovejas, hasta que se aficionó a la bebida y a ir de juerga todas las semanas con las prostitutas de Carlisle. Era un tipo generoso y corpulento, de voz profunda; cuando le llegó su hora, aunque tuvo una muerte dolorosa, se mostró alegre y animoso hasta el final. Y su recuerdo perduró en el valle durante

años; los hombres hablaban de él con pesar, acordándose de sus bromas, de sus alardes de fuerza, y de su selecta raza de carneros de Herdwicke. Pero dejó tras él innumerables deudas en Carlisle, en Penrith y en casi todas las poblaciones con mercado; deudas que había fingido pagar hacia mucho tiempo con dinero de su hermana. La viuda Garstin vendió los doce carneros Herdwicke y nueve acres de tierra; en menos de seis semanas había liquidado hasta el último penique, y, durante trece meses, llevó luto todos los domingos con muda severidad. La amarga idea de que, sin saberlo ella, Jake hubiera actuado de forma fraudulenta en asuntos monetarios, y hubiese terminado sus días como un infame pecador, hería su orgullo y le llenaba de hostilidad contra el resto del mundo. Pues era una mujer orgullosa e independiente, con la cabeza muy alta, como una verdadera Garstin; y, aunque algunos consideraban a Anthony un muchacho silencioso e insignificante, éste acabó pareciéndose a su madre al convertirse en adulto.

La viuda Garstin tomó en sus manos la dirección de Hootsey, y puso al muchacho a faenar con los dos empleados de la granja. Habían pasado veinticinco años desde la muerte de su tío Jake, asomaban algunos cabellos grises en su barba trigueña, pero seguía trabajando para su madre igual que lo hacía cuando era un muchacho.

Y ahora que corrían malos tiempos (el precio del ganado seguía bajando sin cesar; y las cosechas de heno habían ido de mal en peor), la viuda Garstin había prescindido de los empleados; ella y su hijo vivían, año tras año, de un modo muy austero.

Aquella había sido la vida de Anthony Garstin... algo gris, aburrido, la lenta incrustación de monótonos años. Y hasta que Rosa Blencarn llegó para ocuparse de la casa de su tío, jamás había pensado dos veces en el rostro de una mujer.

Los Garstin habían sido siempre muy religiosos, y Anthony llevaba años siendo el consejero secolar del pastor. Vio a su sobrina por primera vez una tarde de verano, allá en la rectoría, mientras contaba el dinero de la colecta. La joven acababa de terminar sus estudios en un colegio de Leeds; llevaba un traje blanco, y él pensó que parecía una dama londinense.

Estaba junto a la ventana, alta, muy erguida y majestuosa, contemplando con ojos soñadores el crepúsculo de verano, mientras él y su tío trabajaban. Cuando Anthony se puso en pie para marcharse, ella le lanzó una mirada de curiosidad; él se apresuró a partir, farfullando un indeciso buenas noches.

La vio por segunda vez el domingo en la iglesia. La observó tímidamente, con vacilante y reverencial discreción: su belleza le pareció deslumbrante, lejana, enigmática. Aquella tarde, la joven señora Forsyth, de Longscale, pasó a tomar el té con su madre, y las dos empezaron a chismorrear de Rosa Blencarn, hablando descaradamente de ella con hiriente desprecio. Anthony estuvo bastante tiempo sentado en silencio, dando chupadas a su pipa; pero, finalmente, cuando su madre llegó a la conclusión de que «la muchacha era muy estirada y se daba aires de grandeza», no pudo evitar decir:

—No hacen más que gastar saliva con tanta cháchara. Supongo que la señorita

Blencarn es de una pasta muy diferente a la de unos campesinos como nosotros.

La joven señora Forsyth fue incapaz de reprimir sus risitas ahogadas, y la semana siguiente se rumoreó en todo el valle que «Tony Garstin había perdido el seso por la sobrina del párroco».

Pero él no sabía nada de esto... y, tan reservado como siempre, continuó entregado en cuerpo y alma a la siega del heno hasta que un día, durante el almuerzo, Henry Sisson le preguntó si había empezado a cortejarla; Jacob Sowerby señaló que Tony había tardado demasiado en decidirse, pues habían visto a la muchacha besuqueándose en Crosby Shaws con Curbison el subastador, y los demás hombres (había media docena de ellos holgazaneando cerca del carro de heno) estallaron en ruidosas carcajadas. Anthony enrojeció levemente, dirigiendo su mirada indecisa del uno al otro; luego, dejando muy despacio su bote de cerveza y cogiendo súbitamente a Jacob por el cuello, le dio un fuerte empujón que lo lanzó a la hierba. El hombre se golpeó contra la rueda del carro y, al levantarse, tenía un feo corte en la frente que no dejaba de sangrar. Y, desde ese momento, todos los parroquianos bromearon sobre el cortejo de Tony Garstin.

Y, sin embargo, él apenas había hablado con la joven, aunque se había cruzado con ella en dos ocasiones en el camino que subía a la rectoría. La muchacha le había dedicado una sonrisa sincera y amistosa; pero Anthony sólo se había atrevido a quitarse el sombrero. Él y Henry Sisson siguieron amontonando el heno en el patio trasero, y jamás volvieron a mencionar a Rosa Blencarn. Pero Anthony recordaba sin cesar la extraña dulzura de su rostro, mientras cubría arrodillado los montones de heno; en las cumbres del páramo, mientras marchaba pesadamente tras las ovejas por encima del seco y crujiente brezo; y mientras avanzaba lentamente por el accidentado y estrecho camino, conduciendo a la feria de ganado su carro lleno de corderos.

Pasaban las semanas, y él parecía contentarse con aquellas inocentes y nostálgicas cavilaciones sobre la imagen poco definida de la joven. Se mostraba escéptico respecto a la acusación de Jacob Sowerby y otras indirectas similares lanzadas por su madre; seguía teniendo la impresión de que entre la muchacha y él había una gran distancia; desde la primera vez que la había contemplado, había germinado en él la firme idea de que era muy diferente a las demás mujeres.

Pero cierto atardecer, cuando pasaba por delante de la rectoría al bajar de los páramos, ella le llamó y, con ingenua y confiada familiaridad, le pidió consejo sobre la alimentación de las aves de corral. En su afán por contestarle del mejor modo posible, Anthony olvidó su timidez habitual y, volviéndose casi locuaz, dejó de sentirse incómodo en su presencia. Sin embargo, en cuanto cesó el rosario de preguntas, al percibir de nuevo la sonrisa vacilante de sus labios escarlata, y los ojos inmensos y profundos que le contemplaban, se sintió extrañamente turbado y, sonrojándose, recordó la pelea en los campos de heno y la historia de Crosby Shaws.

Después de aquello, las aves de corral se convirtieron en un vínculo entre los dos... un vínculo que él se tomaba muy en serio, sin ser consciente de que era una

manera de reunirse con ella; y continuó sintiéndose intimidado en su presencia, a causa de su educación, de sus modales distinguidos, de su elegante vestimenta. Y la amistosa familiaridad con que ella lo trataba no tardó en ser para él un motivo de intenso y secreto orgullo. Varias veces por semana se encontraba con la joven en el camino, y los dos se quedaban charlando un rato; ella elogiaba sus perros, aunque él aseguraba con la mayor seriedad que no eran más que unos pobres perros callejeros; y en una ocasión, riéndose de su formalidad, ella le apodó «Señor Consejero».

Anthony sospechaba que la joven no era querida en el valle, atribuyendo drásticamente su impopularidad a la insensata envidia femenina; pero, de forma instintiva, y en parte debido a su naturaleza reservada, rehuía mencionar su nombre, ni siquiera casualmente, delante de su madre.

Ahora bien, los domingos por la tarde iba con frecuencia a la rectoría, y se despedía de la anciana simulando con torpeza que era algo accidental; y, cuando regresaba, percibía vagamente cómo ella se abstenía de hacer comentarios sobre su ausencia, y cuán extrañamente ajena parecía a la existencia de la sobrina del pastor Blencarn.

Había sido siempre una mujer de lengua afilada; pero, a medida que se acortaban los días, al aproximarse los largos meses de invierno, Anthony la encontraba cada vez más irritable. A veces tenía casi la impresión de que le profesaba un fiero y soterrado resentimiento. Él tenía un carácter obstinado, endurecido por la costumbre de aquel clima crudo e ingobernable; reflexionó pausadamente sobre el asunto y cuando, por fin, después de darle muchas vueltas, empezó a comprender cuánto molestaba a la anciana su relación con Rosa, aceptó impasible la explicación; y se limitó a cambiar su actitud hacia la joven, calculando todos días qué probabilidades tenía de encontrarla, y esforzándose por romper en su presencia, de una vez para siempre, la barrera de su timidez. No era un hombre al que se pudiera manejar con rudeza y, menos aún (y se ufanaba de ello), con artimañas.

Faltaba poco para Navidad cuando sobrevino la crisis. Su madre acababa de regresar del mercado de Penrith. La carreta se encontraba en el patio, y el viejo caballo gris estaba empapado de sudor en medio del aire frío y sereno.

—Creo que ha corrido más de la cuenta. El viejo caballo está muy acalorado —dijo él sin rodeos, acercándose a la cabeza del animal.

La señora Garstin se apeó rápidamente y, colocándose al lado de su hijo, exclamó casi sin aliento:

—Deberías haber venido al mercado, Tony. Han pasado muchas cosas hoy en Penrith. Estaba ayudando a Anna Forsyth a elegir seis yardas de tela en Dockroy cuando hemos visto a Rosa Blencarn saliendo de El Cencerro y el Buey, en compañía de Curbison y del joven Joe Smethwick. Smethwick estaba muy borracho y, para evitar que se cayera al suelo, Curbison y esa muchacha lo sujetaban; y él no tardó en pasar el brazo alrededor de Rosa Blencarn, y caminaban de ese modo delante de todo el mundo...

Anthony seguía descargando los paquetes y llevándolos de uno en uno, maquinalmente, al interior de la casa. Cada vez que salía, encontraba a su madre junto al sudoroso caballo, contando muy animada su historia.

—Y en el camino de regreso, los adelantamos a los tres en el carro de Curbison; Smethwick iba tumbado en el fondo, cantando canciones sentimentales. Estaban atravesando Dunscale, y las gentes salían corriendo de sus casas para verlos pasar.

Anthony llevó el carro hasta el establo, dejando que su madre le gritara el resto de la historia a través del patio.

Media hora después, entró a comer. Durante el almuerzo, no se dirigieron la palabra y, nada más terminar, él salió a grandes zancadas de la casa. Hacia las nueve regresó, encendió su pipa y se sentó a fumar junto al fuego de la cocina.

—¿Dónde has estado, Tony? —preguntó la anciana.

—En la rectoría, cortejando —replicó desafiante, con la pipa en la boca.

Eso había ocurrido diez meses antes; desde entonces, él había esperado tenazmente. Aquella tarde había decidido conseguir a la muchacha, quería que fuera suya; y, mientras su madre se burlaba, como hacía siempre que se presentaba la oportunidad, su paciencia continuaba siendo inagotable. Ella le recordaba que la granja era suya, que él tendría que esperar hasta su muerte para llevar a Hootsey a aquella desvergonzada; y él le respondía que tan pronto como la joven aceptara casarse con él, arrendaría una pequeña propiedad en Scarsdale. Entonces ella cedía, y reprochaba lastimeramente a su hijo que la tratara así, ahora que era anciana, después de todos los años que habían pasado juntos, y él la consolaba haciendo gala de un brusco y evasivo arrepentimiento.

Y, sin embargo, al día siguiente, sus pensamientos volvían a obsesionarse con el rostro de la joven, mientras su ruda e ingenua caballerosidad, inflamada por el recuerdo de su belleza, desvanecía cualquier recelo ante su conducta.

Entretanto, ella coqueteaba con él y se divertía con los hombres más jóvenes. Su anciano tío cayó enfermo en primavera, y apenas podía salir de casa. Ella afirmaba que la vida en el valle le resultaba tremendamente aburrida, que odiaba la tranquilidad del lugar, que echaba de menos Leeds y el emocionante bullicio de sus calles; y, al anochecer, escribía largas cartas a las amigas que había dejado allí, describiendo con caprichosa vivacidad su tribu de rústicos admiradores. Cuando llegó la época de la siega, fue a pasar quince días en casa de unos amigos; la víspera de su partida, prometió dar una respuesta a Anthony al regresar de la ciudad. Pero, en lugar de eso, eludió su compañía, fingió habérselo prometido en broma y empezó a salir con Luke Stock, un tratante de ganado de Wigton.

V

Hacía tres semanas que Anthony había bajado el rebaño de los páramos.

Después del almuerzo, él y su madre se sentaron juntos en la sala; era algo que habían hecho todos los domingos por la tarde, año tras año, desde que él podía recordar. Las sillas de caoba, con sus brillantes asientos de crin, estaban colocadas alrededor del cuarto. Una gran colección de premios agrícolas colgaban de las paredes; y había varias tazas de plata sobre un pesado y brillante aparador. Un montón de virutas de bordes dorados llenaban la chimenea que jamás se encendía; había rosas de colores chillones sobre la repisa de la chimenea y, en una pequeña mesa junto a la ventana, bajo una urna de cristal, una cesta dorada llena de flores de tela. Todos los objetos se hallaban dispuestos con escrupulosa precisión; tanto la alfombra como la tela estampada de color rojo que cubría la mesa central estaban muy descoloridas. La estancia estaba increíblemente limpia y, a la luz del frío sol invernal, resultaba adusta e incómoda.

Ninguno de los dos hablaba, ni parecía consciente de la presencia del otro. La vieja señora Garstin, envuelta en un chal de lana, tejía en su asiento; Anthony dormitaba en una silla de duro respaldo.

De pronto, en la lejanía, se oyó el tañido de una campana. Anthony se frotó los ojos adormilado y, cogiendo de la mesa su sombrero de domingo, salió a dar un paseo por los campos sombríos. No tardó en llegar a un tosco asiento de madera, junto al camino de herradura, donde se sentó y volvió a encender su pipa. El aire estaba en calma; debajo de él, una neblina blanca y transparente envolvía el valle. Los perfiles de los páramos, borrosamente agrupados, parecían masas descomunales de oscuras sombras; y, cuando miró atrás, tres recuadros que brillaban con luz trémula le descubrieron las vidrieras iluminadas de la iglesia de campanario cuadrado.

Anthony siguió fumando; y empezó a meditar, con plácido y reverencial ensimismamiento, sobre el Creador del mundo... un mundo irremediable y majestuosamente ordenado; un mundo donde cada objeto... cada grieta de los páramos, el curso serpenteante de cada arroyo... posee un sentido misterioso, un significado inevitable...

Al final del camino peleaban dos carneros; retrocediendo, corriendo juntos, saltando y entrechocando sus cabezas y sus cuernos. Anthony los observó distraídamente mientras proseguía sus modestas reflexiones.

... Y la sucesión de años malos, la ruina progresiva de los granjeros en todo el país, no eran más que el castigo infligido por tanta maldad acumulada en el mundo. En el pasado, Dios enviaba plagas sobre la tierra; en la actualidad, empujado por la ira, arruinaba campos y cultivos, creados para los hombres con Sus propias manos.

Anthony se levantó y continuó su paseo por el camino de herradura. Una multitud de conejos huían de él colina arriba; y una enorme nube de chorlitos, elevándose

desde los juncos, volaba en círculo encima de su cabeza, llenando el aire con una profusión de gritos quejumbrosos. De pronto oyó un ruido de piedras, y vio algunos guijarros que rodaban cuesta abajo por la hierba.

Más arriba, la silueta de una mujer se movía entre las rocas. No tardó en reconocerla, por la cinta de terciopelo carmesí que adornaba su sombrero. Anthony subió hasta ella a grandes zancadas, preguntándose por qué no estaría en la iglesia, tocando el órgano en el servicio de la tarde.

Antes de que la joven se diera cuenta de su presencia, él llegó a su lado.

—Pensé que estaría en la iglesia —empezó a decir.

Ella se sobresaltó; luego, recobrando poco a poco la calma, contestó con una débil sonrisa:

—El señor Jenkinson, el nuevo maestro, deseaba probar el órgano.

Anthony se acercó a ella impulsivamente; la muchacha percibió el extraño parpadeo de sus ojos cuando retrocedió apesadumbrada.

—No voy a hacerle daño —exclamó él—. Supongo que la Providencia ha querido que nos encontráramos aquí arriba. Ahora tendrá que darme una respuesta sincera. No puede seguir jugando conmigo eternamente.

Lo dijo de un modo casi brutal; ella se quedó mirándolo fijamente, pálida y jadeante, con unos ojos enormes y asustados. El camino de ovejas no era más que un pequeño sendero delgado como un hilo, con precipicios a ambos lados; bajo ellos se extendía el valle, lejano, sin vida, desdibujado por el sombrío atardecer. La joven buscó inútilmente el modo de escapar.

—Señorita Rosa —prosiguió él, con voz ronca—, ¿no puede pensar un poco en mí? Recuerde que llevo casi dos años esperándola. La he visto salir con un joven, y luego con otro... y a veces parecía que iba a rompérseme el corazón. Muchos días, en las cumbres de los páramos, he estado a punto de volverme loco pensando en usted; y, en medio de la niebla, he abandonado el rebaño para sentarme en un montón de piedras, recordándola tristemente e imaginando su rostro. Muchas noches me he acercado a la rectoría decidido a hablarle con claridad; pero, al llegar el momento, una especie de timidez me lo impedía, y temía tanto disgustarla... Sé que no soy un hombre educado, y quizá le parezca demasiado rudo. Sé que últimamente me he dirigido a usted con brusquedad en un par de ocasiones. Pero si lo hice fue porque la amo con locura, y a veces soy incapaz de dominarme...

Anthony esperó con la vista clavada en ella. La joven pudo ver las gotas de sudor encima de sus cejas hirsutas, la humedad en su barba trigueña; sus dedos callosos retorcían los botones de su chaqueta negra de domingo.

Ella se esforzó por sonreír, pero su labio inferior tembló y sus enormes ojos oscuros se llenaron lentamente de lágrimas.

Y él prosiguió:

—Usted ha llegado a significar todo para mí. Es lo único que me importa en este mundo. No sé cómo expresarlo, soy un hombre sencillo y sin educación; no puedo

engatusarla con palabras bonitas como los jóvenes de la ciudad. Pero puedo amarla con todas mis fuerzas, y cuidarla, y trabajar para usted mejor que cualquiera de ellos...

Ella lloraba en silencio mientras le escuchaba, pero él no se daba cuenta: el crepúsculo le impedía ver el rostro de la muchacha.

—No tengo nada en contra —continuó—. Soy un hombre tan bueno como cualquiera de ellos. Sí, un hombre tan bueno como cualquiera de ellos —repitió desafiante, subiendo la voz.

—Es imposible, señor Garstin, es imposible. Ha sido usted muy bueno conmigo... —añadió la joven, con la voz entrecortada por la emoción.

—Pero no pretendía hacerla llorar, muchacha —exclamó, en tono más suave—. No tiene que llorar por eso.

Ella se dejó caer sobre las piedras, deshaciéndose en lágrimas, presa de la desesperación. Anthony la contempló unos instantes, sumido en una torpe perplejidad. Luego, acercándose a ella, puso la mano en su hombro y le dijo dulcemente:

—Vamos, pequeña, ¿qué ocurre? Puede confiar en mí.

Ella movió débilmente la cabeza.

—Sí... claro que puede —aseguró—. Vamos, ¿qué pasa?

Haciendo caso omiso de él, Rosa siguió balanceándose hacia delante y hacia atrás, gimiendo angustiada:

—¡Ay! ¡Ojalá estuviera muerta!... ¡Ojalá pudiera morir!

—¿Ojalá pudiera morir? —repitió él—. ¿Qué puede atormentarle de ese modo? Vamos, vamos, pequeña, ¡ya está bien! Todo se arreglará, sea lo que sea...

—No, no —se lamentó ella—. ¡Ojalá pudiera morir!

Las luces del pueblo titilaban en el fondo del valle, y las colinas estaban envueltas en la oscuridad. La joven quitó las manos del rostro, y levantó la cabeza para mirar a Anthony con expresión confusa y asustada.

—Tengo que ir a casa, he de marcharme —murmuró.

—Pero se encuentra usted en apuros.

—No es nada... no sé... no me encuentro bien... no es nada, de veras... se me pasará... será mejor que lo olvide.

—No puedo quedarme con los brazos cruzados si usted tiene problemas.

—No es nada, señor Garstin, de veras —insistió la joven.

—Lo siento, pero no puedo creerlo —protestó con terquedad.

Ella le dirigió una mirada furtiva, atormentada.

—Déjeme ir a casa... tiene que dejarme ir a casa.

La joven hizo un tímido y lastimero intento de firmeza. Anthony clavó sus ojos en ella y le impidió el paso; la muchacha se puso roja como la grana e, incapaz de sostener su mirada, dirigió la vista al otro lado del valle.

—Si me cuenta qué le aflige, tal vez pueda ayudarla.

—No, no es nada... no es nada.

—Si me cuenta qué le aflige, tal vez pueda ayudarla —repitió él, con solemne y premeditada severidad.

Rosa se estremeció, y contempló de nuevo, vagamente, el otro lado del valle.

—Usted no puede hacer nada; no hay nada que pueda hacerse —susurró tristemente.

—Hay un hombre en este asunto —afirmó Anthony.

—¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir! —le suplicó Rosa, desesperada.

—¿Quién la ha metido en este lío? —su voz sonaba fuerte y áspera.

—Nadie, nadie. No puedo decírselo, señor Garstin... No es nadie —protestó ella, débilmente.

La expresión crispada de Anthony la asustó.

—¡Dios mío! —exclamó él, agarrando su muñeca—. ¿Cómo he podido ser tan necio? Dígame, ¿quién es? ¿Quién es ese hombre?

—Me hace daño. Déjeme ir. No puedo decírselo.

—Y usted, ¿le quiere?

—No, no. Es un hombre malvado y pecador. Dios quiera que no tenga que verlo nunca más. Así se lo dije.

—Pero si es el culpable de su situación, tendrá que casarse con usted —insistió con brutal amargura.

—No se lo permitiré. ¡Le odio! —exclamó con fiereza.

—Pero ¿está *dispuesto* a casarse con usted?

—No lo sé... ni me importa... me dijo que sí antes de marcharse... Pero prefiero matarme antes que vivir con él.

Anthony soltó las manos de la muchacha y se separó de ella. La joven sólo podía ver su silueta, como una nube sombría. Las cuestas de los páramos estaban silenciosas, oscuras y solitarias. Rosa no tardó en oír nuevamente su voz.

—Se me ocurre un camino para acabar con su sufrimiento.

Ella movió tristemente la cabeza.

—No existe ninguno. Soy una perdida.

—Y ¿si se casa conmigo? —preguntó él con vehemencia.

—No... no comprendo...

—¿Si se casa conmigo en vez de con Luke Stock?

—Pero eso es imposible... el... el...

—Sí, el niño. Lo sé. Pero lo querré como si fuera mío.

Ella se quedó en silencio. Al cabo de un momento, él la oyó responder con una voz extraña y remota:

—¿Acaso quiere decir que... que está dispuesto a casarse conmigo y adoptar al niño?

—Lo estoy —respondió con obstinación.

—Pero la gente... su madre...

—Nadie tiene que saberlo. Este asunto no es de su incumbencia. Creerán que el niño es mío. ¿Acepta eso?

—Sí —se apresuró a contestar muy bajito.

—¿Se casará conmigo si la saco de apuros?

—Sí —repitió en el mismo tono.

Ella le oyó suspirar aliviado.

—Le dije que la Providencia había querido que nos encontráramos aquí arriba —exclamó, medio disimulando su júbilo.

Los dientes de Rosa empezaron a castañetear un poco; la joven sintió que él la miraba con curiosidad en la penumbra.

—Y ahora —prosiguió enérgicamente—, será mejor que vuelva a casa. Deme su mano; la sujetaré para que no se caiga por las piedras.

La ayudó a bajar por la pendiente llena de guijarros, exclamando:

—¡Vaya por Dios! ¡Está usted helada!

En un par de ocasiones, ella resbaló; y él la sostuvo, agarrando con fuerza sus nudillos. Las piedras rodaron cuesta abajo con estrépito, desapareciendo en medio de la noche.

En seguida encontraron el camino de herradura donde crecía la hierba, y, mientras descendían en silencio hacia las luces del pueblo, Anthony comentó gravemente.

—Siempre creí que llegaría mi día.

La joven no contestó; y él añadió circunspecto:

—Mi madre no pondrá las cosas nada fáciles.

La acompañó por el sendero que llevaba a casa de su tío. Cuando divisaron las ventanas iluminadas, Anthony se detuvo.

—Buenas noches, pequeña —dijo cariñosamente—. Deje de preocuparse.

—Buenas noches, señor Garstin —repuso, con la misma voz baja y presurosa con que le había contestado en los páramos.

—Estamos comprometidos, ¿no es así? —quiso saber él, tímidamente.

Rosa le ofreció su rostro, y él la besó torpemente en la mejilla.

VI

La mañana siguiente amaneció helada. El cielo estaba aún radiante y despejado; los campos cubiertos de escarcha centelleaban bajo la fría luz del sol, y aquí y allá, en las

lejanas cumbres, resplandecían primorosas crestas de nieve. Anthony tenía que trabajar toda la semana al pie de los páramos, levantando un muro contra las tormentas invernales; era una tarea dura, pues estaba solo, y debía coger las piedras de los escarpes. Dos o tres veces al día, pasaba con su lento y desvencijado carro por delante de la rectoría, y siempre se paraba a mirar furtivamente las ventanas. Pero nunca percibió la menor señal de Rosa Blencarn; y lo cierto es que no ansiaba verla. ¡Le alegraba tanto recordar el modo en que la había cortejado y saber que era suya! Se sentía muy orgulloso de sí mismo: pensaba en todos los demás hombres que la habían cortejado, y su manera de conquistarla le parecía un buen golpe de ingenio.

Así, pues, se abstuvo de mencionar el asunto; saboreando a todas horas su victoria secreta mientras trabajaba solo, e imaginando, con enorme regocijo, los comentarios indignados de las amigas de su madre. Preveía sin temor la implacable oposición de ésta; se sentía fuerte, y su corazón se llenaba de ternura hacia la joven. Y, cuando, a intervalos, se daba súbitamente cuenta de que, después de todo, ella sería suya, cogía las piedras y las empujaba casi con violencia hasta su lugar de destino.

A su alrededor, los blancos y desiertos campos parecían dormir exánimes. La quietud tensaba los árboles sin hojas. El aire glacial activaba su circulación, y, cantando vigorosamente para sí, trabajaba con firme e incansable resolución, aplazando metódicamente el anuncio de su compromiso hasta que el muro estuviera terminado.

Después de una vida tan reservada y solitaria, disfrutaba analizando sus perspectivas de futuro, con firme y tranquilo convencimiento. A medida que se acercaba el final de la semana, empezó a cerrar los ojos a todas las irregularidades del asunto, para asumir casi —en la exaltación de su orgullo— que había conquistado a la muchacha honradamente, y para rechazar, impasible, cualquier pensamiento de Luke Stock, de sus relaciones con la joven y del niño que todos creerían suyo.

Y también había momentos en que, al volver lentamente a casa, al final del día, en medio de la oscuridad, sentía el corazón rebosante de supersticiosa gratitud hacia el Señor de los Cielos que le había concedido su deseo.

El sábado terminó el muro hacia las tres de la tarde. Volvió a casa y, después de ducharse y afeitarse, se puso la chaqueta de domingo; evitando pasar por la cocina, donde su madre tejía junto al fuego, se dirigió con paso decidido a la rectoría.

Fue Rosa quien le abrió la puerta. Al reconocerlo, se sobresaltó, y él la siguió hasta la sala. Anthony tomó asiento y empezó a decir bruscamente:

—He venido, señorita Rosa, para hablar con el señor Blencarn.

Y luego añadió, mirándola con detenimiento:

—Parece estar enferma, pequeña.

La débil sonrisa de la joven acentuó el cansancio y la palidez de su rostro.

—Supongo que no ha dejado de atormentarse —prosiguió él, dulcemente—, y que ha pasado las noches en vela, ¿no es así?

Ella esbozó una vaga sonrisa.

—Pero he venido a arreglar las cosas. Quizá se le ocurrió pensar que yo no era un hombre de palabra.

—No, no, eso no —protestó—, pero... pero...

—Pero ¿qué?

—No debe hacerlo, señor Garstin... He de sobrellevar mi desgracia sola del mejor modo posible —exclamó.

—¿No creerá que me caso con usted por caridad? ¡Qué poco conoce la naturaleza de mi amor! No, señorita Rosa, aunque ya no puede volverse atrás.

—Pero no puede hacerlo, señor Garstin. Sabe que su madre no me querrá en Hootsey... no podría vivir allí con ella... preferiría sobrellevar mi desgracia sola, del mejor modo posible... La señora Garstin es tan severa. No podría mirarle a la cara... Puedo irme lejos, a alguna parte... podría ocultárselo a mi tío.

El color de su tez iba y venía; la joven estaba delante de él, pero miraba tristemente por la ventana.

—Quiero que venga a Hootsey. No soy ningún muchacho, nada me impide elegir a mi mujer. Madre la aceptará en la granja, por supuesto: no necesita preocuparse de eso...

—No, señor Garstin, pero ella no, jamás... sé que ella no... Siempre me ha tenido inquina, desde el principio.

—Sí, pero antes era diferente. Las cosas han cambiado —exclamó él con terquedad.

—Mi presencia le resultará todavía más desagradable —dijo la muchacha, con voz entrecortada.

—Madre la aceptará en Hootsey... la recibirá de buena gana... de buena gana, ¿me oye? Yo respondo de ello.

Anthony dio un violento puñetazo en la mesa. Su determinación asustó a la joven, que se apresuró a mirarle, luchando contra su indecisión.

—Sé cómo manejar a mi madre. Y ahora —concluyó, cambiando de tono—, ¿anda su tío por aquí?

—Creo que está en el cercado —respondió Rosa.

—Bien, saldré fuera y hablaré con él.

—No... no se lo contará, ¿verdad?

—¡Vamos, vamos! ¡Nada de historias terribles! No se preocupe, pequeña. Supongo que si puedo enfrentarme con mi madre, puedo amoldarme al pastor Blencarn.

Anthony se puso en pie y, acercándose a ella, observó su rostro.

—Las rosas tienen que volver a sus mejillas —exclamó, con una carcajada—, no puedo llevar un fantasma a la iglesia.

Ella sonrió temblorosa y él prosiguió, colocando cariñosamente una mano en su hombro:

—Sólo estaba bromeando. Con rosas o sin ellas, será la novia más bonita de todo

Cumberland. Nos encontraremos mañana en el camino de Hullam, después de la iglesia —añadió dirigiéndose a la puerta.

Cuando se hubo marchado, la joven corrió sigilosamente a la puerta trasera. La figura de Anthony ya estaba subiendo la ladera cenicienta. No tardó en divisar a su tío, más arriba, saliendo del cercado. Rosa se apresuró a cruzar el gallinero y, trepando a una cuba, se quedó observando las dos siluetas que se acercaban en la cima: Anthony caminando enérgicamente, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos; su tío, con el sombrero sobre la nariz, cojeando y apoyándose muy erguido en sus dos bastones. Los dos hombres se encontraron; vio cómo Anthony daba el brazo al anciano, y ambos se alejaban en dirección a los páramos.

La joven entró de nuevo en la casa. El perro de Anthony se acercó a ella, andando cabizbajo por el pasillo. Rosa cogió la cabeza del animal, y se inclinó sobre él para acariciarlo, empujada por un arrebato de cariño casi histérico.

VII

Los dos hombres regresaban hacia la rectoría. Se detuvieron en la entrada del cercado, y el anciano dijo:

—No podría haber deseado un hombre mejor para ella, Anthony. Quizá el Señor me lleve pronto a su lado. Cuando me haya ido, Rosa heredará todos mis bienes. Era la única hija de mi pobre hermano Isaac. Cuando murió su esposa, el pobre se echó a perder y, hasta que llegó a esta casa, la pequeña vivió casi siempre entre extraños. Ha tenido una infancia muy desgraciada... una infancia muy desgraciada. Tú cuidarás de ella, ¿no es así, Anthony?... La verdad es que no podría haber deseado un hombre mejor para ella, ¡estrechémonos la mano!

—Muchas gracias, señor Blencarn, muchas gracias —respondió Anthony con voz ronca, cogiendo la mano del anciano.

E inició el descenso a la granja.

Su corazón estaba lleno de un intenso y extraño júbilo. Sentía, cada vez más henchido de orgullo, que Dios le había confiado esa gran responsabilidad... cuidar de ella; darle, multiplicado por diez, todo el cariño que jamás había conocido en su niñez. Y, junto con su inquebrantable confianza en sí mismo, le invadía un profundo sentimiento de compasión por ella... una tierna compasión que, mitigándose con su amor, hacía que, al recordar tristemente su infancia solitaria, la joven le pareciera

mucho más hermosa, mucho más querida. Imaginaba tímidamente, casi con incredulidad, su vida conyugal... en invierno, su regreso a casa al anochecer y ella esperándole con una sonrisa alegre y confiada; las veladas juntos, sentados felices y en silencio junto a la chimenea; y en verano, al llegar el mediodía, en los campos de heno, viéndola atravesar las tierras altas con su almuerzo, llevando quizá un sombrero de ala ancha atado con una cinta roja bajo la barbilla.

Ella no había sido educada para convertirse en la mujer de un granjero; y no era más que una niña, como había dicho el anciano pastor. No tendría que trabajar como las esposas de otros hombres; se vestiría como una dama y los domingos, en la iglesia, llevaría hermosos sombreros y seguiría siendo, como hasta ahora, la belleza del vecindario.

Entretanto, él trabajaría en la granja como nunca lo había hecho, aprovechando todas las oportunidades, negociando con astucia, evitando gastar en él, ahorrando cada penique para darle a ella todos los caprichos... Y, mientras atravesaba el pueblo con sus grandes zancadas, parecía vislumbrar una mejoría en las perspectivas generales, una disminución de la fiebre especuladora en el comercio de las ovejas, el fin de aquel insensato exceso de oferta que saturaba, año tras año, los grandes mercados de invierno en todo el norte, un descenso de la competencia extranjera seguido de una firme reactivación del precio del ganado de engorde... un período de prosperidad futura para el granjero, por fin... Y los años venideros parecían abrirse ante él, y extenderse como una llanura resplandeciente y lejana por la que los dos, cogidos de la mano, estaban llamados a viajar juntos...

Y entonces, de repente, cuando sus pesadas botas resonaron sobre el empedrado del patio, recordó con brutal determinación a su madre, y la tormentosa lucha que le aguardaba.

Esperó hasta que terminaron de cenar y su madre fue a sentarse junto al fuego, en su rincón habitual. Durante algunos minutos, estuvo pensando el mejor modo de darle la noticia. De pronto la miró: la labor de punto yacía en su regazo, y estaba muy encorvada en la silla, dando cabezadas. Con la luz parpadeante de los leños, parecía exhausta y derrotada; y él sintió una punzada de incómodo remordimiento. Entonces se acordó de la expresión lastimera y atormentada de los ojos de la muchacha, y de las palabras del anciano cuando se habían despedido en la puerta del cercado, y exclamó:

—Después de todo, tendré que casarme con Rosa Blencarn.

Su madre se sobresaltó y, cerrando momentáneamente los ojos, dijo:

—Estaba descabezando un sueño. ¿Qué has dicho, Tony?

Él vaciló unos instantes, frunciendo la frente hasta formar unos pliegues gruesos y acentuados y jugueteando ruidosamente con su taza de té.

—Después de todo, tendré que casarme con Rosa Blencarn.

La anciana se puso en pie con dificultad y, alejándose del fuego, se dirigió hacia él.

—Tal vez no te haya oído bien, Tony.

Habló muy deprisa y, aunque estaba bastante cerca de su hijo, agarrando con una mano el respaldo de su silla para no perder el equilibrio, su voz sonaba apagada, casi remota.

—Levanta los ojos. Mírame —le ordenó con furia.

Él obedeció malhumorado.

—Vamos, continúa. ¿Qué pretendes decir, Tony?

—Lo que he dicho —repuso obstinadamente, apartando su mirada.

—¿Qué significa eso de que *tienes* que casarte con ella?

—Ya se lo he dicho, madre —repitió en voz baja.

—¿Quieres decir que has dejado a esa muchacha en situación comprometida?

Él no respondió; se quedó contemplando estúpidamente el suelo.

—Mírame y contesta —le exigió la anciana, agarrando su hombro y zarandeándole.

Anthony levantó el rostro lentamente y encontró su mirada.

—Sí, eso es lo que ocurre —replicó.

—No puede ser cierto. ¡No es más que una desvergonzada treta! —gritó ella.

—Claro que es cierto —exclamó él con parsimonia.

—¿Serías capaz de jurarlo? —preguntó, triunfalmente.

Anthony hizo una pequeña pausa, y luego dijo imperturbable:

—Sí, lo juraré ahora mismo. Coja el Libro Sagrado, madre.

Ella levantó la vieja y pesada Biblia de la repisa de la chimenea y la dejó en la mesa, delante de él. Anthony colocó su vigoroso puño sobre ella.

—Repite —continuó la anciana con un incontenible temblor—, le juro, madre, que he dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, y que el Señor me ayude.

—Le juro, madre, que he dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, y que el Señor me ayude —repitió tras ella.

—Besa el Libro Sagrado —le ordenó la anciana.

Él se llevó la Biblia a los labios. Cuando volvió a dejarla en la mesa, exclamó con una carcajada:

—¿Está satisfecha ahora?

Ella regresó al rincón de la chimenea sin decir una palabra. Los leños del hogar silbaban y crepitaban. En el exterior, el viento arreciaba en medio de la oscuridad, ululando entre los abetos y por delante de las ventanas.

Al cabo de bastante tiempo, él pareció salir de su ensimismamiento y, sacando tranquilamente su pipa del bolsillo, empezó a deshacer muy despacio, en la palma de la mano, unas hebras de tabaco negro.

—La boda será el domingo —dijo sin rodeos.

Ella no respondió.

Anthony la miró.

Tenía apretadas las comisuras de los labios, y una expresión rígida y extraña en el rostro. Le recordó a una estatua de piedra.

—No se encuentra mal, ¿verdad, madre? —preguntó.

Ella movió gravemente la cabeza; luego, cojeando por la estancia, empezó a decir con voz chillona y destemplada:

—Hablaste un día de arrendar una granja en Scarsdale, pero será mejor que sigas aquí. No te estorbaré. Puedes quedarte con el dormitorio grande que da a la fachada, y yo me trasladaré al de tu tío Jake. Ya sabes que esa muchacha nunca me gustó, pero la trataré bien, aunque se me revuelva la sangre. Será bienvenida en esta casa, y no le faltará mi apoyo; tal vez acabe encontrando algo bueno en ella. Pero de ahora en adelante, Tony, no serás hijo mío. Has cometido una indignidad, me has tendido una trampa... sí, una trampa, ésa es la palabra. Has llenado de vergüenza y amargura a tu madre, una pobre anciana. Has hecho que tu mera presencia sea despreciable para mí. Puedes quedarte aquí, pero no tocarás jamás un penique de mi dinero; se lo dejaré todo a tu hijo, o a los hijos de tu hijo. Sí —prosiguió, elevando la voz—, sí, al final te has salido con la tuya, y quizá te creas muy listo. Pero llegará el día en que te arrepientas de esto, cuando tu arrepentimiento no sea más que polvo y cenizas. El Señor te castigará, Tony, te castigará como te mereces. Aprenderás que, cuando un matrimonio empieza en pecado, sólo puede terminar del mismo modo. Sí —exclamó al llegar a la puerta, levantando proféticamente su esquelética mano—, sí, cuando yo haya muerto, recordarás las palabras del apóstol: «Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán»^[2].

Y salió de la estancia dando un portazo.

La hija del tratante de caballos

D.H. Lawrence

—Y tú, Mabel, ¿qué piensas hacer? —preguntó Joe, con ligereza.

Él se sentía completamente a salvo. Sin preocuparse por su respuesta, se dio la vuelta, empujó una brizna de tabaco hacia la punta de la lengua y la escupió. Como él se sentía a salvo, lo demás carecía de importancia.

Los tres hermanos y la hermana rodeaban la mesa de desayuno vacía, intentando celebrar una absurda reunión. El correo de la mañana había asestado el golpe final a las vicisitudes familiares y todo había terminado. Incluso el triste comedor, con sus pesados muebles de caoba, parecía esperar que acabaran con él.

Pero la reunión no conducía a nada. Un extraño aire de ineficacia flotaba alrededor de los tres hombres mientras se repantigaban en las sillas, fumando y meditando vagamente sobre su situación. La muchacha estaba sola, una joven más bien menuda y de aspecto taciturno, de veintisiete años. No tenía nada que ver con sus hermanos. Habría resultado hermosa si no hubiera sido por la inexpresividad de su rostro, «el de un *bull-dog*», decían ellos.

Se oyó un estruendo de cascos de caballo en el exterior. Los tres hombres se dieron la vuelta con desgana para mirar. Más allá de los oscuros arbustos de acebo que separaban la franja de hierba de la carretera, divisaron una recua de caballos de tiro que sacaban de su recinto para hacer ejercicio. Aquella sería la última vez. Eran los últimos caballos que pasarían por sus manos. Los jóvenes les dirigieron una mirada muy dura de reprobación. Estaban asustados ante el desmoronamiento de sus vidas, y el sentimiento de desastre que les invadía no les dejaba la menor libertad interior.

Sin embargo, se trataba de tres individuos fuertes y bien parecidos. Joe, el mayor, era un hombre de treinta y tres años, corpulento y atractivo, de tez rubicunda. Tenía el rostro muy colorado, se retorció el bigote negro con uno de sus gruesos dedos, y su mirada era inquieta y poco profunda. Mostraba su dentadura de un modo muy sensual al reírse, y no parecía nada inteligente. En aquel momento contemplaba los caballos con una expresión vidriosa de impotencia en los ojos, con cierto estupor ante la ruina.

Los enormes caballos de tiro pasaron a gran velocidad. Cuatro de ellos, con las cabezas atadas a las colas, avanzaron con dificultad hacia un sendero que salía de la carretera, pisoteando desdeñosos el fino y oscuro barro con sus grandes pezuñas, balanceando suntuosamente sus anchas grupas, y trotando un pequeño trecho mientras eran conducidos al camino, a la vuelta de la esquina. Cada uno de sus movimientos reflejaba una fuerza hercúlea y aletargada, y una estupidez que los

mantenía sometidos. El cuidador, en cabeza, miraba atrás y tensaba la cuerda que los unía. Y la recua desapareció de la vista subiendo por el sendero; la cola del último caballo, tensa y erguida, se alzaba por encima de su ancha y cadenciosa grupa mientras los animales avanzaban como en un sueño por detrás del seto.

Joe los contempló con ojos vidriosos y desesperanzados. Los caballos eran casi tan importantes para él como su propio ser. Tenía la impresión de que todo había acabado. Afortunadamente, estaba prometido a una mujer de su edad, y el padre de ella, administrador de una propiedad vecina, le conseguiría trabajo. Contraería matrimonio y llevaría un arnés. Su vida había terminado, a partir de ahora sería un animal doblegado.

Se volvió inquieto, con las pisadas de los caballos que se alejaban resonando en sus oídos. Luego, con una agitación absurda, cogió las sobras de tocino que había en los platos y, con un silbido apenas perceptible, se las arrojó al terrier que dormía junto a la pantalla de la chimenea. Observó cómo las engullía y esperó a que le mirara. Entonces esbozó una débil sonrisa y, con voz aguda y algo estúpida, exclamó:

—No comerás mucho más tocino, ¿verdad?

El perro movió tristemente la cola y, doblando las patas traseras, dio unas cuantas vueltas antes de tumbarse de nuevo.

Reinó otro silencio estéril en la mesa. Joe se arrellanó en su asiento, sin querer marcharse hasta que el cónclave familiar se disolviera. Fred Henry, el segundo de los hermanos, se sentaba muy erguido, con sus largas piernas y su aire despierto. Había contemplado el paso de los equinos con más sangre fría. Aunque fuera un animal como Joe, seguía manteniendo la calma, nadie se la había arrebatado. Era el amo de cualquier caballo, y su actitud era de condescendiente autoridad. Pero no tenía poder sobre las situaciones de la vida. Empujó hacia arriba su grueso bigote castaño, lejos de su labio, y miró con irritación a su hermana, que continuaba impasible, inescrutable.

—Irás a vivir con Lucy algún tiempo, ¿no es así? —inquirió.

La muchacha no respondió.

—No sé qué otra cosa puedes hacer —prosiguió Fred Henry.

—Colocarte de criada —interrumpió Joe, lacónicamente.

La joven no movió ni un músculo.

—Si yo fuera ella, estudiaría para ser enfermera —dijo Malcolm, el más pequeño de todos. Era el benjamín de la familia, un muchacho de veintidós años, de rostro lozano y alegre.

Pero Mabel no le prestó la menor atención. Llevaban tantos años hablando de ella a su alrededor que apenas les oía.

El reloj de mármol de la repisa de la chimenea señaló la media hora, el perro se levantó inquieto de la alfombrilla que había junto al fuego y miró al grupo que rodeaba la mesa del desayuno. Pero siguieron celebrando aquel inútil cónclave.

—Bueno —exclamó de pronto Joe, sin motivo—. Tengo que marcharme.

Empujó la silla hacia atrás, separó bruscamente las rodillas para dejarlas libres, como si montara a caballo, y se acercó a la chimenea. Pero no salió de la habitación; le intrigaba saber qué harían o dirían sus hermanos. Empezó a cargar su pipa, mientras observaba al perro y le decía:

—¿Vienes conmigo? Conque vienes conmigo, ¿eh? Tal como están las cosas, eso es pedirme demasiado, ¿sabes?

El animal movió débilmente la cola, y el hombre estiró la mandíbula, cubrió su pipa con las manos y empezó a dar fuertes chupadas, abandonándose al tabaco y contemplando al perro con mirada ausente. Éste fijó sus ojos en él con tristeza y desconfianza. Joe seguía en pie con las rodillas hacia fuera, como si montara a caballo.

—¿Has recibido alguna carta de Lucy? —preguntó Fred Henry a su hermana.

—La semana pasada —contestó la joven, sin inmutarse.

—Y ¿qué decía?

No hubo respuesta.

—¿Te pedía que fueras a vivir una temporada con ella? —continuó Fred Henry.

—Decía que puedo ir cuando quiera.

—Entonces será mejor que lo hagas. Dile que irás el lunes.

Mabel recibió estas palabras en silencio.

—Lo harás, ¿verdad? —insistió Fred Henry, con cierta exasperación.

Pero ella no dijo nada. El silencio que reinaba en el cuarto era de impotencia e irritación. Malcolm sonrió neciamente.

—Tendrás que decidirlo antes del próximo miércoles —señaló Joe en voz alta—, o te encontrarás viviendo en el bordillo de una acera.

El rostro de la joven se oscureció, pero continuó impasible.

—Ahí está Jack Fergusson —exclamó Malcolm, que miraba sin propósito claro por la ventana.

—¿Dónde? —dijo Joe, alzando la voz.

—Acaba de pasar.

—¿Viene a casa?

Malcolm estiró el cuello para ver la verja de entrada.

—Sí —replicó.

Hubo un silencio. Mabel seguía sentada en la cabecera de la mesa, como si hubiera cometido algún delito. Entonces se oyó un silbido en la cocina. El perro se levantó y ladró con estridencia. Joe abrió la puerta y gritó:

—¡Pasa!

Al cabo de un momento, entró un joven. Iba envuelto en un sobretodo y en una bufanda morada de lana, y se había calado una gorra de tweed, que no se quitó. Era de estatura media, su rostro era más bien pálido y delgado, sus ojos parecían cansados.

—¡Hola, Jack! ¿Qué tal, Jack? —exclamaron Malcolm y Joe. Fred Henry se

limitó a decir: «¡Jack!».

—¿Cómo va todo? —preguntó el recién llegado, dirigiéndose claramente a Fred Henry.

—Igual. Tenemos que marcharnos el miércoles. ¿Has cogido un resfriado?

—Sí... y además bien fuerte.

—¿Por qué no te quedas en casa?

—¡Quedarme en casa yo! Cuando no me tenga en pie, quizá tenga esa suerte —contestó el joven con voz ronca y un ligero acento escocés.

—¡Vaya desastre! —exclamó Joe con regocijo—. Un médico visitando a sus pacientes con ese catarro. No parece lo mejor para ellos, ¿verdad?

El joven médico dirigió lentamente su mirada hacia él.

—¿Acaso te ocurre algo? —le preguntó con sarcasmo.

—No, que yo sepa. ¡Maldita sea! Espero que no, ¿por qué lo dices?

—Estás tan preocupado por los pacientes que pienso si tú serías uno de ellos.

—¡Maldita sea, no! Jamás he sido el paciente de ningún condenado médico, y espero no serlo nunca —respondió Joe.

En ese momento, Mabel se levantó de la mesa y todos parecieron darse cuenta de su presencia. Empezó a apilar los platos. El joven médico la miró, pero no le dijo nada. No la había saludado. Ella salió de la habitación con la bandeja, con el rostro impasible, imperturbable.

—Entonces, ¿cuándo os marcháis? —quiso saber el médico.

—Yo cojo el tren de las once cuarenta —repuso Malcolm—. ¿Vas a bajar con el carruaje, Joe?

—Sí, te lo había dicho, ¿no?

—Pues será mejor que subamos a Mabel en él. Si no te veo antes de irme, adiós, Jack —exclamó Malcolm, estrechándole la mano.

Y abandonó la casa seguido de Joe, que parecía andar con el rabo entre las piernas.

—¡Parece obra del diablo! —dijo el médico, cuando se quedó a solas con Fred Henry—. Entonces, ¿te marchas antes del miércoles?

—Ésas son las órdenes —contestó su interlocutor.

—¿Dónde? ¿A Southampton?

—En efecto.

—¡Diantre! —exclamó Fergusson, apesadumbrado.

Los dos guardaron silencio.

—Y ¿tenéis todos a dónde ir? —inquirió el joven médico.

—Más o menos.

Se produjo otra pausa.

—Te echaré de menos, Freddy, muchacho —aseguró Fergusson.

—Y yo a ti, Jack —respondió su amigo.

«Te echaré terriblemente de menos», pensó el médico.

Fred Henry se dio la vuelta. No había nada que decir. Mabel entró de nuevo para terminar de recoger la mesa.

—¿Qué va a hacer entonces, señorita Pervin? —preguntó Fergusson—. ¿Irá a casa de su hermana?

Mabel le miró con aquellos ojos graves e inquietantes que siempre le hacían sentirse incómodo, turbando su aparente desenvoltura.

—No —replicó.

—En nombre de Dios, ¿qué vas a hacer? Dinos qué piensas hacer —gritó Fred Henry, inútilmente.

Pero ella se limitó a apartar la cabeza, y continuó con su trabajo. Dobló el mantel blanco y cubrió la mesa con el de felpilla.

—¡La zorra con peor carácter que ha existido jamás! —rezongó su hermano.

Pero ella terminó sus tareas con el rostro completamente impasible, mientras el joven médico la observaba con interés. Luego salió de la casa.

Fred Henry la siguió con la mirada, apretando los labios mientras sus ojos azules reflejaban un fuerte antagonismo; hizo una mueca de amarga desesperación.

—Aunque la despellejaras viva, no le sacarías nada más —exclamó, en tono resentido.

El médico sonrió débilmente.

—¿Qué piensa hacer entonces? —preguntó.

—¡Que me aspen si lo sé! —contestó Fred Henry.

Siguieron unos instantes de silencio. Luego el doctor se puso en marcha.

—Nos vemos esta noche, ¿verdad? —dijo a su amigo.

—Sí... ¿dónde quedamos? ¿Vamos a Jessdale?

—No sé. Estoy tan resfriado. En cualquier caso, me acercaré a La Luna y las Estrellas.

—Que Lizzie y May nos echen de menos por una vez, ¿eh?

—De acuerdo... si no me encuentro tan mal como ahora.

—Es lo mismo.

Los dos jóvenes cruzaron juntos el pasillo y llegaron a la puerta trasera. La casa era muy grande, pero habían despedido a los criados y ahora estaba desierta. En la parte de atrás había un pequeño patio de ladrillo y fuera de él una enorme explanada, cubierta de una grava roja y fina, con caballerizas a ambos lados. Más allá se extendían los oscuros campos invernales, fríos y húmedos, en declive.

Pero las caballerizas se hallaban vacías. Joseph Pervin, el padre, había sido un hombre sin educación que había llegado a ser un conocido tratante de caballos. Los establos habían estado repletos de animales, y había reinado un continuo alboroto y un ir y venir de caballos, tratantes y mozos de cuadra. En aquella época la cocina estaba llena de criados. Pero en los últimos años el negocio había declinado. El anciano se había casado por segunda vez para recuperar su fortuna. Ahora estaba muerto y todo se había venido abajo; lo único que quedaba eran deudas y amenazas.

Durante meses, Mabel se había ocupado ella sola de la enorme casa, manteniendo el hogar en medio de la penuria para sus inútiles hermanos. Había llevado la casa durante diez años. Pero antes lo había hecho sin escatimar gastos. En aquella época, a pesar de su entorno brutal y grosero, la experiencia de tener dinero le había hecho sentirse orgullosa, segura de sí misma. Los hombres podían ser malhablados, las mujeres de la cocina podían tener mala reputación, sus hermanos podían tener hijos ilegítimos. Pero, mientras hubiera dinero, ella se sentiría tranquila, y salvajemente arrogante y reservada.

Los únicos visitantes que llegaban a la casa eran tratantes de caballos y otros hombres sin educación. Mabel no se relacionaba con nadie de su propio sexo desde la marcha de su hermana. Pero no le importaba. Iba a la iglesia con regularidad, se ocupaba de su padre. Y llevaba en el pensamiento a su querida madre, que había fallecido cuando ella tenía catorce años. También había amado a su padre, de un modo muy diferente, confiando en él y sintiéndose segura bajo su protección, hasta que a los cincuenta y cuatro años había vuelto a casarse. Y entonces se puso en su contra. Ahora él había muerto y los había dejado llenos de deudas.

La joven había sufrido terriblemente durante el período de pobreza. Nada podía, sin embargo, debilitar el extraño y arisco orgullo animal que sentían todos los miembros de la familia. Para Mabel, todo había terminado. Pero ella no cambiaría. Seguiría su propio camino como hasta ahora. Siempre tendría la clave de su propia condición. Como un autómatas, tenazmente, había soportado el día a día. ¿Por qué tenía que pensar? ¿Por qué tenía que contestar a los demás? Ya era bastante que hubiera llegado el final y no tuvieran salida. No quería volver a recorrer lúgubramente la calle principal del pequeño pueblo, eludiendo las miradas de todos. No quería volver a rebajarse, entrando en las tiendas y comprando los alimentos más baratos. Eso había terminado. No pensaba en nadie, ni siquiera en sí misma. Como un autómatas, tenazmente, parecía sumida en una especie de éxtasis que la acercaba a su sublimación, a su propia glorificación, junto a su difunta madre glorificada.

Por la tarde cogió una bolsa, con unas tijeras de podar, una esponja y un pequeño cepillo de fregar, y salió de la casa. Era un día gris de invierno; reinaba la tristeza en aquellos campos de color verde oscuro y el aire se veía ennegrecido por el humo de las fundiciones cercanas. Mabel avanzó rápida y sombríamente por la calzada, sin prestar atención a nadie, y cruzó el pueblo en dirección al cementerio.

Allí se sentía siempre segura, como si nadie pudiera verla, aunque lo cierto es que estaba expuesta a las miradas de todos los que pasaban junto al muro del camposanto. Sin embargo, bajo la sombra de la enorme e imponente iglesia, entre las tumbas, se sentía inmune al mundo, tan protegida por los gruesos muros del cementerio como si hubiera entrado en otro país.

Cuidadosamente, recortó la hierba de la tumba y dispuso los pequeños crisantemos rosicler en la cruz de latón. Después cogió un jarro vacío de una tumba cercana, trajo agua y, con todo esmero, del modo más minucioso, limpió la lápida de

mármol y la albardilla con la esponja.

Hacer esto le proporcionó una gran satisfacción. Tuvo la sensación de entrar en contacto directo con el mundo de su madre. Realizó el trabajo a conciencia, paseó entre los árboles en un estado rayano en la más absoluta felicidad, como si aquella tarea le permitiera establecer una conexión íntima y sutil con su madre. Pues la vida que llevaba en este mundo era mucho menos real que el mundo de ultratumba que había heredado de su madre.

La casa del médico estaba justo al lado de la iglesia. Fergusson, contratado como mero ayudante, trabajaba sin descanso recorriendo los lugares más apartados. Mientras se dirigía presuroso a atender a los pacientes que había en la consulta, lanzó una mirada al camposanto y, con su perspicacia habitual, divisó a la joven limpiando la tumba. Parecía tan abstraída en sus pensamientos y tan distante que era como vislumbrar otro mundo. Algún elemento místico vibró en su interior. Aflojó el paso sin dejar de observarla, como si estuviera hechizado.

Mabel levantó la vista, consciente de que él la examinaba. Sus ojos se encontraron. Y los dos se apresuraron a mirarse de nuevo, sintiendo, de algún modo, que el otro les había descubierto. Fergusson se quitó la gorra y siguió bajando por el camino. En su conciencia, como una visión, quedó grabado el rostro de la joven, alzando la vista de la lápida del cementerio y mirándole con aquellos ojos serenos, inmensos y portentosos. Su semblante era portentoso. Parecía hipnotizarle. Sus ojos emanaban un tremendo poder que se adueñaba de todo su ser, como si hubiera bebido una poderosa droga. Antes se sentía débil y agotado; y ahora tuvo la impresión de revivir, de haberse liberado de sus preocupaciones diarias.

Terminó su trabajo en la consulta tan pronto como pudo, llenando apresuradamente de remedios baratos los frascos de los que esperaban. Luego, con las prisas de siempre, volvió a salir para hacer otra ronda de visitas antes de la hora del té. Siempre prefería andar, si podía, pero especialmente cuando no se encontraba bien. Imaginaba que el movimiento le ayudaba a restablecerse.

Empezaba a anochecer. Era una tarde sombría y gris de invierno, y hacía un frío húmedo y cortante que embotaba todos los sentidos. Pero ¿por qué había de pensar o de reparar en ello? Subió rápidamente la colina y cruzó los campos de color verde oscuro, siguiendo la pista de ceniza. A lo lejos, más allá de una suave hondonada, se apiñaba el pequeño pueblo como un montón de brasas, la torre, la aguja, el grupo de casas bajas, transidas, extintas. Y en el extremo más cercano, en la pendiente de la hondonada, estaba Oldmeadow, la morada de los Pervin. Podía ver con claridad las caballerizas y las edificaciones anexas, que se extendían en la ladera. ¡No volvería a ir allí con la misma frecuencia! Perdería otro sostén, otro lugar: la única compañía que le importaba en aquel feo y extraño pueblo. Sólo le quedaría trabajar como un esclavo, correr de una morada a otra sin descanso entre los mineros y los trabajadores de las fundiciones. Aquello le dejaba exhausto y, sin embargo, ¡sentía tantos deseos de ejercer! Le reconfortaba entrar en las casas de los obreros, era como penetrar en la

parte más íntima de su existencia. Su ánimo se sentía exaltado y satisfecho. Podía acercarse a las vidas de aquellos hombres y mujeres, rudos, con dificultades para expresarse, terriblemente emocionales. Protestaba, decía que odiaba aquel horrible agujero. Pero lo cierto es que le excitaba; el contacto con la gente tosca y de fuertes sentimientos servía de estímulo a sus nervios.

Debajo de Oldmeadow, en la verde y suave hondonada encharcada de agua, había un estanque cuadrado muy profundo. Errante en medio del paisaje, el joven médico divisó con sus ojos de lince una silueta vestida de negro entrando en el campo y dirigiéndose hacia el estanque. La miró de nuevo. Podía ser Mabel Pervin. Súbitamente, su entendimiento y sus sentidos se aguzaron.

¿Por qué bajaba allí? Fergusson se detuvo en el camino que había en la parte más alta de la ladera, y se quedó observando. En efecto, una pequeña silueta negra se movía entre las sombras del crepúsculo. Le pareció contemplarla en medio de aquella penumbra como si fuera un vidente, con su imaginación, no con sus ojos. Y, sin embargo, podía verla con suficiente claridad siempre que no dejara de observarla. Tenía la sensación de que si apartaba la mirada de ella, la perdería para siempre en aquel oscuro y desapacible atardecer.

Siguió atentamente los movimientos de la joven, firmes y decididos, como si algo la empujara y no tuviera voluntad propia, bajando en línea recta hacia el estanque. Al llegar, se quedó unos instantes en la orilla. No levantó en ningún momento la cabeza. Luego empezó a meterse poco a poco en el agua.

Fergusson continuó inmóvil mientras la pequeña silueta negra avanzaba lenta y deliberadamente hacia el centro del estanque, muy despacio, adentrándose cada vez más en las tranquilas aguas, y prosiguiendo su marcha cuando el nivel le llegó al pecho. Entonces la perdió de vista en medio de la penumbra del lúgubre atardecer.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Quién iba a imaginarlo?

Y bajó presuroso, corriendo por los campos encharcados, abriéndose camino entre los setos, hasta llegar a aquella fría hondonada, tenebrosa y cruel. Tardó algunos minutos en llegar al estanque. Se detuvo en la orilla, jadeando. No podía ver nada. Sus ojos parecían penetrar en las aguas muertas. Sí, quizá aquello fuera la oscura sombra de su vestido negro bajo el agua.

Entró lentamente en el estanque. Era muy profundo; sus pies se hundieron en el fondo de lodo, y un frío glacial abrazó con fuerza sus piernas. Mientras avanzaba, podía oler el fango gélido y putrefacto que estancaba aquellas aguas. Era lo menos apropiado para sus pulmones. No obstante, no hizo caso de su repugnancia y continuó adentrándose. El agua helada le llegó por encima de los muslos, de la cintura, del abdomen. La parte más baja de su cuerpo estaba sumergida en aquel siniestro y frío elemento. Y el fondo era tan viscoso e inestable que temía perder pie y hundirse. No sabía nadar y estaba asustado.

Se agachó un poco, extendiendo los brazos por debajo del agua y moviéndolos en círculo, intentando encontrarla. El gélido estanque se agitaba por encima de su pecho.

Se adentró algo más, y luego otro poco, con las manos sumergidas, y sintió cómo le cubría el agua. Y tocó el vestido de ella. Pero se le escapó de los dedos. Hizo un esfuerzo desesperado por asirlo.

Y en ese momento perdió el equilibrio y se hundió, de un modo horrible, sintiendo cómo se ahogaba en aquel agua fétida y cenagosa, luchando como un loco durante unos segundos. Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, consiguió hacer pie, sacó la cabeza y miró a uno y otro lado. Respiró con dificultad, y comprendió que estaba vivo. Luego contempló el agua. Ella flotaba en la superficie, muy cerca. Fergusson agarró su vestido y, acercándola a él, se dio la vuelta para regresar a la orilla.

Avanzó muy despacio, con sumo cuidado, absorto en su lento caminar. Fue subiendo y subiendo para salir del estanque. El agua ya sólo le cubría las piernas; y se sintió muy agradecido y aliviado por haber escapado de las garras del estanque. Cogió en brazos a la joven y llegó tambaleándose a la orilla, lejos del horror del oscuro y húmedo fango.

La depositó en la hierba. Se hallaba inconsciente y había tragado mucha agua. Logró que la expulsara por la boca, e hizo cuanto pudo por reanimarla. No tardó en oír cómo respiraba de nuevo. Y lo hacía de forma natural. Insistió un poco más. Sentía cómo ella volvía a la vida bajo sus manos; estaba recobrando el conocimiento. Se secó el rostro y, envolviendo a la muchacha en su abrigo, contempló el mundo gris oscuro que les rodeaba, la cogió en brazos y avanzó tambaleándose por la orilla y por los campos.

Le pareció un camino increíblemente largo, y su carga era tan pesada que creyó que no llegaría nunca a Oldmeadow. Pero, finalmente, se encontró junto a las caballerizas y poco después en el patio de la casa. Abrió la puerta y entró en la vivienda. Depositó a la joven en la cocina, sobre la alfombrilla de la chimenea, y llamó a sus hermanos. No había nadie. Pero el fuego ardía en el hogar.

Entonces se arrodilló de nuevo para atenderla. Respiraba con normalidad y tenía los ojos abiertos, como si se hubiera recobrado, pero había algo extraño en su mirada. Tenía conciencia de sí misma, pero no del mundo que la rodeaba.

Fergusson corrió escaleras arriba, cogió mantas de una cama y las puso delante del fuego para que se calentaran. Entonces le quitó el vestido empapado y con olor a fango, la secó con una toalla y la envolvió desnuda en las mantas. Después se dirigió al comedor en busca de alguna bebida alcohólica. Encontró un poco de whisky. Tomó un trago y le dio a beber unas gotas a la joven.

El efecto fue instantáneo. Ella le miró directamente a la cara, como si llevara un rato viéndolo, aunque acababa de percatarse de su presencia.

—¿Doctor Fergusson? —dijo.

—¿Sí? —respondió.

Él se estaba quitando la chaqueta, y se disponía a buscar algo de ropa seca en el piso de arriba. No podía soportar el hedor del agua estancada y cenagosa, y temía

horriblemente por su salud.

—¿Qué he hecho? —preguntó Mabel.

—Se ha metido en el estanque —contestó él.

Había empezado a temblar como si estuviera enfermo, y a duras penas podía ocuparse de ella. Los ojos de la joven seguían clavados en él, y Fergusson sintió cómo su mente se nublaba mientras le devolvía impotente la mirada. Sus temblores disminuyeron, y pareció recobrar su fuerza vital, oscura y extraña, pero nuevamente poderosa.

—¿He perdido el juicio? —inquirió la muchacha, sin dejar de mirarlo.

—Quizá, por un momento —replicó.

Estaba tranquilo, pues había recuperado el vigor; su extraño y febril nerviosismo había desaparecido.

—Y ahora, ¿sigo desvariando? —preguntó Mabel.

—¿Que si sigue? —reflexionó un instante—. No —repuso de corazón—, estoy convencido de que no.

El joven volvió la cabeza. Estaba asustado, pues se sentía aturdido, y percibía vagamente que, en aquellos instantes, el poder de Mabel era superior al suyo. Y, mientras tanto, ella continuaba mirándolo fijamente.

—¿Dónde puedo encontrar ropa seca para cambiarme? —dijo él.

—¿Se tiró al estanque por mí? —quiso saber ella.

—No —respondió—. Entré poco a poco. Pero también acabé sumergido en él.

Reinó un momento de silencio. Él vaciló. Estaba ansioso por subir al piso de arriba y ponerse ropa seca. Pero otro deseo latía en su interior. Y la muchacha parecía retenerlo. Era como si su voluntad le hubiera abandonado y estuviera indefenso ante ella. Pero había entrado en calor. Ya no temblaba, aunque su ropa seguía empapada.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Mabel.

—Porque no quería que hiciera esa estupidez —exclamó el joven.

—No era ninguna estupidez —dijo ella, con la mirada aún fija en él, tendida en el suelo y con un cojín del sofá bajo la cabeza—. Era lo más razonable. En ese momento, sabía muy bien lo que me convenía.

—Iré a cambiarme de ropa —señaló Fergusson.

Pero era incapaz de alejarse de su presencia hasta que ella se lo pidiera. Era como si Mabel tuviera en sus manos la vida que ardía en su interior, y él no pudiera arrancársela. O tal vez no quería hacerlo.

Inesperadamente, ella se sentó. Entonces se dio cuenta de su estado. Sintió las mantas que la envolvían, tuvo conciencia de sus brazos y de sus piernas. Por unos instantes, creyó enloquecer. Miró a uno y otro lado, con desesperación, como si buscara algo. Fergusson se quedó quieto, asustado. La joven vio su ropa tirada en el suelo.

—¿Quién me ha desnudado? —preguntó, mirándole directa e inevitablemente al rostro.

—Yo —respondió él—, para que volviera en sí.

Durante unos segundos, ella le contempló con desbordante intensidad, con los labios entreabiertos.

—Entonces, ¿me ama? —dijo.

El joven se limitó a clavar sus ojos en ella, fascinado. Su alma pareció fundirse.

Mabel llegó de rodillas hasta él, que seguía en pie, y le abrazó; rodeó sus piernas, apretando los pechos contra sus rodillas y sus muslos, aferrándose a él con una extraña y convulsiva confianza, estrechando sus muslos contra ella, acercándolo a su rostro, a su garganta, mientras le miraba con ojos humildes y apasionados, transfigurada, victoriosa, por primera vez dueña y señora.

—Me amas —susurró, en un singular estado de exaltación, anhelante, triunfal y confiada—. Me amas. Sé que me amas, lo sé.

Y empezó a besarle apasionadamente las rodillas, a pesar de su ropa mojada... y a besarle apasionada e indistintamente las rodillas y las piernas, como si no fuera consciente de nada.

El joven bajó la cabeza y miró los cabellos húmedos y enredados, los hombros salvajes, desnudos e irracionales. Estaba sorprendido, confuso y asustado. Jamás se le había pasado por la imaginación enamorarse de ella. Jamás había querido enamorarse de ella. Cuando la salvó y la ayudó a revivir, él era un médico y ella una paciente. Nunca había pensado en Mabel. Más aún, aquella intromisión del elemento personal era muy desagradable para él, una violación de su honor profesional. Era terrible tenerla allí abrazando sus rodillas. Era terrible. Se rebelaba contra ello, violentamente. Y, sin embargo... y, sin embargo... era incapaz de separarse de la joven.

Ella le miró de nuevo, con la misma súplica de amor ilimitado y el mismo brillo aterrador y trascendente de triunfo. Al contemplar la llama delicada que parecía salir como una luz de su rostro, él se sintió indefenso. Y, sin embargo, nunca había querido amarla. Nunca había tenido esa intención. Y una cierta obstinación le impedía rendirse.

—Me amas —repetía, en un murmullo de profunda y extática certeza—. Me amas.

Las manos de Mabel le acercaban más y más a ella. Se sentía inquieto, incluso un poco horrorizado. Pues lo cierto es que no había querido amarla. Y, sin embargo, las manos de la joven le acercaban a ella. Se apresuró a extender el brazo para no perder el equilibrio, y agarró su hombro desnudo. Una llama pareció abrasar la mano que agarró su suave hombro. No tenía intención de amarla: toda su voluntad se resistía a hacerlo. Era terrible. Y, sin embargo, qué maravilloso era el tacto de sus hombros, que hermoso el resplandor de su rostro. Es posible que la muchacha hubiera perdido el juicio. Le aterraba someterse a ella. Y, sin embargo, algo también le dolía en su interior.

Se había quedado observándola desde la puerta, a cierta distancia. Pero su mano

seguía en el hombro de la joven. Ella se había callado de repente. Fergusson la miró. Y la expresión de Mabel reflejaba el miedo, la duda; y la luz de su rostro fue extinguiéndose para dar paso de nuevo a una oscura sombra. El joven no pudo soportar siquiera el roce de la pregunta que leyó en sus ojos, ni la lúgubre mirada escondida tras ella.

Con un gemido interno, claudicó y dejó que su corazón se rindiera ante ella. Una sonrisa dulce y repentina iluminó el rostro del joven. Y los ojos de Mabel, que no se habían apartado nunca de su cara, se llenaron lentamente, muy lentamente de lágrimas. Él contempló aquel agua extraña que brotaba de sus ojos como si fuera un manantial. Y su corazón pareció arder y consumirse dentro de su pecho.

No pudo soportar seguir mirándola. Cayó de rodillas, cogió la cabeza de la joven y estrechó su cara contra su garganta. Ella guardaba silencio. El corazón de Fergusson, que parecía haberse roto, ardía en una especie de agonía dentro de su pecho. Y sintió cómo las lágrimas pausadas y ardientes de Mabel mojaban su garganta. Pero fue incapaz de moverse.

Sintió cómo las lágrimas ardientes descendían por su cuello y continuó inmóvil, suspendido en una de las eternidades de los hombres. Sólo ahora se había vuelto imprescindible para él tener el rostro de ella junto al suyo; jamás permitiría que se alejase nuevamente de su lado. Jamás permitiría que escapara de su abrazo. Quería seguir así para siempre, con el corazón dolorido y, al mismo tiempo, rebosante de vida. Sin darse cuenta, miró su pelo suave, húmedo y castaño.

Entonces, súbitamente, llegó hasta él el horrible hedor de aquellas aguas estancadas. Y, en ese instante, ella se apartó y levantó sus ojos melancólicos e insondables. Fergusson tuvo miedo de ellos, y empezó a besarla, sin saber lo que hacía. No quería que sus ojos tuvieran aquella expresión terrible, melancólica e insondable.

Cuando Mabel volvió el semblante hacia él, un delicado rubor encendía sus mejillas; y el joven vio renacer aquel asombroso brillo de alegría en sus ojos que, en realidad, le aterrorizaba, pero que ahora deseaba ver, pues temía mucho más leer la duda en su mirada.

—¿Me amas? —preguntó ella, con voz entrecortada.

—Sí.

Le resultó doloroso decir esa palabra. No porque fuese mentira. Pero llevaba tan poco tiempo siendo cierta que el hecho de pronunciarla pareció romper de nuevo su corazón destrozado. Y ni siquiera ahora quería que fuera verdad.

La muchacha levantó el rostro hacia él, que se agachó para besarla en los labios, dulcemente, con uno de esos besos que esconden una promesa eterna. Y mientras la besaba, se le encogió nuevamente el corazón. Nunca había tenido la intención de amarla. Pero ahora todo había terminado. Había cruzado el abismo que le separaba de ella, y lo que dejaba atrás se había marchitado y estaba vacío.

Después del beso, los ojos de Mabel volvieron a llenarse de lágrimas. Se sentó en

silencio, lejos de él, con el semblante vuelto hacia un lado y las manos juntas en su regazo. Las lágrimas se deslizaban muy lentamente por sus mejillas. Reinaba un profundo silencio. El joven tampoco hablaba ni se movía, sentado en la alfombrilla de la chimenea. El extraño dolor de su corazón herido parecía consumirlo. ¿Cómo podía amarla? ¿Y eso era amor? ¡Mira que dejarse destrozar la vida de ese modo! ¡Él, un médico! ¡Sería el hazmerreír de todos si se enteraban! Le atormentó la idea de que los demás pudieran enterarse.

En medio del dolor descarnado de sus emociones, la miró nuevamente. Seguía allí sentada, absorta en sus pensamientos. Fergusson vislumbró una lágrima y su corazón se inflamó. Entonces se dio cuenta de que uno de sus hombros estaba completamente destapado, un brazo desnudo, y de que podía ver uno de sus pequeños pechos; levemente, pues el cuarto estaba casi en la penumbra.

—¿Por qué lloras? —inquirió Fergusson, con una voz extraña.

Ella le miró; y, tras sus lágrimas, la conciencia de su situación llenó sus ojos de oscura vergüenza.

—No lloro, de verdad —repuso la joven, observándole con cierto temor.

Él alargó la mano, y cogió suavemente su brazo desnudo.

—¡Te amo! ¡Te amo! —exclamó, con una voz dulce y trémula que no parecía la suya.

Mabel se estremeció y bajó la cabeza. La ternura e intensidad con que él le agarraba el brazo la turbaban. Levantó su mirada.

—Quiero subir —dijo—. Quiero subir a cogerte algo de ropa seca.

—¿Por qué? —preguntó el joven—. Estoy bien.

—Pero yo quiero subir —insistió—. Y quiero que te cambies.

Fergusson soltó su brazo y ella se envolvió en la manta, contemplándole asustada. Pero siguió inmóvil.

—Bésame —le pidió anhelante.

El joven la besó, pero brevemente, algo enojado.

Tras unos segundos, ella se levantó inquieta, cubriéndose con la manta. Fergusson observó su confusión mientras intentaba andar sin que ésta se cayera. La observó implacable, y ella lo sabía. Y mientras avanzaba, con la manta a rastras, él alcanzó a entrever sus pies, y su blanca pierna, e intentó recordar cómo era cuando él la había tapado. Pero luego rechazó esa idea, pues entonces ella no significaba nada para él, y todo su ser se negaba a evocar la imagen de Mabel cuando aún no significaba nada.

Un ruido sordo dentro de la casa le sobresaltó. Entonces oyó su voz:

—Aquí tienes la ropa.

Fergusson se levantó y fue al pie de la escalera, donde recogió las prendas de vestir que ella le había tirado. Luego volvió junto a la chimenea para secarse y ponerse la ropa. Sonrió al ver su aspecto cuando hubo terminado.

El fuego se estaba apagando, de modo que puso un leño. La casa estaba a oscuras, y sólo se veía la luz de una farola que brillaba débilmente detrás de los acebos.

Encendió el gas con las cerillas que encontró en la repisa de la chimenea. Después vació sus bolsillos y amontonó todas sus cosas en un rincón de la antecocina. Luego recogió la ropa empapada de Mabel, con sumo cuidado, y la dejó en otro montón sobre la encimera de cobre.

El reloj de la pared marcaba las seis en punto. Su reloj se había parado. Debía volver a la consulta. Esperó un poco, pero ella continuaba sin bajar. De modo que fue al pie de la escalera y le gritó:

—Tengo que marcharme.

Casi inmediatamente, la oyó acercarse. Llevaba su mejor vestido de *voile* negro, y su pelo estaba limpio, aunque seguía mojado. La joven le miró... y, a pesar de que no era ésa su intención, esbozó una sonrisa.

—No me gustas nada con esa ropa —exclamó.

—¿Estoy muy mal? —preguntó Fergusson.

Los dos se sentían cohibidos.

—Te prepararé un té —dijo ella.

—No, debo irme.

—¿De veras?

Y volvió a mirarle con aquellos ojos enormes, angustiados y dubitativos. Y Fergusson comprendió de nuevo, por el dolor que sentía en su pecho, hasta qué punto la amaba. Fue hasta ella y se inclinó para besarla, suave, apasionadamente, con el beso de su corazón dolorido.

—Y mi pelo huele fatal —murmuró con vehemencia—; y ¡soy tan horrible, tan horrible! Oh, no, soy demasiado horrible —y rompió a llorar amargamente, con verdadero desconsuelo—. No puedes querer amarme, soy espantosa.

—No seas tonta, no seas tonta —exclamó él, tratando de consolarla mientras la besaba y la estrechaba en sus brazos—. Te quiero, quiero casarme contigo, nos casaremos en seguida, en seguida... mañana mismo, de ser posible.

Pero Mabel seguía llorando a lágrima viva.

—Me siento horrible. Me siento horrible. Siento que no soy nada adecuada para ti —dijo entre sollozos.

—No, yo te quiero, te quiero —fue lo único que respondió, ciegamente, en un tono de voz que casi la asustó más que su horror a que no la quisiera.

Notas

[*] Sobrenombre dado a los hombres con talento para muchas cosas. James Crichton (1560-1582), orador, lingüista y hombre de letras, conocido como el «Admirable» Crichton, fue considerado el modelo de caballero escocés cultivado. Thomas Urquhart retrató su figura en la obra *The Discovery of the Most Exquisite Jewel* (1652). [Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.] <<

[1] *Gammon* significa «jamón»; juego de palabras entre el apellido Gam y *Ham* (jamón). <<

[2] Joyas antiguas que ceñían la frente. <<

[3] Para dar una idea de la exagerada pronunciación de la señora Haggarty cuando trata de hablar como una elegante dama inglesa, el autor escribe *I-a-land* (Ireland), *ba'ba'ous* (barbarous), *shuah* (sure), *waine* (wine), *aice* (ice), etc. <<

[4] Entre 1742 y 1803, los Jardines de Ranelagh rivalizaron con los de Vauxhall como lugar de recreo para los londinenses. Además de servirse comidas y bebidas, se celebraban conciertos, mascaradas, exposiciones, fuegos artificiales, etc. Tenían una famosa rotonda en el centro (no muy diferente del Albert Hall) y un pabellón veneciano en medio de un lago. <<

[5] El personaje del tejedor en *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare. <<

[6] Directamente a la cuestión. <<

[7] Loco, débil mental. <<

[8] Rizos de pelo formados y sujetos con un papel. <<

[1] Ministro secular que acompaña a los que ofician en el altar, coro, púlpito, etc., llevando en la mano una pértiga o vara alta guarnecida de plata. <<

[1] Sillas, generalmente con dosel, para montar en elefante. <<

[2] Famoso campo de cricket en St. John's Wood, en Londres. Pertenece al Marylebone Cricket Club, pero se juegan en él toda clase de partidos y torneos. El autor se refiere aquí al torneo anual entre los mejores colegios privados. <<

[3] Restos. <<

[1] «Rojo» en latín. Sobrenombre dado a algunos hombres pelirrojos o de tez rubicunda. <<

[2] El metro de Londres, el más antiguo del mundo, empezó a funcionar en 1863 con locomotoras de vapor. <<

[1] *Martello Tower* en el original. Torres redondas de 12 metros de altura y gran resistencia. Se construyeron en las costas del sur y del este de Inglaterra, hacia 1803, para proteger el país de la invasión francesa. <<

[2] Frase atribuida a Jacob Moleschott de la Universidad de Heidelberg, autor de *Lehre der Nahrungsmittel* (1850). Sin embargo, Moleschott había nacido en Holanda y tenía nacionalidad italiana. Según William James, «Sin fósforo no hay pensamiento» fue un famoso grito de guerra de los «materialistas» en la Alemania de la década de 1860. <<

[3] *Góral* significa en polaco «habitante de las tierras altas, montaños». Yanko sería la transcripción del nombre polaco *Janko*. <<

[1] Una de las primeras compañías ferroviarias privadas de Inglaterra, nacionalizada en 1948. A diferencia de la Great Western y de la London North-Eastern, la London South Eastern tenía fama de ineficaz y poco seria. <<

[2] Bolsa ligera de viaje. <<

[1] Se refiere a Guillermo I el Conquistador, antes duque de Normandía, que en el año 1066 invadió y conquistó Inglaterra. <<

[2] Se refiere a Nicolas Davout, duque de Auerstedt, príncipe de Eckmühl y mariscal de Francia (1770-1823), vencedor de los prusianos en 1806 y de los austríacos en 1809. <<

[*] El título se inspira en los versos de una canción popular que recoge Robert Browning en su extenso monólogo *Fra Lippo Lippi*: «Flower o'the quince, / I let Lisa go, and what good's in life since?» (Flor del membrillo, / Dejé marchar a Lisa, y ¿qué me queda de bueno en la vida?). <<

[1] «Georgie Porgie, pastel y budín / besaba a las niñas, llorar las hacía. / Y cuando los muchachos a jugar salían / Georgie Porgie muy veloz huía.» Canción popular infantil.

<<

[2] Funcionariado. <<

[3] Carretera que empieza en Calcuta y pasa por Varanasi, Agra, Delhi y Amritsar, antes de cruzar las fronteras de Paquistán y de Afganistán. <<

[1] Karl Baedeker (1801-1859) empezó a publicar sus famosas guías de viaje, inspiradas en los *Handbooks* de John Murray, en Coblenza en 1839. Fue el primero en señalar con una o más estrellas los lugares de interés artístico o histórico. <<

[2] Snooks: gesto de burla consistente en llevarse el pulgar a la nariz y mover los dedos extendidos. <<

[3] Bolsa ligera de viaje. <<

[4] El pintor Augustus J.C. Hare (1834-1903). <<

[5] Pronuncian *Versity* en lugar de *University*. <<

[1] Juego de naipes parecido al monte y en el que se emplean dos barajas. <<

[2] Se refiere a la poetisa inglesa Christina Rossetti (1830-1894). *The Prince's Progress and Other Poems* lo publicó por primera vez en 1866 con ilustraciones de su hermano, el pintor prerrafaelita Dante Gabriel Rossetti. <<

[3] Hace diez años, hace cinco años, / hace un año, / incluso entonces habrías llegado a tiempo, / aunque con cierto retraso; / habrías visto su rostro lleno de vida / que ahora no puedes ver. <<

[1] Personaje libertino de *The Fair Penitent* (1703), tragedia en verso de Nicholas Rowe. <<

[1] Las almas son casi impenetrables las unas para las otras, lo que demuestra la cruel vacuidad del amor. <<

[2] La condecoración militar más importante de Gran Bretaña desde 1856. <<

[3] ... mientras, en la distancia, la campana de la parroquia... llenaba el aire de vibraciones dulces, protectoras, consejeras del buen sueño para quienes todavía tienen un mañana... <<

[1] Raza de gallinas ponedoras. <<

[2] Romanos 2, 12. <<